

278-190-

Gal 278
n 190

Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XI.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA:

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO XI.

MADRID: Abril, 1831.
Oficina de D. J. Palacios,
calle del Factor.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA.

HISTORIA DE ORIENTE.

CAPÍTULO XX.

Balduino primero. Enrique. Pedro de Courtenai. Roberto de Courtenai. Juan de Brienne. Balduino segundo.

Balduino I, emperador. Balduino vencido por los búlgaros y prisionero. Enrique, emperador. Conquista de las islas del Archipiélago por los venecianos. Victoria de Enrique contra los lombardos y epirotas. Batalla de Antioquia del Meandro. Constantinopla declarada la segunda silla del mundo cristiano. Pedro de Courtenai, emperador. Prision y muerte de Pedro de Courtenai. Roberto de Courtenai, emperador. Cuatro emperadores en oriente. Victorias de Teodoro, emperador de Tesalónica. Fuga y muerte del emperador Roberto. Juan de Brienne, emperador. Coronacion de Juan de Brienne. Conquis-

tas de Vatacio. Sitio de Constantinopla por los griegos y búlgaros. Balduino II, emperador. Coronacion de Balduino. Conquistas de Vatacio en Bulgaria y Macedonia. Invasion de los tártaros mogoles. Conquista de Tesalónica por Vatacio. Conquista de Zúrula por Vatacio. Conquista de Rodas por Vatacio. Muerte de Vatacio. Muerte de Batukan, rey mogol de Kipzak. Victorias de los turcos y griegos contra los mogoles de Persia. Muerte de Láscaris II. Toma de Constantinopla por los griegos y ruina del imperio latino de oriente.

BALDUINO I, *emperador*. (1204.) La caida de Constantinopla causó grande alegría en occidente y grande tristeza en oriente. Los griegos, al principio desalentados, pasaron del dolor á la ira: el esceso de la humillacion despertó su valor, y sus príncipes afeminados abandonaron los vicios, perdidas las riquezas y el lujo. Alejados de la capital, hallaron en los campamentos y tiendas su antiguo vigor. No habian podido en otro tiempo defender á Roma con las armas; pero habian conservado el nombre de romanos por vanidad; y no se mostraron dignos verdaderamente de él, sino cuando fueron arrojados de la segunda ciudad del imperio: lejos de sancionar con una sumision servil el derecho de conquista, persistiendo en no dar á

los guerreros de occidente, sus vencedores, mas nombre que el de latinos, pelearon con ellos sin intermision. Esta constancia en el infortunio fue gloriosa y coronada por la victoria. Los mismos griegos, tan débiles poco antes contra los turcos, búlgaros y comanos, repentinamente intrépidos, pertinaces y terribles, combatieron valerosamente contra todos los príncipes de Europa, los arrojaron de Asia y Grecia, y despues de medio siglo de pelea, volvieron á entrar triunfantes en la ciudad de Constantinopla. Por otra parte, ninguna empresa fue menos racional que la de los latinos contra el imperio griego. De todos los soberanos de Europa solo el sumo Pontífice se opuso á ella, y se mostró animado del verdadero espíritu de la religion y guiado por una sana política. Cuando todos tomaban con fervor la cruz para arrojar los infieles de Palestina, la division y guerra entre cristianos destruyó el objeto de la cruzada y afirmó el poder de los musulmanes. La conducta de los latinos despues de la victoria fue mas insensata que la conquista misma. En vez de dar á los griegos un príncipe cápaz de favorecer francamente los esfuerzos de la cristiandad contra el mahometismo, solo pensaron en dividir el imperio adquirido en ducados y señoríos, en humillar y despojar á los vencidos, en burlarse de sus usos y costumbres, en mudar sus leyes y violentar sus conciencias. En vez de ganar al pueblo, se le movió á la suble-

vacion. Le creian sometido, porque poseian la capital. Los emperadores franceses, aunque rodeados de bárbaros é infieles, confiaron que podrian consolidar su dominacion con algunos caballeros dispersos en un territorio vastísimo, como si pudiesen resistir á un mismo tiempo á la audacia y número inmenso de sus antiguos enemigos y al odio de sus nuevos súbditos. Segun las convenciones estipuladas, el patriarca fue á Roma á recibir la investidura de su dignidad: el senado de Venecia le obligó á jurar que todos los arzobispos que nombrase serian venecianos; pero el Papa le prohibió cumplir un juramento tan inmoral. Este mismo patriarca al volver á Constantinopla, conquistó la ciudad de Ragusa. Apenas llegó á la capital, Balduino hizo que le coronase segunda vez. La ceremonia fue pomposa: el marques de Monferrato llevaba delante del emperador el laticlavio, ó *vestidura de oro*, y el conde de San Pol la espada imperial. Balduino repartió definitivamente el imperio entre franceses y venecianos: los primeros poseyeron á Constantinopla, Tracia y el Asia, escepto las ciudades de Calcedonia y Zizico, esto es, todos los peligros, dificultades y gravámenes de la guerra. Los venecianos tomaron posesion de los paises situados entre las Termópilas y el cabo Sunio, de todas las costas é islas del Archipiélago y Adriático. El marques de Monferrato, rey de Tesalónica, les vendió la isla de Candía. Pero de

todos estos paises, que los dos pueblos repartian, Constantinopla era la única posesion efectiva: lo demas era menester conquistarlo.

Murzulflo estaba á cuatro jornadas de la capital, dueño de la importante plaza de Zúrula que era la llave de la península de Tracia. Los demas grandes y generales griegos se fortificaban en las diferentes ciudades de Asia. El emperador empezó por la subyugacion de Tracia: su hermano Enrique se puso en campaña, y Andrinópoli y las demas plazas de aquella provincia atemorizadas le abrieron las puertas conforme se acercaba á ellas. Murzulflo, no pudiendo defender á Zúrula, buscó un asilo en el campamento dal usurpador Aléxis su suegro, cuya soberbia no habia domado la desgracia, ni mitigado su ferocidad. Recibió al yerno con fingido afecto, le convidó á su mesa, le mandó sacar los ojos y le desterró. Murzulflo, errante, cayó en manos de los franceses que le llevaron á Constantinopla, donde Balduino mandó despeñarle de una columna altísima, monumento erigido por Teodosio el grande. El emperador marchó con su ejército á Filipópolis, cuyo mando confió á Rainero de Trith: ocupó despues á Mosinópolis, y persiguió á Aléxis que se escapó á Tesalia. Los príncipes de occidente conservaban en su nuevo imperio su carácter altanero y sus costumbres turbulentas. Ni aun la necesidad de unirse en el peligro comun pudo reducir

á la obediencia las habitudes feudales. El marques de Monferrato y Balduino se indispusieron, porque el emperador queria que se reconociese su autoridad en Tesalónica antes de entregarla al rey su vasallo, y el marques queria ahorrar á su nuevo reino esta visita dispendiosa. Separáronse pues: Balduino llegó con su ejército á Tesalónica y se apoderó de esta plaza. El marques para vengarse convocó á sus banderas muchos señores, y puso sitio á Andrinópolis. Al fin, Villehardouin y Manases de Lila, á quienes los contendientes eligieron por árbitros, los reconciliaron, y Balduino restituyó su reino al marques. Miguel Angel Comneno, bisnieto de Aléxis Comneno, fingia adhesion á este nuevo rey con la esperanza de fomentar la desavenencia entre él y Balduino; pero cuando la vió terminada, se escapó con todos los griegos que le eran adictos, sublevó los habitantes de Durazo y los pueblos de Epiro, Acarnania, Etolia y una parte de Tesalia, y formó de estos paises un nuevo estado independiente, que él y sus sucesores gobernaron con el título de *déspotas de Epiro*. Otro griego llamado Leon Esguro se hizo dueño de Argos, Corinto y Tebas. El usurpador Aléxis se reunió á él con sus tropas, y esperaron reunidos en las Termópilas al marques de Monferrato, que les dió batalla cerca de aquel famoso desfiladero. Los franceses triunfaron de los griegos y los pusieron en huida. Oton de la Roche, en consecuencia de esta

victoria, fue señor de Tebas y Atica, y el primero de los duques de Atenas. El marques se apoderó de Corinto, hizo prisionero á Aléxis en su fuga, y le encerró en una torre de Tesalónica. Despues marchó contra el déspota de Epiro, le venció y se apoderó de toda Morea, escepto la ciudad de Lacedemonia, que defendida por los recuerdos de su historia y por un griego llamado Chamaretes, digno de combatir por Esparta, detuvo los progresos de los vencedores.

Entretanto los griegos mandados por Láscaris defendian gloriosamente su independencia en el Asia menor. Este guerrero valeroso y activo, sosteniendo con sus hazañas la corona que se atrevió á ceñir en la brecha de Constantinopla, se apoderó de Nicéa, Prusa y casi toda la Bitinia. El sultan selgiucide de Iconio le socorria en vez de pelear contra él (1). El hermano del emperador Balduino ganó á Láscaris dos batallas: nada resistia entonces al choque impetuoso de la caballería francesa; pero nada podia abatir el denuedo indomable de Láscaris. Siempre hallaba nuevos recursos, y despues de una derrota se presentaba mas activo y temible. No tardó en recobrar con sus rápidos movi-

---

(1) *Los sultanes de Iconio disputaban entonces la Armenia, la Mesopotamia septentrional y la Siria de Antioquía contra Malec-Adel, sultan de Egipto, hermano de Saladino.* (N. del T.)

mientos el terreno perdido en las batallas de Pemanneno y Adramito. Sin embargo, acaso habria sucumbido al vencedor, si el orgullo impolítico de Balduino no hubiese suscitado á los franceses un nuevo enemigo, cuya guerra permitió respirar á los griegos de Asia.

Balduino vencido por los búlgaros y prisionero. (1205.) Joannice, rey de los búlgaros, solicitó la alianza del emperador latino. Balduino recibió sus diputados con altanería, y le declaró que «le quitaria el reino si no le tributaba vasallage.» Joannice acudió á las armas. Los griegos corrieron en gran multitud á sus banderas, degollaron en todas partes á los franceses y venecianos, y le entregaron las ciudades de Filipópolis y Andrinópolis. Al aproximarse esta tempestad que amenazaba al nuevo imperio su pronta ruina, el emperador reune sus fuerzas, y marcha á sitiar á Andrinópolis. Joannice, al frente de un numeroso ejército, reforzado por los válacos y comanos, le presentó la batalla junto á los muros de aquella plaza. Los franceses desbaratan á los bárbaros con la violencia del primer choque; pero demasiado ardientes en perseguir á los fugitivos, caen en un lazo tendido por Joannice. De las quebradas de los cerros y de la espesura de los bosques sale de improviso una multitud de bárbaros, atacan á los franceses desordenados, y los cercan y hostigan por todas partes: los que habian huido vuelven, y se reunen todos para oprimir á los imperiales.

Despues de un combate ostinado, en que los caballeros ilustraron su derrota haciendo prodigios de valor, Balduino vió morir á su lado al conde de Blois, á Montmirail, á Valincourt, á sus mas valerosos guerreros: su ejército fue vencido y destrozado; y él mismo, derribado del caballo y cubierto de heridas, cayó en poder de los búlgaros. El mariscal de Champaña, Lila y Dándolo, el Nestor de los cruzados, reunieron las reliquias del ejército, y peleando siempre llegaron en buen órden á Constantinopla. Pero este desastre infundió tal espanto en la capital, que muchos caballeros, sacrificando el honor á la seguridad, desertaron y se embarcaron para volver ignominiosamente á su patria. A cada instante se temia la llegada de los búlgaros en la ciudad, desierta de defensores. La muerte del célebre Dándolo llevó á su colmo el dolor y el miedo público. Perdiendo á aquel héroe, que casi habia llegado á los 100 años, se creian destruidos los cimientos de la monarquía.

Ya los cuchillos de los bárbaros brillaban en las cercanías de la capital: las aldeas abrasadas enviaban á Constantinopla enmedio de la noche un resplandor horrible; pero Enrique, hermano del emperador, atravesó el Bósforo con 20.000 armenios que habia reunido, y suspendió los temores. Se encargó de la regencia, se puso al frente de los cruzados, reanimó su valor, salió con denuedo á campaña, ahuyentó á los búlgaros y recobró

muchas ciudades. El marques de Monferrato se le reunió, y sitiaron á Andrinópolis; mas no pudieron tomarla. Despues dieron otra batalla á los búlgaros, y sufrieron otra derrota que les costó un gran número de soldados, y 110 caballeros. Entretanto Joannice, abusando con insolencia de su victoria, trataba como esclavos á los griegos que peleaban bajo sus banderas; eran muchos, y cansados de un yugo tan gravoso, lo quebrantaron y se sometieron al regente. Esta desercion mudó la suerte de la guerra: el ejército francés reforzado tomó la ofensiva; y Joannice, disminuidas sus fuerzas, tuvo que volverse á su pais. El papa le habia escrito exhortándole á abstenerse de pelear contra los cristianos y á restituir la libertad á Balduino. El bárbaro respondió al santo Padre con un respeto irónico: «No he hecho mas, decia, que rechazar una agresion injusta, y Dios ha decidido en mi favor. La espada que llevo es la de san Pedro que la santa sede me concedió.» No se esplicó sobre la suerte del emperador cautivo; mas no tardó en saberse que le habia muerto de una manera horrible. El desgraciado monarca yacia en lo profundo de un calabozo. La reina de los búlgaros que le amaba, fue una noche á su prision y le dijo: «Huyamos del tirano que á los dos nos oprime: llévame á Francia, y premia mi cariño con tu mano.» Balduino, noble caballero y cristiano virtuoso, desechó con indignacion aquel amor adúltero. La reina que habia na-

cido en Tartaria, conservaba en el trono la ferocidad selvática de su patria. Pasando con violencia del amor al odio, se postra á los pies de su esposo y acusa á Balduino de haber querido seducirla. Joannice furioso hace venir al emperador cargado de cadenas, le llena de injurias, no quiere oirle, y manda que le corten los brazos y piernas. Despues de este suplicio horrendo, el tronco viviente del infeliz monarca fue echado en una grande hoya, donde tardó tres dias en morir, comido de los pájaros de presa; y su cráneo, engastado en oro, sirvió de copa al rey de los búlgaros en los convites. Balduino murió á los 35 años de edad y 11 meses de reinado. Ninguno de los prisioneros franceses sobrevivió á su príncipe: á todos los inmoló el bárbaro Joannice en venganza de la supuesta injuria.

Enrique, emperador. (1206.) Apenas se supo en Constantinopla la muerte del emperador, eligieron los barones á Enrique su hermano. Este príncipe, dotado de justicia y prudencia, cualidades necesarias para reinar con gloria, y mas en tiempos calamitosos, era grave y benigno, conciliador y firme, activo sin precipitacion y valiente sin temeridad: sostuvo dignamente la corona, y venció los ostáculos innumerables que le oponian las instituciones viciosas trasplantadas de Europa al nuevo imperio de oriente.

El gefe del estado no podia ya confiar en legiones organizadas ni en una milicia per-

manente. El edicto del príncipe ó el decreto del senado no bastaba ya para lograr la pronta obediencia de un estremo á otro del imperio. La aristocracia feudal ataba las manos y esclavizaba al pueblo. El imperio no reconocia un solo dueño, y cada ciudad, cada aldea, despojada de sus franquicias municipales, sufria el yugo de un tirano débil y orgulloso. Bajo los emperadores romanos y griegos era libre la masa de los ciudadanos, y solo los grandes estaban espuestos á los rayos del trono; y esto es lo que hizo durable y amada y respetada de los pueblos la potencia conquistadora de los romanos. A pesar de la falta de instituciones y garantías, el cetro imperial, temible solamente á los grandes y ambiciosos, era apoyo del pueblo, y arma fuerte contra sus enemigos; pero el feudalismo mudó este órden de cosas. En medio de la anarquía de los feudos, el príncipe, despojado de autoridad, no podia mantener ni la paz interior ni la seguridad esterior. Sometido á las leyes que los grandes dictaban, no debia intentar ninguna empresa ó para defender ó para acrecentar el imperio sin el consentimiento de un consejo, compuesto del rey de Tesalónica, un pretor veneciano y los principales barones. Se le habia asignado como patrimonio una parte de Tracia: único fondo que tenia para subvenir á los gastos generales. Es verdad que en caso de guerra estaban obligados todos los vasallos á marchar con sus tropas á su cos-

ta bajo las banderas imperiales; pero solamente desde 1.º de junio hasta fin de setiembre; y en caso de tener ellos guerras particulares, la mitad de este tiempo. Con este débil auxilio de una milicia turbulenta, incierta é irregular, era menester sostener un trono vacilante contra el odio de los griegos, el fanatismo de los musulmanes y el valor selvático de los búlgaros. Este caos político, que existia muchos siglos antes en Italia, Francia y Alemania, es un cuadro fiel de los tiempos caballerescos, tan poco conocidos y tan celebrados (1): es la historia exacta de la aristocracia de la edad media, y la ilusion de la moderna.

Enrique, mas feliz que su hermano, sostuvo con vigor y felicidad la guerra emprendida contra Joannice: si no pudo salvar á Didimótica, que fue destruida por el enemigo, la vengó derrotando á los búlgaros y persiguiéndolos hasta sus fronteras. En esta espedicion libertó 20.000 prisioneros. Pero mientras dirigia todas sus fuerzas al norte del imperio, Teodoro Láscaris, rival digno de él,

---

(1) *Y con razon; porque las instituciones caballerescas corrigieron los males del régimen feudal, muy anterior á ellas: este llegó á su perfeccion en la decadencia de los Carlovingios; y la caballería que templó su accion destructora, empezó á florecer en la época de la primer cruzada.* Distingue tempora. *(N. del T.)*

se apoderaba de Bitinia, Lidia y Frigia, y se coronaba en Nicea emperador de oriente. Al mismo tiempo escribió al papa para que arreglase los límites entre latinos y griegos, y cesase de este modo la guerra entre cristianos; pero se le respondió que se sometiese al emperador de Constantinopla, y la guerra continuó. Nuevos enemigos se levantaron contra venecianos y franceses. Aléxis y David Comneno se apoderaron de la costa del Euxino, y fundaron un nuevo imperio, cuya capital fue Trebisonda, ciudad del Ponto. Este tercer imperio subsistió hasta algunos años despues de la toma de Constantinopla por Mahomet II. Enrique, vencidos los búlgaros, concluyó con Láscaris una tregua que duró poco; porque el príncipe griego y Joannice se ligaron contra él. Su posicion era crítica, hostigado entre estos dos contrarios: la necesidad de dividir sus fuerzas le obligó á observar la defensiva: sin embargo, tan activo como intrépido, libertó á Andrinópoli acometida de nuevo por los búlgaros, y á Cibito atacada por Láscaris; mas no pudo impedir que este continuase sus conquistas en Asia, y dominase el mar con su escuadra, la cual llegó hasta entrar en el Helesponto. El emperador habia casado con Ines, hija del marqués de Monferrato. Sabiendo que Joannice invadia los estados de su suegro, hizo tregua con Láscaris, y marchó contra los búlgaros que sitiaban á Tesalónica. La victoria coronó las armas de

los franceses; pero perdieron en esta campaña al marqués, que murió asesinado. Este gefe ilustre de la quinta cruzada mereció las lágrimas de sus compañeros de armas y el aprecio de sus enemigos.

Conquista de las islas del Archipiélago por los venecianos. (1208.) En este mismo tiempo recibió el emperador refuerzos de occidente, con los cuales pudo rechazar á Joannice y al déspota de Epiro.

Los venecianos tenian muy pocas tropas para apoderarse del gran número de islas y ciudades que les habian tocado en el repartimiento, y que los griegos defendian aun ostinadamente. Para someterlas imaginó el senado de Venecia un arbitrio no empleado hasta entonces. Llamando el interes privado en socorro del público, promulgó un edicto concediendo á los particulares la propiedad de las islas, ciudades ó fortalezas que conquistasen. La ambicion y codicia, escitadas por este decreto, obraron prodigios. Cada noble, cada comerciante alistó tropas y tripuló navíos. La escuadra veneciana limpió el mar de piratas griegos, y todo el Archipiélago fue conquistado en un año. Al mismo tiempo terminó Joannice su carrera, ilustre por las hazañas, pero manchada con crueldades atroces: sucedió Frorilao, su sobrino, igual suyo en el valor, mas no en la habilidad. Hasta entonces los búlgaros, peleando á la manera de los partos, fatigaban á los latinos con sus invasiones inesperadas, sus rá-

pidas fugas y sus contínuos ataques; y habian debido mas bien á la estratagema que á la fuerza los triunfos conseguidos contra el imprudente ardor de los franceses. El nuevo rey, mas temerario, esperó al emperador en la llanura, y peleó con él en batalla campal. Enrique le derrotó completamente, y le quitó 80 leguas de territorio.

Victorias de Enrique contra los lombardos y epirotas. (1209.) Otra guerra llamó su atencion. El marqués de Monferrato al morir habia dejado sus estados de Italia á Guillermo, su hijo mayor, y el reino de Tesalónica á su hijo segundo Demetrio. El conde Blándras, encargado de la tutela y la regencia, queria que reinase Guillermo con la esperanza de aprovecharse de la debilidad de su carácter para hacerse independiente. El emperador, irritado contra él, le sitió y le hizo prisionero. Blándras continuó sus intrigas aunque cautivo: á su instigacion los italianos, que en aquel tiempo se llamaban todavía lombardos, se rebelaron y se pusieron bajo las banderas del déspota de Epiro: á pesar de la reunion de sus fuerzas, Enrique los derrotó y obligó á pedirle la paz.

A esta sazon murió su esposa Ines; y siendo el deseo de conceder alguna tranquilidad á sus vasallos superior á las demas consideraciones, casó con una hija de Joannice; del mismo tirano que habia mutilado y muerto con tanta crueldad á su hermano Balduino.

La paz con los búlgaros fue el precio de este sacrificio.

Batalla de Antioquia del Meandro. (1212.) Aléxis Angel, en otro tiempo usurpador del trono griego, habiéndose escapado de la prision de Tesalónica y refugiádose á Epiro, oia con disgusto las conquistas de su yerno Láscaris y las noticias de su coronacion. Envidioso de su gloria, forma el deseo y concibe la esperanza de volver al trono: pasa á Natolia é implora el socorro de Gayatodin, sultan de Iconio, que le promete restituirle el perdido cetro. Reunen un ejército de 20.000 hombres, y marchan contra Nicea. Láscaris, cuyas fuerzas estaban diseminadas en toda el Asia, no podia oponerles por entonces mas que 2.000 griegos y 800 desertores franceses; pero este guerrero intrépido, ni sabia contar los enemigos, ni huir la cara á los riesgos. Pónese al frente de su escasa tropa, atraviesa con osadía las cumbres del Olimpo, se apodera de Filadelfia, continúa su marcha rápida, y encuentra en las orillas del Meandro, cerca de Antioquía, á Aléxis, seguido del sultan y de su numeroso ejército.

Estos príncipes, viéndole con tan poca gente, no dudaron de un triunfo pronto y fácil: sin embargo, los 800 franceses, con la impetuosidad á la cual han debido en todos tiempos sus victorias y su fama, caen sobre los turcos y los desbaratan; pero envueltos poco despues y oprimidos por la multitud

de los enemigos, pierden la esperanza de vencer, y solo conservan la de vender caras sus vidas. Despues de haber hecho prodigios de valor, caen aquellos valientes sobre los montones de mahometanos inmolados anticipadamente á sus manos. La mayor parte de los griegos huyen, mas asustados que envidiosos de una muerte tan heróica. Solo Láscaris permaneció inmóvil en el campo de batalla con 300 valerosos resueltos á perecer ó salvarle. El sultan, indignado de ver que un puñado de hombres se atreviese todavía á resistir á un ejército entero y á intimidar con su firmeza á 15.000 guerreros que los rodean, acomete enfurecido á Láscaris, y le rompe el yelmo de un tajo. El héroe cae, pero se levanta al instante, desjarreta el caballo de Gayatodin, corta la cabeza al sultan y la pone en la punta de su lanza. A este horrible espectáculo, yela el espanto á los turcos, y se dispersan dando terribles gritos: Láscaris vencedor les parece el ángel de la muerte: la esperanza y la venganza restituyen el valor á los griegos: reunense, persiguen á los fugitivos, y el emperador entra con ellos triunfante en Antioquía. Aléxis fue hecho prisionero en la fuga. Ninguna memoria de consuelo le acompañó en su cautiverio. Asesino de su hermano, tirano de sus súbditos, causa primera de la ruina del imperio, no tardó en sucumbir á los pesares y al remordimiento.

Mientras un héroe resucitaba la gloria de

los griegos, Enrique, á pesar de sus virtudes y su valor, no podia restituir el sosiego y la prosperidad al imperio latino. Las pretensiones de los grandes, las disputas de los príncipes, el orgullo y la ignorancia de los barones, la brutalidad de los soldados, los estragos de los enemigos, cubrian de ruinas aquella brillante conquista. El patriarca murió: los venecianos y franceses no pudieron convenirse en la eleccion de un sucesor, y vinieron á las manos. Fue preciso que el pontífice nombrase un patriarca, y enviase al oriente un legado para tranquilizar los ánimos enconados. El emperador no tenia facultades sino para hacer la guerra: despues de haber conquistado algunas fortalezas en Asia, hizo con Láscaris una paz ventajosa, en la cual se le cedió todo el pais situado entre Sardes y Nicea, con las ciudades de Pérgamo y Prusa, y otras muchas plazas.

Constantinopla declarada la segunda silla del mundo cristiano. (1215.) Un concilio reunido en la iglesia de san Juan de Letran en Roma hizo memorable este año: el papa reconoció en el sínodo, que la silla de Constantinopla era la segunda del mundo cristiano.

Enrique no gozó mucho tiempo del sosiego que proporcionó al imperio. Murió envenenado, y se sospechó de este crimen á su nueva esposa, acusacion quizá injusta, pero acreditada por la memoria de las atrocidades de su padre. Este príncipe no dejó

SEVILLA

sucesion: su vida fue activa y gloriosa: con su muerte empezó la decadencia del imperio frances de Constantinopla. Reinó diez años.

Pedro de Courtenai, emperador. (1216.) El trono era electivo, segun las costumbres antiguas. La herencia, única base de la estabilidad de los grandes imperios, empezó muy tarde en todas partes por lo dificil que es obligar las pasiones á que consulten el interes público y escuchen la voz de la razon. Sin embargo, tanto en oriente como en occidente, los votos de los electores recaian con frecuencia en un príncipe de la familia reinante. Los barones franceses dieron el cetro á Pedro de Courtenai, conde de Auxerre, nieto de Luis el Gordo, rey de Francia, y marido de Yolanda, hermana del emperador Balduino.

Apenas supo su nombramiento, salió de Francia al frente de 5.000 hombres, atravesó á Italia, llegó á Roma, recibió la corona imperial de manos del sumo Pontífice, y dió al jóven marqués de Monferrato la investidura del reino de Tesalónica. Yolanda y sus hijos partieron sin él á Constantinopla, donde llegaron felizmente; pero el emperador, menos venturoso, halló en el camino el cautiverio y la muerte.

Prision y muerte de Pedro de Courtenai. (1218.) Habiendo prometido á los venecianos entregarles á Durazo, plaza de que se habia apoderado Teodoro, déspota de Epi-

ro, puso sitio á la ciudad: los griegos le atacaron, y le obligaron á retirarse. Habiendo penetrado imprudentemente en las montañas de Albania, fue rodeado por el numeroso ejército de los epirotas, que eran dueños de los desfiladeros. En vano opuso el valor al número: sus tropas fueron desbaratadas, y Teodoro, vencedor, le llevó prisionero, como tambien al legado del Papa, al conde de Sancerre y á otros caballeros que escaparon de la matanza.

Cuando se supo en occidente este desastre, el rey de Hungría, cuñado de Courtenai, hizo activas diligencias para conseguir del príncipe de Epiro la libertad de los cautivos. El Papa dispuso que se predicase en Francia una nueva cruzada, cuyo adalid fue Roberto de Courtenai, hermano del emperador y gran botiller del palacio de París. El déspota de Epiro, despues de vencer á los franceses con las armas, desarmó la corte de Roma, manifestando someterse á su autoridad, y dando libertad al legado. Los venecianos hicieron una tregua de cinco años con los epirotas. Pedro de Courtenai, siempre reclamado y nunca socorrido, murió de pesar en el cautiverio. Yolanda, que fue nombrada regente del imperio, no le sobrevivió mas que un año. Tenia cuatro hijos: Felipe, el mayor de ellos, fue proclamado emperador. Los barones confiaron la regencia á Conon de Bethune; pero Felipe rehusó la corona, y prefirió el tranquilo condado de

Namur á un imperio tempestuoso. Roberto, su tio, fue elegido en su lugar: estuvo dudando si aceptaria un gravámen tan terrible; pero Luis VIII, rey de Francia, le movió á nò renunciarlo.

Roberto de Courtenai, emperador. (1220.) Roberto atravesó por Alemania y Hungría, y los búlgaros no le inquietaron en su marcha, porque estaban entonces en guerra civil: Azan, uno de sus principes, habia destronado al rey Frorilao. El emperador recibió la corona en Constantinopla de manos del patriarca: convocó los barones franceses y venecianos, confirmó el tratado de repartimiento firmado por Balduino, y asentó paces con el emperador Láscaris, para quedar libre contra Teodoro de Epiro, y vengar la muerte de su hermano.

Al mismo tiempo terminaba su carrera el célebre Láscaris: murió de edad de 50 años, habiendo reinado gloriosamente 18. Sus exequias se hicieron con grande pompa en Nicéa. Cuando cayó el imperio, solo este héroe no desesperó de su salvacion, y lo detuvo con manos firmes en el despeñadero. Dejaba cuatro hermanos; pero ninguno de ellos le sucedió: los griegos prefirieron á Juan Vatacio, yerno de Láscaris, guerrero feliz, y hábil político. La osadía de Láscaris fundó el imperio de Nicea: la prudencia animosa de Vatacio lo consolidó.

Cuatro emperadores en oriente. (1223.) Teodoro de Epiro, orgulloso por sus vic-

torias y por la conquista que acababa de hacer del reino de Tesalónica, tomó tambien el título de augusto, y se revistió de la púrpura imperial. Asi el oriente desmembrado contaba entonces sobre sus ruinas cuatro emperadores, Roberto en Constantinopla, Vatacio en Nicéa, Teodoro en Tesalónica, y Aléxis Comneno en Trebisonda.

Los hermanos de Láscaris hicieron inútiles esfuerzos para apoderarse del trono de Nicéa: la firmeza de Vatacio reprimió sus conatos, y tuvieron que buscar asilo en Constantinopla. Roberto les confió el mando de su ejército: con él pasaron al Asia, y presentaron la batalla á Vatacio en la llanura de Pemanneno. Los griegos no pudieron resistir el primer choque de los franceses: desbaratados y rotos por todas partes huian ya, cuando Vatacio, al frente de un cuerpo de reserva, restablece el combate, fija la victoria, destruye el ejército imperial, y coge prisioneros á dos de los Láscaris.

Esta victoria de los franceses dió un golpe mortal á su imperio, y reanimó el valor de los griegos. Vatacio, aunque grande hombre, pagó tributo á la atrocidad de su siglo, y mandó sacar los ojos á sus tios. Siguiendo despues el curso de sus victorias, conquistó la Troade y toda la costa de Asia, y su armada se apoderó de Lesbos.

Victorias de Teodoro, emperador de Tesalónica. (1225.) Las armas de Roberto no fueron mas felices en Grecia. Teodoro

de Epiro venció su ejército, é hizo prisioneros á sus generales. Onisópolis, Didimótica y otras ciudades de Tracia abrieron sus puertas á los vencedores. Los habitantes de Andrinópoli se habian sublevado, arrojado á los franceses, y entregádose á Juan Camiso, enviado por Vatacio; pero los emisarios de Teodoro causaron en la ciudad una nueva revolucion. Camiso fue despedido, y la plaza cayó en poder del epirota. Demetrio de Monferrato solicitó entonces volver á entrar en su reino y conquistar á Tesalónica; pero las tropas de Teodoro le rechazaron.

En este tiempo un célebre impostor alborotó á Flandes. Decia que él era el emperador Balduino I, y que habia logrado escaparse del cautiverio de los búlgaros. Su atrevimiento le ganó muchos partidarios: el duque de Brabante le reconoció, y fue coronado; pero descubierta por un monge su maldad, el rey de Francia le hizo venir á su corte, donde interrogado por el obispo de Beauvais, se contradijo en la declaracion, huyó á Borgoña, fue preso de nuevo y castigado con el último suplicio por órden de la condesa de Flandes.

Fuga y muerte del emperador Roberto. (1228.) El emperador Roberto, desgraciado en todas sus empresas, era despreciado de los griegos. Una pasion loca y un acto de violencia le grangeó el odio de los franceses. Enamorado de la hija de Balduino de Neuville, que estaba desposada con un caballero

de Borgoña, hizo robar á la jóven y á su madre, y traerlas á su palacio. El esposo, ardiendo de enojo, reune sus vasallos y amigos: marcha armado al palacio, se apodera de las dos mugeres, ahoga á la madre en el mar, y corta á la hija las narices y labios. Las costumbres eran entonces tan bárbaras, que fue menor el horror inspirado por esta atrocidad, que la indignacion contra la liviandad del emperador, que puso las armas en las manos de un amante celoso. El atentado quedó impune. Despues de tan grave ignominia Roberto, aborrecido, despreciado y amenazado, huyó precipitadamente de su capital, y corrió á Italia á implorar el socorro de la santa sede contra sus vasallos. El Papa le afeó sus violencias y su cobardía, y le exhortó á que volviese con valor á sus estados. Roberto, incapaz de seguir este consejo, pues tuvo necesidad de oirlo, obedeció por temor, se embarcó para Grecia, y murió en el camino de vergüenza, de miedo ó de pesar. Balduino II, su hermano, de edad de 11 años, fue elegido para sucederle.

Pero este niño necesitaba de un protector, y casi todos los héroes de la cruzada, Conon de Bethune, el marques de Monferrato, Montmorency, Dándolo, habian muerto ya. Los barones, buscándole un apoyo, propusieron á Azan, rey de los búlgaros, que diese su hija en matrimonio á Balduino, se entregase de su tutela, y le protegiese contra Teodoro de Epiro y contra Vatacio. La

desaprobacion pública hizo conocer al consejo, aunque tarde, cuan imprudente era esta eleccion: previó que un tutor estrangero podria convertirse en dueño, y se rompió el tratado. Resolvieron escoger un frances para gobernar el imperio, y la eleccion recayó en el famoso Juan de Brienne, conde de la Marcha, y esposo de María, heredera del reino de Jerusalen. Brienne, cubierto de heridas y de una gloria brillante, conservaba á los 80 años de edad el valor y la fuerza de la juventud. Hallábase á la sazon en Roma. Este viejo activo y belicoso no rehusó una carga tan grande; pero no quiso mandar sin reinar, y por un tratado concluido en Perusa se estipuló que subiria al trono, y que su hija María casaria con Balduino. Asi el imperio vacilante de los latinos, rodeado de riesgos y de enemigos formidables, fue confiado por la política móvil de los franceses á un anciano y á un niño.

Juan de Brienne, emperador. (1229.) La necesidad de dar al imperio un administrador esperimentado, un apoyo firme y un gefe valiente, habia movido á elegir á Brienne; y aunque su edad no le daba esperanzas de ocupar el trono por mucho tiempo, no se apresuró á tomar posesion de él, y se detuvo dos años en Italia, encargando entretanto la regencia del imperio á Narjot de Touci.

El estruendo de las armas rodeaba entonces á Constantinopla por todas partes.

Los franceses, encerrados en la capital, se consumian en la inaccion, descontentos, divididos é indiferentes á la pérdida de Iliria, Tesalia, Macedonia, Tracia y Asia, y á las sangrientas guerras que destrozaban el imperio. Empezaba á declinar la fortuna de Teodoro el epirota. Escomulgado por el papa, y amenazado por Vatacio, rompió impolíticamente la paz que tenia asentada con Azan, rey de los búlgaros, y entró en sus estados. Azan, para animar sus tropas, y escitarlas á la venganza, tomó por estandarte el original del tratado, firmado y violado por Teodoro. Los dos ejércitos se dieron batalla á las orillas del Hebro. Despues de una ostinada pelea quedaron vencedores los búlgaros: Teodoro y sus principales capitanes fueron hechos prisioneros. Azan tomó á Andrinópoli y las demas ciudades de Tracia, conquistó la Tesalia, y saqueó el Epiro. Teodoro, siempre revoltoso, aun en el cautiverio, abusó de la benignidad con que le trataba el vencedor, y conspiró contra su vida. Azan descubrió la conjuracion, y mandó sacarle los ojos. Manuel, su hermano, le sucedió en el señorío de Epiro.

Coronacion de Juan de Brienne. (1231.) Despues de esperarle por mucho tiempo, Juan de Brienne entró en el puerto de Constantinopla con 14 buques venecianos, y fue coronado por el patriarca. Se creia que este príncipe, elevado al trono por su fama militar, se apresuraria á coger algunos laureles

que adornasen su tumba; pero, ó sea que no estaban aun preparadas las fuerzas necesarias para emprender, ó sea que el aire de Constantinopla inspirase el letargo y la molicie, el Nestor de los héroes cristianos permaneció otros dos años en quietud, y solo hizo esfuerzos inútiles para restablecer la paz entre la iglesia latina y griega.

Conquistas de Vatacio. (1233.) Entretanto Vatacio, tan activo como indolentes se mostraban los franceses, afirmaba su poder: sometia á muchos rebeldes: se apoderaba de Rodas, Lesbos, Quio y Samos, y estrechaba cada dia mas los mezquinos límites del imperio frances.

Andrónico Paleologo, uno de sus lugartenientes, y padre de Miguel Paleologo, el que volvió á los griegos el cetro de Constantinopla, contribuia entonces eficazmente á la rapidez de sus victorias con su pericia é intrepidez. Juan de Brienne despertó en fin, volvió á tomar las armas, atravesó el Bósforo, y tomó por asalto una fortaleza en la costa de Asia; pero una tempestad que amenazaba, le obligó á volverse á la capital.

Sitio de Constantinopla por los griegos y búlgaros. (1235.) Vatacio, despues de haber quitado á los venecianos la plaza de Galipoli, y acometido inútilmente á Candia, hizo un tratado de alianza con el rey de los búlgaros, casando á su hijo con una hija de Azan. Sus ejércitos reunidos entraron en el Quersoneso, y pusieron sitio á Constantinopla.

Las tropas de los sitiadores ascendian á 100.000 hombres, y su escuadra era numerosa. En un peligro tan estremo Brienne volvió á encontrar el denuedo de su juventud, y arrostró los trabajos y la muerte como un soldado. Su valor reanimó el de los franceses: el enemigo fue rechazado en muchos asaltos, sus máquinas destruidas, sus cuarteles acometidos. Una armada veneciana que llegó en socorro de los franceses, atacó la de Vatacio, y la destruyó casi enteramente: Brienne salió entonces de la ciudad con todos sus caballeros, y obligó á los búlgaros y griegos á retirarse. Al año siguiente volvieron á parecer con fuerzas mas considerables, y sitiaron de nuevo la ciudad de Constantinopla; pero hallaron la misma resistencia. Los buques genoveses y venecianos, con seis bajeles que trajo Godofre de Ville Hardouin, príncipe de Acaya, consiguieron otra victoria completa sobre la escuadra de los sitiadores. Pero este brillante triunfo de los franceses, aumentando su gloria, disminuia poco los peligros: se debilitaban con sus sangrientas victorias, y no recibian refuerzos, cuando el número de sus enemigos crecia diariamente. El jóven Balduino pasó á Italia y Francia á pedir socorros, y se formó una nueva cruzada para libertar á Constantinopla. El papa concedió los mismos privilegios de que habian gozado los conquistadores de Palestina. San Luis, rey de Francia, prometió socorros á Balduino, y le volvió los bienes que su

familia habia poseido en Francia. Los condes de Bretaña, de Bar, de Soissons, de Macon y Nevers, el duque de Borgoña, Anseau de Lila, Imberto de Beaujeu y otros muchos señores tremolaron la cruz, y prometieron el auxilio de sus armas.

Mientras Balduino mendigaba en todas partes dinero y soldados, Juan de Brienne, cercado de enemigos, y siempre peleando, murió con la espada en la mano, oprimido de años y trabajos, y cubierto de gloria á los 89 años de edad, y 8 de reinado. Este príncipe, á quien en la niñez destinaron sus padres al estado eclesiástico, y su carácter á los combates, trocó la iglesia por los campamentos, y el suelo de Francia por el de Palestina. Su valor le grangeó dos coronas, y su nombre sobrevivió á su siglo. Solo, y puesto el pie sobre las ruinas del imperio que se desplomaba, las defendió como héroe; y las hazañas de este viejo moribundo fueron los últimos rayos de la gloria latina en oriente.

Balduino II, emperador. (1237.) Los sucesos de este último reinado del imperio franco en Constantinopla semejaron á las ideas de un hombre enfermo y delirante, que está próximo á la muerte. Con el nombre respetable de imperio, no habia quedado mas que una capital magnífica, vasta y populosa, algunas tierras no cultivadas, tesoros sin dinero, soldados sin paga, y una gerarquía fastuosa sin subordinacion. Cons-

tantinopla, rodeada de contrarios por todas partes, parecia una cabeza enorme separada de su cuerpo. El débil Balduino corria siempre la Europa buscando auxiliares, mientras que Azan y Vatacio reunian poco á poco bajo su poder las reliquias dispersas del antiguo imperio. Despues de la muerte de Brienne se hubieran apoderado de Constantinopla, á no ser por su division. Azan, envidioso de la gloria de Vatacio, se enemistó con él, é hizo alianza con los franceses. Enamorado de Irene, hija del desgraciado Teodoro, su cautivo, á quien habia privado del imperio de Tesalónica, de la vista y de la libertad, se casó con la hija, y rompió las cadenas del padre. Teodoro, libre ya, camina á Tesalónica, donde entró disfrazado de mendigo, se da á conocer á algunos amigos, subleva el pueblo, se apodera de la ciudad, recobra el cetro, da el título de regente á su hijo Juan, destrona á su hermano Manuel, le prende, y le entrega á los turcos, creyendo que le darian la muerte; pero Gayatodin II, sultan de Iconio, ó por generosidad ó por política, con el designio de debilitar á los cristianos prolongando sus divisiones, se declaró protector de Manuel, el cual con un cuerpo de turcos y de griegos adictos á él volvió á Tesalia, recobró á Larisa y á Farsalia, y murió cuando tenia ya por seguro ceñirse otra vez la corona de su hermano.

Entretanto los viages y súplicas de Balduino y las exhortaciones del sumo pontífice

habian reunido en occidente un gran número de cruzados. Bela, rey de Hungría, prometió marchar contra Azan: Juan de Bethune salió de Venecia con poderoso ejército para atravesar por Alemania; pero el emperador Federico II, indispuesto entonces con la santa sede, retardó la marcha de los cruzados. Juan de Bethune fue á verse con él con la esperanza de vencer su oposicion: el emperador le detuvo en rehenes: los cruzados, que afluian á Venecia en gran número, sabiendo el cautiverio de su general, y poco despues su muerte, se dispersaron. Unos partieron á Palestina, otros se volvieron á su patria, y algunos, embarcándose en bajeles venecianos, llegaron á Constantinopla, donde aumentaron la escasez mas bien que las fuerzas. Anseau de Cayeux, encargado entonces de la regencia, para subvenir al pago de las tropas y á los gastos del gobierno, no tenia otros fondos que reliquias y monumentos sagrados; y asi comenzó á venderlas. Empeñó á los venecianos la corona de espinas del Salvador. San Luis, rey de Francia, deseaba poseer este tesoro, y Balduino se la regaló. Inglaterra, despues de haber atormentado al emperador errante con humillaciones y desaires, le dió una corta limosna: los venecianos le prestaron sobre prendas dinero y buques: el emperador de Alemania resistió mucho tiempo á sus instancias: en fin, el valor francés y la lealtad religiosa de san Luis le dieron verdaderos socorros.

Coronacion de Balduino. (1239.) Atravesó sin ostáculos, al frente de 60.000 hombres, la Hungría y la Bulgaria. Vatacio, tan prudente como valeroso, se retiró á Asia; Balduino entró en Constantinopla y se coronó. Zúrula le abrió sus puertas, y 13 navios franceses vencieron á 30 griegos.

Los comanos hicieron alianza con el emperador. Los historiadores de aquel tiempo cuentan una ceremonia que muestra la grosería y barbárie de las costumbres. Despues de firmado el tratado, los plenipotenciarios de ambas partes bebieron mútuamente de su sangre: despues hicieron pasar un perro por entre ellos y lo partieron á sablazos, diciendo: «Asi perezca la nacion que viole la fe jurada.»

Conquistas de Vatacio en Bulgaria y Macedonia. (1241.) Este año falleció Irene, muger de Vatacio, cuya virtud era reverenciada en oriente. Tambien murieron Azan el búlgaro, famoso por sus victorias, y el pontífice Gregorio IX. La aparicion de un cometa que precedió á la muerte de estos príncipes, dió nuevo alimento á la supersticion de los pueblos.

Balduino sabia pedir socorros mejor que valerse de ellos: embarazado con el aumento de sus fuerzas, no sacó de él otro partido que retardar los ataques de sus enemigos; y teniendo por gran victoria no ser acometido, dejó el campo libre á la actividad de Vatacio. Este le concedió una tregua de dos

años, y llevó sus armas á Bulgaria, que muerto Azan, era regida por las débiles manos de su hijo, niño de 10 años. Despues de rápidas victorias, penetró en Macedonia, invitó á Teodoro el ciego á una conferencia, le detuvo como en rehenes, y sitió á Tesalónica, defendida valerosamente por el príncipe Juan de Epiro.

La edad y los infortunios habian debilitado el carácter de Teodoro. Cediendo al vencedor y despojándose de la púrpura imperial, se sometió al poder de Vatacio, como tambien Juan su hijo, le reconoció vasallage, y solo conservó el título de déspota de Epiro. Asi el feliz Vatacio llegó á ser dueño de todo el imperio de oriente, á escepcion de Constantinopla, cuando una nueva tempestad, formada en los yelos del norte, detuvo sus armas, y derramó en Asia y Europa el mismo terror que causó en otro tiempo la aparicion de Atila.

Invasion de los tártaros mogoles. (1242.) Este azote formidable, aumentado por muchos años en la oscuridad, se estendió en breve desde las estremidades de la China hasta las riberas del Danubio, desde los mares del septentrion hasta las llanuras de Siria. Una nube innumerable de guerreros selváticos, que se hicieron famosos con el nombre de tártaros mogoles, amenazó al mundo civilizado su completa ruina. El manantial de este torrente devastador fue una pequeña tribu nómade, del mismo origen que los hun-

nos y turcos; tenia por gefe á un pastor, y estaba sometida á la de los tártaros niutches, que era mas numerosa. Reconocian la unidad de Dios, pero sin tributarle culto: vivian errantes y se alimentaban de la carne y leche de sus animales. Su kan, llamado Yesukai Bahadur, murió en 1163 y dejó el gobierno de su tribu á su hijo, de edad de 13 años. Este huérfano, llamado entonces Temugin, se hizo despues harto célebre con el de Gengis. Algunos rebeldes que le atacaron creyéndole niño, encontraron en él un hombre. Temugin peleó intrépidamente contra ellos, no se desalentó por su primer reves, y domó á sus orgullosos rivales. El primer acto de su poder fue un abuso atroz de la victoria: hizo morir á los gefes de los vencidos en calderas de agua hirviendo. Desde entonces no cesó de combatir y vencer, de aterrar el mundo y destruirle. Hungkan, gefe de una tribu vecina, hizo alianza con Temugin, y luego le faltó á la fe jurada. El mogol invadió sus estados, los unió á los suyos, y en cuatro años subyugó todas las tribus tártaras que habitaban el pais terminado al occidente por Casgar, y al mediodia por Tangut. Los niutches se le sometieron tambien: al frente de todas las tribus tártaras reunidas pasó la gran muralla de la China, y conquistó este imperio, al cual pagaba tributo poco antes. Asi en breve tiempo un miserable pastor se hizo dueño y legislador de una gran parte del globo: entonces recibió el nombre de Gengis,

que quiere decir *grande*. Su capital, ó mas bien su campamento, estaba colocada enmedio del gran desierto de Cobi. Sabiendo que sus embajadores habian sido insultados, presos y muertos por el sultan de Karasm, que era entonces el príncipe mas poderoso del Asia, dejó á sus generales el gobierno de China, se pone al frente de un ejército innumerable, devasta la Bucaria y el Korasan, saquea el Karasm, y cubre de ruinas las orillas del Oxo y del Jajartes. En vano Mohamed, sultan de Karasm, se opone con 600.000 hombres á este torrente: una batalla que le dió Gengis, terminó su vida y destruyó su imperio. Entonces fue cuando los turcos del Korasan buscaron asilo en Egipto, aumentaron el ejército de Saladino, y le dieron fuerzas para conquistar á Jerusalen. Los mogoles estendieron su dominio al otro lado del Volga. Gengis, insaciable de guerras y conquistas, quiso llevar sus armas á la India; pero sus guerreros, menos infatigables que él, no quisieron seguir á un príncipe que intentaba llevarlos hasta las estremidades del mundo. Ambicioso y rápido como Alejandro, se detuvo en su carrera por la misma causa que el macedon. Despues de un reinado destructor, se desmembró su imperio; pero este conquistador bárbaro dejó profundos vestigios de su funesto tránsito. En 1227 descansó el azote del mundo en la paz y en el silencio de la tumba. Su legislacion grosera y lacónica pinta su carácter, su nacion y su

siglo. «Pueblos, decia, huid de los deleites: contentaos con poco: amaos unos á otros: sacrificad todo interés privado al general: alimentaos sin distincion ni escrúpulo de todo género de carnes, ninguna es impura: casaos con muchas mugeres para tener mas hijos: encargadles los cuidados domésticos: vosotros no debeis tener mas ocupacion que el manejo de las armas, domar caballos y pelear. No edifiqueis: temed las ciudades que no son mas que cárceles. No os deshonreis hasta el grado de cultivar la tierra: la naturaleza ha destinado á solos los árboles para echar raices. Mudad frecuentemente de mansion: vivid y corred por el mundo exentos de inquietud: en todas partes os dará alimento la leche de los rebaños, y su lana vestido y con que cubrir vuestras tiendas. Cuando por estar muy fatigados necesiteis de un alimento mas sustancial, llenad de sangre el intestino de una oveja, y cocedlo, durante la marcha, bajo la silla del caballo. Despreciad el lujo, y pensad que las pieles y tejidos groseros con que os vestis, han de durar tanto como vosotros.» Gengis Kan dejó cuatro hijos, belicosos y sanguinarios como él, los cuales dividieron sus estados; pero en obediencia de sus órdenes, Octay, el tercero y el mas valiente de ellos, tuvo el título de gran kan, y fue reconocido por sus hermanos como gefe de todo el imperio.

Los mogoles siguieron en el reinado de Octay la carrera de sus conquistas: su sobri-

no Batukan se apoderó de Moscou en 1239, y violando la capitulacion pasó á cuchillo todos los habitantes. Tres años despues destruyó la ciudad de Kiew, y todas las Rusias, tributarias del desierto, veneraron las tiendas rústicas de un tártaro. Batu, estendiendo el círculo de sus devastaciones, asoló á Polonia, Silesia y Moravia, redujo á cenizas la ciudad de Cracovia, destrozó dos ejércitos polacos y silesianos, y entró en Hungría con 500.000 hombres. Bela, espantado, huyó á Esclavonia: Calomano, su hermano, mas animoso, dió batalla á los tártaros, y la perdió. Los feroces vencedores cubrieron de cadáveres diez leguas de camino, devastaron á Bosnia, Servia y Bulgaria, y volvieron por la laguna Meótides á sus desiertos, que quedaron entonces poblados de una multitud innumerable de rebaños y de cautivos. Estas terribles devastaciones aterraban á Europa. El miedo exageraba el peligro, aumentaba las fuerzas, y atribuia á los tártaros formas monstruosas y estravagantes: se decia que su estatura era colosal, que tenian cabezas de perro, y que se alimentaban de carne humana. Federico temblando sobre su trono, imploraba el auxilio de todos los príncipes europeos. Blanca, madre de san Luis, derramaba lágrimas al pie de los altares. Su hijo, valiente y religioso, confiaba en la justicia del cielo y en la fuerza de sus armas. Otro ejército de mogoles se estendió por el Asia, atacó á Gayatodin II, sultan de Iconio, ar-

ruinó la Capadocia y derribó las murallas de Cesaréa. El sultan, despues de haber solicitado sucesivamente los socorros de Balduino y de Vatacio, desarmó á los tártaros con la sumision, y se hizo vasallo y tribùtario del kan. Esta ignominia salvó por entonces el Asia, y los mogoles se retiraron. Vatacio, libre de toda inquietud esterior por la retirada de los tártaros, y la tregua concluida con los latinos y la sumision de los epirotas, buscó, en un activo reposo, nuevo género de gloria. Tan hábil administrador como guerrero feliz, levantó las ruinas del imperio, lo engrandeció con sus conquistas, y la felicidad pública fue la recompensa de sus solicitudes. El Asia, que durante un siglo fue hollada y saqueada por los ejércitos de todas las naciones, solo presentaba el triste espectáculo de familias sin asilo, ciudades sin comercio, campos sin cultivo. El emperador, prodigando sus tesoros, derramó en todas partes el consuelo y la esperanza. Los vastos dominios del príncipe, cultivados cuidadosamente y administrados con economía, fueron para sus pueblos el granero de la abundancia y un modelo de agricultura, que animaban á todos con útiles ejemplos y con beneficios. Vatacio creó un retiro honroso á los inválidos, un asilo á los ancianos y hospitales para los enfermos. Las ciudades salieron de sus ruinas: las campiñas se cubrieron de mieses: los impuestos no desalentaban ya la actividad de los agricultores. «Yo me sus-

tento, decia Vatacio, con el fruto de mi trabajo, y no con la sangre y el sudor de mis súbditos. La riqueza del príncipe empobrece los pueblos. No echaré contribuciones sino sobre el lujo : me someto á la naturaleza, y reino sobre los caprichos.» Los paises dominados por los selgiucides padecian á la sazon una gran carestía; y todo su dinero pasó á aumentar la opulencia del imperio. La emperatriz se admiraba un dia de una corona de perlas y diamantes que le regaló su marido. «¿Cómo, le dijo, un príncipe tan prudente y económico hace un regalo tan suntuoso?» «Lo he comprado, le respondió Vatacio sonriéndose, con lo que ha producido la venta de los huevos que han puesto las gallinas de mis cortijos.»

Mientras este gran príncipe, despues de haber llevado sus armas victoriosas á tantos paises, corria sus provincias para hacer que renaciese en ellas la prosperidad. Balduino, consumidos en poco tiempo y sin utilidad los socorros que habia sacado de Europa á tanta costa, no salió de su ociosidad letárgica, sino para volver á Italia y mendigar de nuevo el auxilio de los príncipes estrangeros.

Conquista de Tesalónica por Vatacio. (1246.) Solo una debilidad afeó la gloria brillante de Vatacio. Vencedor de sus enemigos, se dejó vencer del amor. Despues de haber llorado muchos años á la virtuosa Irene, resolvió por motivos políticos casar con Ana, hija del emperador Federico. Marce-

sina, dama de honor de la nueva esposa, era bella é intrigante: sus gracias sedujeron á Vatacio, y sus artificios lo subyugaron. Arrastrado por su pasion, violó las reglas del deber y de la decencia, dió la púrpura á su manceba, y aumentó el oprobio de su culpa colmándola de honores. Los cortesanos tributaban inciensos al ídolo: el pueblo gemia y callaba. Solo el ermitaño Blémmidas tuvo ánimo para presentar la luz al príncipe ciego. Marcesina, con una comitiva numerosa, fue á su iglesia, y el ermitaño le cerró las puertas. Toda la corte escitaba al emperador á vengar esta ofensa. Vatacio dijo: «No me inciteis contra un hombre justo. El me tendria mas respeto, si yo me respetase á mí mismo.»

No tardó el honor en recobrar sobre él su antiguo ascendiente, y se arrancó del seno de los placeres para tomar de nuevo las armas. La muerte del jóven rey de los búlgaros escitaba turbulencias en Europa. Vatacio pasó á Bulgaria con un ejército, se apoderó de Serres y otras muchas plazas, tomó por asalto á Tesalónica, y dejó en ella por gobernador á Andrónico Paleologo, su gran doméstico.

Conquista de Zúrula por Vatacio. (1247.) Entonces concluia la tregua con los latinos. Vatacio se apoderó de Zúrula, llamada hoy Chiurli, y estrechó mas y mas á Constantinopla. El destino de Vatacio era vencer, así como el de Balduino viajar. En todas

partes exigia honores y mendigaba socorros. Asistió al concilio de Leon, tomó su puesto al lado del Pontífice, y procuró reanimar el celo de los franceses, presentándoles el cuadro de la rápida decadencia del imperio. Volvió á Constantinopla con mas promesas que dineros ni soldados. Los franceses se armaron á la verdad; pero san Luis, mas ganoso de pelear con los mahometanos que con los griegos, llevó sus tropas á Egipto, donde halló el cautiverio juntamente con la gloria debida á su valor y á sus virtudes.

Conquista de Ródas por Vatacio. (1248.) Balduino no tenia fuerzas con que oponerse á Vatacio, y fue testigo inmóvil de sus espediciones. El emperador griego tomó á Ródas, y venció segunda vez al déspota de Epiro.

En este tiempo un hombre, á quien la fortuna le guardaba el imperio, hizo conocer por la vez primera su ambicion, su ingenio y su atrevimiento. Miguel Paleologo, jóven aun, habia adquirido por el esplendor de su familia, por su valor y sus riquezas un gran número de partidarios en el ejército: fue acusado por conspirador: las sospechas y los indicios eran graves; pero no habia pruebas. Los jueces, siguiendo una costumbre tan absurda como antigua, quisieron someterle á la prueba del hierro ardiente. El acusado, para demostrar su inocencia, habia de andar un trecho bastante largo, llevando en la mano sin quemarse una bola

candente de aquel metal. El jóven dijo al metropolitano, que era uno de los jueces: «Yo soy un soldado pecador, muy capaz de combatir con mis acusadores; mas no valgo nada para hacer milagros. Pero si tú, cuyo estado es mas propio para la santidad, quieres darme la bola, yo me convengo en recibirla de tu mano.» Vatacio se rió de la respuesta atrevida de Miguel, y sin convencerse de su inocencia, le dió libertad. Este príncipe empleó los últimos años de su vida en negociar con la santa sede la reunion de ambas iglesias; pero pedia por condicion que Roma abandonase á Balduino, y no tuvo efecto la negociacion.

Muerte de Vatacio. (1255.) La salud de Vatacio era cada vez mas débil. Murió en Ninfeo, ciudad de Lidia, á los 62 años de edad y 33 de reinado. Fue el verdadero restaurador del imperio griego, superior á su siglo, temido de sus enemigos y amado de sus vasallos. Estos honraron su tumba con lágrimas, aquellos con muestras de aprecio y estimacion. Los griegos levantaron en Nicea sobre el paves á su hijo Teodoro Láscaris, que tomó el nombre de Láscaris II. Su padre nunca quiso asociarle al imperio, esperando que no estando seguro de conseguir el cetro, se haria mas digno de llevarle.

Láscaris se mostró belicoso como su padre; pero no heredó ni su habilidad ni sus virtudes. Su primer acto fue confirmar el tratado hecho con el sultan de Iconio, que

era entonces Azodin. Nombró patriarca al ermitaño Blemmidas; pero este hombre austero se negó á abandonar su soledad, y fue elegido en su lugar Arsenio, monge piadoso y ferviente, pero muy ignorante.

Muerte de Batu Kan, rey mogol del Kipzak. (1256.) Láscaris hizo guerra á los búlgaros durante tres años. Al principio fue derrotado, reparó esta pérdida, y obligó en fin al enemigo á pedirle la paz. Durante esta lucha, cuando acababa de tomar á Berea, supo que un ejército numeroso de mogoles desembocaba por Capadocia, y amenazaba el Asia menor. Láscaris atravesó el Helesponto para salirles al encuentro; y quizá le hubiera sido funesta su gloriosa determinacion, á no haber muerto entonces Batu, rey de los tártaros del Kipzak. Su hermano Berke, deseando asegurarse en el trono, volvió con sus tropas á Astracan; y la terrible tempestad que amenazó al oriente, se disipó con la misma presteza que se habia formado.

Láscaris no tenia actividad sino para la guerra, y él mismo mandaba sus ejércitos; pero dejaba el gobierno interior del imperio en manos de Masalon, su privado, célebre entonces por su fortuna y su talento, y despues por su desgracia. Tuvo los empleos de protovestiario y gran doméstico, y en fin, el de protosebasto. Ministro imperioso, alejó de la corte á los personages mas ilustres y aun á los parientes del emperador: hizo mutilar á algunos, desterró á otros, y su altanería le

grangeó tantos enemigos como partidarios
ganaba Miguel Paleologo con su afabilidad.
El emperador, mas á propósito para mandar
un ejército que para gobernar un imperio,
estinguia el sentimiento del honor, tratan-
do con desprecio á los empleados de la cor-
te que no eran militares. El logoteto, ó mi-
nistro de hacienda, se atrevió un dia á de-
cir á Láscaris que le habian engañado: Lás-
caris llamó á dos guardias, les mandó que le
azotasen con varas, y le obligó despues á
asistir al consejo; siendo lo mas estraño de
este caso, que lo trasmitió á la posteridad el
mismo paciente como un suceso ordinario.
Miguel Paleologo, valiente, poderoso, há-
bil, gobernador de Bitinia, estimado de los
grandes, amado de la tropa, y adorado del
pueblo, no tardó en ser objeto de las sospe-
chas de Láscaris. Supo que le iban á pren-
der, y buscó un asilo en Iconio. Creyóse al
ver su fuga, que ansioso de venganza, vol-
veria al frente de un ejército turco; mas Pa-
leologo, ó por patriotismo ó por política,
no pensó en invadir el imperio á cuyo domi-
nio aspiraba. Al contrario, escribió á todos
sus amigos, que abandonasen su causa, sir-
viesen constantemente á la patria, y se con-
servasen fieles al soberano. Los mogoles de
Persia se presentaron en las fronteras de Al-
rum, que así se llamaba el estado del sultan
de Iconio. Azodin dió el mando de su ejér-
cito á Paleologo, que justificó su confianza:
dió batalla á los tártaros, mató por su mano

al general enemigo, penetró en su centro, y desbarató sus filas; pero la traicion de un oficial turco, envidioso de su mérito y fortuna, le robó la victoria. El pérfido huyó con el ala que mandaba, y esta traicion puso en derrota su ejército. Los tártaros asolaron el pais, segun su costumbre.

Victorias de los turcos y griegos contra los mogoles de Persia. (1258.) El sultan de Iconio pidió auxilio á Láscaris, el cual le envió tropas, y volvió á su gracia á Paleologo. Los griegos y turcos reunidos rechazaron á los tártaros.

Al mismo tiempo murió asesinado el rey de los búlgaros, y muchos usurpadores se apoderaron sucesivamente del trono. Constantino Tech, el último de ellos y el mas feliz, casó con la hija de Láscaris, é hizo alianza con su suegro.

Muerte de Láscaris II. (1259.) Balduino II, sin tener parte en ninguno de estos sucesos, continuaba sus viages por Europa, y los latinos, ociosos durante su larga ausencia, permanecian encerrados en los muros de Constantinopla. El emperador griego, despues de vencer otra vez al déspota de Epiro, tuvo un ataque de epilepsia. Los cortesanos, mas propensos á acusar á un rival que á la naturaleza, persuadieron al príncipe que su enfermedad provenia de algun maleficio. Paleologo, indiciado, fue preso, encadenado y traido á los pies del emperador; pero en vez de abatirse por la desgracia ó ame-

drentarse por el peligro, se defendió con tanto brio y elocuencia, que Láscaris enternecido le abrazó, y le dijo: «Si eres inocente, te hago justicia; y si culpado, te perdono.» Pocos dias despues murió el emperador. Los soldados le echaron menos, el pueblo le olvidó, y ambas cosas merecia. Habia casado dos de sus hijas con los caballeros latinos Mateo de Valincourt, y Guillermo, conde de Vintimilla. En el testamento entregó la tutela de su hijo y la regencia del imperio á Jorge Musalon y al patriarca Arsenio, que gozaban de su favor y confianza. Pero antes de morir llamó á Paleologo, á quien temia mas que amaba, y le conjuró que velase por la conservacion de su hijo. Paleologo se lo afirmó con juramento, y ninguno fue violado mas cruelmente. Musalon, encargado de la regencia, y privado del apoyo de su difunto señor, temia el odio público que le amenazaba un fin desastrado. Mostrando una modestia tardía y aquella debilidad que aumenta siempre los peligros, convocó á los príncipes y grandes, y les rogó que le libertasen de un cargo demasiado gravoso para él. Paleologo queria su muerte y no su retiro, y así empleó su crédito para que el consejo rehusase la dimision del regente. Todos elogiaron á porfia al enemigo que iban á inmolar. Nunca habian tomado los cortesanos un lenguage mas servil para disfrazar la venganza: el odio se puso la máscara de la lisonja, y Musalon, embriagado

con el incienso, no vió el precipicio que se abria bajo sus pies.

El regente hizo celebrar con gran pompa las exequias del emperador. Enmedio de la ceremonia se subleva un cuerpo de desertores latinos adictos á Paleologo: á su frente se ponen muchos grandes, despojados en el reinado anterior de sus empleos, ó mutilados por órden de Musalon: todos piden á gritos que se les muestre el nuevo emperador: todos fingen temer por su vida, amenazada, decian, de un regente ambicioso. Estos gritos escitan el furor del pueblo, pronto siempre á incensar sus ídolos y á derribarlos. Corren á la iglesia: rompen las puertas: arrancan del altar á Musalon y á sus hermanos, y los degüellan, como tambien á todos sus amigos; y la tranquilidad no se restablece hasta que se sació la ira. Delibérase despues acerca de la tutela vacante: pretendianla los Láscaris, Tornicios, Cantacucenos, Ducas, Comnenos y otros personages de familias ilustres; pero Paleologo, cuya casa era muy noble desde el reinado de Romano Diógenes, y que descendia por su madre de Aléxis Angel, la obtuvo á pesar de sus rivales. El temor de los soldados, que aun tenian la cuchilla levantada, le ganó los votos. Este príncipe, tan astuto como atrevido, rehusó el honor que se le ofrecia, diciendo que no podia aceptarlo sin el consentimiento del patriarca: deferencia que le hizo amable al clero: el mismo Arsenio, que

hasta entonces se habia opuesto á su eleccion, sacrificó su prudencia, su deber y su pupilo. Asegurado con los juramentos de Paleologo, dejó de ver en él un enemigo del jóven príncipe, y de comun acuerdo se le confió la regencia con el título de gran duque. Apenas fue dueño del erario, lo prodigó para aumentar el número de sus partidarios. Despues de una fingida resistencia á sus deseos, aceptó la dignidad de déspota: quitóse la máscara cuando se vió en el segundo escalon del trono: desterró á los Láscaris, dió á su hermano el empleo de gran doméstico, y repartió entre sus parientes los primeros cargos del imperio. Aunque insultaba á los grandes, tuvo miramiento con el pueblo, y le prometió la reforma de los abusos, siempre esperada y pocas veces conseguida. Miguel, ilustrado por su propia esperiencia, prohibió por edicto los que se llamaban *juicios de Dios*, á saber, los combates singulares y la prueba del hierro ardiendo. Era dueño del imperio, y solo le faltaba la corona para satisfacer su ambicion. En 1260 los grandes y el clero le proclamaron augusto y colega de Láscaris III, su pupilo. Los soldados le levantaron sobre el paves, y el patriarca le coronó en la iglesia de Nicea: ceremonia que no se hizo con Láscaris: lo que era predecirle su triste suerte. El pueblo murmuró; pero Paleologo le distrajo y entretuvo con espectáculos y juegos, y se hizo amar disputando en los torneos con

feliz suceso los premios de la esgrima y de la carrera.

Toma de Constantinopla por los griegos, y ruina del imperio latino de oriente. (1261.) En Nicea recibió una embajada de Balduino que prometia reconocerle por emperador de Asia, con tal que le cediese algunas plazas y provincias. Miguel que conocia su fuerza y la debilidad de su contrario, recibió con desprecio á sus enviados, y no sacaron de él sino respuestas irónicas.

«Esa ciudad, les decia, que me proponeis que os deje, es la patria en que naci, y no puedo cederla. En esotra provincia fui gobernador por la vez primera. Aquella fue donde encontré asilo en mi destierro: en la otra tuve mi cuna: en esta empecé la carrera de la milicia.» «Pero en fin, ¿qué nos dareis?» le preguntaron los diputados. «Nada, les respondió Paleologo con altivez: si quereis la paz, pagadme un tributo igual á las rentas de las aduanas de Constantinopla; si no, tendreis la guerra, y no ignorais que sé hacerla.» Esta respuesta terminó las negociaciones. Paleologo, antes de atacar á Balduino, envió á Epiro un ejército que halló á los epirotas reforzados con las tropas del rey de Sicilia y del príncipe de Acaya. Dióse la batalla junto á Aerida: la victoria estuvo incierta por mucho tiempo; pero al fin el déspota, vendido por uno de sus hijos que huyó, cedió el campo á las tropas de Miguel: el príncipe de Acaya quedó prisionero, y

toda Tesalia se sometió al emperador. Pero al año siguiente resarcieron los epirotas sus reveses, y vencieron á los griegos: Aléxis Estrategópulo, pariente y favorito del emperador, y condecorado por él con el título de césar, cayó en poder del déspota. Paleologo para lograr su cange por el príncipe de Acaya, asentó paces con el señor de Epiro. Libre de este cuidado, dirigió sus armas contra Constantinopla. Balduino, reducido á su capital, tenia bastantes soldados para defenderla, mas no dinero con que pagarlos. En esta estremidad mandó fundir el oro, el plomo y la plata de las iglesias y palacios; abrió un empréstito con los venecianos, y les dió á su hijo en prendas. Paleologo, no detenido en su marcha por ningun ostáculo, atravesó el Helesponto, tomó á Selimbria, y fue recibido en triunfo por los habitantes de las cercanías de Constantinopla, que le aguardaban como á libertador. Asaltó el arrabal de Gálata, que los latinos defendieron valientemente; y cuando se preparaba á dar el segundo asalto, tuvo que pasar al Asia con motivo de otra invasion de los mogoles de Persia.

Estos feroces guerreros, despues de haber destruido bajo las órdenes de Hulacu, su rey, el imperio de los califas de Bagdad en 1258, avasallaron á los selgiucides del Al-rum. El sultan de Iconio Azodin, primero su tributario y despues su esclavo, vino á pedir á Paleologo un asilo y tropas auxiliares. El emperador le recibió con honor, pro-

metió defenderle, faltó á su promesa, hizo negociaciones secretas con los tártaros y asentó treguas con ellos. Al mismo tiempo para apartar á los venecianos de Grecia, hizo alianza con los genoveses sus rivales y enemigos. Encendióse la guerra entre las dos repúblicas, y quedó privado Balduino de todo socorro. Miguel meditaba su ruina: una casualidad la aceleró. Habia enviado al césar Estrategópulo con 800 ginetes mas allá del Bósforo para observar los movimientos de los búlgaros. Apenas se presentó en Tracia este cuerpo, todos los griegos que veian que era llegado el momento de su libertad, se unieron á él, y le formaron en breve tiempo un ejército de 20.000 hombres. Tuvo aviso de que Balduino, con aquella ceguedad que anuncia siempre la caida de los monarcas, acababa de enviar sus mejores tropas y la mayor parte de sus buques á 40 leguas de la capital, á sitiar la fortaleza de Dafnusio, situada en la costa del Ponto Euxino. Aunque el césar no tuviese órden de emprender nada, esta noticia le inspiró el deseo y le dió la esperanza de inmortalizarse con una grande accion. Cubriendo cuidadosamente su marcha y ocultando su infantería en los bosques, se acercó á la caida de la tarde con poca caballería á las murallas de Constantinopla. Sus partidas le traen un griego anciano: pregúntale cómo pudo salir de la ciudad estando las puertas cerradas, y el griego le confiesa que ha salido por un subterráneo ig-

norado que servia de comunicacion entre su casa y los campos. El atrevido césar, sin hacer caso de ningun peligro, entra denodadamente por el subterráneo; y mientras avanza por medio de las tinieblas, sus tropas acometen á las murallas. Los latinos, admirados de este ataque imprevisto, se llenan de espanto al ver á sus espaldas á los enemigos armados dentro de la ciudad. Los gritos «vivan los emperadores Miguel y Juan Láscaris» resuenan, y redoblan su terror. A estos gritos los habitantes griegos de Constantinopla responden con el de *libertad*. Se sublevan, se arman atropelladamente, y la larga opresion hizo mas pronta y fiera la venganza. Por todas partes se arrojan sobre los latinos, los desbaratan y ahuyentan. Balduino, sin honrar su caida con alguna resistencia, se embarca, abandonando para siempre su capital y su trono. Sin embargo, todo podia repararse: perdido el emperador, aun quedaban recursos para salvar el imperio. En aquel momento entraba victoriosa en el puerto la escuadra de Dafnusio: las tropas desembarcaban y se preparaban al combate; pero los soldados que huyeron con Balduino habian prendido fuego á la ciudad: los franceses, desanimados con la fuga del monarca, los progresos del incendio, los gritos de los griegos y las imprecaciones del pueblo, vuelven á su escuadra, despliegan las velas y corren á llevar á Europa la noticia de la ruina completa del imperio latino de oriente.

CAPITULO XXI.

Miguel Paleologo y Láscaris tercero. Andrónico segundo y Andrónico tercero.

Miguel Paleologo y Láscaris III, emperadores. Guerra de Miguel con epirotas, venecianos y aquéos. Traicion del sultan Azodin. Conquista de Sicilia por Carlos de Anjú. Muerte de san Luis. Interrupcion del cisma. Deposicion del patriarca de Constantinopla. Revoluciones en Bulgaria. Azan reconocido rey de Bulgaria por los mogoles del Kipzak. Vísperas sicilianas. Andrónico II, emperador. Prision de Constantino Paleologo y de Estrategópulo el jóven. Decadencia del imperio de los mogoles en Persia. Principios de la monarquia otomana. Guerra de Otman contra los griegos. Victorias de Otman. Espediciones de los aragoneses y catalanes en oriente. Batalla del Pactolo. Asesinato de Rugero y venganza de los catalanes. Division de los catalanes. Los catalanes dueños de Atenas, y los caballeros

de san Juan de Rodas. Victoria de File contra los turcos. Andrónico III, colega de su abuelo. Orcan, sultan de los otomanos. Andrónico III reina solo. Toma de Nicéa por los otomanos. Paz con los turcos. Guerra con los búlgaros. Victoria naval de Andrónico contra los turcos.

MIGUEL *Paleologo y Láscaris III, emperadores.* Apenas huyeron los latinos, se apresuraron los vencedores á enviar esta grande noticia á la residencia imperial de Nimfeo. Un griego mas ligero se anticipó á los demas, llega al cuarto de Eulogia, hermana del emperador, y le cuenta el ataque y toma de Constantinopla y la fuga de Balduino. Eulogia pasa á decírselo á su hermano. Miguel no cree la noticia, ni puede persuadirse á que una ciudad tan fuerte, grande y populosa, defendida por tantos y tan valientes caballeros, haya cedido á tan poca gente; ni que una partida de reconocimiento haya derribado el imperio de los latinos. El correo no tenia cartas de Estrategópulo. Miguel manda prenderle, le promete un magnífico premio si ha dicho verdad, y le amenaza con la muerte si su narracion resulta falsa.

Entretanto la noticia se confirma de un momento á otro: un mensagero trae pliegos de oficio, y presenta al emperador la corona, el manto y los ornamentos de Balduino. Entonces sucede á la admiracion una alegría

universal: mientras mas inesperado era el triunfo, tanto mayor fue el júbilo de la corte, de los grandes, del pueblo y del ejército. Enmedio del gozo público, solamente Tornicio, anciano venerable, calla, suspira y llora; y como todos se admirasen de su tristeza, «Yo veo, dijo, en el fausto acontecimiento que os alegra, el término de nuestros afanes; pero tambien el de nuestra gloria. La mansion en la capital, su lujo y sus placeres corromperán al emperador, afeminarán á los guerreros: un reposo vil sucederá á vuestra honrosa actividad: los turcos se apoderarán de las montañas, y yo preveo que al fin han de hacerse dueños de Constantinopla. Tal es la funesta suerte de los imperios: todos los bienes proceden de los campos, que dan á las ciudades riquezas y esplendor; y estas, en cambio, no les devuelven sino vicios y calamidades.» Mal recibidas fueron estas reflexiones melancólicas de la razon profética por la incrédula vanidad. El tiempo no tardó en justificarlas. Miguel, dueño del imperio por un capricho de la fortuna, entró solemnemente en la capital conquistada, precedido en su marcha por una imágen de la santísima Vírgen, á la cual seguia con los pies descalzos y sin ornamentos imperiales. Los pueblos de Europa eran entonces sencillos y groseros, y no tenian mas diversiones que los banquetes y torneos. Los griegos, cuando volvieron á sus palacios, los hallaron sucios y medio destruidos

por la incuria de los francos durante el tiempo que los habian ocupado. La fuga de los latinos causó en el imperio una revolucion completa: cada griego recobró las casas, bienes y heredades perdidas. Sin embargo, permanecieron en la ciudad muchos comerciantes de Venecia, Génova y Pisa, cada nacion protegida por un bailío ó un cónsul; pero se les sometió á una sobrevigilancia severa. Temiase un ataque de los franceses; y asi el emperador se apresuró á armar escuadras, á aumentar el ejército y á reparar las fortificaciones de la capital. Inquieto por las murmuraciones del clero, restituyó el patriarcado á Arsenio, al cual habia depuesto, y para recompensar dignamente la feliz temeridad del césar Estrategópulo, le permitió llevar una corona de piedras preciosas, y que se hiciese mencion de su nombre, despues del de Miguel, en las oraciones públicas de la iglesia. El patriarca coronó segunda vez al emperador; mas ya los favores de la fortuna y de la gloria habian contagiado el ánimo de Miguel, y la elevacion produjo en él su efecto ordinario, funesto casi siempre á la virtud.

Ingrato y bárbaro, hizo quemar los ojos á su jóven cólega Láscaris, y encerrarlo en el castillo de Dazibizdo, donde acabó sus dias. Este acto de crueldad indignó al pueblo; pero el dolor quedó enmudecido, porque la menor queja se castigaba como crimen de lesa magestad. Miguel mandó cortar la

nariz á un jóven griego, llamado Halobolo, compañero de Láscaris desde su infancia, porque tuvo la imprudencia de manifestar pesadumbre en la ruina de su amigo. Enmedio del terror público, solo el patriarca Arsenio se atrevió á mostrar valor y firmeza: convocó los obispos y les dijo: «Pues los príncipes, magistrados, ciudadanos y soldados rehusan cumplir con su obligacion, cumplid la vuestra y vengad al emperador.» Como todos bajasen los ojos y enmudeciesen, helados de temor, prosiguió: «Nadie, pues, se atreve á cumplir el juramento que ha hecho. Mas yo no seré perjuro: yo levantaré sobre la cabeza del homicida la única espada que Jesucristo ha puesto en mi mano para separar lo justo de lo injusto.» Y pronunció con voz fuerte sentencia de escomunion contra el emperador. Miguel, vencido ya por su conciencia, se somete humildemente al anatema; suplica en vano á Arsenio que le reconcilie con el cielo, y ofrece poner la diadema á sus pies: el patriarca alarga la mano para recibirla. Irritado el emperador se retira y envia embajadores al papa Urbano IV, eligiéndole por árbitro entre él y Balduino, y pidiéndole que terminase el largo cisma de la iglesia oriental. La conquista de Constantinopla no habia libertado al imperio griego sino de una pequeña parte de los peligros á que estaba espuesto. Los príncipes latinos en el medio siglo de su dominacion le habian hecho heridas profundísimas é imposi-

bles de sanar. Habia en Asia muchos señores, dueños de sus ciudades y opresores de los pueblos: las costas del Ponte Euxino obedecian al emperador de Trebisonda. El Epiro pertenecia á un déspota poderoso: los príncipes de Acaya y Tesalia, los duques de Atenas y Corinto dominaban en Grecia. El sistema feudal, contagioso para los grandes, habia mudado las costumbres y la suerte del pueblo. El tesoro estaba sin recursos, el ejército se reclutaba dificilmente: el servicio militar no era constante: habiase perdido hasta la memoria de la táctica y disciplina romana: el imperio no era mas que un coloso quebrantado, y solo la desunion de los enemigos retardaba su ruina.

Guerra de Miguel con epirotas, venecianos y aquéos: (1263.) El primer cuidado del emperador fue enviar un ejército á Epiro: Estrategópulo, que lo mandaba, fue abandonado de la fortuna, vencido y preso. El déspota le entregó á Manfredo, rey de Sicilia y yerno suyo. Ana, hermana de este monarca, y viuda de Vatacio, era entonces cautiva de Paleologo, que estaba perdidamente enamorado de ella; y como no sabia poner freno á sus pasiones, queria tomarla por esposa y separarse de su muger Teodora, aunque tenia de ella siete hijos; pero en esta ocasion halló un ostáculo invencible en la firmeza del patriarca. Arsenio se opuso al divorcio, y Miguel, condenado á ser virtuoso, tuvo que enviar á Ana á Sicilia, recibiendo en cange á

Estrategópulo. En este tiempo se sublevaron los habitantes de las montañas de Nicéa; pero un cuerpo de tropas enviado al Asia comprimió y castigó la sedicion. Entretanto Balduino, que sabia pedir mas bien que reinar, corria la Europa implorando la proteccion de los príncipes. Urbano IV los exhortaba á una nueva cruzada. San Luis no pudo entonces prometer socorros: los venecianos se mostraban mas ardientes, armaban sus bajeles y embarcaban tropas. Villehardouin, príncipe de Acaya, cediendo á sus instancias y á las del Papa, declaró la guerra á los griegos: Macreno, enviado contra él, le venció en muchos reencuentros; pero no tuvo otro premio de sus servicios que el disfavor de la corte y la pérdida de su empleo de camarero mayor. Miguel, echado á perder por la fortuna, exigia de sus generales grandes conquistas, y estimaba derrotas las victorias medianas: sus negociaciones le fueron mas útiles que las armas. Prometió al Papa reconocer su autoridad, y Urbano, satisfecho con esta sumision, abandonó la causa desesperada de Balduino, y prohibió á los venecianos y al príncipe de Acaya continuar la guerra. Venecia desobedeció. Gilberto Dándolo con una armada de 32 buques derrotó á 42 de que constaban la griega y genovesa reunidas. Grimaldi, almirante de Génova, quiso reparar este desastre, y fue vencido de nuevo. En fin, otra victoria decisiva que consiguieron los venecianos de los genoveses jun-

to á Trapano, los hizo dueños del mar. Paleologo renunció á la alianza de los vencidos, y asentó con Venecia una tregua de cinco años.

Villehardouin, príncipe de Acaya, perdido el apoyo de los venecianos, vió caer sobre sí todo el peso y todas las calamidades de la guerra. Miguel le venció, le hizo prisionero y le encerró en una torre donde falleció. Su hija casó despues con el hijo segundo de Carlos de Anjú, rey de Sicilia, el cual logró con este matrimonio pretensiones al principado de Acaya. El príncipe Paleologo, hermano del emperador, y guerrero hábil y valiente, devastó el Epiro: el déspota, vencido en dos combates, se sometió, murió á poco tiempo, y antes de espirar envió su hijo en rehenes á Constantinopla. El emperador, segun el uso establecido por los latinos, dió á los hijos de este príncipe títulos y feudos. La Bulgaria permanecia sometida al usurpador Constantino Tech. El rey Mises, destronado por él, recibió del emperador como resarcimiento el gobierno de Mesembria y la Troade en feudo. Tech, escitado á la guerra por su muger, hermana del desgraciado Láscaris III, marchó contra Miguel, y se apoderó de Mesembria, que le entregó el ingrato y cobarde Mises.

Traicion del sultan Azodin. (1266.) Otro traidor, Azodin, sultan de Iconio, que estaba refugiado en Constantinopla, movió por sus intrigas secretas á los mogoles de Euro-

pa á unir sus fuerzas con las del rey de Bulgaria. El emperador, ignorante de la perfidia, y engañado por la fingida amistad del sultan, fue atacado de improviso, derrotado y espuesto á caer prisionero. No habiendo podido llevarse en la retirada su tesoro, le enterró cerca de la costa, y algun tiempo despues volvió su escuadra para sacarlo. Asaltado por tantos enemigos esteriores, tenia ademas que luchar contra un adversario mas ostinado que todos: este era el inflexible Arsenio que continuaba negándole la absolucion. Fatigado de su constancia, ganó á algunos obispos, convocó un concilio é hizo deponer al patriarca. La virtud y firmeza de Arsenio le habia adquirido muchos partidarios que le permanecieron fieles: su deposicion produjo un cisma, y los arsenistas fueron por muchos años un partido peligroso en la iglesia y en el estado griego.

El emperador, rodeado de enemigos belicosos, procuraba desunirlos; y para tener un apoyo contra los bárbaros, hizo alianza con Nogaya, general de los mogoles de Europa, y con el sultan de Egipto. El miedo á los latinos era mas poderoso en los corazones de los griegos que el espíritu de la religion, y aborrecian mas á los católicos que á los musulmanes. El poder de los sultanes de Egipto era cada dia mas formidable por la milicia escogida de los mamelucos, ó jóvenes cristianos cautivos que compraban de to-

das partes, pero señaladamente de Circasia; la cual adquirió por sus hazañas y osadía estraordinaria celebridad. Cada dia se debilitaba la fuerza de los cristianos en oriente, y se aumentaba la de los musulmanes. La anarquía del imperio, el lujo de la capital, la codicia de los grandes y las concusiones de los gobernantes oprimian y desalentaban á los pueblos: cuando el poder de los árabes, pasando á los turcos y de estos á los mogoles, conservaba su fuerza primitiva, y la unidad y sencillez del gobierno musulman ponia inmensos recursos en manos de cualquier conquistador hábil y valeroso. Las provincias imperiales de Asia carecian de habitantes y estaban llenas de ruinas. Los propietarios, oprimidos por impuestos, abandonaban sus propiedades al erario: las necesidades de la capital concentraban y consumian las riquezas del imperio; y se iban verificando por instantes las predicciones funestas de Tornicio. Sin embargo, no le faltaba actividad á Miguel; pero el genio mas vasto no hubiera quizá impedido la destruccion de aquel imperio. Nombró por patriarca á Germano, obispo de Andrinópoli: no tardó en estar descontento de él, y dió el patriarcado á José su confesor, el cual dió al monarca la absolucion pública, y redobló con este acto el odio violento de los partidarios de Arsenio.

Conquista de Sicilia por Cárlos de Anjú. (1268.) El fanatismo tramó una conjuracion contra Miguel: el mismo asesino que de ór-

den suya habia muerto á Musalon, atentó contra sus dias. Este delito fue descubierto á tiempo y castigado.

En esta época emprendió la conquista de Sicilia Carlos de Anjú, hermano de san Luis. Miguel intervino en esta guerra, y envió tropas á Manfredo, que á pesar de este socorro perdió la corona y la vida.

Muerte de san Luis. (1270.) Esta revolucion amenazaba al oriente con nuevos peligros. El papa, aliado de los franceses, hizo un repartimiento eventual de los estados de Paleologo entre Balduino y Carlos de Anjú. San Luis acababa de desembarcar en Africa al frente de un poderoso ejército. Receloso el emperador, que despues de lograda esta espedicion, que se dirigia contra Túnez, emplease el rey de Francia todas sus fuerzas á favor del imperio latino, aumentó su ejército, multiplicó las contribuciones para llenar su tesoro, y buscó alianzas. Al mismo tiempo envió embajadores al campamento de san Luis para apartar sus armas de los estados griegos; pero cuando llegaron á la playa de Túnez, encontraron al rey de Francia en los brazos ya de la muerte: Carlos de Anjú tuvo que suspender sus proyectos de hostilidad, y dejó gozar al imperio de algun reposo.

Esta tregua pasagera fue turbada por la sublevacion de un sobrino del emperador, que imploró el auxilio de los tártaros, se unió con ellos á un hijo bastardo del último dés-

pota de Epiro, y sublevaron una parte de Grecia. Juan, hermano del emperador, y su mejor general, marcha al frente de 40.000 hombres contra los rebeldes, los derrota en muchos reencuentros, los persigue y dispersa. El bastardo de Epiro, rodeado por sus tropas, se escapa disfrazado de caballerizo, y se refugia en la corte de Juan de la Roche, duque de Atenas, que le da nuevos soldados. Los imperiales despues de la victoria se entregaban con imprudente seguridad á los desórdenes del saqueo y la disolucion. El bastardo los acomete de improviso con los atenienses, hace en ellos terrible matanza, y los destruye casi enteramente. Juan se embarca con las reliquias de su ejército, y huye. Su derrota anunciaba una revolucion, y ya la consternacion y el terror dominaban en Constantinopla cuando llegó la noticia de que Juan habia derrotado la escuadra veneciana, desembarcado de nuevo en Grecia, y sorprendido y ahuyentado á los rebeldes. No tardó en volver á la capital; pero su última victoria no le consoló del terrible desastre causado por su imprudencia. Avergonzado de su derrota, y mas severo con su falta, que agradecido el emperador á sus servicios, se castigó á sí mismo renunciando al título y á los ornamentos de déspota que Miguel le habia dado. Poco tiempo despues casó el emperador á su hijo mayor Andrónico con la hija de Estévan V, rey de Hungria, le asoció al trono y mandó coronarle. El nue-

vo emperador se mostró bajamente envidioso de su tio Juan, y manifestó así cuán poco digno era del cetro: insultó y despreció á aquel ilustre guerrero; y todos sus cortesanos hicieron lo mismo, de modo que se podia creer hombre de mérito el que fuese mal visto de Andrónico y de sus palaciegos. Miguel, temiendo siempre la venganza de los latinos, creia asegurar su sosiego multiplicando alianzas, que el interes rompe con tanta facilidad como las hace. Casó una de sus hijas con el rey de los búlgaros: solicitó la amistad del kralo ó *gefe* de los servios con presentes magníficos. Este príncipe bárbaro, al tiempo de recibirlos, hizo entrar á los embajadores griegos en el aposento de su nuera, que vestida de lana basta estaba ocupada en hilar. «Este es, les dijo, el adorno y diversion de las mugeres servias: los hombres no usan mas galas que las armas, ni tienen mas fiestas que los combates.» El emperador, prometiendo al papa la reunion de las dos iglesias, logró que templase con su mediacion el ardor belicoso del rey de Sicilia. Habiendo dividido con sus negociaciones á los enemigos, atacó á los venecianos y genoveses, y les quitó la isla de Negroponto. En esta época murió el príncipe Juan atormentado de los desaires que continuamente sufria. En él perdió el imperio su fuerza, y su gloria el emperador.

Interrupcion del cisma. (1274.) Los griegos fueron derrotados por el bastardo de

Epiro. Balduino terminó su vida, notable solamente por infortunios, fugas y peregrinaciones. Arsenio murió el mismo año; pero su nombre continuó dominando en un partido numeroso, y su sombra aterró mas de una vez al emperador. En fin, este príncipe, no pudiendo vencer por la persuasion el fanatismo de los griegos, le acometió con la autoridad, y á pesar de la oposicion de una gran parte de su clero, envió embajadores al concilio de Leon, donde en presencia de 500 obispos, 70 abades y un gran número de sacerdotes y señores, se reunieron los griegos á la iglesia romana, reconocieron la supremacía del pontífice, y repitieron tres veces con los padres del concilio estas palabras: «El Espíritu santo procede del Padre y del Hijo.»

Deposicion del patriarca de Constantinopla. (1275.) El patriarca José, que habia absuelto al emperador de un homicidio con tanta facilidad, no le perdonó que restituyese la paz á la iglesia: se declaró contra la union, y fue depuesto. Sucedióle Veco.

Revoluciones en Bulgaria. (1277.) Una nueva revolucion estalló entonces en Bulgaria: Tech habia muerto, y la reina María adoptó al principio por sucesor á Venceslao, pariente de su esposo; pero descontenta de él, porque queria hacerse independiente, lo mandó asesinar, y se apoderó del cetro. Este homicidio escitó una murmuracion general: Lacánas, hombre del pueblo, infla-

ma los ánimos, los incita á la rebelion, se pone al frente de los conjurados, derriba á María del trono, y se ciñe la corona. El emperador Paleologo envió contra él á su yerno Azan, hijo de Míses, y entrambos rivales, despreciando el uno la proteccion y el otro la ira de Miguel, imploraron el auxilio de Nogaya, general de los mogoles de Europa.

Azan reconocido rey de Bulgaria por los mogoles del Kipzak. (1278.) El tártaro los recibe con iguales honores, toma sus regalos, les da un banquete, se embriaga con ellos, se declara juez de su causa, adjudica la corona á Azan, y manda cortar la cabeza á Lacánas.

Azan, pasando súbitamente del terror á la alegría, salió con presteza de los estados de su temible protector, y entró victorioso en Bulgaria; mas no tardó en ser destronado por un rebelde llamado Terter, que se apoderó de la corona y la conservó.

Vísperas sicilianas. (1282.) El papa habia rehusado á Carlos de Anjú el permiso de pelear contra Miguel; pero informado de la resistencia del clero griego á la reunion de las iglesias, se creyó engañado por el emperador, y le escomulgó. Desde entonces fueron inútiles todos los esfuerzos de Paleologo para conservar la paz. Carlos de Anjú, reunido con otros príncipes latinos, marcha para derribar de nuevo el trono de oriente, y acometen á Belgrado con poderoso ejérci-

to: los griegos acuden en socorro de la ciudad, y vencen y ahuyentan á los enemigos. Carlos, que ya se creia dueño de la Grecia, volvió humillado á Sicilia. Desde la reconquista de Constantinopla no habia logrado Miguel un triunfo mas glorioso: algunos reveses, sin embargo, alteraron su júbilo. Andrónico fue vencido por los turcos que se apoderaron de Trálas; pero la fortuna, siempre favorable á Miguel, le libertó de su mas peligroso enemigo.

Los sicilianos, cansados del yugo de los franceses, se libertaron de él, no con magnánima osadía, sino con un crimen infame y atroz. El emperador Paleologo, aunque lejano del sitio donde pasó tan sangrienta escena, fue el pérfido instigador, el secreto confidente y cómplice de la maldad. Habia recobrado de los latinos muchas islas del Archipiélago, y una parte de la Morea; pero su solicitud por disolver la cruzada que Urbano queria armar contra él, le produjo tantos enemigos interiores, cuantos eran los de fuera, que neutralizó interrumpiendo el cisma. El clero y el pueblo griego le aborrecian por eso: los obispos de sus estados resistieron á la autoridad del papa y á la suya, le declararon por herege, y lanzaron anatema contra él. Habia sido escomulgado por homicida, y lo fue de nuevo por solicitar el bien de la Iglesia y del estado. Los principes de Trebisonda, Etolia, Epiro y Tesalia se unieron contra él á los latinos de Ne-

groponto, Atenas y Tebas. El fanatismo le persiguió en su palacio y hasta el seno de su familia: su hermana Eulogia y su sobrina María, reina de los búlgaros, protegian y escitaban á los descontentos. Miguel, estimulado por la ira y el temor, que son los dos consejeros peores de los reyes, empleó la tiranía contra la resistencia, puso en prision á los disidentes, confiscó los bienes de los descontentos, persiguió á cuatro príncipes de su familia, y condenó á muchos á perder la vida ó los ojos. Mas no por eso dejaba Cárlos de Anjú de preparar sus armas contra él: entonces, amedrentado de la tempestad que le amenazaba, se aprovechó con ardor de la ocasion que se le presentaba para libertarse por medio del asesinato de un rival formidable. Juan de Proquita, despojado por Cárlos de sus bienes, juró la venganza: era un hombre dotado de los grandes vicios y de las grandes cualidades que dan origen á las revoluciones: atrevido, ostinado, implacable, activo, hábil, astuto, elocuente, no reparaba en la naturaleza de los medios, con tal que consiguiese el fin. Disfrazado ya de religioso, ya de mendigo, fomenta el descontento de los barones de Sicilia: va á España, da á Pedro, rey de Aragon, la brillante esperanza de destronar á Cárlos: vuelve á Italia, y logra del papa Nicolás un decreto para transferir á la casa de Aragon el reino de Sicilia. Vuelve á Zaragoza, y hace preparar una escuadra de intrépidos catala-

nes, que despues se hicieron tan famosos en el Mediterráneo. El objeto ostensible del armamento fue atacar las costas de Berbería, y el verdadero la conquista de Sicilia. Proquita va en fin á Constantinopla, espone sus planes á Miguel, y le empeña á favorecerle con su armada para descargar sobre aquella isla la tempestad que amenazaba al oriente. Lo que parece inconcebible es que Proquita pudiese, durante dos años, tener oculta en el mas profundo secreto su inmensa conjuracion, en la cual entraban tantos príncipes, consejeros, señores, y aun ejércitos. Todo en fin estaba preparado: el hábil conspirador eligió para ejecutar su designio una de aquellas circunstancias que inflaman y enfurecen el ánimo del pueblo: el dia antes de Pascua algunos soldados franceses ultrajan en Palermo á una doncella noble. Proquita da el grito de la venganza: la campana que debia tocar á vísperas, toca á rebato: el llamamiento á la oracion es la señal del asesinato. Los conjurados esparcidos por la ciudad escitan la rabia del pueblo, y le dan armas: son degollados 8.000 franceses, Cárlos de Anjú huye, su escuadra es destruida por la griega y la catalana, y Pedro de Aragon es proclamado rey de Sicilia. Nunca se subió al trono por escalones mas ensangrentados, y las vísperas sicilianas serán en la posteridad una mancha indeleble para el moderno Catilina que formó el plan de la conjuracion, para los príncipes que la favorecieron, y pa-

ra el rey ambicioso que se aprovechó de ella (1). Esta matanza cubrió á Italia de ignominia y á Francia de luto, y causó en el oriente un regocijo bárbaro. El mismo año Juan Comneno, emperador de Trebisonda, dejó la púrpura, y se sometió á Paleologo.

El emperador, libre ya por la fortuna ó por el crimen de la mayor parte de sus rivales, salió de su capital para pelear contra el príncipe de Tesalia, acompañado de un numeroso cuerpo auxiliar de mogoles que le

---

(1) *En este pasage echamos menos la imparcialidad del Conde de Segur con que en otras ocasiones suele culpar á los franceses sus defectos. En el cuadro de las vísperas sicilianas olvida la parte que tuvieron en aquel horrible suceso el carácter violento de Cárlos de Anjú, y la conducta tiránica de los franceses en un pueblo acabado de conquistar con usurpacion inícua, y en el cual habian asesinado jurídicamente á los últimos príncipes de la casa de Suavia: olvida tambien los derechos que tenia Pedro de Aragon al trono de Sicilia por su muger Constanza, hija de Manfredo. Es imposible justificar en moral la conspiracion de Proquita y la matanza de las vísperas; pero si la traicion y el asesinato pudiesen alguna vez ser disculpables, los crímenes políticos de Cárlos, los escesos de los franceses, y la desesperacion de un pueblo, á quien ademas de su dinastía se le quitaban los bienes y el honor, bastarian á escusarlos; y la historia no debe omitir la narracion de las circunstancias atenuantes. (N. del T.)*

envió Nogaya con la esperanza de botin, y que le causaba mas temor que confianza. Al llegar á los confines de Tracia, cayó enfermo y se retardó la marcha: los tártaros, impacientes de pelea, y mas que todo deseosos de saquear, creyeron que la enfermedad de Miguel era un pretesto inventado por el temor. El príncipe, ya moribundo, tuvo que dejarse ver de ellos, y refutar la injusticia de quejas tan insolentes con el espectáculo de su agonía. Despues de este acto de debilidad espiró. Miguel Paleologo, elevado á la clase de grande hombre por sus hazañas, y al poder supremo por sus crímenes, fue siempre valiente en la guerra, disimulado en la corte, pérfido en las alianzas, implacable en las enemistades. Sus vicios afearon sus grandes cualidades: la caida de la dinastía latina hizo célebre su nombre: levantó el trono de los griegos, mas no pudo levantar el imperio. La pobreza del tesoro le hizo cometer una de aquellas faltas irreparables que aceleran la ruina de los estados. Hasta su reinado estuvieron exentos de contribuciones los habitantes de los paises montuosos de Asia; y en recompensa de esta exencion, formaban una milicia temible, armada siempre, y encargada de defender su frontera. El emperador les quitó sus privilegios; y aquel ostáculo inespugnable que por tantos siglos detuvo la marcha de los persas, árabes, turcos y mogoles, desapareció. Allanado, por decirlo asi, el monte Olimpo, se esparcie-

ron como un torrente por el imperio los escuadrones otomanos, y lo destruyeron en breve. La reunion de las iglesias griega y latina no duró mas que la vida de Paleologo. Apenas murió, Constantinopla volvió al cisma, y aun se dice que el odio contra Miguel llegó al punto de negar á su cadáver, no solo los honores debidos á los monarcas, sino tambien los que tributa la piedad al cristiano de mas abatida estraccion.

Andrónico II, emperador. (1283.) Andrónico, cuya ciencia y habilidad celebran los escritores eclesiásticos de Grecia, porque favoreció el cisma contra los católicos, era un príncipe débil, sin esperiencia y supersticioso. Asustado de los peligros que le rodeaban, y contra los cuales no habia mas remedio que la firmeza y el valor, era incapaz de formar y seguir grandes designios. En su reinado se hundió el imperio por todas partes, como un bajel combatido de la tempestad sin piloto, cediendo á todos los vientos, y estrellándose contra todos los escollos. Su primer cuidado fue alejar del imperio á los tártaros. Hizo la paz con Juan Ducas Comneno, príncipe de Tesalia, contra el cual deseaban pelear los bárbaros: cuya codicia satisfizo, enviándolos con una parte de sus tropas á la Servia para que la devastasen; teniéndose por feliz en alejar de su lado las armas que su timidez le impedia rechazar. Volvió á Constantinopla, cedió á las instancias de Eulogia, hermana de su padre,

al fanatismo del pueblo y á las amenazas del clero: depuso al patriarca Veco, restituyó á José, renovó el cisma y rompió la union con Roma. Terter, usurpador de la corona de Bulgaria, le amenazó con guerra: Andrónico hizo alianza con él bajo las condiciones que dictó el búlgaro.

El déspota de Epiro volvió á tomar las armas: la fortuna favoreció las de Andrónico: sus generales sorprendieron al déspota que se habia adelantado imprudentemente á reconocer el campamento imperial, le hicieron prisionero, y le llevaron á Constantinopla. Este príncipe, prefiriendo la muerte al cautiverio, puso fuego al palacio donde estaba preso, y pereció entre las llamas. Murió el patriarca José, y le sucedió Jorge el cipriota. Entonces fue completo el triunfo de los arsenitas, é hicieron trasportar con gran solemnidad á Constantinopla el cadáver de Arsenio, que fue recibido por el pueblo con una veneracion que casi tocaba en idolatría. El emperador casó en aquel mismo año con Irene, hija del marques de Monferrato. Mientras que la corte se entretenia en fiestas y ceremonias, los tártaros amenazaron de nuevo á Tracia y Macedonia, y se presentaron en gran número en el monte Hemo. No hallando ningun ejército que les resistiese, la misma imprevision del emperador les inspiró una seguridad funesta, y se esparcieron desordenadamente por la llanura. El gobernador de Mesembria, al

frente de su numerosa guarnicion, salió una noche de la ciudad, cayó sobre ellos de improviso, y los destrozó.

Prision de Constantino Paleologo y de Estrategópulo el jóven. (1292.) Libertado momentáneamente de todos sus enemigos, Andrónico recorrió las provincias del imperio, dando á sus ruinas el triste espectáculo del lujo y despotismo de su corte. Estando en Nimfeo la viuda del césar Estrategópulo faltó al respeto á la muger de Constantino Porfirogeneto, hermano del emperador, y este príncipe orgulloso la mandó herir con varas. El jóven Estrategópulo, su hijo, queria vengarla. Andrónico, irritado por las murmuraciones de la corte, y al mismo tiempo asustado de la osadía de los dos príncipes, convocó el senado, acusó á su hermano de conspirador, y á Estrategópulo del crimen de lesa magestad, y fueron condenados por un decreto á prision y á confiscacion de bienes.

Bajo este débil príncipe fueron violentísimos los partidos. Sucedió al patriarca Jorge, Atanasio, sumamente fanático, é implacable contra los católicos: gobernó la iglesia griega como un tirano, persiguió á todos los que habian favorecido la reunion ó sometídose á ella; y en todas partes, como en tiempo de las primeras persecuciones, se veian delatores, víctimas y suplicios. Andrónico autorizaba estas violencias; pero su mismo esceso les puso fin: la indignacion pública

obligó al fogoso Atanasio á hacer dimision de su dignidad. El emperador, desengañado tarde, cayó en otro esceso, y fue aborrecer sin escepcion á todo el clero cismático. Decia: «Juzgo de todos por algunos, asi como se juzga de la amargura del mar por la de una gota.» Nada era constante en este príncipe móvil, sino el miedo. Pero siéndole preciso nombrar un patriarca, recayó su eleccion en Juan, hombre anciano, moderado y benéfico, que por algun tiempo puso fin á las disensiones. El emperador, con el designio de asegurar su tranquilidad, mandó coronar á Miguel, el mayor de sus hijos, y dió el título de déspota á Juan, que era el segundo. Su imaginacion tímida, anticipándose á los peligros, los aceleraba. Queria que el patriarca escomulgase á los que no reconociesen al nuevo emperador: el sacerdote, mas prudente que el monarca, se negó á obedecerle. Solamente la division de los enemigos del imperio retardaba su caida: este árbol sin raices solo esperaba un viento que le derribase. Nogaya, príncipe mogol, enviado por el kan del Kipzak á la orilla meridional del Danubio, se habia hecho independiente en los paises conquistados; pero Toctagu Kan, emperador de los mogoles del Kipzak, le hizo guerra, le venció y le dió muerte. Zácas, hijo de Nogaya, se escapó á Bulgaria con las reliquias del ejército vencido; y reuniéndose allí á un partido de malcontentos, que obedecian á Venceslao, su-

blevó á los búlgaros, y logró la corona. Venceslao lo asesinó y pidió socorro á Andrónico, que envió á Azan con algunas tropas. Este arrojó del pais á los mogoles; y Venceslao, despues de haberse valido de su auxilio, peleó contra él, le venció y se apoderó del trono.

La autoridad imperial era despreciada aun en Constantinopla. Las escuadras venecianas y genovesas se dieron combates en el mismo puerto; y el emperador, demasiado débil para reprimir esta osadía en que ambas repúblicas ultrajaban su dignidad, unió sus armas á los genoveses: los venecianos fueron derrotados, y se vengaron poniendo fuego á la ciudad. En esta época nació en las montañas de Bitinia una potencia formidable, que terminando las divisiones de los mahometanos, conquistó el Asia menor, la Tracia, la Grecia, y destruyó en pocos años el imperio de oriente.

Decadencia del imperio de los mogoles en Persia. (1294.) Los emperadores mogoles de Persia, cuya dinastía tuvo por gefe al célebre Hulacu Kan, el conquistador de Bagdad, estaba ya en su declinacion despues de tres reinados. Ganjatu Kan, su nieto, fue asesinado por los grandes de la monarquía que se hicieron dueños del poder, crearon y depusieron reyes á su arbitrio, dividieron la Persia en pequeñas soberanías, y estuvieron constantemente en guerra civil durante un siglo hasta la conquista de este vasto pais

por Timurbek. Gazan, uno de estos efímeros monarcas, invadió á Siria al frente de un cuerpo de turcomanos ó carismios, que incorporados ya con los mogoles, talaron toda esta provincia, y saquearon á Jerusalen.

Al mismo tiempo estaba próximo á su ruina el imperio de los selgiucides en el Alrum ó Asia menor. Gayatodin IV, por otro nombre Masud, hijo de Azodin, sultan de Iconio, hizo el último esfuerzo para restablecer su monarquía subyugada por los mogoles de Persia. Reunió cuantas tropas le fue posible, atacó á Argun, rey de dichos mogoles, junto al Ponto Euxino, fue derrotado, y voló con las reliquias de su ejército vencido á vengar su rabia contra Amur, gefe selgiucide, que se habia hecho independiente en el pequeño pais de Mármara, cercano á la Propóntide: derrotó á este príncipe, le degolló igualmente que á sus hijos, escepto á uno llamado Alí, que pudo escapar de la matanza. Este juró vengar á su familia, reunió bajo sus banderas un gran número de turcos, persiguió á Masud, le venció y dió muerte. En Masud acabó, propiamente hablando, la dinastía de los selgiucides del Alrum; pues Kaicobad Aladin fue mas bien que rey un fantasma, puesto por Gazan, rey de los mogoles de Persia, para tener sumisos á los turcos.

Principios de la monarquia otomana. (1296.) En el desórden y confusion que se hallaba el imperio de los selgiucides, se hi-

cieron independientes los gefes de las tribus turcas, y ocuparon las montañas del Asia menor, no defendidas ya desde el reinado de Miguel Paleologo por las milicias griegas. Despues de largos combates entre todos los emires, dueños del monte Olimpo, y por consiguiente asegurados en la posesion del Alrum, repartieron entre sí las provincias y aun las conquistas que meditaban hacer. La Paflagonia tocó á Alí, hijo de Amur: Iconio á Germian: Catamon á Soliman bajá y á su hijo Ibrahim: la Misia á Calam: Magnesia á Sarcan: la Frigia á Caraman, que dió su nombre á la Caramania; y en fin, la Bitinia á Otman, el cual en poco tiempo fue el mas poderoso de los emires, usurpó sus posesiones; y muerto Kaicobad á manos de los mogoles, de cuyo dominio queria sustraerse, fundó la célebre dinastía de los otomanos que conquistaron á Constantinopla, y que reinan en ella todavia. Al fin del siglo XIII, en 1296, aprovechándose Otman de la afeminacion de los griegos, bajó del monte Olimpo con la furia del rayo, y desplegó en Bitinia sus temibles banderas. Este torrente debió detenerse con el valor, y se le opuso no mas que la alevosia.

Guerra de Otman contra los griegos. (1298.) El general griego que mandaba en aquellos paises, convida al banquete de una boda á los oficiales turcos mas distinguidos con intencion de degollarlos, y principalmente con la esperanza de hacer prisionero

á Otman: este descubre la traicion, disimula su enojo, acepta el convite, oculta cien guerreros en un bosque, y va á la boda acompañado de cuarenta soldados jóvenes disfrazados de mugeres. Enmedio de la fiesta, anticipándose al golpe que le preparaban, da la señal, acomete á los griegos, los mata y roba la novia, que fue despues muger de su hijo Orcan y madre del famoso sultan Amurates. Desde este dia juró Otman aborrecimiento y guerra eterna á los griegos.

Sin embargo, la energía que los griegos habian mostrado durante el reinado de los latinos para recobrar su independencia, no estaba apagada enteramente en los ánimos, y otro príncipe que no fuese Andrónico, la hubiera empleado con mucha utilidad. Aléxis Filantropeno detuvo los progresos de Otman, al frente de un pequeño ejército. Su actividad, denuedo y victorias le hicieron el terror de los turcos; pero Andrónico, tímido y rodeado de cortesanos envidiosos, llevó á mal la gloria que no podia adquirir, y se asustaba de su defensor mas que de sus enemigos. Así, pues, desfavoreció á Aléxis: este no pudo disimular su descontento, y pidió su retiro. Atribuyóse á delito su dimision: acusósele de conspiracion: la injusticia produjo el peligro que afectaba temer, y el ejército indignado proclamó emperador á su general. Aléxis, despues de resistir algun tiempo á los deseos de los rebeldes, aceptó el poder supremo, pero rehusó el título: este

partido medio le fue peligrosísimo, como lo es siempre en semejantes circunstancias. Los cretenses, que servian en su ejército, creyeron que su oposicion encerraba el designio secreto de vender las tropas, y separarse de ellas cuando se le presentase la ocasion, y juraron su ruina. Libadero, enviado por el emperador contra él, se adelanta para pelear: los cretenses prenden á Filantropeno y le entregan á sus enemigos, que le privan de la vista.

Victorias de Otman. (1301.) El mando de las tropas de oriente fue confiado á Juan Tarcaniotes. Este general reformó el lujo y restableció la disciplina en el ejército, y se mostró capaz por su valor y firmeza de defender el imperio; pero como era católico, fue asesinado por el obispo cismático de Filadelfia. Asi el fanatismo, la envidia, la debilidad y la traicion derribaban sucesivamente todos los diques que podian oponerse todavía á los progresos de la potencia otomana.

Andrónico esperaba mas de las alianzas que de las armas. Buscando protectores en todas partes, quiso dar á su hermana por esposa al kralo de Servia: la princesa, mas altiva que él, rehusó la mano de un gefe bárbaro. El emperador le envió su propia hija, á pesar de la oposicion del patriarca Juan, que sin respeto á la dignidad imperial le censuró públicamente. Insultado por el clero, dominado por los cortesanos, y poco respetado de su familia, dió origen á cismas en la

Iglesia, á intrigas en la corte, á murmuraciones en la capital, á desaliento en el ejército. Los turcos, validos de estos desórdenes, corrian y talaban sin ostáculo las provincias mas opulentas del imperio. En esta calamidad ofrecieron sus armas al emperador 16.000 alanos: aceptó este socorro peligroso; y los bárbaros, mas atentos al botin que á las lides, robaron indiferentemente á sus amigos y enemigos. Todos huian de los turcos, al mismo tiempo que una escuadra veneciana insultaba impunemente á Constantinopla. El amor de la patria y de la gloria habian perdido su imperio, como tambien la religion verdadera, de la cual solo se conservaban algunas prácticas.

Espedicion de los aragoneses y catalanes en oriente. (1303.) La suerte le presentó un célebre guerrero que retardó su ruina. Rugero de Flor, aventurero feliz, soldado intrépido, ambicioso y atrevido, fue al principio de su carrera templario, luego general distinguido en las tropas del emperador Federico II; y la guerra de los aragoneses contra los angevinos en Sicilia acrecentó su fama y su fortuna. En aquel siglo de feudalismo, ignorancia y caballería, ninguna potencia se gobernaba por principios fijos, ni se sostenia con ejércitos regulares: la guerra se reducia á invasiones, y los tratados á treguas. A pesar de algunos monarcas justos, como san Luis, la fuerza era el derecho, los pueblos nada, y el valor se estimaba en mas

que las virtudes. Mil ejemplos habian probado, que solo la espada es la reguladora del destino de los imperios. Los reinos, principados y señoríos conquistados por los lombardos y normandos en Italia, por los cruzados en Palestina y Siria, por los latinos en Grecia y el Archipiélago, presentaban un campo vastísimo á la osadía y á la ambicion. No habia novela heróica que no estuviese acreditada por la historia: cualquier jóven guerrero podia tener, sin parecer loco, esperanza de hallar en las espediciones militares mucha gloria y fortuna, y quizá un trono. En tiempo de paz solo algunos soberanos licenciaban sus tropas; pero en todas partes, y principalmente en Italia, habia una multitud de aventureros siempre armados, que ofrecian su sangre y su valor á los príncipes y á las repúblicas que querian servirse de sus espadas. Tal vez, cuando no estaban á sueldo de ningun estado, hacian la guerra por su cuenta.

Rugero de Flor, el mas atrevido de estos capitanes, reunió en Sicilia 8.000 entre aragoneses y catalanes, que ya eran gravosos al rey de aquella isla Fadrique de Aragon, hecha la paz con el rey angevino de Nápoles, y pasó á socorrer á los griegos contra los turcos. Andrónico le recibió con los brazos abiertos, le concedió la dignidad de megaduque (gran duque), y le dió en matrimonio una de sus sobrinas. Estos favores escitaban la envidia de los cortesanos; pero el temor los

reducia al silencio. Rugero justificó con brillantes victorias la confianza del emperador.

Batalla del Pactolo. (1305.) El emir Caraman tenia sitiada á Filadelfia: los catalanes le dieron batalla junto al Pactolo, consiguieron la victoria y libertaron la ciudad. Rugero atravesó el Asia menor, arrollando á los turcos, y los venció en otra batalla dada en los desfiladeros del monte Tauro, que separan á Cilicia de Armenia. Su tropa, compuesta de hombres escogidos y probados en mil combates, sembraba el terror en los enemigos. Nada igualaba á la fuerza y agilidad de los almugabares, nombre que se daba á la infantería aragonesa: cuando sacaban las espadas para entrar en batalla, golpeaban con ellas la tierra, y decian: *despierta hierro*; y este grito terrible anunciaba casi siempre la victoria. En poco tiempo estos 8.000 valerosos rechazaron á los otomanos, aseguraron las fronteras del imperio, y le dieron una sombra de tranquilidad.

La guerra habia probado cuan útiles eran los servicios de soldados tan valientes: en la paz solo se conoció su importunidad. Acuartelados en Galipoli pidieron sus pagas: el emperador los llamó codiciosos: ellos con mas razon le llamaron ingrato: un pronto rompimiento fue el resultado de estas contestaciones; pero apenas los catalanes amenazaron, cedió el emperador.

Asesinato de Rugero, y venganza de los catalanes. (1306.) Rugero, reconciliado con

Andrónico, obtuvo el título de césar, y dióse el de megaduque á Berenguer de Entenza, su lugarteniente, que acababa de llegar de Sicilia con un refuerzo. El jóven emperador Miguel, que envidiaba su gloria, marchó contra los búlgaros, y fue vencido. En el mismo año murió su hermano Constantino, sin dejar recuerdos ni lágrimas. Los turcos volvieron á tomar las armas, y se apoderaron de Quio. Miguel, previendo que Rugero, objeto de su odio, hallaria en esta nueva guerra un aumento de elevacion y de fama, resolvió arruinarle, ocultó su infame proyecto bajo el velo de la amistad, le convidó á un banquete en la ciudad de Andrinópoli, y en él le dió de puñaladas. Los alanos, de órden suya, degollaron á los oficiales de su comitiva. Al mismo tiempo el pueblo de Constantinopla, sublevado por los agentes de Miguel, y por sacerdotes fanáticos, mató á cuantos catalanes encontraba en las calles. El príncipe, temiendo con razon la venganza del ejército catalan, marchó á Galípoli para atacarlo.

Aquellos valientes, aunque debilitados por tantos combates y matanzas, habian perdido su gefe, mas no su osadía. «Compañeros, les dijo Berenguer, no os asuste ni vuestro corto número ni la gran multitud de los enemigos. Los hemos salvado y quieren destruirnos. No conteis sus espadas sino sus maldades: acordaos de su timidez y de nuestro valor: los ingratos son siempre cobardes. Su

imperio caia y lo hemos levantado. Libertamos el Asia y vencimos á los turcos; y ¿temeremos á esas legiones que huian medrosas de ellos? Se lisonjean de asustarnos: creen que al estruendo de sus armas abandonaremos la playa y nos refugiaremos en nuestros navíos. Engañemos su esperanza, conservemos á Galípoli; y si al fin nos resolvemos á partir, no sea por lo menos sin haber tomado de ellos terrible y merecida venganza.» El escuadron de héroes aplaudió este discurso, y enviaron á Constantinopla 25 diputados con el encargo de llevar un cartel de desafío á Miguel y á Andrónico. Fieles á las costumbres de su patria y á los usos de los caballeros, les propusieron un combate de 10 contra 10, ó de 100 contra 100, á su eleccion. Miguel respondió que él no peleaba sino al frente de un ejército. El débil Andrónico se disculpó acusando á su hijo de los homicidios cometidos, y representando humildemente que no habiendo tenido parte en el crímen, no debia tenerla en el castigo. Los griegos, lentos en el combate y prontos para el asesinato, dieron muerte á los diputados catalanes. La venganza fue tan terrible como el delito infame. Berenguer entregó á las llamas toda la Propóntide: el príncipe Juan, hijo del emperador, marchó contra él, y fue vencido y destrozado su ejército. Otros enemigos, envidiosos de las riquezas conquistadas por los catalanes, se unieron para arruinarlos con los griegos. Doria, almirante de

los genoveses, imitando la perfidia de Miguel, dió un convite á Entenza en su navío y le retuvo prisionero. Los catalanes eligieron para sucederle en el mando á Rocafort: dió batalla á los griegos y genoveses y les mató 20.000 soldados de infantería y 6.000 de caballería. Miguel quiso reparar esta afrenta; pero su ejército huyó apenas se vió delante de los intrépidos catalanes. El príncipe quedó solo con pocos valientes, y procuró cubrir de algunas hojas de laurel las manchas de su honor. Arrojóse enmedio de los enemigos, abrió paso con la espada y pudo llegar á la ciudad de Aspra, donde se encerró. Su derrota costó al imperio 10.000 hombres de caballería y 15.000 de infantería. La corte imperial, castigada y vencida, pidió la paz y no pudo conseguirla. Rocafort taló las cercanías de la capital, tomó el castillo de san Telmo, arruinó muchos fuertes, marchó contra los alanos, vengó en su sangre la muerte de Rugero y acometió á Andrinópoli; pero la fortaleza de la ciudad y su numerosa guarnicion hicieron inútiles los asaltos.

Division de los catalanes. (1308.) Los genoveses dieron otra batalla auxiliados por un cuerpo de turcos: Rocafort los venció y libertó á Entenza. Estos dos gefes, semejantes en el valor á los héroes de Homero, los imitaron tambien en sus disensiones. El ejército se dividió entre ellos; pero aunque separados por la emulacion de la gloria, el interés comun los unia. Convinieron en man-

dar ambos, y tomaron por cólega á Fernando Gimenez de Arenos que les trajo un refuerzo de tropas. Rocafort marchó de nuevo contra Constantinopla: Miguel, no atreviéndose á pelear con él, se retiró y se encerró en la fortaleza de Didimótica. La fama de los catalanes, sus espediciones contra los turcos, su querella con los griegos, fijaban la atencion de Europa y dispertaban la ambicion de algunos príncipes. El infante Fernando, hijo del rey de Mallorca, y lugarteniente del de Sicilia, llegó á Galípoli y solicitó el honor de mandarlos. Rocafort consintió en ello, á condicion de que se declarase independiente del rey de Sicilia.

Habia sucedido ya lo que no previó la envidia infame de los griegos. Mientras que deslumbrados por el odio agotaban en vano sus fuerzas para destruir á los catalanes que hubieran sido apoyo firme del imperio, Otman estendia su dominacion en el Asia, tomaba á Efeso, y llevaba sus armas desde los muros de Nicea hasta las playas de la Propóntide. El ambicioso Miguel aceleraba la ruina del imperio, y su padre, encerrado en el palacio, solo trataba de sosegar las disensiones religiosas, encendidas de nuevo por el patriarca Atanasio, restituido á su silla, porque el emperador no pudo resistir á los gritos de sus partidarios. Tracia devastada por los catalanes era un desierto: salieron de él; pero su partida fue tan funesta como su presencia. Antes de alejarse, desmantelaron todas

las plazas, y destruyeron asi las únicas barreras que podian contener á los turcos por aquel lado. Entraron despues en Macedonia: la discordia de los gefes se renovó, y las armas la decidieron: en la revuelta pereció Berenguer de Entenza. Este combate, donde mostraron todos su intrepidez y ostinacion ordinaria, enflaqueció sus fuerzas: el infante y Gimenez, cansados de las reyertas, se retiraron. Gimenez pasó á la corte del emperador, que le hizo megaduque y le dió en matrimonio una de sus sobrinas. El infante, menos feliz, fue preso en Negroponto por los franceses que sitiaban la capital de aquella isla. Rocafort, aborrecido de una parte de sus tropas, buscó un apoyo en Carlos de Valois, señor de Negroponto y de otras tierras del imperio griego; estados que se formaron despues de la conquista de los latinos. Rocafort le juró vasallage, y esta resolucion fue su ruina. Los catalanes irritados le prendieron y quitaron el mando, y asi terminó la carrera de su heroismo. Volvióse á Italia y murió en Nápoles.

Los catalanes dueños de Atenas, y los caballeros de san Juan, de Rodas. (1310.) Los catalanes sitiaron á Tesalónica, y no pudieron tomarla. Carecian de gefes y de sueldo; y así ofrecieron sus servicios á Gautier de Brienne, duque de Atenas, que los aceptó, y no tardó en arrepentirse de ello. Imitando la conducta de Miguel, despues que le sirvieron para recobrar algunos castillos

que le tenian usurpados sus vecinos, quiso deshacerse de su nueva tropa; pero la antigua que tenia, se pasó casi toda á los catalanes; el duque huyó y fue muerto en la fuga; los catalanes se apoderaron de sus estados, y se mantuvieron en ellos. Poco despues fueron reunidos al reino de Sicilia con el título de ducado de Atenas y Neopatria.

Al mismo tiempo llegaron al imperio otros guerreros no menos famosos, que defendieron algun tiempo sus ruinas. Despues de perdida la plaza de san Juan de Acre, los caballeros de san Juan, retirados á Chipre y mandados por Villaret, habiendo recibido socorros pecuniarios del Papa y algunos refuerzos de los cruzados franceses, se embarcaron, echando la voz de que iban á reconquistar á Palestina: dirigiéronse á la isla de Ródas, se apoderaron de ella y vencieron las tropas de Andrónico, que acudieron á quitársela. El terrible Otman los sitió; pero sus armas nada pudieron contra esta milicia religiosa. Ródas, ilustrada por su valor, fue durante muchos años el baluarte de la cristiandad.

Victoria de File contra los turcos. (1317.) Miguel emulaba en vano la gloria de los catalanes. Tenia mas ardor que talento: los turcos le vencieron de nuevo, y le obligaron á retirarse á Andrinópoli; pero un general llamado File, mas dichoso que él, le vengó, y destruyó casi enteramente el ejército musulman que habia vencido al empe-

rador. La emperatriz Irene murió el mismo año : esta princesa codiciosa, altanera y vengativa habia atormentado á su débil esposo, protegido á los intrigantes y dividido al clero : su muerte pareció un alivio de las calamidades públicas. El pesar causado por una serie continuada de infortunios, y el arrepentimiento tardío de las pérdidas que habia causado al imperio, terminaron la vida de Miguel á la edad de 43 años. Su hijo Andrónico no mostraba todavía en su juventud las grandes cualidades que desplegó sobre el trono. Rodeado de cortesanos voluptuosos, estraviado por los lisonjeros, se entregaba desenfrenadamente á los escesos mas criminales. Celoso de una cortesana, á quien amaba perdidamente, y sabiendo que un rival entraba de noche en su casa, encargó á tres flecheros cretenses que le diesen muerte. Su órden se ejecutó con harta prontitud; pero la casualidad entregó á las flechas de los asesinos una víctima que él no esperaba. Viendo acercarse un hombre hácia el lugar en que estaban apostados enmedio de la oscuridad de la noche, le dispararon las saetas. El infeliz cayó, los homicidas acudieron á despojarle, le reconocieron y vieron que habian dado muerte á Manuel, hermano del príncipe.

El emperador, irritado contra su nieto Andrónico, designó por sucesor al imperio á Miguel Cátaro, hijo natural de Constantino, el segundo de sus hijos, y prohibió por

un decreto á sus vasallos nombrar á Andrónico en los juramentos y oraciones públicas: al mismo tiempo puso al lado de su nieto un espía llamado Sirgiano, encargado de observar su conducta. El infortunio, que es el mejor maestro de los hombres, abrió los ojos y mejoró el carácter del príncipe. Viéndose perseguido, se avergonzó de que se le antepusiese un bastardo: el honor despertó sus bríos, renunció á los vicios y á la molicie, dejó el sosiego por el trabajo, y los placeres por la gloria, abandonó sus frívolos compañeros de disolucion, buscó un amigo digno de su aprecio y capaz de dirigirle, y depositó su confianza en Cantacuceno, que á la sazon era gran doméstico de oriente, y en quien admiraban todos la instruccion, los conocimientos militares y la honradez. Esta eleccion y la severidad de su abuelo le ganaron muchos partidarios, á los que se reunió en secreto el mismo Sirgiano. Auxiliado por ellos, se negó públicamente á reconocer al bastardo que le privaba de su herencia, y el kralo de Servia le ofreció socorros. La debilidad del anciano emperador, y su sumision á los ministros, tan ambiciosos como ineptos, hacian temer la ruina próxima del imperio: todos los amigos del príncipe querian que se privase de la libertad ó de la vida á aquel monarca sin carácter. «Jamas, dijo el príncipe, autorizaré semejante crímen. Víctima de una injusticia, sostendré mis derechos, pero sin atentar contra la vi-

safio que tu enojo me ofrece.» La situacion deplorable del heredero del trono era una cruel injuria para el imperio, y al mismo tiempo un peligro inminente. El viejo Andrónico, á pesar de su flaqueza, lo conoció, é hizo vanos esfuerzos para que los grandes contribuyesen, haciendo algunos sacrificios de su lujo, al alistamiento de las tropas, y á los gastos de la guerra. Aquellos cortesanos corrompidos, que habian devorado las riquezas de la monarquía, fueron sordos á sus súplicas, y rebeldes á sus mandatos, y fue preciso comprar la paz de los búlgaros con un tributo ignominioso. Los tártaros de Europa, animados por una debilidad que daba á todos los enemigos del imperio esperanza de conquistar sin ostáculo, y saquear sin peligro, invadieron á Tracia: sus talas despertaron en fin á los griegos, y el miedo les hizo tomar las armas. El jóven Andrónico se puso á su frente, y favorecido por el intrépido Cantacuceno, marchó contra los tártaros, les dió batalla, los venció y ahuyentó, é hizo en ellos tan espantosa carnicería, que de 120.000 que eran, solo 28.000 pudieron salvarse, atravesando á nado el Hebro: los demas perecieron por la espada, ó ahogados en el rio. Este brillante triunfo impuso respeto al odio, y silencio á la envidia: el emperador, cediendo al voto público, asoció el vencedor al imperio. El nuevo augusto habia perdido su primera muger, hija del duque de Brunswik, y casó en segundas nupcias con Juana, her-

mana del conde de Saboya, á la cual se dió el nombre de Ana en su coronacion.

Andrónico III, colega de su abuelo. (1324.) Mucho tiempo antes de esta época se manifestó entre los griegos el síntoma precursor de la ruina de los estados y de la disolucion de los pueblos. El egoismo político se habia sustituido al amor de la patria: el interes privado triunfaba en esta nacion corrompida del bien público; y cuando el imperio, acometido por todas partes, caia bajo el poder de los turcos, y resistia apenas á los ataques de los búlgaros, á las invasiones de los tártaros, y á los insultos de las escuadrillas genovesas y venecianas, los indignos sucesores de los romanos, en vez de reunirse todos para defender las ruinas de la patria, solò pensaban en disputar sus restos destrozados. En el senado solo se notaba silencio ó lisonja, en la corte intrigas, en el clero discordias, en los grandes conspiraciones, en el ejército anarquía y sedicion, y en la familia real odio y envidia. El viejo Andrónico, orgulloso, tímido, irascible y dominado, era menos capaz que otros emperadores de reunir y sostener en sus débiles manos las fuerzas públicas quebrantadas. Bajo su imperio todo amedrentaba á la virtud, todo daba esperanzas á la rebelion. Su sobrino Juan se sublevó, y obtuvo el título de césar: felizmente murió de allí á poco, y el estado se libertó de una nueva causa de turbulencias.

Andrónico el jóven y su amigo Cantacu-

ceno fueron los únicos que entonces se mostraron dignos de llevar el cetro y la espada. Cerca de Didimótica vencieron un cuerpo de tropas otomanas: Andrónico, que cumplia igualmente las obligaciones de soldado y las de general, tiñó con su sangre el laurel de esta victoria. Pero mientras defendia intrépidamente las fronteras del norte, las del mediodia quedaban espuestas á las armas de los turcos, y Otman estendia en Asia sus conquistas. Los generales y gobernadores de las provincias, en vez de pelear huian de su espada, y aun muchos tomaron el turbante: el pueblo imitaba esta infamia, y los vencidos aumentaban las fuerzas y las tropas de los vencedores.

Orcan, sultan de los otomanos. (1327.) La última espedicion del reinado de Otman fue la toma de Prusa, conquistada por su hijo Orcan. Otman murió en Jenizari. Celoso por su religion, tolerante de los demas cultos, caritativo con los pobres, terrible á sus enemigos, clemente con los vencidos y rigido observador de las leyes, llevó al sepulcro el amor de sus pueblos, y su memoria es tan venerada entre los turcos, que cuando un nuevo sultan sube al trono, le desean sus súbditos las virtudes y la justicia de Otman.

El aumento del poder otomano daba recelos á la Europa; pero la division de los principes impedia hacer esfuerzos eficaces para contener el torrente. Un veneciano

llamado Zanuto propuso en vano una nueva cruzada, dirigida á sostener y restablecer el imperio griego y no á desmembrarle: este proyecto no se puso en ejecucion: los monarcas de la cristiandad se contentaron con amenazas y demostraciones de dolor. Miguel Plameringo, griego candiota, digno de mejor suerte, hizo un esfuerzo generoso para libertar su patria del yugo de los venecianos. Pero despues de un combate sangriento, en que fue vencido y abandonado, dijo á uno de sus sirvientes: «Córtame la cabeza y llévala al general enemigo: me ahorrarás la vergüenza de ser prisionero de nuestros tiranos, y gozarás con ellos del fruto de mi muerte.» El criado obedeció. Así desaparecian los pocos hombres dignos de tener patria y de defenderla. El jóven Andrónico, aunque coronado, era siempre objeto del odio de los ministros de su abuelo, que envidiaban su gloria, y temian la capacidad que mostraba para reinar por sí mismo, y no dejarse gobernar de ellos. El gran logoteto y el protovestiario resolvieron derribar aquella barrera que se oponia á su ambicion. Dominaban al emperador anciano, y le movieron á desterrar al jóven, renovando contra él las antiguas acusaciones; y cuando quiso justificarse, recibió órden de no venir á la capital. El gran doméstico Cantacuceno escribió inútilmente al emperador, «que si se le oyese, destruiria la calumnia con la misma facilidad que se derriba la tela del insecto vil, tejida

en la oscuridad.» Las pasiones fueron sordas á la razon, y se nombraron comisarios para juzgar á Andrónico. Acusábanle de haber obligado con amenazas al tesorero de la corona á darle 4.000 monedas de oro. Andrónico probó que se le debian 350.000: el patriarca defendió al acusado: su inocencia era evidente, y la comision no teniendo pretesto para condenarle, se vió obligada á absolverle. El odio impotente se convirtió en furor: los ministros fomentaron la ira del príncipe: en vano Andrónico procuró aplacarle: se le privó de la corona, y se le confiscaron los bienes.

Obligado á defender sus derechos, su libertad y su vida, reunió tropas y declaró la guerra. Tesalónica fue su primer conquista: allí recibió una herida en el asalto, y sanó, dicen, milagrosamente, yendo en peregrinacion al sepulcro de san Demetrio. Despues se apoderó de Edesa: el kralo de los servios no quiso declararse contra él. El ejército del emperador, mandado por Constantino Azan, le presentó la batalla que fue ostinada y sangrienta: al fin las tropas de los ministros fueron desbaratadas y puestas en huida. Andrónico lloró su victoria. «Las guerras civiles, decia, hacen las naciones semejantes á los locos que se muerden á sí mismos.» Sin embargo, deseoso de poner fin á la calamidad pública, se aprovechó del terror que inspiraba, y se aproximó á la capital. Un ejército búlgaro marchaba en contra

suya: él escribió á su abuelo que se guardase de su pérfido aliado que venia á quitarle el imperio y no á defenderle; y al mismo tiempo envió á decir al búlgaro que marchaba á vencerle y á devastar su reino. El bárbaro, asombrado de la osadía de Andrónico y de la prontitud de sus movimientos, hizo la paz, y se retiró. El jóven vencedor no tardó en presentarse á las puertas de Constantinopla: prodigaronsele los insultos desde las murallas: un oficial llamado Cabalario le dijo las palabras mas injuriosas. Andrónico, despreciando esas armas de la debilidad, manda dar el asalto: sus tropas escalan los muros: toda la milicia de la ciudad se declara en su favor: la capital está ya en su poder, y la corte lo ignoraba. Llevan la noticia á Metocrito, que era el primer ministro: no quiere creerla, y no se desengaña hasta que el vencedor entró en palacio. El emperador, que en su vejez no sabia hacer respetable ni su edad ni su desgracia, se postra á los pies de su nieto, y le pide la vida. «Respeta, le decia llorando, estas manos que han mecido tu cuna: esta boca que te dió el primer ósculo: perdona la sangre que fue orígen de la tuya; y no rompas la caña cascada por la tempestad. Desconfia de la fortuna, cuya inconstancia ves en mi ejemplo: despues de una larga vida, una misma noche me ve emperador y vasallo.» Andrónico, lejos de abusar de su victoria, se avergonzó de la humillacion de su abuelo, abrazó sus

rodillas, y prohibió á sus fogosos partidarios, sopena de muerte, atentar contra la vida del anciano ni faltarle al respeto. El primer ministro, animado por su moderacion, le hizo un largo discurso para justificarse. Andrónico le oyó sin impaciencia, pero con desprecio. El primer acto de su poder fue el restablecimiento del patriarca Isaías, que le habia defendido en su desgracia: el segundo una amnistía general. Ninguno de sus enemigos probó su venganza. Cabalario que le insultó, se escondió en un subterráneo. Llamado á su presencia, cayó convulso, y enagenado de terror dió golpes con la cabeza en el suelo. Andrónico mandó que le levantasen, y le dijo: «El espanto que te causa el suplicio que aguardas, me prueba que te haces justicia á ti mismo: conoces la ofensa, sabes la pena que mereces; mas no quiero darte otro castigo que el miedo. Sé en lo sucesivo mas prudente y respetuoso: yo te recibo bajo mi salvaguardia.» El pueblo, que esperaba el suplicio del delincuente, supo con sorpresa su perdon; y un grito de admiracion premió la clemencia. Andrónico no fingia las virtudes: estaban en su ánimo, y guiado por ellas queria volver la corona á su abuelo; pero vencido por los consejos de Cantacuceno, le dejó solamente los honores del trono, una pension considerable y un palacio magnífico. Si se ha de creer la narracion de Cantacuceno, nunca fue permitido á un griego

acercarse al emperador Andrónico II sin prosternarse. El historiador Nicéforo dice, que despues de su abdicacion sufrió muchas y frecuentes humillaciones. Estas dos relaciones opuestas pueden conciliarse diciendo que la bajeza ejecutó mal las órdenes de la virtud; y sin duda el anciano Andrónico halló mas ingratos entre sus antiguos aduladores.

Andrónico III reina solo. (1328.) A ser posible la salvacion del imperio, Andrónico III lo hubiera salvado; pero la actividad de un jóven no bastaba ya para restituir el vigor á un cuerpo decrépito y consumido: un buen príncipe no podia dar á los males del estado sino un alivio pasagero, semejante al que producen los cordiales en los moribundos. A escepcion de Cantacuceno y de un corto número de estrangeros, Andrónico era casi el único hombre de probidad en el palacio, y de valor en el ejército. No obstante, con tan mezquinos recursos despertó algunas centellas del antiguo brio con su ejemplo, y logró algunas victorias con su habilidad. Venció á los búlgaros, recobró muchas plazas, y los obligó á pedir la paz.

Su fama se habia estendido por Europa. Italia destrozada por las querellas de güelfos y gibelinos, de las casas de Aragon y Anjú, de las repúblicas de Génova y Venecia, solicitaba unas veces su apoyo, otras su mediacion; pero el peligro que le amenazaba siempre de parte de los temibles otomanos,

le impidió intervenir en estas contestaciones, agenas ya del imperio griego. Ademas, si estas discordias le privaban de socorro, tambien le libertaban de temer nuevas invasiones de los príncipes latinos.

Toma de Nicéa por los otomanos. (1329.) Orcan, sultan de los turcos, reunió todas sus fuerzas, y vino á sitiar á Nicéa, que despues de perdida Antioquía, era la segunda capital del imperio. Andrónico pasó al Asia á defender esta ciudad. Cuando los ejércitos se avistaron, antes de dar la señal del combate, el emperador, siguiendo la antigua costumbre, hizo á las tropas este discurso: «No olvideis, soldados, la fama de los romanos, señores en otro tiempo de las tierras. Conservais todavia su nombre: sostened su gloria. Los triunfos que la fortuna ha concedido á los bárbaros estos últimos años, son castigo del cielo, que debe servir para enmendar vuestras costumbres y no para desanimarnos. Los turcos se ocultan cuidadosamente en las montañas, cuando nosotros nos presentamos con osadía en la llanura pidiendo el combate. Si son mas numerosos que nuestros soldados, los superais en valor. La justicia de vuestra causa debe aumentar vuestra confianza: no peleamos para conquistar, sino en defensa de nuestra libertad, patria y religion. Los enemigos temen que nos aproximemos, porque solo son formidables desde lejos. Evitad sus saetas, acometiéndolos rápidamente. Lo que principalmente os en-

cargo es, que en desbaratándolos, os detengais á mi voz. Ya sabeis que el desórden os ha quitado muchas veces el fruto de la victoria.»

Los griegos respondieron con vivas y aclamaciones, y arremetieron impetuosamente. Los musulmanes cejaron al primer choque; pero los imperiales, indóciles á la voz de su príncipe, persiguieron sin prudencia á los enemigos y se dispersaron. Los turcos vuelven en masa, acometen por el flanco, y ponen en huida á los griegos. El emperador, despues de muchos esfuerzos y hazañas, vuelve á vencer y queda dueño del campo de batalla. Habia recibido muchas heridas, que le impedian mostrarse á los soldados. Cunde la falsa noticia de su muerte: un terror pánico y repentino se apodera del ejército, y como si la victoria dependiese de un solo hombre, se creen todos perdidos. En vano Cantacuceno procura desengañarlos, detenerlos y reunirlos: se desmandan y dispersan. Los turcos ya vencidos, viendo que eran vencedores sin combatir, acuden en gran número, entran sin ostáculo en los reales abandonados, se apoderan del tesoro y de los equipages y marchan á Nicéa: el terror les abre las puertas, y la noticia de esta conquista anuncia al mundo la caida del imperio.

Los otomanos estaban entonces en los principios de su dominacion, y se mostraban mas hábiles y menos destructores que lo fueron despues cuando estendieron sus

conquistas, y la opulencia favoreció las sugestiones de la ignorancia y del fanatismo. Orcan aumentó el esplendor de su victoria con la prudencia de su gobierno: dejó á los cristianos su culto, leyes y costumbres: exigió de ellos un pequeño tributo: nombró bajáes para gobernar las provincias y cadíes para sentenciar los pleitos. Aumentó sus fuerzas y los medios de vencer, creando un cuerpo de caballería escogida, compuesto de jóvenes cristianos, cautivos en su niñez y educados en la religion musulmana: se les dió el nombre de spahis. Orcan tomó el título de sultan, y fijó en Prusa la silla de su imperio: la adornó con monumentos, y fundó hospitales en ella. Andrónico, desfavorecido por la fortuna, buscó una gloria menos dependiente de sus caprichos que la de las armas. Entregándose á los cuidados del gobierno, corrigió las leyes, reformó los abusos, disminuyó las contribuciones é hizo florecer la justicia. No pudiendo dar la victoria á su nacion, procuró al menos darle la felicidad. Cantacuceno, su ministro y amigo, le ilustraba con sus consejos, y participaba de sus trabajos como habia participado de sus peligros. El emperador queria asociarle al trono; pero el ministro rehusó un honor que sin aumentar su poder, aumentaria el número de los envidiosos de su mérito y su favor. Los príncipes de oriente parecian condenados á no gozar un instante de sosiego. Los genoveses quitaron á los venecianos

la isla de Quio, y Andrónico se la quitó á ellos: recobró á Focéa, hizo alianza con algunos emires, enemigos de Orcan, y destruyó casi enteramente un ejército otomano que habia desembarcado en Tracia. Una enfermedad aguda interrumpió el curso de sus victorias. El emperador, viéndose en la márgen del sepulcro, reprendió á Cantacuceno, porque su modestia dejaba el imperio sin gefe; y llamando cerca de su lecho á la emperatriz y á los grandes, les dijo así: «Tenia esperanza de fallecer con las armas en la mano: no es asi la voluntad de Dios que quiere presentar en mí un ejemplo notable de la instabilidad de las cosas humanas. Cantacuceno es digno de mandaros: yo le dejo la autoridad suprema, y deseo que vuestros votos confirmen el mio.» Tomando entonces la mano de la emperatriz, la puso en la de su amigo diciendo: «Mi esposa lleva un hijo en su seno: te confio la madre y la prole: su suerte y la del imperio dependerán de ti desde hoy.» Uno de los asistentes aconsejaba al emperador que dejase alguna parte de autoridad á la emperatriz su madre. Andrónico respondió: «Si es dificil que dos mugeres vivan en paz en una misma casa, ¿cuánto mas lo será que gobiernen juntas?» Cantacuceno recibió los juramentos de los grandes y del pueblo. Los cortesanos, casi siempre culpables de las arbitrariedades que aconsejan, y de las cuales son con frecuencia víctimas ellos mismos, pedian infamemente bajo pre-

testo de asegurar la tranquilidad pública qué se diese muerte ó se mutilase á Constantino, tio de Andrónico, preso á la sazon en Didimótica. Cantacuceno, mas interesado que ellos en su ruina, determinó salvarle; y como temia que cometiesen alguna violencia, echó la voz de su muerte y le dió lugar para escaparse. Andrónico, renunciando al mundo, queria, segun la costumbre, dejar la púrpura antes de morir y tomar el hábito monástico. La enfermedad hacia rápidos progresos: la palidez de la muerte cubria su helado rostro: no daba señales de vida, y ya se preparaban los funerales, cuando de repente, segun la narracion de Cantacuceno, sale de su letargo, pide agua de una fuente consagrada á la Vírgen santísima, la bebe, recobra sus fuerzas, y sana completamente. Su curacion pareció milagrosa.

Paz con los turcos. (1332.) Andrónico, restablecido, volvió á tomar las armas, venció de nuevo á los turcos en Tracia, donde querian fijarse: se ligó con los búlgaros contra el kralo de Servia; pero poco fruto sacó de esta alianza, porque el rey de Bulgaria, cayendo en una celada que le pusieron los enemigos, fue vencido y muerto. El sultan, cuyos ejércitos amenazaban al imperio por todas partes, sitiaba entonces á Nicomedia: Andrónico acudió á defender la plaza, y presentó la batalla á Orcan: este no tuvo por conveniente aceptarla, hizo la paz, y se retiró.

Este mismo año murió Andrónico II en un monasterio adonde se habia retirado. Este príncipe, que no tenia mas habilidad que la de arengar con elegancia, dejó una memoria vergonzosa. En su reinado se alteró la moneda, se aniquiló la disciplina, se abandonó la marina, crecieron en el palacio las intrigas, en las provincias las concusiones, y las fronteras quedaron en poder de los bárbaros.

Guerra con los búlgaros. (1333.) La emperatriz Ana dió á luz un hijo que se llamó Juan Paleologo. El emperador, muy poco semejante á sus predecesores, dejó al pueblo que celebrase este fausto acontecimiento, y abandonó el circo por los campos de batalla. Receloso de los preparativos militares del nuevo rey de los búlgaros, marchó contra él, y pelearon: la victoria se disputó por mucho tiempo, hasta que los griegos, á pesar de los esfuerzos de Andrónico, se cansaron de combatir. Todo lo que pudo recabar de ellos el emperador fue que se retirasen en tan buen órden, que el rey, aunque vencedor, temiendo el trance de una nueva batalla, pidió la paz, y casó su hijo con una hija de Andrónico. Este año murieron la emperatriz madre, viuda de Miguel, y Felipe de Tarento, á quien Cárlos de Valois habia cedido sus pretensiones al imperio de oriente.

Los progresos del poder otomano causaban justos temores á Europa. Andrónico, con el designio de interesar los cristianos en

su causa, prometió la reunion de la iglesia griega. El papa Benito XII predicó una cruzada, cuyo gefe debia ser Felipe de Valois, rey de Francia. Todos los príncipes latinos ofrecieron servir en ella. Andrónico se cruzó el primero, alistó un ejército numeroso, aprestó una escuadra, y esperó con impaciencia los socorros del occidente. Pero su confianza fue vana: las guerras de Venecia contra Génova, y de Inglaterra contra Francia, rompieron la confederacion, y disiparon la última esperanza de los griegos. El emperador marchó á Albania que se habia sublevado, castigó á los rebeldes, y les quitó un gran número de bueyes, caballos y corderos. Al mismo tiempo sacudió Acarnania el yugo de los Comnenos de Epiro, y se puso bajo la obediencia del emperador.

Victoria naval de Andrónico contra los turcos. (1338.) La constante actividad del emperador parecia haber triunfado en fin de la inconstancia de la fortuna. Orcan, al frente de una escuadra numerosa, emprendió desembarcar cerca de Constantinopla: Andrónico le venció y destrozó su ejército y armada. Este fue su último combate. Vencedor de sus enemigos, se halló rodeado en sus últimos dias de intrigas cortesanas. Apocauco, uno de sus ministros, útil por su talento, y peligroso por sus vicios, procuró por medio de la calumnia arruinar al fiel Cantacuceno: sus agentes pasaron adelante, y formaron una conspiracion contra la vida del

emperador : Andrónico descubrió la trama, supo quienes eran los conspiradores, y los perdonó. La debilidad de sus fuerzas le anunciaba su próximo fin, y persuadió de nuevo á Cantacuceno á que ciñese la diadema : el ministro desobedeció á sus últimos órdenes, obedeció las de la emperatriz, y dobló la guardia del heredero del trono.

Andrónico dejaba tres hijos y tres hijas. Una muerte tranquila terminó su brillante carrera. Su constitucion era débil, y su cuerpo delicado : nada era fuerte en él sino el ánimo. Fue valiente soldado, general hábil, príncipe clemente, ecónomo, enemigo de la etiqueta, dueño de sus pasiones. En su juventud se entregó demasiado á los placeres: mas tarde solicitó la gloria; y en su edad madura se dedicó á cimentar la felicidad pública sobre la observancia de las leyes, y el mantenimiento de la justicia. Digno de mejor siglo, fue como un noble monumento que recordaba la antigua gloria del imperio, y que brillaba aun entre sus ruinas.

Antes de reinar, lamentando la pérdida de tantas provincias conquistadas por los bárbaros, esclamaba muchas veces : «¡Cuán diverso es mi destino del de Alejandro! El hijo de Filipo lloraba porque creia que su padre no le dejaria nada que conquistar : yo tengo mas motivos de llorar, porque mi abuelo no me dejará nada que perder.»

CAPITULO XXII.

Juan Paleologo primero y Cantacuzeno. Manuel Paleologo.

Juan Paleologo I, emperador. Victorias de Cantacuceno. Alianza de Cantacuceno y Orcan. Entrada de Cantacuceno en Constantinopla. Guerra con los servios. Guerra con los turcos. Guerra con los genoveses. Abdicacion de Cantacuceno. Juan Paleologo reina solo. Conquistas de Amurátes I en Tracia. Espediciones de los turcos en Grecia. Creacion de los genizaros. Batalla de Andrinópoli. Conquistas de Amurátes en Acaya y Peloponeso. Juan Paleologo, vasallo de Amurátes. Conquista de Tesalónica por los turcos. Rebelion de los hijos del emperador y del sultan. Conspiracion de Andrónico. Juan vuelve al trono. Batalla de Casovia. Manuel Paleologo, emperador. Sumision de Manuel á Bayaceto. Batalla de Nicópolis. Constantinopla amenazada por los turcos. Victorias de Boucicaut en Asia. Viage de Manuel á Francia. Guerra entre Bayaceto y Timurbek: batalla de An-

cira. Muerte de Bayaceto. Muerte de Timurbek. Guerra civil entre los hijos de Bayaceto. Mahomet I, sultan de los otomanos. Guerra de Mahomet contra los venecianos. Falso Isa entre los otomanos. Amurátes II, sultan de los otomanos. Sitio de Constantinopla por Amurátes. Muerte de Manuel.

Juan Paleologo I, *emperador*. (1341.) La emperatriz Ana, deseosa como todas las mugeres de gobernar, é incapaz como casi todas, orgullosa por su dignidad, veia con disgusto el poder en manos de Cantacuceno por la última voluntad de su marido. El ministro Apocauco, que tenia el empleo de protovestiario, y el patriarca, entrambos enemigos del regente, fomentaban contra él la envidia de Ana. Las pasiones bajas de los grandes de la corte no les permitian atender al bien del imperio. El palacio se convirtió en un teatro de intrigas que degeneraron, por utilidad de los otomanos, primero en querellas escandalosas, y despues en guerras civiles: todos combatian con sus rivales de ambicion, y nadie se acordaba de los enemigos del estado. El patriarca queria el primer lugar en el consejo, porque, segun decia, «La iglesia debe gobernar en el imperio como el alma en el cuerpo.» Cantacuceno, sobradamente político para ser cortesano, aumentaba con su firmeza todos

los odios. Destruyó la esperanza de los ambiciosos, confirmando en sus destinos á todos los funcionarios públicos nombrados por Andrónico; de modo, que á pesar de la costumbre, una mudanza de reinado no alteró los destinos. La justicia irritaba á los viciosos, sus reformas á los interesados en los abusos, su severidad á los soldados enmuellecidos é incapaces de sufrir el yugo de la disciplina. Los estrangeros aumentaron estas disensiones para aprovecharse de ellas. El rey de Bulgaria exigió que se le entregase un príncipe de su misma nacion que se habia refugiado en Constantinopla. El consejo de la emperatriz, dirigido por la cobardía, tan comun en la decadencia de los imperios, no atreviéndose á negar, eludia la peticion, y queria ocultar al príncipe en una iglesia para oponer á las reclamaciones del búlgaro la inmunidad del asilo. «¿Creeis, dijo entonces Cantacuceno, que un rey, para quien no hay mas justicia que la fuerza, respetará vuestro derecho de sagrado? Si lo creeis, encerrad tambien en santa Sofía vuestros rebaños, vuestros caudales y todas las riquezas del imperio. Si persistis en una política falsa y cobarde que solo escita el menosprecio, renuncio desde ahora á todos mis empleos. Ni puedo ni quiero mandar á hombres que no saben ni defender á sus amigos, ni pelear contra sus enemigos.» La emperatriz le rogó que conservase la autoridad, y le prometio una confianza sin límites. «Mejor ha-

rias, le respondió, en dejarme gozar del sosiego que apetezco: si me lo niegas, voy á decirte lo que sucederá infaliblemente. La justicia de mi gobierno me grangeará muchos enemigos: tú les darás oidos: me espondrás á su furor; y para no ser su víctima, tendré que defenderme con las armas, conmover el imperio y cubrir mi cabeza con la diadema que he rehusado dos veces.» La emperatriz, asustada de los peligros que la amenazaban, procuró disipar sus sospechas con protestaciones de afecto, impuso silencio á sus rivales, y le confió de nuevo un poder absoluto. Cantacuceno, obligado sin ser convencido, obedeció y conservó las riendas del gobierno. Respondió con altivez á los embajadores búlgaros, y rehusó entregarles el príncipe Sisman. Declaróse la guerra: el regente queria que se coronase al niño emperador: la emperatriz se opuso á ello, dando por pretesto que la solemnidad de la coronacion y las fiestas públicas que la acompañaban, no convenian á la tristeza de una viuda; pero la oposicion fue dictada por los enemigos de Cantacuceno, temerosos de que esta nueva prueba de lealtad, dada por el regente al príncipe, reconciliase con el pueblo al enemigo que deseaban arruinar. Cantacuceno marchó al frente de un ejército contra los búlgaros, y los obligó á pedir la paz: revolvió despues contra los turcos y los venció: hizo alianza con los servios, y meditaba la conquista de Atica y Peloponeso; pero el odio activo de

sus rivales suspendió tan grandes designios. Habian formado una conjuracion para apoderarse de la persona del emperador y del gobierno: el gefe de ella era Apocauco. Fue descubierta, y con generosidad mas noble que política perdonó el regente á los culpables. Lejos de agradecer esta clemencia, redoblaron sus esfuerzos para perderle. Azan Andrónico, su suegro, se reunió á ellos con casi todos los príncipes y grandes: continuamente rodeaban á la emperatriz y calumniaban á Cantacuceno, diciendo que queria apoderarse del trono, y desterrar á ella y á sus hijos á un monasterio. Ana era débil, y aunque al principio despreció estas calumnias, poco á poco les fue dando crédito: el miedo la hacia crédula: cediendo á los fingidos temores de sus cortesanos, aumentó su guardia y confió á Apocauco el gobierno de la capital. Este, en lugar de conservar el órden, esparció con falsas alarmas la turbacion y el terror: la plebe, amotinada por sus emisarios, robó la casa del regente. Cantacuceno, acusado á las claras, pedia que se le juzgase, mas no se le concedió: un decreto imperial le desterró, le privó de sus dignidades, y prohibió á todas las ciudades del imperio darle acogida. Asi el mas firme apoyo del estado fue declarado enemigo público. Sale de la capital, reune sus partidarios, y les recuerda su fidelidad probada por sus servicios, y su desinteres demostrado por haber rehusado dos veces el cetro y por el sacrifi-

cio de sus bienes en las urgencias del estado. A nadie habia quitado la vida ni la libertad: ninguna violencia suya habia escitado la injusticia que le perseguia. El furor mismo de sus contrarios no le daba deseos de otra cosa sino del descanso; pero antes de entregarse á él, queria que su justificacion lo hiciese honorífico. «¿Qué ceguedad es la tuya? esclamaron entonces sus amigos: pides jueces, y no hallarás sino verdugos. Nosotros abandonados por ti pereceremos á manos de Apocauco; ó lo que es peor, seremos sus esclavos. Solo la corona puede libertar tu cabeza y las nuestras. Andrónico te la ofrecia: obedece su voluntad, y tómala.» Cantacuceno, hombre militar, cuya vida, libertad y honor eran amenazados, se defendió mal contra estos consejos, y pareció ceder á ellos, cuando quizá solo cedia á su resentimiento. «Lo exigis, les respondió: yo me rindo. Pero no olvideis que la victoria está en la union. El piloto es inútil, si los marineros se dividen, y en el naufragio todos perecen.» Un obispo coronó á él y á su esposa Irene en la ciudad de Didimótica. Su proclama demostró que no era su designio, al tomar el cetro, privar de él al hijo de su bienhechor; porque en este acto tuvo cuidado de insertar los nombres de Ana y de Juan antes del suyo. Algunas personas tímidas y el mismo obispo que le habia coronado, le aconsejaron que obrase con mucha prudencia, exagerando las fuerzas y la habilidad de

Apocauco. «¿Qué puede un huevo contra una piedra?» respondió Cantacuceno. «Tus palabras me prueban, dijo el prelado, cuán dificilmente se libra la virtud del orgullo.» «¿Y acusaréis de orgullo á un leon, replicó el príncipe, porque se crea mas fuerte que un ciervo? Siempre fiel á la memoria de Andrónico, en la ceremonia de su coronacion no tomó la púrpura, sino se presentó con vestido blanco que era el color de luto entre los griegos. Su primer cuidado fue el de organizar con prontitud un buen ejército. Antes de pelear pidió la paz: sus enviados recibieron todo género de injurias, se les cortó el cabello, fueron encadenados, paseados en asnos y azotados. Ana desaprobaba estas violencias: conocia, aunque tarde, que la habian engañado, y llegó á decir, que «el único remedio de los males públicos era conceder á Cantacuceno el título de emperador; pues habia ejercido tantos años el poder supremo sin abusar de él.» Pero los enemigos de Cantacuceno la espantaron para dominarla, y la amenazaron que entregarian la capital á los búlgaros y á los venecianos, si los abandonaba. Ana tembló, enmudeció, y dejó comenzar la guerra civil.

El patriarca coronó al nuevo emperador Juan. Apocauco logró el título de gran duque, y la madre de Cantacuceno fue encerrada en una prision donde murió. Andrinópoli se declaró contra él, y su suegro tomó las armas en Tracia á favor de los enemigos;

pero el kralo de Servia le auxilió con el designio de prolongar las turbulencias del imperio.

Victorias de Cantacuceno. (1342.) Apocauco atacó á su enemigo con un ejército, del cual huyó una mitad, y la otra fue vencida. Cantacuceno, vencedor, se apoderó de Tesalia; pero estando alejado de Didimótica, su muger Irene, que habia quedado en esta ciudad, supo que un cuerpo numeroso de tártaros inundaba á Tracia; y desalumbrada por el miedo, cometió la imprudencia de llamar en su socorro á los búlgaros, los cuales acudieron mas bien con la intencion de arruinar el imperio que de socorrerla. Una nueva guerra que los genoveses declararon á los tártaros del Kipzak, que les habian quitado la plaza de Cafu en Crimea, cedida á la república por los emperadores de oriente, hizo que los mogoles evacuasen á Tracia, y al mismo tiempo, por una feliz casualidad, los búlgaros, poseidos de un terror pánico sin peligro que los amenazase, se retiraron á su pais.

Cantacuceno tomó á Berea. Apocauco, que sabia mejor el uso del puñal que el de la espada, proyectó librarse de Cantacuceno con un homicidio, y pagó un asesino, el cual, habiendo perdido tres veces la ocasion de dar el golpe, creyó que su víctima era protegida por el cielo, se postró á sus pies, y le rebeló las órdenes que habia recibido. Amir, gefe otomano que se habia hecho in-

dependiente en Esmirna, y amigo de Cantacuceno, le trajo tropas auxiliares. Reunidos sus ejércitos, pasaron la grande muralla de Cristópolis, y ofrecieron la paz á la emperatriz, que la negó por debilidad, aunque convencida de la necesidad de aceptarla. Al mismo tiempo era tambien teatro de revoluciones el imperio de Trebisonda. Basilio Comneno, su gefe, no habia dejado al morir sino hijos naturales. Su viuda los desterró, y llamó al trono á Andrónico el jóven, de la misma familia, y que habia pasado muchos años en el destierro. Estaba entonces en el ejército de Cantacuceno, que le dió licencia para partir. Subió al trono, cayó, volvió á subir, y quedó en fin dueño absoluto de aquella endeble monarquía. Cantacuceno no descuidaba por su causa personal la defensa de la patria. Peleó con buen éxito contra las tropas de Orcan: en otra batalla se escapó de entre mil turcos que le rodeaban, haciendo prodigios de valor; marchó despues contra el rey de los búlgaros, lo venció y le concedió la paz. Sus victorias y los reveses de Apocauco comenzaban á producir en la capital una viva impresion sobre los ánimos de los grandes, que fingen con harta frecuencia ver la justicia en el partido que favorece la fortuna. Muchos de ellos formaban ya votos por la paz; pero el ostinado Apocauco incitaba la muchedumbre y obligaba la corte medrosa á continuar la guerra. Entonces escribió Cantacuceno á

este ministro insolente algunas cartas que prueban que los griegos de este tiempo no conservaban de los héroes de Homero mas cualidad que la grosería. «En tu juventud, dice en una de ellas, eras cobarde como una liebre. Ahora que eres viejo, aparentas ser fogoso como un jabalí; pero aunque siempre eres pérfido y embustero, se te ha escapado una verdad. Dices que te conozco muy bien, y tienes razon. Te saqué de la nada y te elevé: desarmé veinte veces el enojo de Andrónico que queria darte castigos merecidos. Despreciando tus injurias, me he servido mucho tiempo de tu capacidad para el trabajo, como se hace uso de una bestia de carga. Te debo sin embargo un conocimiento que me faltaba; pues me has hecho saber hasta qué grado de bajeza y de ingratitud puede envilecerse un hombre.»

Alianza de Cantacuceno y Orcan. (1345.) La guerra produjo su efecto ordinario, degradando el noble carácter de Cantacuceno, como lo prueba tristemente la carta anterior y algunas de sus acciones. Asoló sin piedad las cercanías de Constantinopla, perdonando solamente á los prisioneros, que trató con humanidad. Orcan, atento á las discordias del imperio, era dueño pacífico de Bitinia y Paflagonia, y ofreció á Cantacuceno su peligroso auxilio. El nuevo emperador, antes de dar oidos á su propuesta, envió diputados á sus enemigos, prometiendo renunciar al trono y conciliar la paz; pero fueron

desechados con menosprecio. Acabada la paciencia de Cantacuceno con este ultrage, cometió el yerro criminal de sacrificar su patria á su partido y su honor á su interes. Cediendo á los consejos de Amir, aceptó la alianza de Orcan; admitió las tropas otomanas en su campamento, y dió al emperador turco su hija Teodora por esposa. Esta proteccion estrangera aseguró su fortuna á costa de su gloria: la alianza con el temible enemigo del imperio que lo desmembraba en Asia y lo acometia en Europa, escitó contra Cantacuceno un odio justo; y desde entonces se formaron muchas conspiraciones contra su vida. Cantacuceno habia sido coronado, pero solamente por un obispo. El patriarca de Jerusalen vino á Andrinópoli con permiso de Orcan, á repetir esta ceremonia. Apocauco, desesperando de la salvacion de su causa, siguió el sendero de los tiranos: el miedo le hizo cruel, se rodeó de delatores, multiplicó las cárceles y las llenó de víctimas. Pero en el mismo horror de los calabozos se armó la venganza, y un dia que fue á visitar los presos, se sublevaron y lo mataron á hachazos.

Entrada de Cantacuceno en Constantinopla. (1347.) El patriarca, privado de su protector, fue acusado y depuesto en un concilio. Mientras que la discordia reinaba en la ciudad, los amigos de Cantacuceno le abrieron las puertas, y la corte supo á un mismo tiempo que entraba en Constantino-

pla y que todas las tropas se declaraban en su favor. La emperatriz estaba tan lejos de aguardar este suceso, que al principio no creyó la noticia, y aun se negó á recibir un oficial encargado de proposiciones pacíficas. Pero el terror sucedió pronto á la incredulidad: el palacio se llena de gente armada, los cortesanos huyen, la emperatriz tiembla y se cree perdida. Cantacuceno se presenta, disipa sus temores, manda á todos sus oficiales postrarse á sus plantas, y jurarle fidelidad á ella y á su hijo. Proclámase una amnistía general: celébrase un tratado en que se estipula que ambos emperadores reinen juntos, se confirma la deposicion del patriarca, y le sucedió Isidoro: la paz se restablece, y los dos emperadores se coronan en santa Sofía. Irene vino á participar del triunfo de su esposo, y fue recibida con los honores debidos á su dignidad. La emperatriz Ana, por dar una nueva prenda á la tranquilidad pública, casó al jóven emperador su hijo con Helena, hija de Cantacuceno. Esta solemnidad, en que brillaban tantas personas coronadas, ofrecia un contraste ridículo y doloroso á un mismo tiempo, de orgullo y de miseria, imágen fiel del imperio. La celebridad exigia mucho fausto; pero la guerra civil y la pérdida de muchas provincias habian agotado el tesoro y arruinado la corte. La vanidad hizo esfuerzos inútiles para encubrir la pobreza. El esplendor de la ceremonia fue engañoso: no se veian sino falsos

diamantes, cueros dorados, vasos de barro pintados y vajillas de estaño y cobre. Despues de muchos dias gastados en fiestas y banquetes, Orcan vino á Scútari á dar la enhorabuena al emperador por una paz, cuya prontitud le habia quizá admirado mas que complacido.

Guerra con los servios. (1350.) Cantacuceno volvió á tomar las armas, y peleó con los servios, y los obligó á encerrarse en sus límites. Deseoso de restablecer la hacienda, exhortó á las personas mas opulentas de la corte á contribuir con sacrificios generosos. Todos le aprobaron y nadie le obedeció. Este egoismo, síntoma seguro de la ruina de los estados, no le permitió emprender la reconquista de las provincias perdidas. El imperio estaba destruido; pero los grandes eran ricos. Todo el caudal público se hallaba concentrado en pocas manos; y el hombre que era el único entonces en manifestar moderacion y patriotismo, poseia bienes inmensos. Cantacuceno publicó voluntariamente el estado de sus riquezas, las cuales habia disminuido con sacrificios, y no aumentó nunca con depredaciones. Despues de haber dado al tesoro público 200 vasos de plata, y sufrido una confiscacion, cuyo producto bastó para tripular una escuadra de 70 galeras, le quedaron todavia 60.000 yugadas, 2.000 pares de bueyes que las labraban, 2.500 yeguas, 200 camellos, 300 mulos, 500 asnos, 5.000 animales de asta,

50.000 de cerda y 70.000 corderos. Aquel império, donde enmedio de la miseria pública se hacian caudales tan inmensos, debió ofrecer á sus enemigos una presa fácil é imposible de defender.

Guerra con los turcos. (1352.) El Papa reprendió agriamente á Cantacuceno por su intimidad con los infieles. Para justificarse declaró la guerra á los turcos, y la hizo con felicidad. Las frecuentes usurpaciones de los otomanos le sirvieron de pretesto.

Guerra con los genoveses. (1354.) Nuevas turbaciones detuvieron los progresos de sus armas. Los genoveses establecidos en Gálata se sublevaron, destruyeron la escuadra griega y asaltaron á Constantinopla. Fueron rechazados: los emperadores volvieron á defender la capital, y tripularon una nueva armada, que fue tambien vencida por los genoveses; pero el senado de esta república, previendo las consecuencias de una guerra superior á sus fuerzas y que le hubiera grangeado muchos enemigos, desaprobó la conducta de sus almirantes, hizo la paz, y aun concedió indemnizaciones á los griegos. Aunque las contribuciones del imperio solo producian 12 millones, y la penuria del erario no permitia armar regularmente mas que 3000 hombres de caballería y 30 galeras, la actividad de Cantacuceno suplia la falta de recursos. Se puso de nuevo en campaña, venció otra vez á los servios, y recobró á Edesa, Berea y Tesalónica. Al mismo tiempo murió

el patriarca Teodoro: sucedióle Calisto, y en su pontificado agravó el fanatismo las desgracias del imperio con las discordias religiosas y las persecuciones. Habia algunos años que una nueva supersticion dió origen á un nuevo cisma, inflamó la móvil fantasía de los griegos y dividió su iglesia. El pueblo, amigo siempre de las fábulas, escuchaba con ardor los ensueños de algunos iluminados contemplativos, cuyo gefe era en 1351 un sacerdote llamado Palámas. En sus éxtasis delirantes creian ver salir de la parte superior de su vientre la misma luz que rodeó al Salvador en el monte Tabor: luz, segun ellos, milagrosa é increada. Este error era ya conocido en el siglo XI: propagado en los monasterios del monte Atos, habia hecho pocos progresos; pero la persecucion le dió importancia, y se estendió y fue peligroso. El imperio se hallaba espuesto á la discordia civil y á la invasion estrangera. Los venecianos solicitaron la alianza del emperador, sitiaron á los genoveses en Gálata y abandonaron despues á los griegos. Los genoveses se apoderaron de Heraclea. Martin de Moro, uno de sus generales, queria poner sitio á Constantinopla: el almirante Doria se opuso á ello; pero corrió y devastó las playas del Euxino. Una escuadra de Alfonso, rey de Aragon, conquistador de Nápoles, se reunió á la de los griegos y venecianos, y dió batalla á los genoveses que ganaron la victoria por la huida vergonzosa de los imperia-

les. Hicieron despues alianza con Orcan: los aragoneses y venecianos se retiraron, é hicieron la guerra en Italia, donde los genoveses sufrieron algunas derrotas, compensadas con las victorias de su aliado Visconti, que derrotó á los venecianos é hizo prisionero á Pisani, su general.

Abdicacion de Cantacuceno. (1355.) La concordia establecida entre los emperadores, y que tantos peligros deberian afirmar, no fue de larga duracion: los enemigos de Cantacuceno, despues de muchas conspiraciones malogradas, consiguieron escitar la envidia del jóven emperador contra su colega y contra su hijo Mateo. No tardaron en venir á un rompimiento declarado, y Cantacuceno arrojó de Andrinópoli á Juan Paleologo. Los servios, venecianos y búlgaros abrazaron la causa de Juan: el sultan se declaró en favor de Cantacuceno y le envió 10.000 turcos, con cuyo socorro venció á los servios y búlgaros é hizo coronar á su hijo Mateo; y como el patriarca Calisto se negase á consagrarle, se le arrojó de su silla, y se nombró por sucesor suyo á Filoteo. Los turcos aprovechándose de esta discordia, se hicieron fuertes en algunos puntos de Tracia. El pueblo era generalmente del partido de Juan: un genoves rico levantó á su costa, á favor suyo, un cuerpo numeroso de tropas griegas y latinas. Cantacuceno, para poner fin á estas desavenencias que iban á destruir la patria, ofreció abdicar: Juan, movido de es-

te sacrificio, se reconcilió con su suegro. Reunidos entrambos, formaron el proyecto de hacer el último esfuerzo para restablecer el imperio, y arrojar de él á sus enemigos. Toda la juventud griega, enfurecida de ver taladas las provincias, perdida el Asia, los turcos en Tracia, amenazada la Grecia, y un gran número de ciudades en poder de los búlgaros y servios, pedia á gritos la guerra. En vano Cantacuceno oponia consejos sábios á este ardor imprudente. «Antes de pelear, decia, es menester asegnrar el órden interior, pagar los inpuestos, llenar el tesoro, alistar tropas é instruirlas, tripular armadas, y restituir en su vigor la antigua disciplina.» No le oian: todos querian volar á las armas, y ninguno pagar ni obedecer. Cantacuceno tuvo entonces por infalible la caida del imperio, pues la indocilidad de los griegos era incurable. Cansado de tempestades, y convencido de que una nacion presuntuosa, corrompida, destrozada por guerras civiles, defendida por un corto número de tropas indisciplinadas, y atacada por una multitud de bárbaros, mas instruidos que ella en el arte militar, no podia evitar su ruina, determinó abandonarla á su triste suerte: bajó del trono, tomó el hábito de monge y se encerró en un convento, donde todavia vivió 20 años. Su muger Irene, imitando su ejemplo, entró religiosa. Esta abdicacion no terminó las discordias. Mateo, hijo de Cantacuceno, queria reinar: Juan le

hizo guerra, y al mismo tiempo pidió al Papa el socorro de los príncipes latinos contra los infieles. Inocencio que ocupaba entonces la silla pontifical, hizo vanos esfuerzos para reanimar el celo de los monarcas de Europa. Atentos á sus guerras de ambicion, no quisieron armarse para defender un imperio. Los servios hicieron prisionero á Mateo, y lo entregaron á Paleologo. Cantacuceno solicitó desde el monasterio la libertad de su hijo, y la consiguió. Mateo abdicó y se retiró á Morea con su hermano Manuel, que era déspota de aquella provincia. Cantacuceno era digno por sus cualidades y virtudes de vivir en otra época y de ocupar un trono mas sólido. Sostuvo, aunque mal auxiliado, el honor de las armas griegas. La injusticia le obligó á reinar. En un siglo de afeminacion, inquietud, ignorancia, vileza y tiranía, se mostró firme, justo, generoso, activo, valiente é instruido.

Fue una luz que brillaba enmedio de las tinieblas: estudió los escritores antiguos, aprendió muchas lenguas, y escribió el reinado de Andrónico, su amigo y predecesor. Compuso un comentario sobre la moral de Aristóteles, y una refutacion del alcoran. Su estilo era noble y elegante; pero amplificador. El valor le elevó al trono, la habilidad le mantuvo en él, y la prudencia le mandó dejarlo.

Juan Paleologo reina solo. (1355.) Un príncipe dotado del genio mas vasto habria

quizá detenido la rápida decadencia del imperio; pero Juan Paleologo no tenia mas prendas que la hermosura y la bondad, por las cuales mereció el nombre de Calojuan.

Orcan, yerno de Cantacuceno, habia enfrenado su ambicion por respeto á su suegro. Pero nada le detuvo cuando se vió libre de este deber. Soliman, uno de sus hijos, que habia sostenido muchas veces con las armas la causa de Cantacuceno, recobró las plazas que le habia cedido, y entre otras á Galípoli: tomó despues á Andrinópoli, y de alli á poco murió.

Conquistas de Amuràtes I en Tracia. (1358.) Amurátes, otro hijo de Orcan, destinado á dar un grande esplendor al imperio turco, conquistó la importante fortaleza de Chiurli, situada entre Andrinópoli y la capital. Ninguna accion heróica ilustró el infortunio de los griegos: huian sin combatir, y á veces su venalidad salia á recibir el yugo otomano. Didimótica se entregó á los turcos por traicion. Cantacuceno, que habia abandonado el trono, pero no la patria, lamentando su ruina, imploró la generosidad de Orcan, y consiguió que aquella plaza se restituyese al imperio.

Este acto de deferencia fue el último de la vida de Orcan. Terminó tranquilamente su gloriosa carrera, y recomendó al morir á su hijo Amurátes, que fundase su poder en la justicia. El jóven principe, generoso y valiente, parecia dispuesto á seguir un con-

sejo tan sabio. Era amigo del estudio, y se dice que tomó á Ciro por modelo; pero imitó mas bien su denuedo que sus virtudes. Venció á los demas, y no pudo vencerse á sí mismo. La lectura de Jenofonte no podia corregir á un déspota, alimentado con los preceptos del alcoran, y con la doctrina del fatalismo: sin embargo, quizá debió al estudio del autor de la Ciropedia algunas de las cualidades que le adquirieron el sobrenombre de ilustre.

Espediciones de los turcos en Grecia. (1359.) En el primer año de su reinado concluyó la conquista del Asia menor. Como estaba entonces en el fervor de su entusiasmo por Ciro, trató á los vencidos con humanidad, y supo hacer que las ciudades griegas se aficionasen á su nuevo señor; pero los imanes, que son los doctores de la ley entre los mahometanos, se apoderaron de su ánimo, olvidó á Jenofonte, y fue ambicioso, conquistador y perseguidor de los cristianos.

Prometió á los ministros del alcoran la quinta parte del botin que hiciese á los cristianos: entonces no cesaron de escitarle á saquear el Archipiélago, é invadir á Grecia. El emperador Juan no le oponia ostáculos: solo le detuvo momentáneamente un veneciano llamado Lorenzo Celsi, que venció su armada, y recibió la dignidad de dogo en premio de sus hazañas: Juan Paleologo, que no se atrevia á pelear con Amurates, solo se

empleaba en disminuir por medio de tratados el número de sus enemigos. Era mas á propósito para las negociaciones que para las batallas; y asi se reconcilió con el kralo de Servia, y compró la paz del rey de los búlgaros.

Creacion de los genizaros. (1361.) Amurates dió en este tiempo un golpe mortal al imperio, hiriéndole con sus mismas armas. Destinó la quinta parte de los niños griegos hechos prisioneros en la guerra á formar una infantería escogida con el nombre de genízaros, voz que significa *nuevos soldados*. Su inteligencia y valor nativo, y el fanatismo del nuevo culto en que los educaron, los hicieron famosos en breve tiempo; y asi la Grecia fue conquistada por sus mismos hijos. Estas nuevas guardias pretorianas, apoyo de los sultanes capaces de mandarlas y contenerlas, fueron despues, bajo príncipes débiles, tan formidables á sus señores, como á sus enemigos. Tambien aumentó Amurates y organizó con mas regularidad los spahis, instituidos por su padre. Un gran número de señores servios y búlgaros, á ejemplo de los caballeros franceses, italianos y flamencos, habian usurpado la mayor parte de los dominios imperiales y de las tierras del pueblo en Tracia y Grecia: Amurates se las quitó.

Batalla de Andrinópoli. (1363.) Juntó un ejército de 60.000 hombres, y declaró el designio, y concibió la esperanza de subyugar

todo el imperio. Los reyes de Hungría y Bulgaria, y los príncipes de Servia y Valaquia, temerosos de sus progresos, se reunieron, marcharon con todas sus fuerzas contra él, y le dieron batalla cerca de Andrinópoli.

Los turcos, acostumbrados á vencer sin peligro á los griegos, hallaron entonces enemigos tan bárbaros y feroces como ellos: la victoria se disputó muchas horas; pero quedó por los otomanos, que hicieron cruel carnicería en los vencidos.

Conquistas de Amurates en Acaya y Peloponeso. (1365.) El vencedor llevó su ejército á Beocia, se apoderó de Tebas y conquistó muchas ciudades del Peloponeso. La fama de sus triunfos resonó en occidente. Europa, amenazada nuevamente por el alfange de Mahoma, se conmovió y pareció dispuesta á levantarse toda entera. Juan, rey de Francia, se declaró gefe de una cruzada contra los musulmanes: los reyes de Dinamarca y Chipre, y los venecianos, se obligaron á auxiliarle: el papa Urbano nombró por legado al cardenal de Talleyrand-Perigord. Se despreciaba tanto al emperador de los griegos, que los príncipes latinos no se dignaron darle aviso de la empresa que meditaban para libertarle. Pero la guerra entre franceses é ingleses malogró este proyecto. Solo Lusignan con los cipriotas y venecianos atacó á los turcos, desembarcó en Egipto, y se apoderó de Alejandría; pero un

terror pánico que sobrevino en su ejército, le obligó á evacuar esta plaza: los caballeros de Rodas y los venecianos volvieron de esta espedicion cargados de botin.

Juan Paleologo, semejante al último emperador latino que su ascendiente Miguel Paleologo habia destronado, no hallando recursos en su valor, dejó su capital y viajó por occidente mendigando socorros. En Roma abjuró la religion griega, y pidió auxilios en dinero, que no se le concedieron, aunque se le recibió con el mayor honor. Queria pasar á Francia; pero supo que Carlos V, ocupado entonces en reconquistar su propio reino, no podia ofrecer tropas para libertar el ageno. Pasó á Venecia, donde fue preso por deudas: su hijo mayor Andrónico no quiso pagarlas; pero Manuel, su hijo segundo, sacrificó sus bienes por la libertad de su padre. Volvióse, pues, á Constantinopla sin mas socorro que un corsario famoso y valiente, llamado Dagut, capaz de restablecer, segun decia él mismo, la marina del imperio.

Juan Paleologo, vasallo de Amurates. (1371.) Pedro de Lusignan, rey de Chipre, cuyo valor y osadía daban alguna esperanza á los griegos, fue muerto en una sedicion escitada por algunos cipriotas, cuyas hijas habia deshonrado. Los venecianos y genoveses, que habian vuelto á tener guerra unos con otros, rehusaron toda asistencia al emperador. Este infeliz príncipe, sin fuerza, dine-

ro ni aliados, tomó el partido vergonzoso de entregarse á Amurates á discrecion, y se hizo vasallo y tributario suyo, con tal que se le permitiese reinar sobre los últimos retales de su imperio.

Conquista de Tesalónica por los turcos. (1373.) Gregorio XI, que acababa de ascender al pontificado, hizo vanos esfuerzos para armar contra Amurates los príncipes de la cristiandad. Solamente los caballeros de Rodas oyeron su voz, y defendieron á Esmirna contra los otomanos. Manuel, hijo de Paleólogo, indignado del envilecimiento de su patria, tómó las armas, y quitó á los turcos la ciudad de Feras. La venganza de Amurates fue pronta: se apoderó de Tesalónica; y Manuel, abandonado, tuvo que implorar la clemencia del vencedor.

La ambicion del sultan no conocia ya límites. Meditaba la conquista de Hungría, y para lograrla hizo alianza con los tártaros del Boristenes; pero la sublevacion de algunos emires en Asia suspendió su designio. Marchó contra los rebeldes, y mandó á su vasallo Juan que le siguiese á esta campaña.

Rebelion de los hijos del emperador y del sultan. (1375.) Amurates habia confiado el mando de la tropa de Tracia á Contus, su hijo: Andrónico, hijo mayor de Juan, estaba en la misma provincia. Contus, cansado de obedecer, tenia deseos de reinar: Andrónico alimentaba en su corazon un odio profundo contra su padre, que para casti-

garle de la ingratitud con que le habia dejado en la prision de Venecia, le privó del derecho de primogenitura, y asoció al trono á Manuel, su hermano menor. Los dos príncipes, unidos por los mismos vicios y la misma ambicion, conspiraron contra sus padres, y ganaron y sublevaron las tropas. Amurates, apenas lo supo, volvió á Europa, trayendo consigo al desgraciado Juan, de quien sospechaba que tenia inteligencia con los rebeldes. El emperador, aterrado de sus reprensiones y amenazas, logró desarmar el enojo de su soberano con la sumision mas baja y las protestaciones mas serviles.

Apenas se presentó Amurates, una parte de las tropas se sometió: las demas se encerraron con los príncipes en Didimótica. El sultan cercó esta plaza, que al principio se resistió ostinadamente; pero al fin los habitantes, con la esperanza de conservar las vidas y los bienes, capitularon. El terrible Amurates, olvidado de Ciro y de Jenofonte, mandó sacar los ojos á su hijo y ahogar en el rio toda la guarnicion: los principales gefes de los rebeldes tuvieron órden de servir de verdugos á sus hijos, y la ejecutaron; Juan, obligado á mostrarse cruel, infligió á Andrónico el mismo suplicio que Amurates á Contus; pero el verdugo, mas humano, le quemó un ojo solamente. Constantinopla era entonces el teatro de algunos combates; pero el motivo no era defender el imperio. Mientras que los griegos sufrian en silencio

el yugo otomano, las armadas de Génova y Venecia se daban batallas en el puerto mismo de la capital.

Conspiracion de Andrónico. (1376.) Juan favorecia secretamente á los venecianos. Entretanto el sultan, saciada su venganza, dió libertad á Andrónico. Este príncipe, aumentando su resentimiento con el suplicio, se sirvió del oro y de la asistencia de los genoveses para formar una nueva conspiracion. En aquella ciudad corrompida era mas fácil hallar conjurados que guerreros. Al frente de una tropa de rebeldes forzó por la noche las puertas del palacio imperial, prendió á su padre y á sus dos hermanos, y se apoderó del trono.

Un rico veneciano, llamado Carlos Zeno, y que se jactaba de descender del emperador Zenon, fue el único que mostró generosa piedad á un emperador oprimido por su hijo y abandonado de sus vasallos. Prodigó sus bienes para libertarle, ganó al alcaide de la prision, llegó hasta su aposento, y le exhortó á que se libertase de la tiranía huyendo con él. Juan, mal príncipe, pero buen padre, rehusó la libertad. «Si no puedes, le decia, libertar tambien mis hijos, el bárbaro Andrónico se vengará en ellos de mi fuga. Quiero mejor permanecer en la prision, que ser causa de su muerte.» Inútilmente le representó Zeno, que el mejor medio para salvar sus hijos era recobrar su poder: la resistencia de Juan fue invencible.

Juan vuelve al trono. (1377.) Zeno se retiró descontento de haber comprometido en vano su fortuna y su vida. Juan encontró en la prision á Petronila, muger del alcaide, y que habia sido dama del emperador en su juventud. Continuó favoreciendo á su antiguo amante y señor: los venecianos domiciliados en Constantinopla procuraron formar un partido á favor suyo. Andrónico, informado de estos movimientos, los amenazó con su venganza; mas ellos recurrieron al sultan, en el cual hallaron proteccion. Juan, para recobrar su trono, socavó los cimientos del imperio: sacrificando su pais á su interes, vendió sus estados pedazo á pedazo, como dicen los historiadores. Dió á los venecianos las islas de Ténedos y Lesbos, prometió al sultan un tributo de 30.000 escudos de oro, ofreció mantener 12.000 hombres al servicio de los turcos, y mandó á la ciudad de Filadelfia de Lidia, que aun se defendia contra los musulmanes, que se sometiese á Amurates.

El sultan mandó, y todos obedecieron. Juan subió al trono y perdonó á Andrónico; y sin embargo, entrambos eran indignos, el uno de reinar y el otro de vivir. En todas partes esperimentaban los griegos los ultrages que teme, atrae y merece la debilidad. El emperador de Trebisonda, habiéndose negado á hacer justicia á un genoves llamado Megollo, á quien habia robado, este feroz republicano arma dos galeras, devasta la

playa, coge un gran número de griegos, les corta las narices y orejas, las sala, y envia un barril de ellas al emperador.

Batalla de Casovia. (1389.) Amurates continuaba sus conquistas sin ostáculos, y casi sin gloria. Apoderóse del principado de Acaya: Patrás le abrió sus puertas: la mayor parte de las ciudades de Macedonia se le rindieron; y Belgrado, capital de Servia, se sometió á sus leyes. Al mismo tiempo concurrian todos al desmembramiento del imperio: los venecianos se hicieron señores de Corfú. El rey de Hungría, el kralo de Servia, los dálmatas y válacos, viéndose ya sin barreras contra los otomanos, reunieron sus fuerzas y vinieron á atacar á Amurates junto á Casovia. De entrambas partes se peleó con el mismo valor y ostinacion; pero los turcos, muy inferiores hoy en el arte de la guerra á todos los pueblos de Europa, los escedian entonces en táctica y disciplina; y así lograron la victoria.

Bayaceto, hijo del sultan, escitaba con su valor y su fuerza el ardor de los suyos, y derramaba el terror y la muerte en las filas enemigas. «Bajo la clava de hierro de Bayaceto, dice un historiador árabe, los petos de hierro y los yelmos de bronce se ablandaban como cera.»

Esta batalla fue el último triunfo de Amurates: en ella encontró una muerte digna de su vida. Persiguiendo á los vencidos, notó que todos los muertos que encontraba eran

jóvenes búlgaros y servios que apenas llegaban á la edad viril. Uno de los oficiales que le acompañaban, le dijo: «No te admires: ningun hombre capaz de razon se atreverá á pelear contra el invencible Amurátes.» Mientras el sultan recibia con orgullo este incienso de la lisonja, un soldado veterano, que estaba herido y derribado entre los muertos, le ve, se levanta, y le hunde su puñal en el seno. El conquistador, al dar el último suspiro, oyó su oracion fúnebre en los gritos de triunfo de su ejército victorioso. Bayaceto, su heredero, hizo notable su advenimiento al trono por un acto de ferocidad, imitado por sus sucesores con harta frecuencia; y fue mandar que se quebrase la nuca á su hermano. Despues entró en Moldavia y fue rechazado. La sublevacion de algunos emires le obligó á pasar el Bósforo. Despojó de sus estados al príncipe de Frigia, su suegro; exigió del emperador cuantioso tributo; hizo que Manuel le siguiese al ejército y le detuvo en rehenes. Juan, no pudiendo ya dudar de la caida próxima del imperio, reedificó las fortificaciones de Constantinopla: Bayaceto le amenazó que mandaria sacar los ojos á su hijo, si no demolia prontamente las obras comenzadas: el emperador gimió y obedeció. La vergüenza y el pesar terminaron la triste vida de este príncipe, á quien el esceso de la humillacion no pudo nunca mover á solicitar una muerte gloriosa. Falleció á los 61 años de edad y 50 de reinado.

Manuel Paleologo, emperador. (1391.) Iba á subir al trono un príncipe digno de ocuparlo y de defenderlo, y aun capaz de consolidarlo, si sus cimientos todos no estuviesen ya removidos. Manuel era valiente y generoso: tenia alma noble y grande, ingenio delicado, y la primera de todas las cualidades reales y que realza todas las demas, que es el amor de la patria. Cuando murió su padre, era custodiado cuidadosamente en la corte de Bayaceto, como rehen y prenda involuntaria de la esclavitud de los griegos. Asociado solo de nombre al imperio 18 años antes, habia lamentado la debilidad de su padre y soberano, á quien veia esclavo de sus enemigos. Cuando supo su muerte, indignado de la cadena que lo retenia, arrostró la muerte, engañó á su guardia, se escapó á Prusa y llegó á su capital. Bayaceto hizo temblar con sus furores y amenazas á los oficiales que persiguieron á Manuel y no pudieron alcanzarle. Mandó al nuevo emperador que le prestase juramento como vasallo, que le pagase tributo y admitiese en Constantinopla un cadí otomano para que los musulmanes que residian en aquella ciudad, no recibiesen la injuria de que se les administrase justicia como á los *perros infieles*: en fin, declarando propiedad mahometana las cercanías de la capital, prohibió á los griegos salir de ella sin su permiso. Manuel, prefiriendo una muerte honrada á un abatimiento vergonzoso, rehusó someterse; y sin em-

bargo se valió para ello de pretestos plausibles, espuestos en términos nobles pero moderados. Bayaceto enfurecido puso en campaña contra él tres ejércitos: uno que mandaba él mismo en persona, asoló á Tracia: otro, á las órdenes de Turacan, destruyó las costas del Ponto Euxino; y otro mandado por Abranetzes invadió la Acaya y el Peloponeso. Desde la muerte de los nietos de Cantacuceno estos paises eran gobernados por Teodoro, hermano de Manuel y déspota de Lacedemonia. Bajo la administracion de este príncipe activo, justo y valeroso, parecia haber resucitado aquella hermosa parte de Grecia. Habíanse levantado los muros de las ciudades: los campos se volvian á cultivar: un gran número de ilirios que llamó para poblar el pais, le enriquecian con sus trabajos y le defendian con sus armas. La hija del duque de Atenas casó con Teodoro y le trajo en dote la ciudad de Corinto. El príncipe griego opuso gran resistencia á los musulmanes. Entretanto Manuel, encerrado en su capital, privado de recursos para alistar y pagar tropas, escribió á todos los príncipes cristianos, declarándoles que si su imprevision dejaba caer en poder de los turcos las reliquias de Grecia y los últimos laureles del imperio, no tardarian en estenderse por todo el occidente, en renovar las calamidades que Atila derramó sobre Europa, y en abatir la cruz.

Segismundo, rey de Hungria, como mas

espuesto á esta inundacion de los bárbaros, se armó el primero para detener sus progresos. Antes de pelear quiso entrar en negociaciones, y mandó á su embajador que preguntase á Bayaceto con qué derecho acometia á Bulgaria. El sultan, habiéndole escuchado con silencio, le llevó á un vasto almacen de armas, donde las habia de toda especie, y le dijo: «Cristiano, hé aqui mis derechos: ahora te voy á decir cuales son mis designios. Subyugare la Hungria, conquistaré la Alemania, llevaré esclavo en mi comitiva al emperador de los griegos. Entraré en Roma; depositaré en el capitolio las coronas que haya conquistado, y daré heno á mis caballos en el altar de san Pedro.» Segismundo hizo saber á los franceses esta insolente arrogancia, que inflamó en ira á los caballeros. Casi todos corrieron á las armas para vengar el honor de Europa y defender su religion. Mostrábanse impacientes de socorrer á Hungria y libertar á Grecia. Entonces reinaba en Francia Cárlos VI, gobernado por su tio el duque de Borgoña, el cual cediendo á las instancias del conde de Nevers su hijo, permitió á toda aquella valiente juventud pasar á mostrar sus brios en oriente. Eran mil caballeros, seguidos de un gran número de flecheros y escuderos armados. Iban muchos príncipes de la familia real, el conde de Eu, los duques de Bar, y varios de los guerreros mas célebres de la nacion francesa, como Coucy, La Tremouille, Chateaumorand, y

el famoso mariscal de Boucicaut, que despues defendió á Constantinopla, venció á los turcos en Asia, fue gobernador de Génova, obligó al rey de Chipre á hacer la paz, venció á los venecianos, hizo dos desembarcos, uno en Egipto y otro en Túnez, y halló en fin la muerte en los campos funestos da Azincourt. Este ejército de héroes, mas brillante todavia por los nombres ilustres de sus guerreros y por el ardor de sus brios, que por el oro y plata que cubrian sus caballos y armas, atravesó rápidamente la Alemania y llevó la esperanza al ejército de Segismundo. El conde de Nevers mandaba este cuerpo escogido. Los príncipes y barones mas ricos fueron los que pagaron los gastos de esta espedicion; y mantuvieron con esplendidez á los caballeros que militaban en sus banderas. Este ejemplo imitaron muchos ilustres aventureros de todos los paises de Europa, y las fuerzas del rey de Hungria se aumentaron de modo que pudo marchar contra los otomanos al frente de 100.000 hombres.

Sumision de Manuel á Bayaceto. (1395.) Mientras se preparaba esta grande espedicion contra el sultan, éste, que se hallaba en Feras con todas sus tropas, mandó á Teodoro, al emperador Manuel y á su primo Juan Paleologo, hijo de Andrónico, que viniesen á su campamento. Era imposible resistir, y le obedecieron. Apenas Bayaceto los vió, mandó á los oficiales que los rodeaban, que les cortasen la cabeza. El gran visir se

atrevió á resistir á este órden bárbaro, y su osadía sorprendió á su amo. En fin, se calmó el enojo del sultan; pero su clemencia fue la de un bárbaro y la de un tirano: no permitió á los príncipes salir del campo de los turcos ni volver á sus hogares, hasta que en su presencia se cortaron las manos y sacaron los ojos á los principales oficiales griegos que los acompañaban.

Manuel, libre del suplicio y restituido á su palacio, casó con Helena, hija de Constantino Dragóses, príncipe de Macedonia. Esperaba tristemente en su capital, que era su prision, la sentencia que la fortuna iba á pronunciar en las llanuras de Tracia ó de Hungría. Teodoro no habia conseguido la libertad como su hermano, y quedó en rehenes en el campamento turco; poco despues logró escaparse cuando le amenazaba con la muerte el enojo de Bayaceto. Los franceses apenas llegaron se mostraron deseosos de combatir, é instaron al rey á que entrase en campaña. Los húngaros, incitados por ellos, se apoderaron de Rodin, ciudad de Romanía, tomaron otras muchas plazas, y pusieron sitio á Nicópolis. Los caballeros franceses, siempre los primeros en la brecha, y los mas adelantados en la pelea, habian inspirado tanto ánimo á los húngaros, que como decia Boucicaut en el lenguage candoroso de aquella edad, «á todo se atrevian; y á no haberles sido contraria la fortuna, bendecirian el dia y la hora en que

llegaron los franceses; pero la fortuna, enemiga de los buenos y valientes, pareció tener envidia de su denuedo.»

Batalla de Nicópolis. (1396.) Nicópolis era la plaza mas fuerte de Romanía. Mientras los sitiadores construian atrincheramientos y cavaban minas, Bayaceto, al frente de 40.000 genízaros, de 10.000 spahis, y un gran número de tropas auxiliares, acudió á socorrer la plaza. Su marcha fue tan rápida, y tanta la negligencia de los puestos avanzados de los cristianos, que llegó cerca de sus reales sin que lo supiesen. Ápenas tuvo tiempo Segismundo para poner á los húngaros en órden de batalla; y aun se olvidó, con la precipitacion de las órdenes, de avisar á los franceses; de modo, que el conde de Nevers se habia ya sentado á la mesa, cuando supo que los turcos estaban á la vista. Todos los caballeros montaron, tomaron las armas, fueron á donde estaba el rey, y vieron á poca distancia las banderas de los enemigos. Bayaceto habia colocado delante de su infantería gran cantidad de estacas agudas, cercanas y cruzadas entre sí. Su numerosa caballería las ocultaba á la vista de los cristianos, y cubria toda su línea. Dada la señal del combate, empieza su marcha en buen órden el ejército de Segismundo: al acercarse, se abre la caballería musulmana, y se retira con celeridad á las dos alas de la infantería, que al abrigo de las estacadas disparaba á los cristianos una nube de fle-

chas. Los húngaros eran mas á propósito para las escaramuzas que para las batallas: semejantes á los partos, sabian mejor huir y perseguir que pelear: detiénense al ver las empalizadas, se desmandan y dispersan. Solamente un cuerpo, mandado por el conde de Hungría, se conservó en línea junto á los franceses. Boucicaut, indignado de aquella retirada, clama: «Señores, ¿qué hacemos aquí? ¿nos dejaremos matar cobardemente? Volemos al enemigo, y asi evitaremos sus flechas.» A estas palabras, y al órden del conde de Nevers, se arrojan los franceses á la empalizada: en vano las puntas de las estacas se clavan en los costados de los caballos: en vano las lanzas y cimitarras de los otomanos hieren los petos y yelmos de los caballeros: semejantes al jabalí, mas furioso cuando es herido, se empeñan en la lid, no oyen las voces de sus compañeros moribundos sino para vengarlos, arrancan y destruyen las estacas, desbaratan á los genízaros, y sin conocer que nadie los sigue, continuan su victoria, y se arrojan enmedio de la innumerable multitud de los otomanos, que miraban espantados tanto valor.

En este punto de su narracion esclama Boucicaut: «¡Oh noble Francia! no es de ahora que tus campeones se muestren esforzados entre todas las naciones del mundo. Díganlo sus batallas antiguas con los romanos: dígalo el ver que nunca fueron vencidos sino por la traicion ó por la falta de sus

capitanes; y que cuando no se emplean en la guerra, no es con gusto suyo, sino por culpa de los que los mandan. Si tuviesen caudillos correspondientes á su valor, harian cosas maravillosas.» El conde de Hungría se mostraba con su corto escuadron digno émulo de los franceses. Quince mil turcos habian perecido ya: el sultan estaba herido; pero á este triunfo iba á suceder un duelo funesto: ¿qué podia un pequeño número de guerreros contra un ejército inmenso, enmedio del cual los habia precipitado su heróica fogosidad? La multitud de los musulmanes les quitaba toda esperanza de retirada: la fuga del rey de Hungría toda esperanza de socorro. Los otomanos, despues de algunos momentos de inaccion, producidos por el terror y la admiracion, avergonzados de retirarse de tan pocos guerreros, los cuentan, recobran ánimo, se reunen, se escitan mútuamente, y caen en masa por todas partes sobre aquellos héroes abandonados, fatigados ya, cubiertos de heridas y desmontados. Asaltados desde todos los puntos vendieron todavía muy caro su vencimiento; principalmente Boucicaut, cuya fuerza se aumentó con la desesperacion: aterraba tanto su espada á los musulmanes, que por mucho tiempo hicieron al rededor de él un circulo que el miedo ensanchaba: evitando su temible acero, le lanzaban desde lejos no solo dardos sino escudos y clavas, hasta que fue abrumado por el peso de tanto hierro.

Una parte de los héroes pereció : otros mas infelices fueron encadenados y conducidos á los pies del sultan.

Bayaceto se mostró indigno de su victoria, haciendo descabezar á aquellos nobles prisioneros, sin perdonar mas que á los príncipes, de los cuales esperaba gran rescate. El respeto con que estos ilustres caballeros trataban al valiente Boucicaut, hizo conocer á los bárbaros que la vida de un héroe era de tan gran precio como las de los parientes de un rey. Esta consideracion detuvo la cuchilla, alzada ya sobre la cabeza del mariscal, y se le puso en la misma prision del conde de Nevers. Cárlos VI, queriendo rescatar á los ilustres cautivos, envió al sultan presentes magníficos para aquel siglo, muchas aves enseñadas para la cetrería, paños de color de escarlata de las fábricas de Reims, y tapices de las de Arras. Cuando recobraron su libertad, el conde de Nevers, segun la estipulacion del tratado, ofreció con sus compañeros jurar que no militarian nunca contra Bayaceto. «Ese juramento es inútil, dijo el orgulloso sultan: ni os temo á vosotros, ni á todos los guerreros de vuestra tierra. Ve, flaco enemigo, á llevarles la noticia de tu derrota: escita su valor, reúnelos á todos, y si tienes deseo de volver con ellos á pedirme satisfaccion, me hallarás pronto á dártela.»

Constantinopla amenazada por los turcos. (1397.) Las consecuencias de este de-

sastre fueron tristes para el imperio. Los turcos vencedores hallaron en los reales de los cristianos un inmenso botin: deslumbróles el lujo que brillaba en las tiendas de los franceses. Casi todas, como si fuesen de un rey, tenian muebles de seda y vajillas riquísimas.

Bayaceto persiguió con ardor á los húngaros, les cortó la retirada, y los desbarató. Segismundo, perseguido con ardor, no pudo volver á sus estados: solo se escapó del cautiverio huyendo con suma prontitud á Constantinopla. El sultan intimó á Manuel que le entregase su capital: Manuel prefirió la muerte á tanta infamia, y se negó á ello. Bayaceto irritado parecia resuelto á poner sitio á Constantinopla; pero su gran visir le apartó de este designio, haciéndole temer que la caida de tan gran ciudad sublevase y armase contra los turcos toda la cristiandad.

Victorias de Boucicaut en Asia. (1399.) Las barreras de la ciudad de Constantino eran ya los límites del imperio, y aun en situacion tan deplorable los príncipes griegos disputaban un nombre vano. El esplendor engañoso de un pedazo de cetro fascinaba sus ojos todavía, y Juan Paleologo, sobrino de Manuel, procuraba, á pesar de tan grandes peligros, no defender la corona, sino apoderarse de ella, reclamando contra Manuel los derechos que afectaba tener de Andrónico, su padre.

Bayaceto fomentó estas disensiones, apoyando la pretension de Juan, para aprove-

charse de ellas y acelerar la ruina del imperio. Manuel, que no podia resistir á estos dos enemigos reunidos, cediendo prudentemente á las circunstancias, dividió la corona con su sobrino. Fundaba su última esperanza, y no fue engañada, en el honor frances ofendido. Boucicaut volvió pronto á socorrerle con una armada y 16.000 soldados valerosos.

La aparicion de estos caballeros causó tanta alegría á los griegos como terror á los otomanos. Los franceses forzaron el paso del Bósforo, libertaron á Constantinopla del azote del hambre, vencieron en muchos reencuentros á los musulmanes, los obligaron á retirarse, desembarcaron en Asia, tomaron muchas plazas, pusieron sitio á Nicomedia, la entraron por asalto, y pasaron á cuchillo la guarnicion. En el espacio de un año el infatigable Boucicaut maltrató á los turcos, preservó de sus incursiones las avenidas de la capital, y con prodigios de valor, casi fabulosos, inmortalizó su memoria. Estos felices esfuerzos de 16.000 franceses debieron probar á los griegos que sus calamidades procedian solamente del egoismo y la pusilanimidad. Manuel, acompañado de un corto número de valientes, se mostró siempre digno de su defensor, participando de sus fatigas, peligros y laureles. Pero los franceses perdian continuamente soldados, sin que se reemplazase con nuevas tropas: el tesoro vacío no alcanzaba á satisfacer sus

necesidades: los griegos los admiraban, y no los imitaban; y aunque sus espadas disminuian las filas de los enemigos, la masa enorme de los bárbaros se renovaba sin cesar. Despues de un año de combates, Boucicaut declaró al emperador que le era forzoso volver á Francia, y le aconsejó que lo siguiese para alentar con su presencia el celo de los cristianos.

Viage de Manuel á Francia. (1400.) Manuel consintió en ello, y antes de partir confió á su sobrino las riendas del gobierno y la defensa de la ciudad. Pasó primero á Italia: Venecia, Florencia y Génova lamentaron sus infortunios, mas no le dieron ningun auxilio. Visconti, duque de Milan, fue mas generoso, y le socorrió con dinero. Llegó en fin á Francia, y recibió en ella los homenages que la generosidad francesa tributaba siempre á la desgracia ilustrada por el valor.

El emperador hizo su entrada en París el 3 de junio de 1400. Dos mil vecinos armados le esperaban en Charenton: el canciller, tres cardenales y el parlamento le recibieron en las barreras. El rey y los príncipes de su familia salieron á saludarle: atravesó la ciudad con ellos en un soberbio caballo; llevaba los ornamentos imperiales, cubierto de un vestido de seda blanco, emblema entre los griegos del luto y la tristeza. Todos admiraban la noble fisonomía de aquel emperador guerrero: sus canas y su conti-

nente grave, recordando sus numerosos combates y contínuas desgracias, le hacian venerable. Carlos VI le dió alojamiento en el Louvre; y en todos los banquetes y fiestas ocupó Manuel el asiento principal. El rey, los príncipes y caballeros le prometieron el socorro de sus armas. Pasó tambien á Inglaterra; pero Enrique IV, mal afirmado en el trono todavía, no pudo darle mas que esperanzas. Volvió á Paris, y fue testigo de una desdicha, cuyas consecuencias fueron funestísimas á Francia. Carlos VI cayó en demencia: la ambicion de los príncipes despedazó el reino, conmovió el trono, llamó los enemigos naturales al centro del pais, y privó al desgraciado Manuel del único apoyo en que confiaba.

Guerra entre Bayaceto y Timurbek: batalla de Ancira. (1402.) Renunciando á toda esperanza, volvió á pasar los Alpes, se embarcó para Grecia, y se restituyó á su patria, que no habria hallado libre, si solo la hubiese defendido el débil Juan Paleologo; pero Chateaumorand, guerrero frances, que habia quedado en Constantinopla por órden de Boucicaut con 500 valerosos, habia resistido, durante los dos últimos años, á la debilidad de la corte, á los terrores de los griegos y á los ataques de los otomanos.

Bayaceto, libre del temor de los franceses por las turbulencias interiores que habia en Francia, renovaba las intimaciones y amenazas, y se preparaba á consumar la ruina

del imperio griego, cuando del centro del Asia salió un conquistador mas terrible que el famoso Géngis, del cual descendia. Manuel, creyéndose perdido, solo pensaba ya en sepultarse bajo las ruinas de su capital, cuando de improviso se disipó el peligro, y su fortuna se mejoró por las armas y victorias de Tamerlan. Timur, á quien los tártaros llamaron Tamerlan á causa de una herida que lo habia puesto cojo, aumentó la lista fatal de los Alejandros y Atilas, de los destructores del mundo, de los fenómenos infaustos cuya presencia escitaba á un mismo tiempo terror y admiracion. Fue uno de los hombres destinados á correr y asombrar la tierra, á domarla, oprimirla y despoblarla. La envidia, que engrandece siempre la gloria solicitando disminuirla, le echó en cara neciamente su honrosa enfermedad, le supuso un nacimiento oscuro, y fingió que habia subido desde el arado al trono; sin embargo, casi todos los historiadores musulmanes y griegos aseguran que descendia de Géngis, á lo menos por las mugeres: su quinto abuelo habia sido visir de Zagatay, rey de la gran Bucaria. Sus antepasados gobernaban el principado de Kash ó Kest, como gefes hereditarios. Timur nació en la aldea de Sabzar, á 13 leguas de Samarcanda. Su grande alma brilló en las turbulencias que se siguieron á la estincion de la familia de Zagatay (llamado por otros Jagatay): la anarquia rodeó la cuna de Timur, y todos los príncipes del pais as-

piraban á la autoridad. El kan de Casgar, auxiliado de un cuerpo numeroso de calmucos y getas (estos últimos eran los habitadores de la pequeña Bucaria), queria apoderarse del imperio: todos los emires defendian contra él su independencia: Timur, teniendo doce años de edad, sacó su alfange por la primera vez, y se distinguió entre los mas valientes. Pero á pesar de la resistencia de los emires, la gran Bucaria fue subyugada. Timur á los 25 años de edad formó el proyecto de derribar al usurpador. No tenia entonces mas fuerzas que la opinion: su nombre, ilustre ya por sus numerosas hazañas, hizo que se le reuniesen los emires principales y que jurasen favorecerle. Siete dias los esperó inútilmente en las montañas de Samarcanda: el kan de Casgar habia descubierto y minado la conjuracion: sus tropas persiguieron á Timur, que se retiró á un desierto con 60 tártaros. Alli le acometieron 1000 getas, los rechazó, y mató un gran número de ellos; pero la muerte de casi todos sus compañeros fue el precio de esta victoria, y no le quedaron mas que siete. Perseguido de nuevo, fue alcanzado, preso y encerrado en un castillo con su muger. Timur rompe las puertas de su prision, y pelea solo contra los soldados que le guardan. Su intrepidez escita la admiracion del gefe de esta tropa. Aprovéchase de su sorpresa ó de su generosidad, se escapa, atraviesa el Oxo, y durante muchos meses arrastra en los de-

siertos el peso de la existencia errante de un proscrito. Estendióse la noticia de su muerte, que se creyó por muchos dias. El vencedor de Bucaria gobernaba este pais con tiranía: algunos emires, cansados de la opresion, toman las armas, tres de ellos reunen algunas tropas: al llegar cerca de las fronteras en un canton que no conocian, piden guias. Un mogol se les presenta: este era Timur, y la aparicion del héroe, que creian muerto, es un presagio seguro de la victoria. Tamerlan, que imitó á César en la rapidez de sus conquistas, y en escribir las memorias de sus guerras, cuenta de este modo cómo volvió enmedio de sus antiguos compañeros. «Al verme hacen estremos de alegría: apeanse de los caballos, se arrojan á mis pies, besan mis estribos. Yo, no menos enternecido que ellos, bajo de mi caballo, los estrecho entre mis brazos, pongo mi turbante en la frente de uno de ellos, echo mi banda al cuello de otro; doy mi vestido al que le seguia, é invocamos todos juntos al señor del cielo. Despues los llevé á mi asilo, y celebramos la reunion con un alegre banquete: la esperanza y la libertad embellecian á nuestros ojos el desierto.»

No tardó en aumentarse el número de estos valientes, y acudieron muchas tribus á sus banderas. Timur, al frente de un ejército crecido, entra en su patria: vence y dispersa las tropas del usurpador: Bucaria es libertada por su valor, y sus iguales le eligen

por gefe. Al principio le dieron por colega á Husein, hermano de su muger; pero la division del poder produjo las acostumbradas desavenencias, que entre los tártaros siempre se terminan con la cimitarra. Husein pereció; y las tribus reunidas en curaltay, ó *dieta*, proclamaron emperador á Tamerlan. Tenia entonces 35 años. Aunque dueño del supremo poder, tributó homenage á la memoria de Gengis, dando el título de kan á un oficial de su ejército que descendia de aquel conquistador. Este fue el principio de la vida militar y política del famoso Timurbek, que en pocos años llenó la tierra de su fama, y añadió 26 coronas á la de Zagatay. (Este nombre dieron los mogoles á la gran Bucaria, en memoria de Zagatay, primer emperador mogol de aquel pais.) Carasm y Candahar fueron sus primeras conquistas: despues emprendió la de Persia. Ibrahim, príncipe de Schirvan, destruidos sus ejércitos, tuvo que postrarse en las gradas del trono de Tamerlan. Habia prometido al vencedor un tributo de 9 esclavos, y no le presentó mas que 8; y como el emperador le advirtiese la falta, «yo soy el noveno,» dijo el adulador coronado. Su bajeza recibió por premio la sonrisa del menosprecio. Toda Persia cayó bajo el dominio de Timur; pero la batalla que consumó la conquista, faltó poco para que diese fin á sus espediciones. Mamut, príncipe persa, el menos poderoso, pero el mas valiente de sus enemigos, se arroja con

4000 ginetes entre las filas del ejército mogol, lo atraviesa, derriba á todos los que le resisten, llega hasta donde estaba el emperador, y no murió sino despues de haber destrozado con su cimitarra el yelmo de Timur. Este se apoderó de Ormuz, Bagdad y Edesa, y penetró en las tierras de los turcos para vengarse del socorro que Bayaceto habia dado á los getas. La narracion de estas conquistas forma una grande historia: como un torrente se aumenta con las aguas de todos los terrenos que devasta, asi el héroe tártaro, aumentando continuamente sus fuerzas, se hizo dueño en poco tiempo de todos los paises que ciñen el mar Caspio. Entró en Rusia, y Moscou le vió delante de sus murallas: esta ciudad iba ya á caer en su poder, cuando atenciones de mayor consideracion le hicieron volver á las provincias meridionales de su imperio. Entregó á las llamas la ciudad de Astracan que se habia rebelado: propuso á su ejército la conquista de la India: los tártaros murmuraron, como los macedonios, de una espedicion tan lejana; pero Timur venció su resistencia, haciendo que un fanático, á quien los mogoles creian inspirado, les anunciase conquistas fáciles y un inmenso botin. Timur siguió al principio las huellas de Alejandro y atravesó el Indo; pero pasando mas allá de los límites donde se detuvo el héroe macedon, siguió su marcha victoriosa hasta Deli, destruyó el ejército innumerable del sultan Mamud, le obligó á huir, entregó sus

estados al saqueo, pasó el Ganges, costeó el Imalaya, atravesó el Tibet, y volvió á Samarcanda, su capital, cargado con todas las riquezas del oriente. Habia llegado á los 63 años de edad, sin que la vejez hubiese resfriado su ardor. La fama de las conquistas de Bayaceto llegó hasta él cuando se hallaba en las riberas del Ganges. La gloria de este rival era torcedor de su orgullo: apenas permite á sus guerreros tomar un breve descanso en Samarcanda. El oriente sometido no basta á su ambicion, y emprende la conquista del Asia occidental. Su proclama anuncia á los tártaros que han de pelear todavia 7 años lejos de sus hogares. Al frente de su numeroso ejército entra en Georgia y la somete, desapareciendo asi el intervalo que separaba á los mogoles de los otomanos. Estos dos pueblos eran ya vecinos, rivales y enemigos. El Eufrates les partia límites, pero inciertos; motivo perpétuo de rencillas y combates. Otro pretesto especioso de querella eran los auxilios que daba cada uno á los rebeldes y descontentos del otro; pero la verdadera causa de la enemistad era que Timur no podia sufrir á un igual, ni Bayaceto á un superior. Una correspondencia epistolar de injurias fue el preludio de la guerra. «Sabes, decia Timur á Bayaceto, que las armas me han hecho señor de Asia. Los monarcas de estos paises estan respetuosamente ó esperando á mis puertas en fila, ó postrados ante mi trono. La fortuna misma,

vencida por mí, no tiene ya que hacer sino velar por mi prosperidad. Tú, engañado por el prestigio de una falsa grandeza, te crees héroe, porque has logrado algunos triunfos oscuros de los miserables búlgaros, de los húngaros desconocidos en todo el mundo, y de los griegos afeminados. Solo el favor del profeta te ha dado la victoria de esos pobres cristianos. Tu celo por nuestra religion y tu obediencia al alcoran me inspiran algun miramiento para contigo, suspenden mi acero levantado ya para herirte, y me impiden, destruyendo tu pais, derribar ese baluarte de los musulmanes. Te aconsejo que uses de mi piedad: abre los ojos: desarma con tu sumision y arrepentimiento el rayo que te amenaza. Piensa que ante mí no eres mas que un insecto: si irritas á mis elefantes, te estrujarán con sus pies.» Bayaceto respondió á estas injurias con amenazas no menos arrogantes, y con una relacion pomposa de sus victorias. «Las debo, decia, á solo mi valor: tú no has conseguido las tuyas sino por la traicion ó por la cobardía de tus enemigos. Sé que traes contigo un ejército innumerable; pero ¿qué pueden las frágiles saetas de tus tártaros, siempre dispuestos á huir, contra las cimitarras de mis invencibles genízaros? En vano te quejas de la proteccion que concedo á los desgraciados príncipes que quieren sustraerse á tu tiranía. ¿Te atreverás á venir á buscarlos en mis tiendas? Arrostrar mi enojo es correr á la muerte. Aléjate de

Erzerun y de las riberas del Eufrates: estos paises son mios. Si te pagan los tributos que me deben, iré á recobrarlos á las murallas de Tauris y de Samarcanda. Tus amenazas no escitan en mi sino el mas profundo desprecio. Te desafio al combate: si me ves huir de ti, consiento en que me roben tres veces todas mis mugeres. Si no tienes valor para esperarme en la llanura, condénate á que tus esposas no vuelvan á tu lecho, sino despues de haber entrado tres veces en el de un estrangero.» A estos groseros carteles se siguió en breve una guerra furiosa. Timur, despues de muchos asaltos inútiles, se apoderó de la plaza de Sivas. Indignado de la pertinaz resistencia que habian hecho 4.000 armenios de la guarnicion, mandó enterrar vivos á estos infelices, cuyo único delito era el valor y la fidelidad. Antes de marchar contra Bayaceto, conquistó á Fenicia y Palestina, invadió el Egipto, venció á los mamelucos, entró vencedor en Menfis, y volvió despues á Siria. Tomó á Alepo, y sabiendo que los musulmanes celosos se indignaban de ver á los discípulos de Mahoma destrozarse unos á otros en vez de unir sus armas contra los cristianos, y que le acusaban de impiedad, preguntó á un doctor sirio, cuáles eran los verdaderos mártires, los turcos ó los mogoles, en aquella guerra de mahometanos. El doctor respondió: «Solo la intencion con que pelean puede decidirlo.» Timur, no contento de una respuesta tan su-

til, le replicó: «El cielo ha quitado la duda. No hago mas que obedecer sus órdenes. Un viejo, cojo y decrépito como yo, ¿podria conquistar la tierra si no fuese instrumento del Altísimo?» Timur, aunque ultrajaba la justicia con sus acciones, se creia obligado á tributarle homenage con sus palabras; y asi al mismo tiempo que asolaba el mundo, exaltaba siempre su moderacion y la ambicion de sus enemigos que le obligaba á guerrear: se jactaba de ser humano, cuando la sangre corria, por órden suya, en las ciudades que conquistaba. Un numeroso ejército egipcio vino en socorro de Siria: los mogoles lo dispersaron, y entregaron á las llamas á Alepo y Damasco.

Tamerlan, despues de haber subyugado muchas provincias, penetró con 800.000 hombres en Natolia, ocupó á Cesaréa, y acometió á Ancira, llamada Anguri por los turcos. En las llanuras de esta ciudad se presentó Bayaceto al frente de 400.000 otomanos á dar una batalla decisiva á su formidable rival. Aquel campo famoso parecia destinado á humillar y ensalzar la gloria de grandes héroes: en él venció Pompeyo á Mitridates. La fuerza y valor de los genizaros, y la impetuosidad de los spahis habian bastado hasta entonces á Bayaceto para hacerle vencedor de los griegos, búlgaros y húngaros. Ahora tenia que pelear con un enemigo que le presentaba tropas disciplinadas, una caballería diestra en las evoluciones, y una

táctica hábil, aprendida en 30 años de esperiencia. Tamerlan fúe de todos los conquistadores bárbaros el único que hizo la guerra con arte. Su ejército estaba dispuesto metódicamente en muchas lineas que se apoyaban unas á otras. En todas las batallas que dió, dirigia casi siempre sus ataques por escalones contra el centro enemigo. Dado el primer choque, el cuerpo de batalla renovaba este ataque, y despues de un largo combate se valiá de una fuerte reserva para reparar el desorden ó completar la victoria. Jamas tuvo una lucha mas terrible que en esta jornada: habia de ambas partes igual valor y fanatismo, igual sumision á los decretos de la suerte, igual confianza en la fuerza de sus armas. Entrambos ejércitos se creian igualmente famosos por sus triunfos anteriores; pero el tártaro llevaba hasta el entusiasmo la admiracion y la lealtad á su gefe: el de Bayaceto, al contrario, estaba propenso á la sedicion. En vano el sultan redobló sus esfuerzos para animar á los suyos con el ejemplo: en vano cumplió en este trance todas las obligaciones de soldado y de general. Al primer choque se halló debilitado su ejército por la culpable defeccion de su hijo Soliman, que se alejó del campo de batalla con el cuerpo que estaba á sus órdenes. Los tártaros auxiliares que servian en sus banderas, secretamente sobornados por los emisarios de Tamerlan, desertaron y se pasaron al enemigo: las tropas levantadas

en Natolia imitaron su ejemplo. Bayaceto, escediéndose á sí mismo, reparó algun tiempo estas pérdidas con prodigios de valor: los coraceros griegos auxiliaron su denuedo, y rompieron las primeras líneas del enemigo; pero la fuga simulada de los mogoles engañó su fogosidad, los persiguieron con demasiado ardor, se desmandaron, se hallaron sin retirada, y oprimidos por el número, perecieron todos gloriosamente. Ya no le quedaban á Bayaceto mas tropas que sus valerosos genízaros rodeados de un ejército inmenso. Opusiéronle una resistencia digna de su fama: semejantes á una muralla fortísima, fueron necesarios repetidos asaltos para derribarlos, y el gran número de los muertos ilustró su derrota. Bayaceto habia procurado mil veces morir entre ellos; mas cuando los vió perdidos huyó. El kan de Zagatay salió tras él, le alcanzó, y le hizo prisionero. Esta gran victoria entregó á Tamerlan toda el Asia menor. Bursa y Nicéa le abrieron las puertas: Esmirna que se defendió fue tomada por asalto.

Muerte de Bayaceto. (1403.) Bayaceto, vencido, fue llevado á la presencia de Timur. El emperador tártaro salió á recibirle, le dió la mano, y le hizo sentar á su lado. «Tú mismo, le dijo, has dictado y sufrido la sentencia de la fortuna. Tu desgracia es obra tuya: te han picado las espinas del arbol que plantaste. Estimando tu heroismo y tu celo por la religion, deseaba, no solo no

hacerte daño, sino tambien auxiliarte, y unir mis armas con las tuyas contra los cristianos. Has protegido á mis enemigos, violado mis derechos, burlado mis amenazas y despreciado mi amistad: por tu culpa me he visto obligado á levantar la espada contra tí, y á entregar tu imperio á mis invencibles soldados. Me has mostrado con bastante claridad cuál hubiera sido mi suerte y la de los mios en el caso de ser tú el vencedor. Pero nada es mas despreciable á mis ojos que la venganza: no temas, tu vida está segura; y ¡ojalá esta clemencia pudiese ser paga de los beneficios que debo al Altísimo!» Dicho esto, entregó al sultan su muger Espina, su hijo Musa, y su hija: Bayaceto los abrazó, derramando lágrimas amargas, y guardó delante de su vencedor un silencio triste y feroz. Timur mandó que se tributasen á estos príncipes desgraciados los honores debidos á su dignidad. Cuando llegó á Bursa celebró su victoria con magníficas fiestas. Enmedio de estas solemnidades llamó ante sí á su ilustre cautivo, le dió un cetro, le puso la corona en la cabeza, y le prometió restituirle al trono; pero Bayaceto, aunque derribado desde la gloria mas sublime en el cautiverio, desechó como un don odioso la corona envilecida y el cetro tributario que se le dejaba. Su enojo era mas difícil de domar que su ejército. El vencedor no pudo mitigarlo: el orgulloso sultan miraba como un nuevo insulto los beneficios de su enemigo, y no cor-

respondió á ellos sino con injurias. Tamerlan le envió algunos dias despues halcones y un equipage de cetrería: Bayaceto, irritado por el infortunio, creyó que este regalo era un ultrage hecho para recordarle la ociosidad á que ya estaba condenado; y asi dijo al oficial que se lo presentaba: «Dí á ese tártaro, tu amo, que acepto su regalo. La caza en efecto es una diversion de reyes, y me conviene mucho mejor que á un bandido como él.»

La altivez insultante y la violencia ostinada de Bayaceto acabaron con la paciencia Timurbek. Dejó de ser generoso, y se mostró feroz, si es cierto lo que cuentan, á saber: que encerró á Bayaceto en una caja de hierro, la cual iba siempre en su comitiva; y que muchas veces mandaba sacarle de ella para ultrajarle, sirviéndose de su cuerpo como de escabel para montar á caballo; y que, por colmo de ignominia, hacia que la sultana y su hija le sirviesen en los banquetes medio desnudas. Estas atrocidades, que degradan mas al tirano que á la víctima, han parecido fábulas á Voltaire y á otros escritores modernos que las atribuyen al odio de los historiadores turcos y griegos. Cantemir nada dice de ellas, y muchos autores hablan solamente del recibimiento honroso que hizo el vencedor á su cautivo. Lo cierto es que la vergüenza y el pesar terminaron los dias de Bayaceto en la provincia de Pisidia, nueve meses despues de su derrota. Tamerlan hon-

ró su tumba con algunas lágrimas, le celebró magníficas exequias en la ciudad de Bursa, hizo grandes regalos á su hijo Musa, y le dió el trono de Natolia. La caida de Bayaceto libertó á Constantinopla de un gran peligro, y causó el mayor júbilo á los griegos y á los francos. Manuel envió embajadores á Timur, y este le prometió su proteccion. Los descendientes de Constantino habian llegado á tal abatimiento, que la palabra proteccion no era un insulto para ellos. Sin embargo, hubieran sentido el peso de esta peligrosa amistad, si Tamerlan hubiese podido venir á Constantinopla, como era su intencion; pero no tenia armada, y el Bósforo detuvo su marcha. Soliman, que estaba en Tracia, imploró su clemencia, y recibió de él la investidura de Romanía.

Los emperadores Manuel y Juan le reconocieron por soberano, y le juraron obediencia. El imperio de este dichoso conquistador se estendió desde el Irtish hasta el golfo Pérsico, y desde el Gánges hasta el Archipiélago. Posesiones tan vastas eran sin embargo demasiado estrechas para su ambicion ilimitada. Estando en sus reales en el Asia menor, concibió el proyecto gigantesco de conquistar la China y la Europa, y derribar, segun decia, los ídolos de la primera y la cruz de Roma.

Muerte de Timurbek. (1405.) Dejando la ejecucion de este designio para el año siguiente, volvió á Tartaria, concluyó la con-

quista de Georgia, apaciguó las turbulencias de Persia que se habia rebelado, y entró triunfante en Samarcanda. Allí recibió los embajadores de Egipto, Arabia, India, Grecia, Rusia y España. Celebró con mucha solemnidad los matrimonios de seis nietos suyos. Las fiestas fueron tan espléndidas como brillantes habian sido sus conquistas. Ninguna festividad, ni aun en Roma, estuvo adornada de mas trofeos. Timur fue grande en sus diversiones como en sus empresas. Tuvo por convidados en el banquete nupcial todo el pueblo y todo el ejército mogol. Una amnistía sin escepcion hizo general en todo el imperio la alegría de las bodas. Timur, infatigable en las marchas mas penosas, se cansaba pronto del sosiego. Tomando de nuevo las armas, se puso en marcha al frente de su ejército para invadir la China; pero estando ya á 100 leguas de su capital, desvaneció la muerte los nuevos sueños de su ambicion, y encerró en breve sepulcro aquel coloso, á quien venia estrecho el mundo entero. Falleció á los 70 años de edad y 35 de reinado.

Su nombre, que resonó con tanta gloria en oriente y occidente, espanta todavía la imaginacion de los hombres. Sus pueblos, conducidos por él á la victoria en el intervalo de 30 años, ilustrados por sus hazañas, y enriquecidos por sus conquistas, le admiraron sobradamente para juzgarle con imparcialidad. Por otra parte, el terror que ins-

piraba á sus enemigos hizo que le tuviesen por un mónstruo. La posteridad, mas imparcial, rindiendo homenage á su vastísimo genio, y á su amor á las ciencias, artes y letras, desconocidas hasta entonces en Tartaria, le concede un lugar eminente entre los grandes capitanes y los monarcas hábiles; pero tambien colocará siempre en la primer clase de los azotes del mundo al guerrero feroz que hizo levantar en Bagdad una columna compuesta de 80.000 cráneos de hombres: con este monumento atroz se consagró Timur á sí mismo á la execracion de los siglos.

Guerra civil entre los hijos de Bayaceto. (1408.) Los príncipes otomanos, libres de la presencia y del yugo de los mogoles, disputaron con las armas la sucesion de su padre Bayaceto. Estas disensiones entre Isa, Soliman, Musa y Mahomet ofrecieron al emperador Manuel una ocasion favorable para recobrar la independencia y gloria de su trono; y como era hábil y valiente, se aprovechó de ella.

Isa, el mayor de los hijos de Bayaceto, se apoderó de algunas provincias. Soliman, temiendo y envidiando sus progresos, imploró la asistencia de los griegos, y la compró cediendo, ó mas bien restituyendo al imperio las provincias de Tracia, Tesalia y Morea. Manuel, que poco antes vasallo, tributario y rehen, era llevado como cautivo en los ejércitos de los orgullosos musulmanes,

vió á sus pies, admirando las vicisitudes de las cosas humanas, á un sultan solicitando su alianza. Soliman, con el auxilio de los griegos, marcha contra Isa, le vence, y le da muerte; mas no gozó en paz mucho tiempo de este triunfo cruel. Musa, socorrido por los búlgaros y servios, declaró la guerra á él y á los griegos, les quitó á estos la Tracia, y se apoderó de Andrinópoli. Este peligro comun estrechó la alianza entre el emperador y el sultan. Soliman casó con una sobrina de Manuel, y entrambos reunidos vencieron á Musa. En premio de este triunfo los griegos volvieron á ser señores de Jonia y de otras muchas ciudades de Asia. La felicidad de Manuel fue turbada entonces por la muerte de Teodoro, su hermano, á quien los lacedemonios querian mucho por su valor y sus virtudes: el emperador pronunció su oracion fúnebre. Manuel mostró siempre el ingenio de un griego y la intrepidez de un romano. El imperio recobraba muchas provincias; pero pobres y desiertas. Para socorrer la penuria del tesoro fue preciso vender la ciudad de Patras á los venecianos. Manuel no olvidaba en su prosperidad el acogimiento y socorro que halló en Francia cuando era desgraciado. No pudiendo manifestar su gratitud á los franceses con regalos magníficos, los ofreció curiosos y útiles, y envió á los benedictinos de san Dionisio las obras de este santo. La tranquilidad de que gozaba el imperio no fue de larga duracion.

Durmióse Soliman en el seno de la victoria; y mientras, olvidado de la guerra, se entregaba á la disolucion en su harem, Musa, con el auxilio de los válacos, le atacó de nuevo, y derrotó y dispersó su ejército. En este peligro, Soliman, fundando su esperanza en los consejos y actividad de Manuel, partió á Constantinopla para buscar en su corte socorros ó asilo; pero en el camino fue asesinado por unos traidores, que llevaron su cabeza á su hermano. Musa por este homicidio se vió emperador de los otomanos: hizo guerra á los griegos, tomó á Tesalónica, y marchó para sitiar á Constantinopla con todas sus fuerzas. Un nuevo incidente alejó de la capital el peligro que le amenazaba. Mahomet, el menor de los hijos de Bayaceto, arboló en Amasia el estandarte de la rebelion. El activo Manuel, que habia resistido valerosamente á los asaltos de Musa, al mismo tiempo que Juan Paleologo derrotaba con su escuadra la de los otomanos, se aprovechó de esta nueva insurreccion para enflaquecer á sus enemigos dividiéndolos: promete su apoyo al príncipe rebelde, va á recibirle á Scútari, y le lleva á Constantinopla; la suerte les fue contraria, y perdieron una batalla que dieron á Musa. Pero habiendo recibido refuerzos, atacaron las ciudades que estaban por Musa en la playa del Ponto Euxino: Musa marchó al opósito, y el puñal de un asesino terminó su reinado y su vida.

Mahomet I, sultan de los otomanos. (1413.) Mahomet, ya sin rivales, subió al trono, y reunió pacíficamente bajo su señorío todas las provincias y fuerzas del imperio otomano. Sincero en su gratitud, envió embajadores á Manuel para asegurarle que debiéndole la corona, no olvidaria nunca sus beneficios; y que mientras viviese, tendria por obligacion manifestarle la obediencia de un hijo á su padre.

Esta feliz revolucion mudó la fortuna del imperio. Manuel aprovechó la ocasion, restableció el órden en las provincias, juntó los restos esparcidos de su poder, y obtuvo de su aliado nuevas restituciones. La justicia recobró su vigor, la agricultura su actividad, y el comercio su libertad; pero esta ventura fue muy efímera. Un hombre de genio podia entonces, favorecido de la suerte, estender y levantar el imperio, mas no volverle su vigor. Las costumbres estaban destruidas, las almas afeminadas, y no habia virtudes públicas, que son el espíritu de la vida para los estados.

Guerra de Mahomet contra los venecianos. (1416.) Mahomet, lejos de imitar á sus crueles y belicosos predecesores, mostró á los otomanos el raro fenómeno de un sultan pacífico y tolerante. Sus enviados anunciaron á los caballeros de Rodas, que Mahomet recibia bajo su proteccion á todos los cristianos. Solamente los venecianos fueron objeto de su odio: le habian ultrajado antes de

que ascendiese al trono, y les hizo una guerra implacable.

Falso Isa entre los otomanos. (1419.) La suavidad de su gobierno no le libertó enteramente de turbulencias: un impostor, fingiendo ser Isa, hijo mayor de Bayaceto, se sublevó, tuvo partidarios, reunió tropas, fue vencido, y se refugió á Tesalónica: Manuel rehusó entregarle al vencedor; mas no por eso se alteró la amistad que el sultan le tenia; antes bien de allí á poco tiempo vino Mahomet á Constantinopla á hacer una visita al emperador. Los cortesanos griegos, que confundian la perfidia con la política, aconsejaban á Manuel que le prendiese para obligarle á ceder algunas provincias: Manuel despreció sus consejos, y recibió á Mahomet como si fuese un hermano.

Amurates II, sultan de los otomanos. (1421.) Solo la muerte rompió la union de estos dos príncipes. La fortuna no tardó en destruir la paz efímera de que gozó el oriente por su amistad recíproca. Mahomet murió súbitamente de un ataque de apoplegía. Sus visires ocultaron su muerte hasta que llegó á Prusa Amurates, su hijo mayor, y fue proclamado sultan.

Manuel pretendia, que segun las intenciones de su amigo Mahomet, se le confiase la tutela de los hermanos menores de Amurates. Era fácil de prever que este no vendria en ello: el emperador recibió una res-

puesta insultante, como esperaba, y le sirvió de pretesto para introducir un nuevo fermento de discordia entre los turcos.

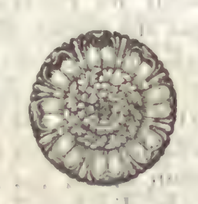
Sitio de Constantinopla por Amurates. (1423.) Los jóvenes príncipes otomanos estaban á la sazon en Constantinopla. El emperador proclamó sultan á Mustafá, que era uno de ellos, y le dió tropas. Una parte del ejército turco se declaró en favor suyo: Mustafá, auxiliado por los griegos, se apoderó de muchas provincias, y tomó á Galipoli. Pero deslumbrado con el orgullo del primer triunfo, miró como una servidumbre los socorros de Manuel: fue ingrato apenas adquirió fuerzas, se indispuso con el emperador, y despidió á los griegos. Pronto recibió el castigo de su imprudencia: sus mismos oficiales le entregaron á Amurates.

El sultan, libre de esta guerra intestina, revolvió con todas sus fuerzas contra Manuel, y sitió á Constantinopla, prometiendo á sus tropas el saqueo de esta ciudad, y el señorío de ella al primer guerrero que subiese á la muralla. Habíase hecho poco antes en Europa un descubrimiento grande y fatal, que mudó en breve el arte de la guerra, el destino de los monarcas y el de los pueblos. Un religioso, mezclando azufre y salitre para hacer esperiencias físicas, habia forjado el rayo de la guerra, mas temible y homicida que el del cielo. En la época del sitio de Constantinopla por Amurates se oyó

en oriente el estampido formidable del primer cañon. Un genoves, llamado Adorno, enseñó á los musulmanes á usar de esta arma nueva contra los muros de Constantino: el estruendo asustó á los griegos, mas no abatió la firmeza de Manuel. Su actividad y ejemplo resucitaron el antiguo valor: hombres, viejos, mugeres, hasta los niños se armaron. Los griegos cansaron con sus frecuentes salidas la constancia de los sitiadores, y Amurates levantó el cerco. La industria del emperador no contribuyó á este triunfo menos que sus armas. Habia enviado al Asia á Mustafópulo, hermano menor de Mustafá: este príncipe, escitado por él, reunió muchos partidarios, sublevó algunas provincias, y hasta las ciudades de Bursa y Nicea se declararon en su favor. Amurates volvió á Natolia, le dió batalla, le venció, y mandó que se le quebrase la nuca.

Muerte de Manuel. (1425.) Amurates, fatigado de tantas guerras y sublevaciones, y deseoso de sosiego, hizo la paz con Manuel. El emperador casi solo habia salvado el imperio; pero conocia toda su flaqueza. Convencido de que el socorro de los príncipes latinos era el único medio de impedir su ruina inminente, envió embajadores á Roma para solicitar la reunion de las iglesias. Pero una terrible apoplegía terminó la carrera de su vida gloriosa á los 77 años de edad y 34 de reinado. Valeroso, hábil, elo-

cuente, fecundo en recursos, moderado en la fortuna, firme en el infortunio, Manuel probó que un hombre solo, dotado de gran carácter, puede sostener un imperio que se desploma.



CAPITULO XXIII.

Juan Paleologo segundo. Constantino Paleologo. Toma de Constantinopla por Mahomet segundo, y fin del imperio de oriente.

Juan Paleologo paga tributo á Amurates. Guerra con los venecianos de Pátras. Toma de Pátras por los griegos. Victorias de Amurates. Sumision de Jorge Castrioto, rey de Albania, á los otomanos. Guerra de Amurates contra los caramanios. Conquistas de Amurates en Servia. Amurates vencido por los húngaros. Viage de Juan Paleologo á Italia. Union de las iglesias griega y latina. Sublevacion de Demetrio. Batalla de Varna. Guerra de Constantino Dragoses contra Amurates. Constantino Dragoses, emperador. Mahomet II, sultan de los otomanos. Guerra entre Constantino y Mahomet. Cerco y toma de Constantinopla por los turcos.

JUAN PALEOLOGO *paga tributo á Amurates.* (1426.) Juan heredó pacíficamente la coro-

na de su padre, que lo habia asociado al trono poco despues de la batalla de Ancira. Manuel habia tenido de Irene otros hijos, á saber: Teodoro Paleologo, príncipe de Selimbria, y déspota de Lacedemonia despues de la muerte de su tio: Andrónico Paleologo, príncipe de Tesalónica: Constantino Dragoses, destinado por su desgracia á suceder á su hermano y á perecer con el imperio: Demetrio Porfirogeneto, envidioso de sus hermanos, y una de las causas de la ruina de su familia; y en fin el príncipe Tomas, cuyos esfuerzos constantes se dirigieron siempre á restablecer y conservar la union en el palacio imperial.

El primer acto del reinado de Juan probó su flaqueza, y presagió las calamidades que le son consiguientes. Compró una paz de corta duracion y la proteccion de Amurates, pagándole un tributo de 300.000 aspros, y cediéndole muchas plazas de las costas del Ponto Euxino. El ejemplo de sus predecesores, obligados por las circunstancias á humillaciones semejantes, no podia justificarle; pues su propia timidez le hizo adelantarse á recibir el yugo que Manuel sacudió tan gloriosamente.

Guerra con los venecianos de Pátras. (1427.) Poco tiempo despues de su advenimiento al trono, la emperatriz Sofía Paleogina, su esposa, princesa de Monferrato, cansada de la aversion que su marido le mostraba, se embarcó secretamente para Italia:

los genoveses favorecieron la evasion, y Juan se les manifestó mas agradecido que indignado. Sofía recibió en Venecia todos los honores debidos á su clase; pero en breve se desnudó de la púrpura, y se sepultó en un claustro donde murió. María, hija del emperador de Trebisonda, le sucedió en el trono de Constantinopla, é inspiró á su esposo una pasion que duró hasta el fin de sus dias.

El príncipe Teodoro, impelido por su carácter inconstante ya al amor de las grandezas, ya al del retiro, formó el proyecto de ceder sus estados á los venecianos, y entrar en el órden de los caballeros de Ródas. Juan para impedir este designio, partió á Morea con su hermano Constantino, á quien deseaba hacer dueño de aquella provincia; pero cuando llegó estaba ya resuelto Teodoro á conservar su principado, y Constantino solo pudo lograr que se le diese á Corinto con algunas otras ciudades del Peloponeso. Este príncipe, buscando otro pábulo á su ambicion, se acercó á Pátras con algunas tropas, asaltó la ciudad, y fue derrotado, abandonado de los suyos y herido; y quizá habria perecido en el combate, á no ser por el valor y fidelidad de Fránces, guerrero intrépido, ministro sábio y hábil negociador, cuya pluma nos ha trasmitido muy particularizada la historia de aquellos tiempos calamitosos.

Toma de Pátras por los griegos. (1429.)

Constantino, apenas sanó de sus heridas, reunió nuevas fuerzas, y se apoderó de Pátras.

Victorias de Amurates. (1431.) Esta miserable conquista irritó al sultan Amurates, y su venganza cayó sobre Tesalónica. Andrónico Paleologo, señor de esta ciudad, acababa de cederla á los venecianos. El sultan la sitió y tomó por asalto; y despues se estendieron sus armas rápidamente por el Epiro, Etolia y Acarnania.

La Albania, defendida por sus montañas y sus valerosos habitantes, le detuvo en su marcha, y rechazó sus tropas. Venecia armó una escuadra contra los otomanos. Andres Mocénigo, que la mandaba, dió batalla á la de los turcos en el Helesponto, la desbarató al principio, la desordenó, y la hubiera destruido si le hubiesen obedecido mejor; pero en el momento que la victoria parecia segura, huyeron los venecianos poseidos de un terror pánico. El valiente Mocénigo, abandonado, peleó solo algun tiempo contra muchos bajeles turcos que le rodeaban y cañoneaban con furor. En fin, viendo roto uno de sus mástiles, se retiró, intimidando de tal manera á los enemigos con el fuego sostenido que les hacia, que no se atrevieron á perseguirle; y asi pudo decirse, que si la armada veneciana fue vencida, su almirante quedó vencedor.

Sumision de Jorge Castrioto, rey de Albania, á los otomanos. (1434.) El monarca

de los musulmanes tenia aquella grandeza de alma que funda y eleva los estados, y mostró en el trono todas las virtudes que puede conservar un déspota y un conquistador. Sin creer los elogios exagerados que le prodigaron el entusiasmo de sus tropas y la adulacion de sus esclavos, es indudable que mereció gran parte de ellos. Cantemir y muchos historiadores del imperio de oriente aseguran que siempre fue justo, religioso y fiel á sus promesas. Los vencidos mismos, lamentando las violencias que ejercian los musulmanes contra los cristianos, justificaban al sultan, y las atribuian, no tanto á él, como á las costumbres del siglo y á la barbarie de su pueblo.

Irritado de los reveses que sus tropas habian sufrido en Albania, no tardó en vengarlos. Al frente de un poderoso ejército, forzó los pasos de las montañas, se hizo dueño del pais, y obligó al rey Castrioto á reconocerle por soberano, á pagarle un tributo, y á darle en rehenes sus cuatro hijos, el último de los cuales, llamado Escanderbec, fue en lo sucesivo el apoyo y vengador de su patria, y el último héroe de Grecia en aquel siglo calamitoso.

Guerra de Amurates contra los caramanios. (1435.) Despues de esta conquista, Amurates, en vez de licenciar su ejército, lo acrecentó con nuevas tropas. Estos preparativos causaron á los griegos mucha inquietud, porque suponian que la intencion

del sultan era cercar á Constantinopla; pero otra era entonces su solicitud. Ibrahim, su cuñado, emir de Caramania, buscaba el auxilio de los príncipes cristianos para conservar su independencia. Amurates invadió sus estados, y no le devolvió una parte de ellos sino cuando le hubo obligado á reconocer su autoridad.

Conquistas de Amurates en Servia. (1436.) Los servios, húngaros y búlgaros, enemigos ostinados del imperio durante muchos siglos, habian conocido tarde sus intereses, y procuraban entonces formar una liga poderosa para detener los rápidos progresos de la potencia otomana. Amurates, deseoso de impedir esta reunion, acometió primero á los servios: el kralo Jorge, no pudiendo resistir al torrente, cedió, abandonó al sultan la mitad de sus estados, y le dió por muger á su hermana, esperando que la hermosura de esta princesa ganaria y suavizaria el corazon de Amurates. Las bodas se hicieron; pero con todos estos sacrificios solo pudo lograr una corta tregua de dos años.

Amurates vencido por los húngaros. (1437.) Habiendo sabido el sultan que el kralo continuaba la negociacion con el rey de Hungria, marchó contra su cuñado, le venció, y segun el uso bárbaro de oriente, mandó sacar los ojos á sus hijos. El infatigable sultan invadió despues á Hungria; pero estraviado por un guia infiel, entró en unos desfiladeros donde los húngaros le atacaron

con ventaja, derrotaron su ejército, y le obligaron á retirarse.

Viage de Juan Paleologo á Italia. (1438.) El emperador de los griegos, inmóvil, pero no tranquilo enmedio de estos sucesos, no se atrevia á tomar parte en ellos, previendo que los turcos, que por todas partes ceñian sus estados, rotas las barreras del norte, caerian de repeso sobre su capital; y no hallaba otro medio de salvacion sino la concordia de la iglesia griega con la latina, proyectada mucho tiempo antes, objeto recientemente de las negociaciones de Manuel, y único medio para incitar los príncipes católicos de Europa á armarse en favor del imperio. Sosteniase esta esperanza por las cartas del sumo Pontífice, y el ardiente deseo que mostraba de la reunion; y quizá se habria realizado, si los griegos, mientras llegaban estos socorros lejanos, se hubiesen mostrado fuertes peleando por sí mismos contra los turcos, y escitando no tanto la compasion como el interes con que siempre se mira el valor desgraciado. Ademas, los príncipes occidentales, convencidos por la corta duracion del reino de Jerusalen y del imperio latino en Constantinopla, de la imposibilidad de sostener puntos tan lejanos, miraban entonces á Polonia y á Hungría como las últimas barreras de Europa contra la invasion de los otomanos, y solo en ellos fijaban su atencion. Otras circunstancias concurrieron tambien á inutilizar los esfuerzos

del emperador griego y del pontífice. No faltaban disensiones en la iglesia católica: el concilio de Basilea queria restringir la autoridad del papa, y aun llegó al punto de amenazar que procederia contra él jurídicamente: muchos soberanos le apoyaban, y Eugenio IV en vez de reinar en Roma pacíficamente, veia su pueblo sublevado. Los rebeldes, á instigacion del duque de Milan, le obligaron á huir del Vaticano. En fin, solo la corte de oriente y un corto número de obispos consentian por política en la union: el resto del clero y todo el pueblo aborrecian á los latinos, y miraban con horror la concordia.

Ni estas consideraciones ni los consejos prudentes de Segismundo, aliado del emperador, pudieron disuadir á este príncipe de su viage á Italia: el mismo Amurates le advirtió en vano los peligros que podia producir su ausencia. Dejando sin piloto el bajel del estado enmedio de las tempestades que le amenazaban, se embarcó para Italia con su hermano Demetrio, el patriarca José, los diputados de los patriarcas de Antioquía, Jerusalen y Alejandría, y otros muchos obispos. Los del concilio de Basilea le instaron á que se declarase en su favor: desechó sus ofertas y convino con Eugenio que la reunion de las iglesias se tratase en otro concilio convocado en Ferrara. El emperador desembarcó en Venecia, donde se le recibió con magnificencia. Aunque el imperio habia perdido en oriente su grandeza y po-

der, siempre inspiraba cierta especie de respeto en el occidente europeo. En Grecia, vasallos los emperadores y tributarios de los sultanes, seguian su comitiva como esclavos: en Italia, al contrario, no se atendia en ellos sino á sus antepasados, á la dignidad de su clase y al esplendor de su corte. Al verlos se recordaban los nombres respetables de los Constantinos, Justinianos y Heráclios. Los títulos de césar y augusto habian perdido su poder, mas no su magestad. Semejantes á los monumentos de Cartago y Roma, sus ruinas inspiraban todavía veneracion. El dogo y los senadores salieron á recibir al emperador de los griegos en un navío magníficamente adornado, llamado el *Bucentauro*. Brillaban en él por todas partes la seda, la plata y la púrpura, y los marineros estaban vestidos de brocado de oro. Despues de muchos dias consumidos inútilmente en banquetes y fiestas, pasó Juan á Ferrara con su comitiva. La astucia italiana y la vanidad griega disputaron mucho tiempo sobre el ceremonial. En fin, el emperador pasó á Roma, quiso arrodillarse ante el pontífice, que no lo consintió, y en la iglesia tuvieron dos tronos iguales. Hubo tambien grande desunion acerca de las ceremonias con que debia recibirse al patriarca. Este decia: «Yo trataré al pontífice como á padre, si es mas anciano que yo: como á hermano, si es de mi edad: como á hijo, si es mas jóven.» Diósele un asiento inferior al

del papa, pero superior al de los demas padres del concilio.

Este sínodo fue menos numeroso de lo qué se esperaba. El concilio de Basiléa se negó á disolverse: ningun príncipe de Europa concurrió á Ferrara sino por medio de sus embajadores. Otros soberanos sostenian la reunion de Basiléa: otros estaban impedidos en sus estados con las guerras de sus vecinos. Las circunstancias eran muy poco favorables para mover la Europa en favor del imperio de oriente. Enrique VI, rey de Inglaterra, vacilaba sobre su trono, del cual fue derribado poco despues. Cárlos VII, rey de Francia, acababa de entrar en Paris, y solo entendia en arrojar de su reino á los ingleses, que lo habian ocupado y despues lo perdieron. El clero francés publicaba en Bourges la pragmática sancion, conforme á los decretos del concilio de Basiléa, y contraria por consiguiente á las máximas de la iglesia de Roma. En fin, este concilio, ya convertido en conciliábulo, acababa de lanzar sentencia de deposicion contra el papa, y de elegir en lugar suyo á Amadeo, antes duque de Saboya, que tomó el nombre de Felix V. Juan, engañado en sus esperanzas sobre el objeto principal de su viage, solicitó sin embargo la reunion de las dos iglesias. Los obispos griegos, que solo se prestaban por obediencia á la reconciliacion, prolongaron mucho tiempo las disputas con vanas cavilaciones.

Union de las iglesias griega y latina. (1439.) El emperador Juan, que era instruido en teología, tomó parte muchas veces en las disputas. Las conferencias se interrumpieron por una peste que se declaró en Ferrara, y el concilio se trasladó á Florencia, donde duraron las sesiones hasta el año 1442. La supremacía del papa fue reconocida. Los latinos probaron á los griegos con manuscritos originales y con la autoridad de san Basilio, que la iglesia de oriente profesó en la antigüedad la misma doctrina que la de Roma, acerca de la procesion del Espíritu Santo. Los griegos, despues de varias tergiversaciones, aceptaron la fórmula de la iglesia latina. Tampoco pusieron grandes dificultades en las cuestiones relativas al Purgatorio; pero se mostraron muy tenaces en la cuestion de los ázimos, la cual no pertenece al dogma sino á la disciplina. Al fin cedieron, la reunion se proclamó solemnemente, y el patriarca de Constantinopla, que falleció entonces, murió en la comunion romana. Esta sumision, poco sincera y durable, de los orientales, consoló á Eugenio de las rencillas de Basiléa. Dió socorros pecuniarios á Paleologo, le prometió una armada, y le aseguró que no cesaria de repetir sus exhortaciones á los príncipes cristianos para que defendiesen el oriente y la Hungria. Paleologo se embarcó y volvió á Constantinopla, donde la plebe enfurecida insultó y amenazó á los obispos que le habian acompañado.

Los obispos, que habian mudado de creencia sin anteceder la conviccion, se disculpaban, diciendo que el miedo y la necesidad habian dirigido sus lenguas.

En vano el emperador empleó la poca autoridad que le quedaba en imponer silencio á los descontentos. Marco, obispo de Efeso, los animaba, queriendo expiar con la exageracion de su arrepentimiento lo que él llamaba su apostasía. Muchos prelados, siguiendo su ejemplo, prolongaron los alborotos y el cisma, y se entregaron con mas ardor que nunca á su fanatismo por la heregía de la lumbre del monte Tabor. Estas querellas afligieron la capital de oriente hasta su último dia; y cuando el cañon de los otomanos derribó sus murallas pocos años despues, el fuego de las discordias religiosas agitaba los ánimos todavia entre los terrores de la ciudad arruinada. El cristianismo ilustró á los hombres, suavizó las costumbres y civilizó los bárbaros; pero en oriente los sacerdotes cismáticos, ignorantes y supersticiosos, sepultaron la antigua patria de las artes y de las armas en la anarquía de las sectas y en las tinieblas del error (1). Mientras que en orien-

(1) *Las causas de este fenómeno son dos: 1.ª La influencia de los emperadores en el cuerpo sacerdotal, que no permitió al cristianismo desenvolver con la libertad necesaria el gérmen de la civilizacion. 2.ª La adulteracion de la creencia en oriente,*

te caia el fragil edificio de la union, Eugenio IV erigia un monumento para eternizar su memoria, en un bajo relieve que representaba la sesion en que se puso fin al cisma.

Sublevacion de Demetrio. (1441.) El emperador fue igualmente desgraciado en los asuntos políticos; y mientras el terrible Amurates afirmaba cada dia su poder, estalló una guerra civil en el seno del imperio. Demetrio, hermano del emperador, habia casado en secreto con la hija del principe de Lésbos. Juan no quiso reconocer por válido este matrimonio, y Demetrio irritado se hizo del partido de los cismáticos, aumentó el número de los descontentos, les dió armas y marchó á su frente contra la capital. Amurates, dispuesto á fomentar todas las disensiones que podian acelerar la ruina de los griegos, dió socorros al príncipe rebelde; pero á pesar de ello, no pudo Demetrio penetrar en Constantinopla, y se redujo á talar las cercanías; hasta que en fin, la desercion de una parte de sus tropas le obligó á someterse y reconciliarse con su hermano.

---

procedida del cisma: el cual no tuvo mas orígen que la errada política de los emperadores, que separaron la iglesia griega del centro de la unidad, por no perder la influencia que tenian en los asuntos religiosos. Véase nuestra introduccion á la historia moderna, tomo IX. (N. del T.)

Una familia dividida, un emperador sin fuerza y sin talento, un pueblo afeminado, sometido á un gran número de señores, y destrozado por disputas religiosas, ofrecian una presa fácil al sultan de los turcos; y no se le habria escapado, á no haber alejado sus armas del Bósforo por largo tiempo una alianza formidable, y el valor de dos guerreros célebres. El kralo de Servia, resuelto á vengarse de la crueldad que privó de la vista á sus hijos, y del saqueo de sus estados, se puso bajo la proteccion del valiente Ladislao Jagellon, rey de Polonia y Hungría. Este monarca que buscó la gloria como un héroe, y que halló la muerte queriendo ser el antemural de Europa contra los otomanos, envió á los servios 25.000 hombres al mando del célebre Juan Corvino, por sobrenombre Huniades. Este guerrero, cuyas hazañas ilustraron su oscuro nacimiento, se habia hecho famoso en la guerra de Italia por las proezas que hizo bajo el título del caballero blanco. Pasando despues al servicio de Ladislao, contribuyó eficazmente á sus primeras victorias, por las cuales consiguió reunir á la corona de Polonia la de Hungría. Huniades, cayendo sobre los turcos con impetuosidad, los venció en muchos encuentros, los árrojó de Servia, y restituyó sus estados al kralo Jorge. Amurates, deseoso de vengar este reves, envió cuatro ejércitos, uno despues de otro, contra los húngaros: el terrible Huniades los esterminó á todos cuatro.

Sin embargo, no siendo tan hábil capitan como soldado valeroso, debió sus victorias mas bien á su denuedo é impetuosidad que á sus movimientos militares. Su ardiente brio inflamaba el de sus tropas, y nada resistia á sus golpes. Persiguiendo á los turcos sin intermision, hizo en ellos tan espantosa carnicería, que mucho despues de su muerte las madres otomanas asombraban á sus hijos con su nombre desfigurado, y todos huian en las aldeas al oir gritar: «Ahí viene Juan Laiu» *(ó el Diablo)*. Ladislao, reunido á este valeroso capitan, entró en Bulgaria al frente de 100.000 hombres, y llegó hasta Sofía, donde encontró al ejército turco, mas numeroso que el suyo. Muchos caballeros alemanes y franceses servian bajo las banderas de Jagellon. Huniades acometió á los musulmanes con su intrepidez ordinaria: el valor de los genízaros le oponia una resistencia pertinaz; pero un suceso imprevisto decidió la suerte de la batalla.

El mas jóven de los hijos de Castrioto, rey de Albania, que estaba como rehen en el palacio de Amurates, se habia criado en la religion de Mahoma, y ganado el favor del sultan por su ingenio y destreza, y sobre todo por su intrepidez. Desde su juventud se distinguió en los combates, y los turcos admiraron de tal modo su osadía y la fuerza estraordinaria de su brazo, que le llamaban Escanderbec, esto es, *el señor Alejandro*. Amurates, engañado por la aparente fideli-

dad con que el jóven príncipe ocultaba sus proyectos de venganza, le confió empleos militares de suma entidad. En la batalla de Sofía mandaba Escanderbec un cuerpo de 5.000 ginetes que le eran adictos. En el momento que los dos ejércitos iban á decidir en el último choque la suerte de aquella jornada, Escanderbec pasa rápidamente con su tropa al ejército cristiano, y acomete por el flanco á los musulmanes. Esta defeccion y ataque repentino consternan y asustan á los otomanos: Ladislao y Huniades se aprovechan del desorden, desbaratan á los infieles y los persiguen hasta el monte Hemo que protegió su retirada. El rey de Hungria volvió triunfante á Buda, llevando consigo 12 bajáes, 4.000 prisioneros y 9 banderas. Un cuadro que mandó pintar, conservó el recuerdo de esta gran victoria y de las hazañas de Huniades que se veia en la primer fila, en el trage de un héroe antiguo. Escanderbec, despues de la batalla, habiendo encontrado entre los cautivos á un secretario de Amurates, le obligó á escribir, firmar y sellar con el gran sello del sultan una patente que mandaba á la guarnicion de Croya, capital de Albania, entregarle esta plaza. Dueño del escrito, mandó dar de puñaladas al secretario y á los que le acompañaban. Asi la traicion y el homicidio fueron los primeros escalones que sirvieron á este héroe para subir al trono. La legitimidad de la venganza y treinta años de gloria pudieron dis-

culpar, pero no borrar estas maldades. Sin perder tiempo, voló con los suyos á Croya: la guarnicion engañada le abrió las puertas; todos sus vasallos acudieron á ponerse á sus órdenes, y los estados de Epiro le reconocieron por gefe suyo. La fama de su nombre atrajo á sus banderas los aventureros mas intrépidos de Europa; y al frente de un ejército escogido que nunca pasó de 8.000 soldados de infanteria y 7.000 de caballeria, aprovechándose hábilmente del valor de sus tropas y de la aspereza del pais, resistió á las fuerzas inmensas de Amurates y Mahomet II sorprendiendo sus destacamentos, cogió sus convoyes, derrotó sus ejércitos, evitó con diestras maniobras el choque de las masas, asombró á los otomanos tanto por la celeridad de sus ataques, como por la habilidad de sus retiradas, luchó contra su poder, se mantuvo á pesar de ellos en posesion de Epiro, Macedonia y Albania, y adquirió tanta gloria en aquellos paises, poco célebres entonces, que la admiracion exagerada le comparó á Pirro y á Alejandro. Sus cortos estados, defendidos por sus armas, sobrevivieron algunos años al imperio griego; pero en fin, obligado en su edad anciana á ceder á la fortuna del invencible Mahomet, buscó un asilo en Italia, y terminó sus dias en Liso, pueblo cercano á Venecia. Cuéntase que Mahomet, en el intervalo de una tregua, le rogó que le enviase su terrible alfange, creyendo que esta arma que habia dado muerte á 2.000 mu-

sulmanes y cortaba de un tajo la cabeza á un toro, haria los mismos prodigios en otra mano. El ensayo que hizo, probó que aquel alfange no se distinguia de los demas; creyó que el rey le habia engañado y se quejó. «Es que envié el alfange, respondió el albanés; pero no el brazo.» La victoria de Ladislao y Huniades resonó en toda Europa, despertó el valor y la emulacion de sus guerreros, hizo renacer la esperanza entre los griegos, y dió un golpe terrible al poder de Amurates. El papa Eugenio se aprovechó de estas disposiciones favorables para exhortar á muchos príncipes cristianos á formar una nueva cruzada contra los musulmanes, mejor combinada que las primeras. Ibrahim, príncipe de Caramania, prometia favorecer las armas de los cruzados: todos los emires de Natolia se mostraban resueltos á sacudir el yugo del sultan; y mientras esta guerra interior hiciese pasar al Asia los ejércitos turcos de Grecia, Tracia y Bulgaria, entonces Ladislao, Huniades y Escanderbec, con el auxilio de los griegos, echarian á los otomanos de todos los paises que ocupaban aquende del Bósforo. Al mismo tiempo los navios y tropas de Rodas, Chipre, Genova, Venecia y del duque de Borgoña correrian el Archipiélago, recobrarian las islas conquistadas por los infieles, y libertarian las ciudades marítimas de Asia de su larga y odiosa esclavitud. Amurates, consternado por su derrota en Sofia, por los movimientos que anuncia-

ban una rebelion en oriente, y por los preparativos que se hacian en Europa contra él, sometió prudentemente su orgullo á la fortuna y propuso la paz á Ladislao. En vano Huniades y Escanderbec se indignaron de un tratado que encadenaba su valor: en vano Juliano Cesarini, legado del pontífice, se oponia, en nombre de la religion, á esta paz con los infieles: en la dieta de Segedin se concluyó una tregua por 10 años. Para obtenerla cedió Amurates á Epiro y Macedonia, y no conservó de sus conquistas recientes mas que una parte de Bulgaria. Para hacer mas inviolable la tregua, juraron su observancia los cristianos sobre los evangelios y los turcos sobre el alcoran.

Batalla de Varna. (1444.) Apenas se acababa de firmar el tratado, cuando antes de disolverse la dieta recibió Ladislao pliegos del cardenal de Florencia, sobrino del papa, en que le decia que Amurates acababa de pasar al Asia para reprimir los alborotos de sus estados: que la escuadra de los cruzados estaba ya en el Egéo, é iba á ocupar el estrecho de Galípoli para impedir que el sultan volviese á Europa, y que tanto el rey como sus aliados tenian en las manos la ocasion de inmortalizar sus nombres, libertando la Grecia y la religion de sus implacables enemigos. Al mismo tiempo llegó una carta de Juan Paleologo en que felicitaba á Ladislao por sus triunfos, le anunciaba que estaba con su ejército en Lacedemonia, y que

toda Grecia tomaba las armas; y en fin le invitaba á manifestarle su plan de operaciones para concurrir á la ejecucion con todas sus fuerzas, y participar de los laureles comunes.

Estas noticias inesperadas esparcen la agitacion y la turbulencia en la asamblea móvil y ardiente de los húngaros: por una parte el respeto debido á los tratados, por otra el odio á los otomanos, el deseo de la gloria y la esperanza de un triunfo fácil, conmueven los ánimos: unos quieren que se respete el juramento y se observe la tregua: otros piden á gritos el combate. Enmedio de este tumulto toma la palabra el cardenal Cesarini y esclama: «¿Engañaréis, pues, tan cobardemente nuestras esperanzas, y seréis sordos á la voz de la fortuna que os convida? Mientras dais atencion á los consejos tímidos y á los cálculos de una falsa política, vuestra religion está ultrajada, y la Grecia asolada y cautiva. Los turcos en aquel desgraciado país ahogan ó envenenan las generaciones que nacen, temiendo que se levante de ellas una generacion vengadora. Los niños son los objetos de su rabia: unos perdiendo la vida antes de conocerla, sonrien inocentemente al ver la espada que los hiere: otros, mas desgraciados, se reservan para la esclavitud y la apostasía. Las ciudades se arruinan, los campos son abrasados: se venden los cristianos en los mercados como si fuesen bestias de carga. Las vírgenes santas yacen abandona-

das á la violencia de los bárbaros. Chipre y Rodas, baluartes de la cristiandad, serán acometidos; y cuando volamos á socorrerlos, os negais á tomar las armas en nuestro favor, y nos objetais la fe del juramento, como si no fuese primero el que habeis hecho á Dios, á los cristianos, á vuestros hermanos y al sumo Pontífice, sin cuyo permiso no habeis podido contratar con los infieles. Esa tregua es impía, pues es la ruina del cristianismo: el juramento que la aseguró, sacrílego; y yo, en nombre del vicario de Jesucristo en la tierra, os exhorto á seguir el camino de salvacion y de gloria que mi voz os muestra.» El celo que dictaba estas palabras, el carácter sagrado del orador que las pronunció, conmueven aquella asamblea religiosa y guerrera, y se declara rota la paz en el mismo recinto donde se habia firmado. En vano algunos hombres, mas escrupulosos ó mas prudentes, se esfuerzan á aconsejar la paz: sus débiles acentos no se escuchan, oprimidos por los gritos de guerra y el estruendo de las armas. Pronto sucedió á la locura el arrepentimiento: los caballeros alemanes y franceses abandonaron el ejército por no faltar á su juramento: muchos polacos rehusaron las fatigas de una espedicion tan lejana: muchos palatinos de Hungria se retiraron á sus castillos, y las fuerzas de Ladislao se redujeron á 20.000 hombres. Escanderbec, cuyo nombre equivalia á un ejército, no pudo reunirse con el rey, porque el déspota de Servia,

envidioso de él, le negó el paso por sus estados.

Entre tanto Ladislao, arrastrado á su perdicion por la inesperiencia y por consejos fogosos, pasó el Danubio, costeó el mar Negro, atravesó la Bulgaria, que sus tropas indisciplinadas saquearon, y se acampó en las cercanías de Varna. Allí supo que el Asia estaba ya pacífica, que la escuadra de los cruzados habia abandonado el apostadero del Helesponto, que los griegos se habian retirado sin combatir, y que Amurates venia en busca suya desde Andrinópoli al frente de 60.000 hombres. No tardaron en avistarse los dos ejércitos. Apenas se dió la señal del combate, el intrépido Huniades y el déspota de Servia atacaron furiosamente las alas del ejército otomano, y las rompieron y ahuyentaron. Amurates se creyó entonçes vencido, y quiso retirarse; pero un genízaro veterano detuvo la brida de su caballo, le recordó su obligacion y le exhortó á vencer ó morir. El sultan en vez de castigar su osadía, le alaba y premia, recobra su altivez, y hace poner en la punta de una lanza el tratado que violó Ladislao. «Profeta de los cristianos, esclamó, si como dicen, eres el Dios de la verdad, venga tú mismo tu religion, y castiga á los perjuros.» Estas palabras reaniman la ira y la esperanza de los musulmanes: Amurates avanza al frente de los suyos y restablece la pelea. Huniades, persiguiendo con sobrada fogosidad á la caballería turca, ha-

bia dejado indefensos los flancos del ejército cristiano: los húngaros, oprimidos por el número, comienzan á cejar. Ladislao no puede reparar el desorden: enfurecido al ver que se le escapa de las manos la victoria, que creia segura, se lanza como un leon entre los enemigos, derriba á todos los que le resisten, abre un camino sangriento entre las densas falanges de los genízaros, llega adonde está Amurates y levanta el sable para herirle. Pero el sultan atravesó con su lanza el caballo del rey: Ladislao cae: un soldado turco le corta la cabeza, la pone en la punta de una lanza, y la muestra á los cristianos. Al ver este horrible trofeo, los húngaros consternados se detienen, cejan y huyen: los turcos hacen en ellos espantosa carnicería. El cardenal Juliano pereció á manos de los spahis. Huniades llegó demasiado tarde para defender al rey; pero consiguió, haciendo prodigios de valor, salvar los restos del ejército. Su gloria sobrevivió á este reves. Encargado de la regencia en la menor edad de Ladislao de Austria, gobernó con prudencia á Hungria y la defendió valerosamente contra los otomanos. Diez mil cristianos perecieron en la jornada de Varna; pero vendieron su vida á mucho precio. La pérdida de los musulmanes fue tan grande, que Amurates al recibir la enhorabuena de su triunfo, esclamó: «A dos victorias como esta es perdido el imperio otomano.» La sumision de los emires de Asia, la derrota de los húngaros y la reti-

rada de los cruzados dejaron indefenso al emperador Paleologo contra el resentimiento del vencedor. Juan, privado de todo auxilio y esperanza, imploró la clemencia del sultan. Amurates le despreciaba harto para temerle : le perdonó, le prohibió tener relaciones con los príncipes cristianos, y con esta condicion le permitió vivir pacíficamente en su capital. El sultan, menos generoso con un enemigo mas valiente, prolongó con crueldad despues de la victoria su horrible venganza sobre el cadáver de Ladislao. Mandó quemar la diestra de este príncipe que firmó y quebrantó la paz: su cabeza, conservada en un tarro de miel, fue llevada á Bursa para mostrarla á los musulmanes como un trofeo, y á los cristianos como un objeto de terror.

Guerra de Constantino Dragóses contra Amurates. (1447.) Enmedio de tantos desastres, oprobios y humillaciones, brillaban todavía entre las reliquias de Grecia algunas vizlumbres de valor. Labadario, almirante griego, venció una escuadra genovesa. Constantino Dragóses, hermano del emperador, era déspota del Peloponeso por la abdicacion reciente de Teodoro. Digno de reinar en Esparta, concibió la esperanza de resucitar el imperio; y cuando todos se rendian á las armas de Amurates, se atrevió á pelear contra él por algun tiempo, sin mas auxilio que su valor. Indignado de la esclavitud de su patria, aprovechó la ocasion de

haberse vuelto Amurates á Asia; reunió algunos valerosos, llamó á sus banderas los pueblos de las montañas, les dió armas, arrojó á los turcos de Tebas, se apoderó de la cordillera del Pindo, sublevó en Tesalia algunos vasallos de Amurates, libertó el Peloponeso del yugo de los musulmanes, y para defender el istmo de Corinto, reedificó la famosa muralla llamada antiguamente el Examilo: tenia cinco codos de grueso, y estaba defendida por muchos fuertes y un foso anchísimo, que servia de canal entre el mar de Jonia y el Egeo. Amurates, despues de haber sujetado algunos rebeldes de Asia, volvió con todas sus fuerzas contra Constantino, que le opuso una resistencia ostinada; pero la numerosa artilleria del sultan hizo una brecha considerable en los atrincheramientos del príncipe griego, y cayeron en poder de los turcos. Los últimos defensores de Esparta prefirieron la muerte á la fuga, y fueron pasados á cuchillo. Turkan, lugarteniente de Amurates, asoló el Peloponeso, sacó de él un inmenso botin, y se llevó en cautiverio un gran número de habitantes. Constantino, aunque vencido, mereció la estimacion del vencedor; Amurates le concedió la paz, y le restituyó sus estados.

El emperador Juan, encerrado en Constantinopla, no pudo ejercer su autoridad ni aun en aquellos límites mezquinos: sus últimos dias se consumieron en esfuerzos inútiles para acallar las discordias religiosas. El

espectáculo de la ruina del imperio, la nueva derrota de Huniades, vencido por Amurates en la batalla de Casovia, la destruccion de sus esperanzas, y la humillacion de su debilidad, aceleraron el fin de sus dias. Murió á los 58 años de edad y 23 de reinado.

Constantino Dragóses, emperador. (1449.) Montesquieu pinta en pocas palabras la miseria á que habia llegado el trono de los césares en la última época de su decadencia. «Este imperio, dice, limitado á los arrabales de Constantinopla, acabó como el Rhin, que es un arroyuelo cuando llega al Océano.» Ademas de la capital, los sucesores de Constantino poseian algunos otros señoríos. Dragóses era déspota de Corinto, Lacedemonia y otros puntos de Morea. El príncipe Tomas Paleologo era señor de Pátras y del resto de aquella península. Otro Paleologo reinaba en Lesbos: los Comnenos en Trebisonda y algunas ciudades marítimas del Ponto Euxino. Demetrio era príncipe de Selimbria. Los Melisenos, Cantacucenos, Nótaras y otros señores griegos ó venecianos conservaban feudos en el Archipiélago y en Acaya; y existia aun el ducado de Atenas, erigido por los catalanes. Escanderbec, mas independiente que ellos, era rey de Castoria, Albania, Epiro y Macedonia; pero estos reinos, separados de la capital, estaban divididos y cortados por los turcos, dueños de Bulgaria, Tracia y Tesalia, de una parte del Archipiélago, de las costas de Asia y

Europa: asi los otomanos rodeaban las provincias cristianas, las atravesaban cuando querian, y tenian siempre levantado el alfange sobre ellas. Los latinos, desmembrando el imperio, y llevando á él el disolvente del régimen feudal, habian abierto la brecha por donde entraron los otomanos. Ningun lazo unia ya sus miembros esparcidos: el trono, puesto en la pendiente del abismo que iba á tragarlo, asombraba á los ambiciosos en lugar de incitarlos; sin embargo, cuando murió Juan Paleologo, los príncipes de la familia imperial disputaron los pedazos del cetro.

Demetrio estaba á las puertas de la capital al frente de los cismáticos, y alegaba, que habiendo nacido despues del advenimiento de su padre al trono, era superior su derecho y el de Porfirogeneto al de los hermanos mayores. El príncipe Tomas, que llegó en este momento de Morea, defendió la causa de Constantino Dragóses, segundo hijo de Manuel, y déspota de Lacedemonia. El pueblo, el senado, el clero y el ejército se declararon en favor de Constantino, y fue proclamado emperador. Asi prevaleció hasta el último dia el derecho de eleccion en aquel imperio absoluto, cuyos señores hicieron siempre vanos esfuerzos para convertirlo en hereditario. Esta débil vizlumbre de la antigua independencia de Roma y Bizancio, iluminó sus ruinas. El historiador Fránces, protovestiario y amigo de Constantino, llevó á

este príncipe la noticia de su eleccion. El emperador, digno por su grande alma de mandar á otros hombres y de vivir en otro siglo, se vió obligado á recibir la ley de la imperiosa necesidad, y á comenzar su reinado por un acto de servidumbre.

Apenas llegó de Esparta á la capital envió á Fránces al sultan Amurates para suplicarle que confirmase su eleccion: lo que era legitimar anticipadamente su ruina. Amurates, que mostró al mundo el fenómeno de un musulman tolerante, de un conquistador moderado, y de un déspota filósofo, estaba harto de grandezas y gloria. Dos veces habia abdicado, dos veces habia cedido el trono á su hijo Mahomet, y dos veces al grito de la guerra de Ladislao, Escanderbec y Huniades, le habian obligado los genízaros á volver á tomar el cetro y la espada. Felicitó á Constantino por su advenimiento, aprobó su elevacion, y le prometió no turbar la paz de su reinado. El emperador fue coronado en santa Sofía: la corte y el pueblo, libres por un momento de todo peligro, se abandonaron sin temor á su aficion al fausto, ceremonias, espectáculos y carreras del circo. Celebráronse estas solemnidades con mas esplendidez que nunca: los acentos de alegría de aquel pueblo infeliz eran el canto del cisne que va á fallecer; y Constantino, enmedio de su última pompa, era una víctima que se adorna para sacrificarla. Llegó un embajador del papa Nicolás V para instarle á

que confirmase y pusiese en ejecucion el decreto de union de las dos iglesias. Constantino, que no ignoraba la ira del pueblo contra aquel decreto, el odio que tenia á los latinos y el orgullo del clero cismático, temiendo por otra parte irritar al pontífice y privarse de los auxilios de los príncipes de occidente, evitó, dando respuestas evasivas, comprometer su autoridad con actos imprudentes, ó la salvacion del imperio con un rompimiento impolítico.

Mahomet II, sultan de los otomanos. (1450.) Un suceso funesto inutilizó los dictámenes de su prudencia. Amurates murió, y le sucedió Mahomet II. La vicisitud de victorias y reveses habian contribuido tanto como la edad á disminuir el ardor belicoso de Amurates : disgustado de los bienes del mundo, queria terminar en el retiro y el descanso su gloriosa vida : Mahomet II al contrario, de edad de 22 años, dominado por su carácter impetuoso, y por una pasion insaciable de dominio y de celebridad, tenia todas las prendas y defectos que forman los héroes, que producen revoluciones, y que componen los meteoros brillantes de la historia, tan funestos á la humanidad. Su ingenio era penetrante, su cuerpo infatigable: tan disimulado como atrevido, tal vez fue clemente por política, y siempre feroz por carácter. Ambicioso de toda especie de gloria, se habia dedicado al estudio, y hablaba con igual facilidad el árabe, el griego, el

latin, el hebreo y el persiano. Alejandro, Augusto, Trajano, Constantino y Teodosio fueron los héroes que tomó por modelos; pero imitó mejor sus hazañas que sus virtudes. Indiferente á todas las creencias, no era musulman sino en público: en sus conversaciones particulares hablaba con igual desprecio de todas las religiones. Favorecido de la fortuna conquistó dos imperios, doce reinos y doscientas ciudades. Puso los límites de sus estados en el Eufrates y en el mar Adriático; sin embargo, era mas soldado que general, y no debió quizá el renombre de gran capitan sino al capricho de la suerte, al favor de las circunstancias, y á la debilidad de sus adversarios. Faltaron á su gloria enemigos hábiles, y cuando los encontró se eclipsó ante ellos. La misma cimitarra que derribó el flaco imperio de los césares, se abatió sin fuerza á la vista de Huniades y de Escanderbec, cedió á los golpes del rey de Persia, y se rompió contra el escollo de Rodas.

Apenas supo Mahomet la muerte de su padre, pasó de Magnesia, donde se hallaba, á Andrinópoli; celebró las exequias de Amurates, envió su cadáver á Bursa al panteon de los príncipes otomanos, y señalando su advenimiento al trono por un acto de crueldad que manifestó la ferocidad de su carácter, hizo ahogar á su hermano menor, que apenas habia salido de la cuna. El nuevo señor del oriente vió llegar á sus plantas los

embajadores aterrados de las cortes de Constantinopla y Trebisonda, y los enviados de los déspotas Tomas y Demetrio, hermanos de Constantino. Aunque resuelto á destruirlos, les prometió su proteccion, y disfrazó sus designios hostiles con palabras pacíficas. Pasó rápidamente al Asia, llevó sus armas á los estados del emir de Caramania, y le obligó á renunciar á toda alianza con los cristianos. Amurates habia desterrado á Constantinopla á Orcan Celebi, príncipe de la familia otomana. Constantino, viendo que no se le pagaba la pension debida á este príncipe, se quejó al sultan, y le declaró por medio de su embajador, que en caso de no pagársele pondria á Orcan en libertad. «Necios romanos, dijo Mahomet al embajador, penetro vuestros designios; pero vosotros no conoceis el riesgo en que os hallais. Murió el pacífico Amurates, y le ha sucedido un príncipe jóven y belicoso. Dad gracias á Dios que me infunde todavía alguna compasion de vosotros, y que me mueve á diferir vuestro castigo. Desprecio vuestras quejas, y me rio de vuestras amenazas. Dad libertad, si quereis, á Orcan; proclamadle sultan de Romania; llamad los húngaros para que os socorran; armad todo el occidente contra mí: asi vuestra ruina será mas pronta é inevitable.» Constantino rugió de ira por esta injuria que la falta absoluta de todo medio de venganza le obligaba á sufrir. Las palabras amenazadoras del sultan anunciaban una

tempestad próxima : sin fuerzas en su infortunio, enmedio de un pueblo mas afligido que indignado, se apresuró á pedir al papa consejos y socorros. El pontífice no pudo darle mas que esperanzas, y le envió por legado al cardenal Isidoro, encargado de reanimar la confianza de los griegos, alentar el celo de los cristianos, inflamar el valor de los soldados, y consolidar la union de las iglesias. Pero su presencia irritó los males que iba á sanar, y redobló el fuego de la discordia que deseaba estinguir: tal era el fanatismo de los cismáticos. Apenas le vieron en la iglesia celebrar en latin el oficio divino, estalla el furor de los disidentes. Una multitud de hombres y de mugeres, agitados de rabia, se derraman por las calles, plazas y tabernas. Embriagados á un mismo tiempo con la ira, el vino y el fanatismo, unos toman armas, otros palos y piedras, y exhalan entre oraciones á la Vírgen, imprecaciones contra Mahomet y contra el papa. En su delirio amenazan, insultan, persiguen, hieren á los sacerdotes católicos: desprecian la autoridad de los magistrados y resisten á la guardia del príncipe, la cual no pudo disipar los corrillos sino á costa de muchos esfuerzos. La mayor parte del clero griego fomentaba estos alborotos. Demetrio apoyaba á los descontentos; y Constantinopla, semejante á Jerusalen en los dias de su ruina, se veia amenazada de sus implacables enemigos, y destrozada por sus mismos hijos. Sin

embargo, la corte instaba á Constantino que diese un sucesor á aquel trono que iba á ser derribado tan pronto. El emperador queria casar con una hija del dogo de Venecia: este enlace era conveniente en política; pero la vanidad de los grandes creyó desigual el matrimonio, y se opuso á él. Se decidieron entonces por María, princesa de Servia, y viuda del sultan Amurates, la cual desdeñó estas bodas. Ultimamente recayó la eleccion de Constantino en una princesa de Georgia. El protovestiario Fránces se embarcó para ir á pedirla, seguido de una gran comitiva de nobles, eclesiásticos, guardias y músicos: el orgullo se esforzaba en manifestar suntuosidad, á pesar de los infortunios públicos. El contrato se firmó; pero antes que llegase la princesa á la capital, se desplomó el imperio enmedio de los preparativos de la boda.

Guerra entre Constantino y Mahomet. (1452.) Mahomet, informado de las disensiones religiosas que dividian y debilitaban á los griegos, se aceleró á aprovecharse de ellas. Por su órden 5.000 obreros, protegidos con un ejército numeroso, construyeron en pocos dias una ciudadela en la ribera europea del Bósforo, á dos leguas de Constantinopla: el designio del sultan era cerrar el estrecho á los socorros del occidente. Esta infraccion de la paz no dejaba ya duda sobre las intenciones siniestras de Mahomet. En vano Constantino procuró inclinarle á los sentimientos de moderacion y justicia: sus embajado-

res fueron tratados con indignidad. «Vuestras murallas, les dijo el sultan en tono amenazador, son las fronteras de vuestro imperio. Conozco la flaqueza y la malevolencia de los griegos. Os he visto en otro tiempo, despues de la batalla de Sofía, insultarnos en nuestro infortunio. Quisisteis, por odio, cerrar el Bósforo á mi padre, y lo abristeis por cobardía. Amurates, despues que venció los húngaros en Varna, hizo voto, para inutilizar vuestras hostilidades, de construir un castillo en las orillas del estrecho que asegurase la comunicacion entre nuestros estados de Europa y Asia: yo he cumplido este voto. ¿Con qué derecho me impedireis fortificar nuestro territorio? Decid á vuestro príncipe que mis designios son mas vastos, y mis fuerzas mas formidables que las de mis predecesores. Ellos se dejaron desarmar por vuestra bajeza, ó engañar por vuestra perfidia: yo estoy dispuesto á concederos la vida; pero los que vuelvan con mensages de esta especie, serán desollados vivos para que su castigo reprima vuestra insolencia.» Entonces Constantino, no dando oidos sino á su desesperacion, quiso salir al frente de sus guardias, acometer á los trabajadores, y derribar las obras. Pero en aquella ciudad, donde en el cerco que le puso Amurates, se armaron á porfia hombres, mugeres, viejos y niños para defender su patria y religion, y rechazar gloriosamente á los musulmanes, no dominaba ya otro sentimiento que el terror.

En aquella inmensa capital solo el emperador se mostró cristiano, religioso y soldado. El pueblo, en lugar de seguirle á las batallas, se postraba á sus pies rogándole que aplacase al sultan irritado. No pudiendo pelear él solo, cedió, y se contentó con pedir al sultan que concediese salvaguardia á los segadores griegos para libertarlos del latrocinio de los turcos. Mahomet la prometió, y al mismo tiempo dió órden á sus tropas de robar las mieses, y matar á los trabajadores del campo.

Entonces Constantino perdió la paciencia, y mandó poner en prisiones todos los turcos que habia en Constantinopla, aunque algunos dias despues, vencido de sus ruegos, les volvió la libertad. No por eso dejó Mahomet de continuar sus insultos. El emperador, renunciando á la esperanza de restablecer la paz rompida, escribió á su feroz enemigo en estos términos: «Los tratados, tus juramentos y mi resignacion no han bastado á darme la paz. Pongo pues mi confianza solamente en Dios, que mudará tu corazon ó te entregará á Constantinopla. Me someteré á él sin murmurar; pero mientras no pronuncie su sentencia, cumpliré mi obligacion, defenderé mi pueblo, y venceré ó moriré con él.» El cañon de Mahomet fue la respuesta. Un buque veneciano entró entonces en el canal, y se negó á pagar el derecho arbitrario que acababan de imponer los turcos: las baterías del castillo lo echaron á pique,

el capitan fue empalado, y toda la tripulacion pasada á cuchillo. Aquella fortaleza amenazadora, que dominaba ya á Constantinopla antes de rendirla, era un monumento de la voluntad indomable y el poder activo de Mahomet. La ejecucion de sus órdenes habia sido tan rápida como su pensamiento: en pocas semanas los 5.000 obreros, obligados á hacer cada uno dos codos de obra por dia, habian levantado un castillo triangular de piedra. El grueso de su muro era de 32 pies: 400 hombres lo defendian, y los cañones que coronaban sus almenas, anunciaban al Bósforo y á la capital de oriente su nuevo señor. Esta fortaleza, llamada entonces Lemocopia, se llamó despues el Castillo viejo.

Cerco y toma de Constantinopla por los turcos. (1453.) Sonó en fin la hora fatal. Constantinopla fue rodeada por el ejército de Mahomet, que era, segun unos, de 300.000 hombres, segun otros, de 150.000. Al mismo tiempo envió tropas el sultan á Morea y Tesalia para contener á los déspotas Demetrio y Tomas. Caratzi bajá con otro cuerpo se apoderó de Mesembria, Anquialo y Bizon. Asi, aislada la capital, privada de todo medio de comunicacion, y rodeada de enemigos feroces, se halló separada del resto del mundo. La grandeza y magestad de aquella poblacion, sus gloriosas memorias, sus fuertes muros, sus torres amenazadoras, sus profundos fosos, los dos mares que le servian de

defensa, y que se unian por ella, y los castillos que cubrian el lado del continente, la hacian formidable. Treinta veces habia sido cercada en vano: treinta veces desde sus altas murallas habia ahuyentado innumerables ejércitos de musulmanes y bárbaros, é incendiado sus escuadras. Si cayó en manos de los latinos fue solamente por la discordia. Pero todo estaba mudado, á escepcion de su aspecto interior. Aquel coloso carecia ya de alma: sus muros escelsos no tenian brazos que los defendiesen: los que habia, en vez de volverse contra el enemigo, se elevaban implorando piedad al cielo y á la tierra. La aparicion de un cometa aterró los ánimos ya abatidos: una supuesta profecía de Leon el filósofo les amenazaba que iban á caer bajo el yugo estrangero. Otras predicciones les prometian un milagro. Algunos visionarios les mostraban un decreto bajado del cielo, decian: segun el cual, los turcos llegarian hasta la columna de Justiniano, donde un ángel, armado de una espada de fuego, los esterminaria. Asi, una superstícion funesta y pueril desarmaba el valor y justificaba la cobardia. Aquel pueblo caduco se pareció á los que empiezan su vida, y apoyó su debilidad en fábulas y prestigios. Pero Constantino, despreciando las predicciones de los fanáticos, las murmuraciones de la tímida soldadesca y los gritos de un populacho sedicioso, llenaba activamente de dia y de noche todas las obligaciones de ciu-

dadano, guerrero, capitan y príncipe.

Mandó reparar las murallas de los dos recintos: guarneció las fortificaciones de piezas de artillería, de máquinas que lanzaban el fuego greciano, de catapultas y balistas: tendió desde la torre de la ciudad hasta la de Gálata una gruesa cadena de hierro, detras de la cual habia un gran número de galeras griegas y genovesas, y seis navíos venecianos, para defender la entrada del puerto. Todos los materiales de la guerra se preparaban con grande actividad; pero era menester hombres para usar de ellos, y la Grecia no los producia ya. El censo que mandó hacer el emperador, demostraba que en la ciudad habia 200.000 habitantes; pero cuando fue preciso contar los guerreros, solo se hallaron 4970 soldados, dignos de llevar todavía, como ellos decian, el nombre de romanos: 2.000 estrangeros juntaron sus armas á este corto número de valientes. Así el heredero de los césares, para defender el imperio, no pudo reunir sino un simulacro de ejército, y una tropa apenas igual en número á la que seguia á Escanderbec en las montañas de Albania. Los generales que auxiliaron á Constantino en este gran desastre, eran el gran duque Lucas Notáras, Demetrio Cantacuceno, Nicéforo y Teófilo, entrambos de la familia de los Paleologos, y Teodoro Caristinio, anciano de gran valor y de una fuerza estraordinaria. Entre los estrangeros que en aquellos dias de luto y de

ruina arrostraron la muerte y hallaron la gloria, se contaban los venecianos Contarini, Loredano, Gabrilli, Trevisano, Bautista Gritti, el bailío ó cónsul de su nacion Gerónimo Mignoto, el cónsul de los catalanes Pedro Juliano, y el príncipe mahometano Orcan Celebi, cuyo valor estaba animado por el odio personal á Mahomet. Jorge Doria mandaba la armada bajo las órdenes del gran duque, y el emperador nombró general de todas las tropas á un genoves llamado Juan Justiniani. Repartieron entre si los diferentes puestos: el cardenal Isidoro con los soldados italianos mostraba la mitra sacerdotal entre los yelmos de los valientes. Desde que el clero de occidente ascendió al poder político y se puso al frente de la sociedad, contrajo la obligacion de defenderla y exhortarla al combate, y se veian obispos y abades al frente de las tropas para animarlas y dirigirlas. En el momento que este corto número de valerosos se sacrificaba á la salvacion del imperio, estalló nuevamente el furor del populacho. Corrió la muchedumbre á consultar á Gennadio, monge cismático, á quien todos los de su partido miraban como un oráculo. Sumergido en sus éstasis, no permite que nadie entre en su celda; pero semejante á la antigua Sibila, escribe su respuesta en hojas que pasan rápidamente de mano en mano. «Miserables, decia, huis de la verdad por seguir el error. Incrédulos romanos, cerrais vuestras puer-

tas, cuando un decreto del cielo os manda abrirlas. En lugar de esperar las armas divinas del ángel, que ha de protegeros, poneis vuestra confianza en la flaca defensa de los hombres: lo haceis peor: aceptais el socorro de los pérfidos latinos, y os unis á una iglesia idólatra. Os declaro que perdeis vuestra patria perdiendo la fe. Compadécete de mí, Señor: protesto en tu presencia que no tengo parte en este crímen. Miserables romanos, deteneos y arrepentios: volved á la fe de vuestros padres. La alianza con la impiedad es la sentencia que os condena al yugo de la servidumbre.» El pueblo, inflamado por estas palabras, se subleva: unos exhalan mil injurias contra el monarca: otros maldicen á los latinos y á su clero: otros niegan sus brazos y su dinero á la defensa comun. Muchos ricos y nobles, cubriendo su avaricia y cobardía con el velo de religion, huyen de la ciudad y llevan consigo sus tesoros, que habrian podido salvar la patria. Este frenesí penetra en el recinto silencioso de los monasterios. Las vírgenes abjurando su modestia, y recibiendo solamente las inspiraciones de Gennadio, rompen toda comunicacion con los sacerdotes sometidos á la iglesia de Roma. En todas partes se oyen gritos contra el papa, contra la guerra y contra los latinos. Este delirio funesto agitó la plebe hasta el fin del sitio, y solo la voz de los otomanos pudo hacer que al tumulto de las

sediciones sucediese el silencio del terror.

Al contrario, en los reales de los turcos todos obedecian á la misma ley, al mismo gefe, y al entusiasmo que presagia y da la victoria. Mahomet con sus intrépidos genízaros habia puesto su tienda enfrente de la puerta de san Roman, y su línea se estendia hasta la puerta Dorada. Zagan, pariente del sultan, rodeaba la ciudad por el lado opuesto con otro cuerpo de ejército, y velaba sobre los genoveses de Gálata, que habian prometido infamemente permanecer neutrales, y cuya fe era sospechosa. Catorce baterías turcas disparaban contra las murallas con mas ruido que efecto. El arte terrible del ataque de plazas estaba todavía en su infancia. Urbano, ingeniero dinamarques, mal pagado por los griegos, se habia pasado á los turcos, y les habia fundido un cañon enorme, que lanzaba balas del peso de 600 libras: era necesario para moverlo 30 yuntas de bueyes. Esta máquina infernal, mas aterradora á primera vista, pero menos funesta que la de Troya, reventó la primera vez que se hizo uso de ella, y su inventor fue su única víctima. Siete mil guerreros, dignos de ver sus nombres junto á los de aquellos que defendieron las Termópilas, sostenian con intrepidez contra 300.000 otomanos una ciudad de cinco leguas de circuito. Los primeros dias, en vez de encerrarse tímidamente al abrigo de las murallas, salieron con osadía, atacaron á los sitiado-

tas, cuando un decreto del cielo os manda abrirlas. En lugar de esperar las armas divinas del ángel, que ha de protegeros, poneis vuestra confianza en la flaca defensa de los hombres: lo haceis peor: aceptais el socorro de los pérfidos latinos, y os unis á una iglesia idólatra. Os declaro que perdeis vuestra patria perdiendo la fe. Compadécete de mí, Señor: protesto en tu presencia que no tengo parte en este crímen. Miserables romanos, deteneos y arrepentios: volved á la fe de vuestros padres. La alianza con la impiedad es la sentencia que os condena al yugo de la servidumbre.» El pueblo, inflamado por estas palabras, se subleva: unos exhalan mil injurias contra el monarca: otros maldicen á los latinos y á su clero: otros niegan sus brazos y su dinero á la defensa comun. Muchos ricos y nobles, cubriendo su avaricia y cobardía con el velo de religion, huyen de la ciudad y llevan consigo sus tesoros, que habrian podido salvar la patria. Este frenesí penetra en el recinto silencioso de los monasterios. Las vírgenes abjurando su modestia, y recibiendo solamente las inspiraciones de Gennadio, rompen toda comunicacion con los sacerdotes sometidos á la iglesia de Roma. En todas partes se oyen gritos contra el papa, contra la guerra y contra los latinos. Este delirio funesto agitó la plebe hasta el fin del sitio, y solo la voz de los otomanos pudo hacer que al tumulto de las

sediciones sucediese el silencio del terror.

Al contrario, en los reales de los turcos todos obedecian á la misma ley, al mismo gefe, y al entusiasmo que presagia y da la victoria. Mahomet con sus intrépidos genízaros habia puesto su tienda enfrente de la puerta de san Roman, y su línea se estendia hasta la puerta Dorada. Zagan, pariente del sultan, rodeaba la ciudad por el lado opuesto con otro cuerpo de ejército, y velaba sobre los genoveses de Gálata, que habian prometido infamemente permanecer neutrales, y cuya fe era sospechosa. Catorce baterías turcas disparaban contra las murallas con mas ruido que efecto. El arte terrible del ataque de plazas estaba todavía en su infancia. Urbano, ingeniero dinamarques, mal pagado por los griegos, se habia pasado á los turcos, y les habia fundido un cañon enorme, que lanzaba balas del peso de 600 libras: era necesario para moverlo 30 yuntas de bueyes. Esta máquina infernal, mas aterradora á primera vista, pero menos funesta que la de Troya, reventó la primera vez que se hizo uso de ella, y su inventor fue su única víctima. Siete mil guerreros, dignos de ver sus nombres junto á los de aquellos que defendieron las Termópilas, sostenian con intrepidez contra 300.000 otomanos una ciudad de cinco leguas de circuito. Los primeros dias, en vez de encerrarse tímidamente al abrigo de las murallas, salieron con osadía, atacaron á los sitiado-

res, destruyeron sus trabajos, y sembraron el terror en el campamento enemigo; pero Constantino no tardó en conocer que semejantes victorias, conseguidas á costa de mucha sangre, aumentaban el peligro en vez de alejarlo, y que la muerte de 20.000 musulmanes no podia compensar la pérdida de un solo valiente de su corta guarnicion. Los turcos, no interrumpidos ya sus trabajos, fortificaron sus líneas, derribaron muchas torres, conmovieron las murallas del primer recinto, y trataron de escalarlo, al mismo tiempo que sus minadores procuraban abrir un paso secreto debajo de tierra. Ademas, 100 galeras otomanas y otros 200 buques se dirigian á romper la cadena y forzar la entrada del puerto. Los sitiados por su parte lanzaban á los sitiadores una nube de dardos, balas y bombas, y rocas enormes y piedras de molino. El fuego greciano consumia las torres de madera que Mahomet habia mandado poner contra las murallas. Las picas y lanzas de los cristianos derribaban al foso muchos turcos intrépidos, que arrostrando todos los peligros, llegaban hasta las almenas. Mientras este combate ostinado se prolongaba con furia igual de ambas partes, una columna turca penetró detras de los minadores por un camino subterráneo, ardiendo por llegar al centro de la plaza; pero un ingeniero cristiano, llamado Legrand, siente sus pasos y oye sus golpes: abre una contramina, marcha contra ellos, los cubre de

fuego y humo, y los obliga á huir. La escuadra otomana halla en la cadena que se le opone un ostáculo inespugnable: á su abrigo las galeras griegas disparan contra las enemigas y las dispersan. Millares de mahometanos llenan los fosos que no pueden pasar: sus cadáveres amontonados yelan el valor de sus compañeros. De improviso brilla en los aires un meteoro luminoso: los musulmanes consternados le miran como una señal infausta, los griegos como un presagio de salvacion y de victoria. En fin, la fortuna se declara por los cristianos: los turcos fatigados vuelven á sus líneas, y Constantinopla moribunda goza de un dia de triunfo. Al dia siguiente quieren los sitiadores volver al asalto; pero al rayar el alba vió Mahomet con sorpresa que el infatigable Constantino, en vez de dedicar la noche al descanso, la ha empleado en trabajar; y que escitando por sus órdenes una actividad sin ejemplo, ha cerrado todas las brechas, reparado las murallas y reedificado las torres. Al mismo tiempo un buque veneciano y tres galeras griegas que venian de Quio con víveres y un refuerzo de veteranos endurecidos en los combates, se presentan, entran en el canal, arrostran las baterías del fuerte, y atacan osadamente la armada otomana. Nada resiste al fuego bien dirigido de sus artilleros: desbaratan, queman, sumergen las galeras turcas, les matan 12.000 hombres, y entran victoriosos en el puerto. Ma-

res, destruyeron sus trabajos, y sembraron el terror en el campamento enemigo; pero Constantino no tardó en conocer que semejantes victorias, conseguidas á costa de mucha sangre, aumentaban el peligro en vez de alejarlo, y que la muerte de 20.000 musulmanes no podia compensar la pérdida de un solo valiente de su corta guarnicion. Los turcos, no interrumpidos ya sus trabajos, fortificaron sus líneas, derribaron muchas torres, conmovieron las murallas del primer recinto, y trataron de escalarlo, al mismo tiempo que sus minadores procuraban abrir un paso secreto debajo de tierra. Ademas, 100 galeras otomanas y otros 200 buques se dirigian á romper la cadena y forzar la entrada del puerto. Los sitiados por su parte lanzaban á los sitiadores una nube de dardos, balas y bombas, y rocas enormes y piedras de molino. El fuego greciano consumia las torres de madera que Mahomet habia mandado poner contra las murallas. Las picas y lanzas de los cristianos derribaban al foso muchos turcos intrépidos, que arrostrando todos los peligros, llegaban hasta las almenas. Mientras este combate ostinado se prolongaba con furia igual de ambas partes, una columna turca penetró detras de los minadores por un camino subterráneo, ardiendo por llegar al centro de la plaza; pero un ingeniero cristiano, llamado Legrand, siente sus pasos y oye sus golpes: abre una contramina, marcha contra ellos, los cubre de

fuego y humo, y los obliga á huir. La escuadra otomana halla en la cadena que se le opone un ostáculo inespugnable: á su abrigo las galeras griegas disparan contra las enemigas y las dispersan. Millares de mahometanos llenan los fosos que no pueden pasar: sus cadáveres amontonados yelan el valor de sus compañeros. De improviso brilla en los aires un meteoro luminoso: los musulmanes consternados le miran como una señal infausta, los griegos como un presagio de salvacion y de victoria. En fin, la fortuna se declara por los cristianos: los turcos fatigados vuelven á sus líneas, y Constantinopla moribunda goza de un dia de triunfo. Al dia siguiente quieren los sitiadores volver al asalto; pero al rayar el alba vió Mahomet con sorpresa que el infatigable Constantino, en vez de dedicar la noche al descanso, la ha empleado en trabajar; y que escitando por sus órdenes una actividad sin ejemplo, ha cerrado todas las brechas, reparado las murallas y reedificado las torres. Al mismo tiempo un buque veneciano y tres galeras griegas que venian de Quio con víveres y un refuerzo de veteranos endurecidos en los combates, se presentan, entran en el canal, arrostran las baterías del fuerte, y atacan osadamente la armada otomana. Nada resiste al fuego bien dirigido de sus artilleros: desbaratan, queman, sumergen las galeras turcas, les matan 12.000 hombres, y entran victoriosos en el puerto. Ma-

homet, testigo de este combate, ve con indignacion los prodigios que hacia un corto número de hombres, y la matanza de los suyos. Enfurecido se arroja á su grande almirante, le hiere con una vara de oro que tenia en la mano, y manda á sus esclavos que le azoten. A esta ira sucede una triste consternacion. Vuelve á su tienda, reune su consejo: el valor de Constantino abate su ánimo, vacila y duda si proseguirá la empresa ó la abandonará. Chalil bajá, su gran visir, á quien la edad y una larga esperiencia inspiraban dictámenes moderados, le aconseja la paz, haciéndole ver la fuerza de la plaza, el valor de los griegos doblado por la desesperacion, la sangre que ha de costar la toma de Constantinopla, el oprobio de una derrota probable; y en fin, el peligro de armar contra los turcos las potencias de occidente, que emplearian sin duda todas sus fuerzas para libertar la segunda capital del orbe cristiano. Zaganes, segundo visir, jóven, ardiente y belicoso, se indigna de este consejo tímido, manifiesta que la Europa dividida ve con indiferencia los sucesos de oriente, que el imperio está desmembrado, y los griegos enflaquecidos y divididos con disensiones religiosas: Constantino sin mas fuerzas que 6.000 hombres, sin poder contener un pueblo sedicioso é inconstante, pronto á hablar y lento en las obras: en fin, pinta con palabras fogosas la gloria de la empresa, la facilidad de la victoria, y la ignominia

de la retirada. Mahomet adopta este dictámen tan conforme con sus deseos; pero antes de pelear entabla negociaciones, y sus enviados propusieron á Constantino la posesion tranquila de Grecia y Morea si entregaba á Constantinopla. «Yo salvaré mi capital, respondió el emperador, ó espiraré entre sus ruinas. Un tributo es el único sacrificio que puedo prometer.» Cuando el sultan supo esta respuesta, esclamó: «Juro por el profeta que Constantinopla será mi trono ó mi sepulcro.» Despues de estas palabras exhorta sus genizaros al combate, les anuncia el asalto general, y señala para darlo el 29 de mayo. Manda consagrar la víspera de este dia decisivo á ayunos y abluciones: á la caida de la tarde hizo iluminar sus tiendas y campamentos: los derviches visitan los reales convertidos ya en mezquitas: los imanes inflaman con sus oraciones el fanatismo de los soldados, y muestran el cielo abierto á los vencedores. «Yo os abandono, les dice Mahomet, los hombres, mugeres y riquezas de esa ciudad profana: solo reservo para mí su trono y sus edificios. Los que suban primero á la muralla serán colmados de honores y dignidades.» Estas promesas, el ardor de la gloria, la sed de los placeres y del saqueo, escitan el celo fanático y guerrero de los turcos. El aire resuena con este grito prolongado: «No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.» En este tiempo Constantino formaba el proyecto de asegu-

rar su libertad destruyendo la armada otomana. El buen éxito de su plan atrevido, pero bien concertado, parecia seguro. Cuarenta jóvenes griegos, consagrados generosamente á perecer por la salvacion de su patria, se habian embarcado en un navío lleno de materias combustibles; y mientras que la escuadra veneciana, saliendo del puerto, atacase la de los turcos, estos nuevos Decios, fingiendo desertarse, debian pasar por medio de los buques otomanos, é incendiarlos. Pero los turcos tuvieron aviso del proyecto, y apenas se presentó el brulote, lo echaron á pique, cogieron á los jóvenes griegos y los descabezaron. La escuadra veneciana fue asaltada, rodeada y casi destruida por los enemigos. Constantino hizo colgar de las almenas, por represalias, 260 turcos prisioneros. Los venecianos acusaron á los genoveses de haberlos vendido: el almirante Nótaras se quejó de Justiniani, y el emperador vió hasta el último momento reinar la intriga en la corte, la sedicion en el pueblo y la envidia en sus generales.

Mahomet ejecutó poco despues una empresa, cuya audacia espanta la imaginacion; y si el suceso no constase de todos los escritores de aquel tiempo, la historia no se atreveria á referirlo. Indignado del ostáculo que le impedia la entrada del puerto, hizo sacar sus navios á la ribera. Un camino designal, montuoso y erizado de espinos, fue allanado en el espacio de dos leguas, y cubierto de

maderos y tablas untadas de sebo. La escuadra, conducida por aquel camino resbaladizo, da la vuelta á Gálata, y entra en el puerto interior. Este trabajo prodigioso se hizo en una sola noche, y concurrió á él casi todo el ejército. Al rayar el dia, vieron los griegos consternados su último asilo, que era el puerto, lleno de las naves de los mahometanos. Un triste estupor reina en aquella gran ciudad, viendo nacer el dia de su ruina. La plebe afligida llena los templos, se prosterna al pie de los altares, inunda los pórticos con sus lágrimas é implora la clemencia del señor. Las vírgenes y sacerdotes atraviesan en procesion por las calles. Sus ayes y gemidos dan á aquella melancólica solemnidad el aspecto del último duelo; y á pesar de esto, en el mismo instante de perecer, el espíritu de secta y el odio de los cismáticos contra los católicos se manifestaba todavia. En el márgen del abismo que iba á tragarlos, los maldicen. «¡Insensatos! esclama con este motivo el historiador Ducas: aun cuando el ángel que esperabais, se hubiese aparecido, habriais rehusado su socorro, si hubiese propuesto la reunion de ambas iglesias como condicion de vuestra salud.» En esta estremidad, el emperador, conservando su valor indomable, reune los guerreros, convoca los grandes y senadores, y les dice: «Compañeros, llegó el momento de nuestro último triunfo ó de nuestra última hora. El peligro es grande; pero no hay ninguno que no pue-

da vencer la intrepidez. Vuestros antepasados domaron el mundo armado contra ellos. Durante muchos siglos resistimos á los continuos ataques de los persas, sarracenos, escitas, búlgaros, hunnos y otra muchedumbre innumerable de bárbaros. Estos mismos turcos que nos atacan, han huido de nosotros muchas veces: no han debido su aparente superioridad sino á nuestras disensiones. Unámonos, y no podrán resistirnos. Veinte veces se han roto sus armas contra nuestras murallas: no há mucho que rechazamos á Amurates: pocos dias há que vuestro valor triunfó de los soldados de Mahomet: nuestros fosos y campos, hasta nuestros atrincheramientos estan sembrados de sus muertos y heridos. El nuevo asalto que prepara el sultan, no es mas que el último esfuerzo de la desesperacion. La Europa se arma en favor nuestro: Huniades y sus húngaros se acercan: una escuadra veneciana corta los mares para socorrernos: un dia mas de valor, y salvamos el imperio. Defendemos lo que es mas sagrado entre los hombres: la religion, la patria y la libertad. Merezcamos en una causa tan santa la proteccion divina, confesando nuestras culpas y arrepintiéndonos de ellas. Yo daré el ejemplo: si hay alguno de vosotros, á quien haya ofendido como príncipe, como hombre ó como cristiano, le pido que me perdone. La gloria nos espera, la patria nos llama, los manes de nuestros héroes nos contemplan: mar-

chemos. Yo participaré con vosotros de todos los peligros del combate, como tambien de todos los frutos de la victoria; pero si Constantinopla cae, si mis valientes compañeros perecen, os aseguro que no quedaré vivo.» A esta oracion fúnebre del imperio no se dió otra respuesta que lágrimas y sollozos. Juran todos vencer ó morir. El cañon de los turcos suena: dase la señal de la pelea. Constantino entra en la mansion imperial, abraza á su familia, se viste de sus armas, y sale del palacio de los césares para no volver á él. Dirígese al puesto de san Roman, contra el cual habia dispuesto Mahomet su principal ataque. El comandante general Justiniani con un cuerpo escogido de griegos y genoveses defendia la puerta Dorada y la Fuente: á lo largo del puerto, cerca de la torre del Hipodromo, hacia frente á los enemigos Juliano con un cuerpo de catalanes y castellanos: el cardenal legado, con una tropa de italianos, peleaba en la punta de san Demetrio: los candiotas guardaban la puerta Horea: la defensa de la parte de la ciudad que miraba al puerto, se confió al gran duque Nótaras y á la gente de mar. Minoto, bailío de Venecia, custodiaba el palacio. Cantacuceno y Nicéforo Paleologo estaban encargados de contener al pueblo, apaciguar los alborotos, é impedir las traiciones. Un gran número de sacerdotes y los monges de san Basilio bajaron del santuario y corrieron á la brecha. El emperador visitaba todos los

puestos, su ardor animaba á los valientes y su firmeza aseguraba á los tímidos. Al rayar el dia dieron los otomanos el asalto general por mar y tierra: toda la artillería del sultan se acercó á las murallas: las proas de las galeras y sus escalas amenazan las murallas de la rada: los márgenes de los fosos se llenan de faginas: las líneas musulmanas avanzan tan estrechas y contínuas, que un historiador las comparaba á una larga cuerda, trenzada y retorcida. Los muros, reparados con precipitacion, ceden á los cañonazos: fórmanse brechas amplísimas: los musulmanes se arrojan á ellas, ardiendo en deseo de conseguir la palma de la victoria ó la del martirio. Los intrépidos compañeros de Constantino, mas difíciles de derribar que las murallas, rechazan, matan y arrojan al foso á los del primer asalto. En ésta última lucha de la antigua civilizacion contra la barbárie moderna, las armas de Roma y las de nuestros tiempos se reunieron para atacar y defender la ciudad de los césares. El aire, oscurecido con nubes de dardos y saetas, resonaba al mismo tiempo con el ruido sordo de los vastos peñascos lanzados por las catapultas, con el silvido de las balas y con el estruendo horrible del cañon. La oscuridad que esparcia al rededor de los combatientes el polvo y el humo, se disipaba á intervalos por el relámpago de la pólvora y la llama del fuego greciano. En todas partes se oia una mezcla espantosa de imprecaciones, súplicas, campanas

que incitaban al combate, truenos del bronce fulminante, fragor de las armas, gritos del odio y de la venganza, sonidos agudos de los clarines, cantos de guerra y clamores de los moribundos. Mahomet alienta el valor de sus tropas vencidas: renueva con otras el ataque. Los griegos y romanos, nacidos en las provincias que habian conquistado los musulmanes, y que habian mudado de culto y de nombre, en vez de defender su patria, se arrojan con el turbante en la cabeza y la cimitarra en la mano á consumar la ruina de Constantinopla. Las legiones de Natolia y Romania, mandadas por sus bajáes, acometen las murallas de aquella ciudad, que sus antecesores habian enriquecido con los despojos de los pueblos bárbaros. Mahomet se pone al frente de estos apóstatas, escita con voz espantosa su ciego fanatismo, y detras de ellos coloca verdugos que no les dejan mas eleccion que la de morir en la brecha ó en la fuga. Sus cohortès atacan sucesivamente á los cristianos que se les oponen. Los fosos, ciegos ya con millares de cadáveres amontonados, sirven de puente á las tropas; pero Constantino, escitando á los griegos á hacer el último esfuerzo por salvar la religion, su príncipe y su patria, se arroja fuera de la brecha, desbarata, dispersa y estermina á los que la asaltaban, y los obliga á dejar un grande intervalo entre la ciudad y su ejército. Tantos triunfos contra una masa de enemigos constantemente reforzados, habian agotado

la fuerza y la sangre de los héroes cristianos. Entonces los genízaros que Mahomet tenia en reserva, y que aun no habian peleado, se mueven, marchan, avanzan, precédelos el sultan, armado de una clava y rodeado de una guardia escogida: ínstalos á que apresuren su marcha con la voz y el ademan. Una montaña de cadáveres le sirve para ponerse al nivel de la muralla: una música guerrera, impidiendo que se oyesen las murmuraciones de los medrosos y los gritos de los heridos, anima el valor de los asaltadores. Los griegos reunidos emplean todas sus fuerzas para rechazar este último peligro. Por todas partes los rayos del cañon y el choque de las espadas y cimitarras resuenan con espantoso estruendo. Hazan, genízaro de una fuerza prodigiosa, se lanza el primero á las almenas: herido de muchas espadas, atravesado de muchas lanzas, cae, vuelve á levantarse, pasa la muralla, y vuelve á caer moribundo y vencedor.

Una multitud de vengadores le siguen: el valor cede al número, y los musulmanes fuerzan el primer recinto. En fin, un suceso funesto decide la suerte de la jornada: Justiniani es herido, y no puede sostener el peso de las armas: en vano Paleologo le representa la inminencia del peligro: el genoves se separa del combate, entra en una barca, y huyendo de la muerte y del honor, da la vela para el Archipiélago. Su retirada desanima las tropas: en vano Constantino pro-

cura reunirlas y llevarlas en órden al segundo recinto : ya no le escuchan , y arrastrados por el terror , se precipitan en un paso estrecho , y lo obstruyen con su muchedumbre. Los genízaros se arrojan furiosos sobre ellos : el combate se vuelve carnicería , y todos aquellos griegos perecen bajo el alfange musulman. Constantino desesperado esclama: «¿No habrá alguna espada cristiana que me dé la muerte, ó me libre del cautiverio, ó del infortunio de morir á manos de un infiel?» Ninguno le responde: indignado de sobrevivir un momento al imperio, se arroja enmedio de las filas enemigas , inmola á su venganza muchas víctimas , y atravesado de mil aceros desaparece entre la multitud de los cadáveres. Pereció en la brecha , único sitio digno de un príncipe en la caida de su imperio ; y se mostró merecedor de llevar el nombre del fundador de su monarquía. El ejército musulman victorioso entra en la ciudad y se derrama por ella como un torrente. Un sitio de 57 dias hundió 15 siglos de gloria. La víspera , depósito todavia Constantinopla de los triunfos , trofeos y riquezas del universo, presentaba la imágen viviente de Roma y Grecia: habia césares , augustos , patricios, senado , lictores , haces , tribuna , circos , comicios , liceos , academias y teatros. El hierro de Mahomet lo destruyó todo en un momento , y los vestigios del mundo antiguo desaparecieron. La soldadesca enfurecida se entrega sin freno á la horrible licencia de la

victoria: se apodera del palacio, comete los mas vergonzosos ultrages contra la familia imperial, degüella al cónsul de Venecia, inunda las calles con sangre de 40.000 ciudadanos; otros 60.000, mas desgraciados, son reducidos á cautiverio. La multitud inmensa del pueblo llenaba la iglesia de santa Sofía y el recinto del circo, esperando la aparicion del ángel anunciado por los impostores. El rayo les hace abrir los ojos: sus bárbaros vencedores acuden y se arrojan sobre ellos: apodéranse de las vírgenes y dispútanlas enfurecidos: sus cabellos esparcidos, sùs lágrimas, sus brazos levantados al cielo parece que aumentan su hermosura é inflaman la lubricidad de los feroces turcos. Clases, dignidades, virtudes, fuerza, debilidad, opulencia, pobreza, todo se confunde en el general infortunio: el patricio, el artesano, el sacerdote, el guerrero, el príncipe, el mendigo, el viejo, el niño, la afligida madre de familia, la cortesana amedrentada fueron encadenados dos á dos indistintamente, y entregados á los caprichos de sus bárbaros dueños: la devastacion se esparce igualmente por los palacios, tugurios y monasterios, y consume los tesoros de muchos siglos. Aquella escena de desolacion y saqueo duró dos dias: al fin los vencedores, hartos de sangre y oro, acometian ya delirantes á los edificios públicos; pero Mahomet se presentó: su voz temible produjo el silencio y restableció el órden. Concedió la vida y la li-

bertad á todos los cristianos que escaparon de las calamidades de aquellos dias sangrientos. La seguridad volvió á entrar en las casas: los vencidos obtuvieron la libertad de culto, y un tributo fue el precio de su descanso, si puede llamarse asi una ignominiosa sumision. Mahomet quiso que la magnífica iglesia de santa Sofía, llamada por los griegos *el segundo cielo*, fuese la principal mezquita de los musulmanes, despues de haber quemado en ella muchos perfumes; costumbre de los mahometanos para purificar sus templos. Al mismo tiempo permitió á los griegos nombrar un patríarca: él mismo le dió la investidura de su dignidad, y le concedió los privilegios de que habian gozado sus antecesores bajo el dominio de los césares. La eleccion recayó en Gennadio, aquel monge fanático, antorcha constante de discordia entre los griegos y latinos. Ignorábase aun la suerte del emperador: su calzado de púrpura hizo que se reconociesen sus restos desfigurados entre un monton de cadáveres. Mahomet hizo poner en lo alto de la columna de Justiniano la cabeza de aquel príncipe infeliz, horrible trofeo de la victoria; y mandó enviar su cuerpo embalsamado á todos los príncipes de Asia. En vano los autores mahometanos, y Voltaire engañado por ellos, pretenden atenuar los horrores cometidos por los turcos y permitidos por Mahomet en el saco de Constantinopla. Sin adoptar las fábulas que inventó el odio de los griegos, como la de

Irene, amada, segun dicen, de Mahomet, y descabezada por el mismo, para apaciguar las murmuraciones de los genízaros y probarles que estaba dispuesto á hacerles los mayores sacrificios: sin dar crédito al cuento absurdo de los 14 pages, abiertos por medio para descubrir cual de ellos habia comido un melon, hartas acciones, de que no puede dudarse, dan á conocer la ferocidad de Mahomet, los vicios que afeaban sus grandes cualidades y las desgracias que hizo sufrir al imperio. Un hecho evidente refuta las apologías que el temor y la lisonja dictaron mucho tiempo despues á Cantemir; y es que la ciudad de Constantino se halló tan despoblada despues del sitio, que el sultan obligó á Mesembria y á otras muchas ciudades de Romania á enviar cada una 5.000 habitantes para volver á poblar la capital; y las ciudades griegas que conquistó despues, fueron sometidas á la misma obligacion. En pocos años las armas de Mahomet subyugaron el resto del imperio. Este sultan disimulado dió al principio seguridad á los déspotas tributarios con protestaciones pacíficas que desmintió en breve. El gran duque Nótaras Paleólogo logró la libertad y conservó las inmensas riquezas que Mahomet le reprendia no haber sacrificado por la salvacion de su patria. Algun tiempo despues le robaron á su hija y la llevaron al serrallo: su hijo, amenazado de un ultrage infame, prefirió la muerte á la ignominia, y fue degollado con su pa-

dre. Los hijos de Fránces tuvieron la misma suerte. Los Comnenos, tratados momentáneamente como vasallos, perdieron la vida y el trono de Trebisonda. Demetrio y Tomas, hermanos de Constantino, reinaron algun tiempo en Morea; pero animados del espíritu de discordia, causa fatal de la ruina de los griegos, disputaron con las armas en la mano los últimos despojos de su familia. El sultan fomentó sus disensiones: Tomas, obligado á ceder, buscó un asilo en Italia, donde acabó sus dias. Demetrio, con el pretesto de un matrimonio que solo era un ultrage disfrazado, tuvo que entregar su hija al sultan, y por dote Átenas, Corinto y Morea. La suerte libró á Mahomet de Huniades, el salvador de Hungría: cuando el sultan supo su muerte, se quejó con orgullo de que ya no tenia enemigos dignos de su valor. Sin embargo, aun existia Escanderbec, único monumento que quedaba de la antigua gloria de Grecia. Sus armas rechazaron constantemente los esfuerzos redoblados de los turcos. El mismo Mahomet, al frente de sus terribles genízaros, fue vencido por aquel intrépido guerrero. Pero Escanderbec, previendo que no podria resistir por mucho tiempo á todo el oriente armado contra él, pasó á Italia á solicitar socorros de los príncipes cristianos, y murió en los estados de Venecia. La gloria de este héroe fue coronada por la escesiva alegria que manifestó el conquistador de Grecia al tener la noticia de su muerte.

Asi se consumó en pocos años la revolucion que derribó el imperio de oriente. Los grandes, los ambiciosos, los ricos, y aun muchos príncipes de la familia imperial de los Paleologos, abrazaron la religion del vencedor: una parte de la poblacion los imitó: otra quedó tributaria y oprimida. El despotismo y la ignorancia sumergieron en las tinieblas aquellos hermosos paises: la civilizacion, vencida por la barbárie, desapareció del Ásia y de la Grecia, que fueron su primer cuna. Las musas afligidas se refugiaron en Italia, y hallaron en el Vaticano su primer asilo. En fin, el genio de la literatura y de las artes, despues de haber perecido entre las llamas de Constantinopla, renació como el fenix de sus cenizas para brillar en Europa con esplendor mas hermoso y duradero.

TABLA CRONOLÓGICA

de la historia del imperio de oriente, por el Conde de Segur.

312 Constantino I, dueño de Roma. 323, vence á Licinio, y es señor de todo el imperio. Paz de la Iglesia. 325, concilio general de Nicéa. 330, fundacion de Constantinopla.

337 Constantino II, Constante I y Constancio suceden á su padre Constantino. 340, muerte de Constantino II. Constante I reina en occidente. 350, usurpacion de Magnencio en las Galias, y muerte de Constante I. 351, batalla del Dravo, y muerte de Magnencio. Constancio reina en todo el imperio. 353, Galo, sobrino de Constancio, césar en oriente. 355, Juliano César. 357, victoria de Argentoracto contra los alemannos. 360, Juliano toma el titulo de augusto: muerte de Constancio.

361 Juliano, emperador: espedicion contra los persas, en que perece.

363 Joviano, emperador. El imperio pierde para siempre las provincias

que posceia al oriente del Tigris.

364 Valentiniano y Valente, emperadores, y division de los imperios de oriente y occidente. 375, muerte de Valentiniano I: le suceden en occidente sus hijos Graciano y Valentiniano II. 378, batalla de Andrianópolis, en que pereció Valente, ganada por los visigodos.

379 Teodosio I, emperador de oriente. 383, Máximo usurpa el occidente, y Graciano perece. 388, derrota y muerte de Máximo. 392, usurpacion de Arbogasto, y muerte de Valentiniano II. 394, batalla de Aquileya, y muerte de Arbogasto: Teodosio reina en todo el imperio.

395 Arcadio y Honorio, emperadores. 400, espedicion de Alárico á Italia: los godos dueños de Pannonia é Iliria. 402, batalla de Polencia, en que fue vencido Alárico. 405, batalla de Florencia, en que fue vencido Radagasio. 406, invasion de los bárbaros en el occidente.

408 Teodosio II, hijo de Arcadio, emperador de oriente. 410, saco de Roma por Alárico. 415, principio de la monarquía de los visigodos en España. 423, muerte de Honorio. 425, Valentiniano II, su sobrino, emperador de occidente. 428, invasion de los vándalos en Africa bajo Genséri-

co. 439, toma de Cartago por los vándalos. 447, paz de Teodosio II con Atila.

450 Marciano, cuñado de Teodosio, emperador de oriente. 451, batalla de los campos cataláunicos contra Atila, rey de los hunnos. 455, Valentiniano III muere asesinado por Máximo, que le sucede en el imperio de occidente. Saco de Roma por los vándalos. Los francos se estienden por las Galias, y los visigodos por España. Máximo muere asesinado. Sucédele Avito.

457 Leon I el Grande, emperador de oriente. Mayoriano, emperador de occidente. 461, Mayoriano es asesinado, y le sucede Vibio Severo. 467, Antemio, emperador de occidente. 472, Ricimero le destrona y mata, y pone en su lugar á Olibrio. 473, Glicerio, emperador de occidente: Julio Nepote le quita el trono y la vida.

474 Zenon, emperador de oriente. 475, Julio Nepote es destronado, y le sucede Augústulo, último emperador de Roma. Odoacre, gefe de los hérulos, se apodera de Italia, y la domina con el título de rey. 483, Henótico de Zenon. 490, batalla del Adda y conquista de Italia por Teodorico, rey de los ostrogodos.

491 Anastasio, emperador. 499, pri-

mera guerra con los búlgaros, dueños de Dacia y Mesia. 503, sitio de Amida por Cavades, rey de Persia. 508, alianza de Anastasio con Clodoveo, rey de los franceses.

518 Justino I, emperador. 521, principio de las facciones del circo de Constantinopla.

527 Justiniano I, sobrino de Justino, le sucede. 533, conquista de Africa por Belisario. 535, conquista de Sicilia por Belisario. 536, conquista de la Italia por Belisario. 537, sitio y batalla de Roma. 538, Belisario toma á Ravena. 542, victorias de Belisario contra los persas. 546, guerra de Belisario contra Totila, rey de los ostrogodos. 549, Totila conquista á Roma. 552, Nárses recobra á Italia. 552, victoria de Belisario contra los hunnos. 560, paz con los persas.

565 Justino II, sobrino de Justiniano, emperador. 567, invasion de Alboino, rey de los lombardos, en Italia. 570, conquista de Milan y Pavía por los lombardos. 571, alianza de Justino con los turcos. 573, república feudal de los lombardos. 575, victorias del papa Benedicto I contra los lombardos, y principios del poder temporal de los sumos pontífices. 576, victoria de Melitene, ganada por el césar Tiberio contra los persas.

576 Tiberio II, emperador.

582 Mauricio, emperador. 583, Restablecimiento de la monarquía entre los lombardos.

602 Fócas, asesino de Mauricio, le sucede.

610 Heráclio quita á Fócas el trono usurpado y la vida. 614, batalla de Ganza contra los persas. 622, principio de la monarquía árabe y egira de Mahoma. 628, batalla de Zab, ganada por Heráclio contra los persas. 632, muerte de Mahoma: conquistas de los árabes en Siria. 634, batalla de Ainadin y toma de Damasco por los árabes. 635, batalla de Yarmuza, ganada por los árabes. 638, conquista de Siria y Palestina por los árabes.

641 Constantino III y Heracleonas, hijos de Heráclio, emperadores. Constantino muere á los tres meses, y le sucede su hijo Constante II. 642, conquista del Egipto por los árabes. 643, conquista de la Liguria por los lombardos. 651, conquista de Mesopotamia y Persia por los árabes. 658, guerra civil entre omeyas y álides. 662, espedicion de Constante á Italia, donde fue vencido y asesinado.

668 Constantino IV Pogonato, hijo de Constante II, emperador. 669, conquista de Sicilia por los árabes. 670,

conquista del Africa por los árabes. 674, primer sitio de Constantinopla por los árabes. 679, derrota de los árabes, y paz con Moavia I, califa de Damasco.

685 Justiniano II, hijo de Constantino, emperador. 693, conquista de Armenia por los árabes.

695 Leoncio ó Leon II destrona á Justiniano y le sucede.

698 Tiberio III Absimaro destrona á Leoncio y le sucede.

706 Justiniano II, restituido al trono.

711 Filípico destrona y mata á Justiniano, y le sucede. En Justiniano acabó la familia de Heráclio.

713 Anastasio II destrona á Filípico, y le sucede. 715, España y Sogdiana conquistadas por los árabes.

716 Teodosio III destrona á Anastasio II, y le sucede.

717 Leon III el isáurico destrona á Teodosio, y le sucede. 718, segundo sitio de Constantinopla por los árabes. 723, conquista de Cerdeña por los árabes. 726, edicto de Leon contra el culto de las imágenes. 732, principios del cisma de la iglesia griega.

741 Constantino V Copronimo, hijo de Leon, emperador. 750, ruina de la dinastía de los Merovingios en Francia. 768, Carlo-magno, rey de Fran-

cia. 774, conquista de Italia por Carlo-magno.

755 Leon IV, hijo de Constantino, emperador.

780 Constantino VI Porfirogeneto, hijo de Leon IV, emperador.

797 Irene, madre de Constantino, le destrona y sucede. 800, fundacion del nuevo imperio de occidente por Carlo-magno.

803 Nicéforo I, hermano de Leon IV, destrona á Irene, y le sucede.

811 Miguel I Rangabé, su yerno, le sucede.

813 Leon V el armenio le destrona. En Miguel acabó la familia de Leon III el isáurico. 814, batalla de Mesembria contra los búlgaros.

821 Miguel II el tartamudo le quita el trono y la vida. 824, conquista de Creta por los árabes.

829 Teófilo, hijo de Miguel II, emperador.

842 Miguel III el ebrio, hijo de Teófilo, emperador. 846, invasion de los esclavones en Grecia. 863, primera invasion de los rusos en el imperio.

867 Basilio I el macedonio quita el trono y la vida á Miguel. En este acabó la familia de Miguel el tartamudo. 875, Basilio quita la Capadocia á los árabes. 880, derrota de los

árabes en Cilicia. 885, los árabes arrojados de Italia.

886 Leon VI el filósofo, hijo de Basilio, emperador. 889, los húngaros se establecen en Pannonia.

911 Constantino VII Porfirogeneto, hijo de Leon VI, emperador.

920 Romano I Lecapeno usurpa el mando.

944 Constantino VII restituido al trono. 959, muere envenenado por traicion de su hija y de su yerno.

960 Romano II el jóven, yerno de Constantino, emperador.

963 Basilio II y Constantino VIII, hijos de Romano el jóven, emperadores. Nicéforo II. Fócas, asociado al trono. 964, victorias de Juan Zimisces contra los sarracenos. 966, conquista de Italia por Oton, emperador de Alemania.

969 Juan Zimisces, asociado al trono. 971, los rusos convertidos al cristianismo. 975, muerte de Zimisces. 995, Conquista de Damasco y Tiro por los griegos. 1003, espulsion de los sarracenos de Italia. 1014, conquista de Bulgaria por los griegos. 1017, conquista de Crimea y de Media por los griegos. 1025, muerte de Basilio II.

1028 Romano III, Argiro, yerno de Constantino VIII, emperador.

1034 Miguel IV el Paflagonio le quita el trono, la muger y la vida. 1040, establecimiento de los normandos en Italia.

1041 Miguel V el Calafate, sobrino de Paflagonio, emperador.

1042 Zoe y Teodora, hijas de Constantino VIII, emperatrices, muerto Calafate en una sedicion. Constantino IX, Monomaco, asociado al imperio. 1048, principio de la monarquía de los selgiucides. 1054, muerte de Zoe.

1056 Miguel VI Estratiótico, emperador. En Teodora acabó la familia de Basilio el macedonio.

1057 Isaac I Comneno, emperador.

1059 Constantino X Ducas quita el trono á Isaac.

1067 Miguel VI Parapinacio, hijo de Constantino, y Romano III Diógenes, asociado al trono. 1070, Diógenes hace guerra á Alp Arslan, sultan de los selgiucides, y es vencido y preso en la batalla de Zara. 1071, su deposicion.

1078 Nicéforo III Botoniates quita el trono á Miguel.

1081 Aléxis I Comneno quita el trono á Nicéforo. Echa de Grecia á los normandos. 1096, primera cruzada: toma de Nicea por los cruzados. 1097, toma y batalla de Antioquia. 1099,

toma de Jerusalen por los cruzados. 1100, guerra de Aléxis con los príncipes latinos.

1118 Juan II Comneno, hijo de Aléxis, emperador.

1143 Manuel I Comneno, hijo de Juan, emperador. 1145, segunda cruzada. 1151, sumision de los servios al imperio. 1171, Saladino, visir del sultan de Egipto.

1180 Aléxis II Comneno, emperador. 1181, conspiracion de Andrónico Comneno.

1183 Andrónico I Comneno mata á Aléxis, y reina como un tirano.

1185 Isaac II Angel destrona á Andrónico, y lo entrega al pueblo que acaba con él. En él concluyó la dinastía de los Comnenos en Constantinopla. 1187, toma de Jerusalen por Saladino. 1189, tercera cruzada. 1194, conjuracion de Aléxis, hermano de Isaac.

1195 Aléxis III Angel destrona á su hermano Isaac. 1197, cuarta cruzada. 1202, quinta cruzada.

1203 Isaac Angel, restituido al trono por los latinos, y su hijo Aléxis IV Angel, emperadores.

1204 Juan II Ducas Murzulflo destrona á Isaac y Aléxis: toma de Constantinopla por los latinos. Balduino I, primer emperador latino de Cons-

tantinopla. 1205, Balduino vencido y preso por los búlgaros.

1206 Enrique, su hermano, emperador. 1208, conquista del Archipiélago por los venecianos. 1209, victorias de Enrique contra los Comnenos, que se habian hecho fuertes en el Epiro. 1212, victoria de Antioquía, conseguida por Teodoro Láscaris contra Aléxis III Angel y los turcos de Iconio, sus auxiliares, que le disputaban el dominio de Nicea.

1216 Pedro de Courtenai, emperador. 1218, es prisionero de los epirotas y muere en la prision.

1220 Roberto de Courtenai, hermano de Pedro, emperador. 1223, Juan Vatacio, yerno de Láscaris, le sucede, y toma el título de emperador de Nicea. Teodoro Comneno, déspota de Epiro, despues de conquistada Tesalónica, toma el título de emperador de esta ciudad. Aléxis, de la familia de los Comnenos, se hace fuerte en Trebisonda, y se corona emperador de aquella ciudad. 1228, Roberto de Courtenai, aborrecido de sus vasallos por sus violencias, huye de Constantinopla, y es depuesto.

1229 Juan IV de Brienne, emperador, y tutor de Balduino II, hermano de Roberto. 1235, sitio de Constantino-

pla por griegos y búlgaros.

1237 Balduino II, emperador. 1241, Vatacio conquista muchas plazas de Bulgaria y Macedonia. 1242, invasion de los mogoles en el Asia menor. 1246, conquista de Tesalónica por Vatacio. 1255, muerte de Vatacio: sucédele en el imperio de Nicea Láscaris II, su hijo. 1258, toma de Bagdad por Hulacu, y estincion del califado. 1259, muerte de Láscaris II: sucédele Láscaris III, su hijo. Miguel VIII Paleologo, asociado al trono, usurpa el poder.

1261 Toma de Constantinopla por los griegos, y fin del imperio latino de oriente. Láscaris III y Miguel VIII Paleologo, emperadores. 1268, Miguel depone á Láscaris. Conquista de Sicilia por Carlos de Anjú. 1270, muerte de san Luis, rey de Francia. 1274, muerte de Balduino II. 1278, invasion de los mogoles del Kipzak en Bulgaria.

1282 Andrónico II, hijo de Miguel, emperador. 1296, primeras victorias de Otman, gefe de la dinastía otomana. 1300, fin de la dinastia de los selgincides. 1302, espedicion de los catalanes y aragoneses en oriente: arrojan á los turcos del Asia menor: Rugero de Flor, su capitan, es asesinado por Miguel, hijo del empe-

rador: los catalanes, en venganza, devastan el imperio. 1308, Rocafort, gefe de los catalanes, acomete á Constantinopla. 1310, los catalanes se apoderan de Atenas, y los caballeros de san Juan, de Ródas. 1317, muerte de Miguel, hijo del emperador. 1322, desavenencias entre el emperador y Andrónico, su nieto, hijo de Miguel. 1324, Andrónico III, asociado al trono.

1328 Andrónico III reina solo por renuncia de su abuelo. 1332, muerte de Andrónico II.

1341 Juan V Paleologo, hijo de Andrónico III, emperador. Juan Cantacuceno toma el título de emperador. Guerra civil. 1347, fin de la guerra civil: los dos emperadores reinan juntos. 1355, abdicacion de Cantacuceno. 1358, conquistas de Amurates I, hijo de Orcan y nieto de Otman. 1363, batalla de Andrinópoli, ganada por Amurates: sus conquistas en Macedonia y Grecia. 1371, el emperador rinde vasallage á Amurates. 1389, Bayaceto sucede á su padre Amurates.

1391 Manuel II Paleologo, hijo de Juan, emperador. 1396, batalla de Nicópolis, ganada por Bayaceto contra Segismundo, rey de Hungría. 1400, viage del emperador á occidente en

solicitud de socorros contra los turcos. 1402, batalla de Ancira en que Bayaceto fue vencido y preso por Timurbek. 1408, guerra civil entre los hijos de Bayaceto. 1421, Amurates II, hijo de Mahomet I y nieto de Bayaceto, sultan de los otomanos. 1423, primer sitio de Constantinopla por los turcos. 1425, paz entre Manuel y Amurates.

1426 Juan VI Paleologo, hijo de Manuel, emperador. 1431, victoria naval de Galípoli de los turcos contra los venecianos. 1434, Escanderbec, rehen en la corte de Amurates. 1439, union de las iglesias latina y griega en el concilio de Florencia, empezado en Ferrara. 1441, batalla de Sofía, ganada por los húngaros contra los turcos. 1444, batalla de Varna en que Amurates venció y mató á Ladislao, rey de Hungría.

1449 Constantino XI Paleologo Dragoses, hermano de Juan, emperador. 1450, Mahomet II, hijo de Amurates, sultan de los otomanos. 1452, guerra entre Constantino y Mahomet. 1453, sitio y toma de Constantinopla por los turcos, y destruccion del imperio griego.

CAPITULO ADICIONAL.

Historia de los otomanos.

Hanos parecido conveniente, despues de concluir la historia del imperio de los griegos, escribir la de los otomanos, que lo subyugaron, y aparecieron en el mundo como un poder terrible y amenazador contra la cristiandad, y como el contrapeso mas fuerte con respecto á las potencias del centro de Europa. Los otomanos fueron sucesores, no solo de la religion y dominio de los árabes en el Asia, sino tambien de su espíritu conquistador y fanático, hasta que abatido su poder marítimo en la batalla de Lepanto por Juan de Austria, y su poder terrestre en la de Viena por Juan de Lobieski, vencido y mutilado por los austriacos, y mas aun por los rusos en el siglo XVIII, ha llegado al estado de debilidad y decadencia en que hoy lo vemos. Mas hubo un tiempo en que aterró á la Europa entera; y si no llegó á dominarla en los dias de su gloria, se debió á las fuerzas marítimas de España, y al valor de los alemanes y polacos.

Este imperio, compacto siempre y unido, presenta un fenómeno muy notable en las monarquías musulmanas, que es la uni-

dad del poder. En la historia de los árabes se observó con cuánta facilidad se desmembraba el imperio de los califas, y los reinos que de él se formaron, incluso el de los turcos selgiucides, de cuyas ruinas en el Asia menor se levantó la dinastía otomana: cuando en el de los sultanes de Constantinopla notamos siempre una sola familia reinante, y ninguna de las rebeliones de bajaes, tan comunes en aquel imperio, ha llegado á producir un principado independiente. Esta especie de contradiccion en dos naciones cuya creencia comun justifica las usurpaciones felices, como indicios de la voluntad del Eterno, merece que se indaguen sus causas. Varias pueden asignarse deducidas de la historia de la nacion: tales son, 1.ª el escarmiento en la dinastía de los selgiucides, que pereció por su division: 2.ª el respeto religioso de los turcos á la familia otomana: 3.ª la separacion del poder sacerdotal del civil; porque los árabes, aun sustrayéndose al dominio de los califas, les prestaban la obediencia religiosa; pero los turcos, si se rebelasen contra el sultan, le renegarian absolutamente, lo que entre ellos seria un sacrilegio: 4.ª el principio de la monarquía otomana, que consiste en la reunion sucesiva de los siete emiratos de Natolia en un solo dominio; y esta tendencia á la concentracion, que fue el espíritu del gobierno otomano en su infancia, llegó á hacerse una máxima habitual de la nacion: 5.ª y la que nos parece

la verdadera, ó á lo menos mas fuerte que todas, la institucion de los genízaros, que constituian la fuerza militar del imperio, y que no teniendo, por su origen, mas apoyo ni existencia que las que el trono les daba, estaban siempre interesados en sostenerle, y en no permitir ni la desmembracion del imperio, ni la ruina de la familia otomana, á la cual debian su esplendor, su gloria y sus conveniencias. Una institucion semejante, la de los mamelucos, impidió en Egipto, desde la caida de los ayubitas, las mutaciones y desmembramientos que eran tan comunes en las dinastías anteriores del mismo pais.

Espuesta la causa del poder unido, compacto y terrible de que ha gozado la monarquía otomana, al contrario de lo que ha sucedido constantemente en los demas imperios musulmanes, emprenderemos su historia, dividida en cuatro secciones. La primera comprenderá la historia de este pueblo desde sus principios hasta la toma de Constantinopla, cuyos hechos referiremos con brevedad, por no repetir lo que ya hemos contado en la historia del imperio de oriente: la segunda llegará hasta la batalla de Lepanto, principio de la decadencia maritima de los turcos: la tercera hasta la batalla de Viena, en que fueron quebrantadas sus fuerzas terrestres; y la cuarta hasta nuestros dias.

Seccion Primera.

Origen de los turcos. Origen de los otomanos. Otman. Orcan. Amurates primero. Bayaceto primero. Soliman primero. Musa. Mahomet primero. Amurates segundo. Mahomet segundo.

Origen de los turcos. *Origen de los otomanos. Otman, sultan. Victorias del príncipe Orcan. Orcan. Conquista de Galacia por los otomanos. Amurates I. Creacion de los genizaros. Vasallage de los emires del Asia menor. Bayaceto I. Conquista de la Natolia oriental, y victoria de Nicópolis. Invasion de Timur bek en Natolia, y batalla de Ancira. Soliman I. Musa. Mahomet I. Batalla naval de Galipoli contra los venecianos. Amurates II. Batalla de Varna. Mahomet II el vencedor.*

Origen *de los turcos*. Los turcos se creen descendientes de Turk, nombre que dan á

uno de los hijos de Jafet. La primera mansion de este pueblo fue á las orillas orientales del mar Caspio, pais llamado Turquestan por los historiadores orientales, los cuales suponen que estuvieron los turcos en perpétua guerra con los asirios, medos y persas. Esta asercion se justifica por las contínuas lides que los sucesores de Ciro sostuvieron contra los escitas del Oxo y Jajártes (los cuales eran los turcos), y por la importancia que daban los reyes de Persia al gobierno de la Bactriana, provincia fronteriza de aquellos bárbaros, y cuya defensa se encargaba siempre á un príncipe de la familia real. Los mencionados historiadores suponen en el Turquestan una monarquía desde tiempos antiquísimos; pero la situacion de los turcos en el principio de los selgiucides prueba que solo fueron, desde la mas remota antigüedad, una tribu nómade, gobernada por gefes ó kanes. Dispútase entre los historiadores europeos, si descienden ó no de los hunnos. Nosotros los creemos anteriores á ellos, aunque no negamos que hayan podido mezclarse con algunas de las tribus de aquella nacion, que despues de la invasion de Atila en el occidente vinieron á establecerse en las fronteras septentrionales de Persia, y pelearon muchas veces con los reyes de este pais que sucedieron á los partos. Los historiadores orientales dan á estos pueblos constantemente el nombre de turcos: en los del imperio de oriente no se

encuentra este nombre hasta el reinado de Justino II, que hizo alianza con los turcos contra los persas. La primera vez que la historia habla de las espediciones de este pueblo fuera de su pais, es en el reinado de Motawakel, califa de Bagdad, el cual hácia los años de 850 estableció una milicia turca, que hacia la guardia del palacio, y que formaba la fuerza principal del ejército. Estos turcos llegaron á ser como los pretorianos en Roma, señores del imperio: ponian y quitaban califas á su arbitrio; y despues que el califa Radi creó el emirato de Bagdad en 935, los gefes de la milicia turca obtuvieron muchas veces esta dignidad, hasta que los príncipes persas de la dinastía de Buiya se apoderaron de ella, y la trasmitieron en herencia á sus descendientes.

En fin, llegó la época en que los turcos se presentaron en el mundo civilizado como una nacion conquistadora. Sometido el Korasan en 1004 por les gaznávides, y lanzados de esta provincia los samánides que la poseian anteriormente, un gran número de turcos se establecieron en ella, favorecidos por la comunidad del origen; pues Mamud, fundador de la dinastía de los gaznávides y conquistador del Korasan, la Bucaria y la India, era hijo de Sebectekin, guerrero turco. Selginh era el gefe de esta tribu del Turquestan, establecida en los estados de Mamud. Su hijo Alp Arslan penetró hasta el Aderbijan, y quitó á los deylamitas que en-

tonces lo poseian, muchas ciudades. Togrul-bek y Jafer bek, nietos de Selgiuk é hijos de Mikael, pasaron en 1034 el Oxo, y se establecieron con permiso de Masud, hijo y sucesor de Mamud, en los distritos de Nesa y Abiwerd, pertenecientes al Korasan. Allí se aumentó en breve su tribu con la continua emigracion de turcos que venian á juntárseles.

Reinaba entonces en Bagdad el califa Cayem, sometido á los buides, que eran señores de Persia, y que ejercian el emirato. El imperio árabe se hallaba completamente desmembrado. Los gaznávides poseian el Korasan, los fatimitas el Egipto, la Siria y parte del Africa, los edrises y omeyas otra parte del Africa y la España, y los buides la Persia y Mesopotamia, y en calidad de emires el Irak Arabi; de modo que los califas, dueños en otro tiempo de un imperio vastísimo, se hallaban reducidos al ejercicio de sus facultades sacerdotales, y solo eran respetados como sucesores religiosos del profeta. En estas circunstancias formó y cumplió Togrul el atrevido proyecto de formar una sola monarquía de toda el Asia central. Quitó á los gaznávides todas las provincias que poseian, escepto la Bucaria y la India, venció sucesivamente á los principes buides, acabó con su dinastia, logró la dignidad de Emir-al-Omra, casando con una hija del califa, y fundó la monarquia llamada de los selgiucides, que se estendia desde la Siria hasta el

Indo, y desde el Oxo hasta el golfo Pérsico y el océano Eritreo. Togrul bek murió en 1063, dejando un grande imperio á su nieto Alp Arslan, que lo estendió conquistando la Armenia, la Iberia y una gran parte del Asia menor, pais donde los árabes, aun en el tiempo de su mayor potencia, nunca pudieron fijarse definitivamente. Los selgiucides hubieran indefectiblemente acabado con el imperio griego, ó á lo menos arrojado á esta nacion del Asia, á no ser por el espíritu de desmembracion que aprendieron de los árabes. Este obró con tanta actividad sobre la monarquía fundada por Togrul, que cuando los héroes de la primera cruzada penetraron en Asia en el reinado de Barkiarok, cuarto sultan de los selgiucides, á poco mas de medio siglo de fundada la monarquía, Nicea, Iconio, Antioquia, Erzerum, Siria, Mesopotamia y el Irak tenian sultanes particulares y soberanos que se hacian la guerra unos á otros. En 1193 quedó la Persia dividida entre sus diferentes gobernadores, y acabó en ella la familia de Selgiuk; pero se conservó en el Asia menor, llamada por los turcos el Alrum, ó tierra de los romanos. La silla del imperio selgiucide en este pais fue Iconio, despues de la toma de Nicea por los latinos de la primer cruzada. Esta monarquía, ó por mejor decir, esta reliquia del anterior poder de los turcos en el Asia, duró hasta fines del siglo XIII en perpétua lucha, ya con los griegos y los latinos de las

cruzadas, ya con los sultanes ayubitas y mamelucos de Egipto y Siria, ya en fin con los mogoles que se apoderaron de Persia y de Bagdad en 1258 bajo las órdenes de Hulacu kan, y fundaron el imperio mogol de Persia. Estos fueron los enemigos mas terribles de los sultanes selgiucides de Iconio.

Origen de los otomanos. Indudablemente los turcos otomanos adquirieron este nombre de su primer sultan Otman; pero los historiadores de aquella nacion le han supuesto una genealogía que asciende hasta Oguz, uno de los antiguos reyes del Turquestan, y desde él hasta Turk, hijo de Jafet. Estos árboles genealógicos con que la adulacion quiere persuadir al poder que ha existido desde el principio del mundo, son tan comunes como falsos. La verdad histórica es que Otman descendia de una familia ilustre entre los turcos; que sus antepasados fueron gefes de una tribu que acompañó á los selgiucides en la conquista del Alrum. Su bisabuelo Kiya kan floreció antes de Gengis kan. Su abuelo Soliman schah fue contemporáneo de este conquistador; y su padre Ertogrul, que militó bajo las órdenes de Gayatodin III, sultan selgiucide de Iconio, derrotó á los mogoles de Persia que habian invadido el Ponto y la Galacia, fue generalísimo del ejército turco, y quitó á los griegos la fuerte plaza de Kutaya en 1281.

Su hijo Otman, despues de la muerte de Ertogrul, le sucedió en todos sus empleos, y

añadió á ellos el de gefe de todos los gobernadores. Dueño del poder civil y militar, era el verdadero reinante; mas tuvo la moderacion de no tomar el título de sultan hasta la estincion de la familia selgiucide. Sus prendas eran dignas de la elevacion que gozaba. Humano cuanto puede serlo un conquistador, fiel á su palabra, valiente soldado y hábil capitan, defendió valerosamente los estados de su monarca, como si fuesen suyos propios, contra los griegos y los mogoles, y sometió á la obediencia del sultan Kaicobad Aladin un gran número de plazas del Asia menor, desde el año 1288 hasta el de 1298. Pero una nueva invasion de los mogoles en el Asia menor que espuso á su próxima ruina el poder naciente de Otman, fue sin embargo la causa de que ascendiese al trono. Aladin murió en una batalla el año de 1300, y Otman tomó el título de sultan, y lo sostuvo con su habilidad é intrepidez.

Otman, sultan. (1300.) Los principios de la monarquía otomana estan envueltos en la mayor oscuridad. No puede dudarse de la Heptarquia turca del Asia menor, ó gobierno de los siete emires que repartieron entre sí la monarquia de los selgiucides, tanto por la autoridad de los historiadores bizantinos, como por las guerras que hicieron hasta un siglo despues contra los monarcas otomanos que al fin los subyugaron; pero tampoco se puede dudar que Otman, por sus cualidades personales, obtuvo cierta

preponderancia sobre ellos, y fue reconocido como el superior entre sus iguales. Fijó su corte en Karahizar, que es la antigua Apamea de Frigia. Era dueño de casi toda la parte occidental de Natolia, nombre que daban entonces los griegos al Asia menor; y esta parte, como la mas cercana al comercio de los europeos, era tambien la mas poblada y opulenta.

Aumentóla Otman, atravesando el monte Olimpo y apoderándose de la Bitinia. Reinaba entonces en Constantinopla el débil Andrónico II, dueño de un imperio y de un ejército mas débil todavía. El valor de los catalanes y aragoneses, que bajo las órdenes de Rugero de Flor acudieron en su socorro, hizo retirar á los turcos, despues de haber sufrido grandes derrotas mas allá del monte Tauro: la perfidia griega y el asesinato de Rugero no solo volvió á poner en manos de los infieles las provincias que les habia quitado la espada de los almugabares, sino causó la devastacion de la parte europea del imperio griego, por la venganza que tomaron los catalanes de la muerte de su general, y para la cual se unieron con los mismos turcos en algunos puntos de la costa de Asia y de Europa.

Victorias del príncipe Orcan. (1308.) Libertada la monarquía naciente de los otomanos del peligro en que la pusieron los catalanes, no le fue dificil estenderse á costa de los griegos, á pesar de la alianza de Andró-

nicó con Algiaptu, rey de los mogoles de Persia. Ya el poder de estos iba enflaqueciéndose por los deleites, opulencia y divisiones; fruto de las victorias de Hulacu. Así no pudieron enviar para hacer una diversion á favor de los griegos en el oriente de Asia menor mas que un cuerpo de 30.000 mogoles que fue vencido y deshecho. Orcan, hijo de Otman, y heredero de su valor, se señaló en un gran número de recncuentros, conquistó muchas plazas de Bitinia y Misia, y coronó sus victorias con la toma de Bursa, plaza importante de Bitinia, despues de un sitio largo y ostinado. Defendióla valerosamente Orno, y no se rindió sino por las sugestiones de Miguel Cosi, griego que se habia pasado al partido de los otomanos. La conquista de Bursa se verificó en 1327, año en que murió Otman.

Orcan. (1327.) En este tiempo, ademas de Orcan, dueño de Frigia, Bitinia y Paflagonia, habia sultanes tambien en Jonia, Caria, Caramania y Capadocia, descendientes sin duda de los primeros emires de la Heptarquia. Ademas reinaban los Comnenos en el imperio de Trebisonda, que segun las apariencias comprendia lo que en la antigüedad se llamó el reino del Ponto. Tal era la situacion del Asia menor, cuando Andrónico III que habia sucedido á su abuelo Andrónico II en el trono de Constantinopla, y que era jóven, intrépido y dotado de virtudes militares y civiles, se propuso arrojar á los turcos de

la Bitinia, y pasó el Bósforo con un ejército. Orcan se retiró, apenas le vió aproximarse, á la cordillera del monte Olimpo. Los griegos no pudieron perseguirle en ella, se volvieron á Europa, y Orcan sitió al año siguiente (1328) la fuerte y antigua ciudad de Nicomedia. Hízose la paz entre él y Andrónico, y trasladó la silla de su imperio á Bursa. En 1329 se apoderó de Nicea y Nicomedia, y asi cayó en su poder toda la Bitinia hasta el Bósforo.

El intervalo de paz con los griegos lo aprovechó Orcan en despojar ó hacer tributarios suyos á algunos príncipes turcos independientes que eran dueños de varios territorios de Misia, Frigia y Galacia. En 1341 volvió á encenderse la guerra con el imperio, y una escuadra otomana de 36 bajeles, la primera de que habla la historia, fue derrotada por los griegos. En la guerra civil que estalló entre Juan Cantacuceno, regente del imperio por muerte de Andrónico III en la menor edad de Juan Paleologo, y los ministros de éste, Orcan, y Amir, sultan de Jonia, favorecieron con sus armas al regente, y contribuyeron á su elevacion al trono en 1347. Cantacuceno agradecido le dió en matrimonio su hija Teodora, y asentó paces con él. Pero en las desavenencias que ocurrieron entre el emperador y los genoveses en 1354, el sultan, atento siempre á dividir á los cristianos para triunfar con mas facilidad, dió socorro á entrambas partes; y los turcos au-

xiliares de Cantacuceno tomaron algunas ciudades de Tracia, entre ellas á Galípoli, y de este modo dieron principio á su dominacion en Europa.

Conquista de Galacia por los otomanos. (1351.) Soliman, hijo mayor de Orcan, invadió con poderoso ejército á Galacia, ocupada á la sazon por los mogoles, tomó á Ancira, capital de esta provincia, llamada Anguri por los turcos, y á Cratea, plaza fuerte. Despues pasó á Europa, recobró á Galípoli, que habia caido en poder de los griegos, despues de un sitio ostinado, y murió en 1359 de la caida de un caballo, cuando tenia sitiada la fortaleza de Chiurli. El mismo año murió Orcan, su padre. Habia añadido á los estados otomanos las provincias de Misia y Galacia y el Quersoneso de Tracia. Fue temible en la guerra, y en la paz clemente, limosnero y amigo de las letras.

Amurates I. (1359.) Hijo de Orcan, y digno sucesor suyo, honró el primer año de su reinado con la toma de Andrinópoli, plaza de que se apoderó su visir al primer asalto, y donde se estableció por entonces la silla del imperio turco en Europa. A esta conquista siguió en breve la de todas las plazas de Romania. Era entonces emperador de oriente el débil Juan Paleogo que vió reducido el imperio de Constantino al territorio de la capital.

Creacion de los genízaros. (1362.) Amurates fue el fundador de la terrible milicia

de los genízaros, formada de jóvenes e vos cristianos, educados en el islamismo teniendo ningunos vínculos sociales que los ligasen, sino el de la adhesion al sultan que les abria la carrera de la gloria y de las riquezas, fueron las columnas del trono que los sostenia á ellos recíprocamente: aumentaron la rapidez de las conquistas y el territorio del imperio otomano, y el espíritu y las armas de este cuerpo conservaron ilesa la unidad del poder, é impidieron las desmembraciones que tan funestas habian sido á la monarquía de los califas. El mismo efecto, aunque en menor escala, produjeron los mamelucos en Egipto. Los genízaros fueron el terror de Asia, Europa y Africa, y algunas veces de los mismos sultanes por el inconveniente de todo poder. Creado para la conservacion de la sociedad, es imposible evitar que tal vez se abuse de él en favor de algunos intereses particulares.

Vasallage de los emires del Asia menor. (1381.) Amurates casó á su hijo Bayaceto con la hija de Guermian Ogli, príncipe ó emir de la grande Frigia, y recibió en dote tres de las principales plazas de aquel estado. Al mismo tiempo obligó con promesas y amenazas á Hamid Ogli, emir de Panfilia, á que se reconociese vasallo suyo; y muchos de los otros emires siguieron este ejemplo, sin duda por temor de incitar contra sí las armas de un príncipe tan poderoso.

Compuestas las cosas del Asia, pasó á Eu-

ropa, donde continuó estendiendo los límites del imperio. Tomó á Cavala, plaza fuerte de Macedonia, se apoderó de toda esta provincia y de la Albania, é hizo incursiones en el Peloponeso. El kralo de Servia y los gefes de los válacos y dálmatas, temiendo los rápidos progresos del poder otomano, formaron una liga contra él, reunieron sus ejércitos y le dieron en Casovia una batalla en que logró la victoria; pero fue muerto á manos de un servio que yacia herido en el campo donde se dió el combate, mientras Amurates lo recorria con el orgullo de un vencedor.

Bayaceto I. (1389.) Bayaceto I, á quien los turcos dieron el sobrenombre de Ilderic ó *rayo*, por su actividad en la guerra y por el ímpetu irresistible de su valor, hallándose al frente del ejército vencedor despues de la muerte de su padre Amurates, fue proclamado sultan. Jacub, su hermano mayor, quiso sublevar el ejército en favor suyo. Bayaceto se anticipó mandándole ahogar con la cuerda de un arco, género de suplicio el mas honroso entre los turcos, que tienen por grande ignominia ser descabezados.

Al año siguiente pasó á Natolia, conquistó la Caria, despojó á su suegro de los estados que le quedaban, y hubiera atacado al emir de Caramania, á no llamarle á Europa la rota que dieron los moldavos á su lugarteniente Soliman bajá en las orillas del Pruth. Atraviesa rápidamente la Bulgaria, echa un

puente sobre el Danubio, y vence á Estévan, príncipe de los moldavos, junto á la aldea de Rasboc. Estévan se refugió á la plaza de Nemo, donde habia dejado á su madre y una fuerte guarnicion. La heroina se presenta en las murallas, rehusa á su hijo la entrada en la ciudad, y le dice: «Vuelve á reparar tu derrota. Mejor quiero que mueras con honor, que la ignominia de que debas la vida á una muger.» Estévan se aleja despechado: reune hasta 12.000 moldavos que habian escapado de la batalla, cae sobre los turcos esparcidos por los campos y entretenidos en la tala y los saqueos, los rompe y ahuyenta fácilmente, llega hasta Vasluy, gana una victoria completa, se apodera de la tienda del sultan, y obliga á huir á Andrinópoli con muy pocos de los suyos al que era entonces el espanto de Europa y Asia. El emir de Caramania, creyendo oportuna esta ocasion para destruir la superioridad de los príncipes otomanos y sucederles en el poder, movió sus armas contra los estados de Bayaceto, y puso sitio á Kutaya, ciudad de Frigia, llamada antiguamente Cotiala. Bayaceto, mas irritado que abatido por su última derrota, reune otro ejército con su actividad ordinaria, y cae sobre Caraman, antes que éste tuviese noticia de su marcha: le vence y hace prisionero, le manda cortar la cabeza y somete toda la Caramania.

Conquista de la Natolia oriental y victoria de Nicópolis. (1396.) En Europa conquis-

tó Bayaceto á Nicópolis y Silistria, y en Asia despojó de sus estados al sultan ó emir de Amasia y Sivas, y fijó en el Eufrates los límites de su imperio. Entretanto se formaba en Europa contra él una gran tempestad. Segismundo, rey de Hungría, viendo ya los otomanos dueños de las provincias septentrionales del imperio griego y amenazando el centro de su reino, imploró el auxilio de la Francia y del sumo pontífice. Levantóse en Francia una nueva cruzada contra los turcos, y se incorporaron con el ejército húngaro gran número de caballeros franceses, mandados por el mariscal de Boucicaut, uno de los primeros capitanes de su siglo. Bayaceto pasa á Europa, y de poder á poder se dió la batalla en las llanuras de Nicópolis. La victoria fue del sultan, y las fuerzas cristianas de oriente quedaron quebrantadas por muchos años. En la historia del imperio griego se describió muy á la larga esta batalla, como tambien sus consecuencias, que fueron una nueva derrota del rey de Hungría que le obligó á volverse á sus estados, la necesidad en que se vió Manuel Paleologo, emperador de Constantinopla, de pagar un tributo para conservar su capital, la vuelta de Boucicaut al oriente, y las hazañas con que detuvo por algun tiempo los progresos de los otomanos.

Invasion de Timurbek en Natolia y batalla de Ancira. (1402.) Con igual estension se refirió en la citada historia la terrible catas-

trofe de Bayaceto, que amenazó á principios del siglo XV la total ruina del imperio otomano. El célebre Timur bek ó Tamerlan, pequeño régulo ó emir en sus principios, y despues conquistador de la Bucaria ó Jagatay, Persia, India, Siria y Kipzak, renovaba entonces en el Asia la gloria y el terror que habian esparcido en ella dos siglos antes las conquistas y devastaciones de Gengis kan y sus descendientes. El pretesto de la guerra entre él y Bayaceto fue la posesion de la Armenia: su verdadera causa, la sed de dominacion que atormentaba á los dos conquistadores. Timur penetró en Natolia en 1401 con sus terribles y selváticas falanges, y se apoderó de Sivas, que es la Sebaste de los antiguos. Despues de inútiles negociaciones, Bayaceto le salió al encuentro con todas sus fuerzas, y fue vencido y preso en la batalla de Ancira con gran mortandad de los suyos. Timur ocupó y saqueó toda el Asia menor. Bayaceto murió de pesar. Su vencedor, que meditaba entonces la conquista de la China, volvió con su ejército á Samarcanda su capital, y murió en Otrar cuando ya estaba en marcha para aquella grande espedicion.

La invasion de Timur bek en Natolia pasó como una avenida. Su imperio se desmembró despues de su fallecimiento, y la gloria y poder funesto que habia adquirido, se sepultó en su tumba. Las guerras civiles que se movieron entre sus sucesores, impidieron que pudiesen conservar bajo su dominio el

Asia menor; y el imperio otomano, entero en Europa, aunque quebrantado en Asia, no tardó en levantarse de entre sus ruinas. Sin embargo, el emperador Manuel, que era hábil y valiente, se valió de la ocasion que le presentaba el abatimiento de los otomanos, para recobrar algunas ciudades de Europa y Asia, y tomar algun ascendiente sobre los sucesores de Bayaceto.

Soliman I. (1403.) Bayaceto tenia cuatro hijos, Mustafá, Soliman, Musa y Mahomet. Mustafá, que era el mayor, murió en la batalla de Ancira, y debió suceder á su padre, y en efecto sucedió en el mando Soliman, su hijo segundo; pero ni á este ni á Musa, hijo tercero de Bayaceto, que disputó la corona á Soliman, dan los historiadores turcos el título de sultanes, acaso por no envilecerlo en príncipes débiles y de corto poder. Asi es que llaman *interregno* al tiempo que reinaron estos dos hermanos.

Soliman, despues de la batalla de Ancira, huyó á Nicea con Alí bajá, gran visir de su padre Bayaceto, y de allí á Andrinópoli, donde fue proclamado sultan por todas las tropas de Europa, y reconocido y favorecido por Manuel, mediante la cesion de algunas plazas. Entretanto Timur, necesitando de todas sus fuerzas para la conquista de la China, y deseando conservar la Natolia bajo su dependencia, trató de debilitarla, primero saqueándola y despues dividiéndola del modo siguiente. Proclamó sultan de los oto-

manos á Musa, para oponerle á su hermano Soliman: mas no le dejó mas estados que la Bitinia, Misia, Paflagonia y Frigia, repartiendo el resto del Asia menor entre los sucesores de los emires despojados por Amurates y Bayaceto. Vendió á Musa estas disposiciones de su política como un beneficio generoso, diciéndole: «Recibe la herencia de tu padre: un alma verdaderamente real sabe conquistar reinos y darlos. Esta es la única gloria á que aspiro.»

Apenas partió Tamerlan á Samarcanda, empezó la guerra, no solo entre los dos hijos de Bayaceto, sino tambien entre los emires y sus vasallos. Soliman pasó al Asia, venció á Musa, y le obligó á refugiarse en Europa entre los válacos, donde juntó un cuerpo de ejército y se apoderó de Andrinópoli. Soliman habia añadido á los estados otomanos la Jonia, que le entregó Chuneid beg, gobernador de Esmirna, que habia quitado aquella provincia al emir puesto en ella por Tamerlan. Sabiendo que su hermano Musa era dueño de Andrinópoli, volvió á Europa: ni su hermano le esperó, ni él le persiguió; antes bien se entregó á la embriaguez y los placeres. Musa se aprovecha de su descuido, se presenta de improviso en Andrinópoli, y Soliman fugitivo es perseguido y muerto en una aldea donde le sorprendiéron bañándose los soldados de su hermano.

Musa. (1406.) Muerto Soliman, fue reconocido Musa por los otomanos de Europa.

Mahomet, último hijo de Bayaceto, no habia tenido parte alguna en la division que Tamerlan hizo de Natolia; pero despues de la partida del conquistador, y durante la guerra civil entre Musa y Soliman, valido de un capitan llamado Temirte, que habia servido á su padre, y que le era afecto, atacó al emir de Galacia, se apoderó de esta provincia, y fijó su residencia en la ciudad de Amasia. En ella se conservó durante el reinado de Soliman, que era hermano suyo de padre y madre. Resuelto á vengar su muerte y á sucederle, reune todas sus fuerzas, marcha á Bursa y es proclamado emperador; pero antes de emprender la guerra contra su hermano, creyó que debia asentar las cosas del Asia. Persiguió, pues, con actividad y ostinacion á los tártaros que habia en Natolia, á los bandidos que desolaban la provincia, restos de la guerra estrangera y civil, y á los débiles príncipes á quienes Timur habia repartido el Asia menor. En una campaña la sosegó enteramente con mucha gloria suya, y se preparó á disputar la corona con su hermano.

Musa abominaba esta guerra civil, y propuso á Mahomet que se contentase con el Asia y le dejase en Europa haciendo la guerra á los cristianos. Para probarle que su propuesta era sincera, invadió la Morea en 1411. Tomó algunas plazas, revolvió contra Segismundo, rey de Hungria, y le dió una terrible rota junto á Semendria, plaza situada so-

bre el Danubio. A pesar de la gloria adquirida en estas espediciones, Mahomet le atacó: pasó el Helesponto por Galípoli: Muluk y Ormuf-beg, generales de Musa, que debian disputarle el paso, fueron traidores y se lo dejaron franco. Musa vencido huyó; pero Mahomet volvió á Natolia porque lo adelantado de la estacion impedia hacer mayores progresos.

Musa, auxiliado por el príncipe de Servia su amigo, volvió á recobrar sus estados, y hubo á las manos en Andrinópoli á los dos generales traidores. Perdonólos con una clemencia rara entre los turcos; pero su escarmiento hizo mas rara esta virtud en lo sucesivo. Este príncipe infeliz, digno de mejor suerte, acometido segunda vez por su hermano; vendido segunda vez por los mismos traidores que salieron á recibir á Mahomet, cuando se acercó á Andrinópoli; vencido en un combate que la desesperacion le movió á dar con la poca gente que le quedaba contra un ejército numeroso, fue preso en la fuga y traido á la presencia de su hermano que le mandó matar.

Mahomet I. (1413.) Mahomet I, á su advenimiento al trono, se vió dueño de la monarquia otomana, tal como la habia poseido Bayaceto. El emir de Caramania, cuya casa era enemiga eterna de la de Otman, invadió la Bitinia y sitió á Bursa. Mahomet pasó á Natolia, y el emir se le presentó, se echó á sus pies, le pidió perdon y lo obtuvo. Pero

al año siguiente volvió á hacer sus acostumbradas correrias. Mahomet le hizo prisionero, y le dijo: «Tu corazon, naturalmente pérfido, te ha movido á faltar á tu palabra. El mio tiene afectos de magnanimidad, propios de un rey; y seria manchar mi gloria castigar á un infame como tú.» Dicho esto, le devolvió sus estados; pero tomando la precaucion de poner guarnicion otomana en todas las plazas fuertes que pertenecian al emir y á sus confederados.

Mahomet no era menos agradecido que clemente. Durante la guerra civil con su hermano Musa habia recibido socorros del emperador Manuel y de los príncipes griegos de Morea y Acaya. Apenas subió al trono, hizo entregar al primero las plazas que le habia prometido en pago de sus auxilios y alianzas, y envió palabra de paz y amistad á todos los señores cristianos de Grecia. Despues volvió sus armas contra Chuneid beg, gobernador de Efeso y de Jonia desde el reinado de Soliman: tomó la plaza y destruyó sus fortificaciones. En Esmirna habia un fuerte fuera de la ciudad construido por el gran maestre de san Juan, y que era posesion de la órden. El sultan mandó que se demoliese, porque servia de asilo á los esclavos griegos que huian de sus amos; y para no desmentir el espiritu de moderacion que dirigia todas sus operaciones, permitió al gran maestre construir otro mas cercano á Rodas en las fronteras de Caria y Licia.

Batalla naval de Galípoli contra los venecianos. (1419.) La escuadra turca á las órdenes del almirante Giali beg atacó las Cicladas. La causa ó pretesto de esta guerra fue que el duque de Náxos, aliado de los venecianos, no habia venido á Esmirna á saludar al sultan y ofrecerle sus servicios cuando estuvo en aquella ciudad, como los de Lesbos, Quio y Focéa. Los turcos talaron las islas de Andros, Páros y Milos; pero apenas estaban de vuelta en Galípoli, se presentó en el estrecho una escuadra veneciana: la turca salió á su encuentro, y fue completamente destrozada. El almirante otomano y toda la tripulacion de su capitana perecieron á la vista de sus familias, que miraban el triste espectáculo desde las murallas de Galipoli. Los venecianos se llevaron á Ténedos 27 galeras turcas que habian apresado, y dieron muerte á los que componian las tripulaciones, sin distincion de infieles ni cristianos. Débil recompensa de esta pérdida fue la sumision de los válacos, obligados á pagar un tributo annal por haber los turcos tomado y fortificado la plaza de Giurgevo, que dominaba el pais. Mahomet murió tres años despues, nombrando por sucesor á su hijo Amurates, que era entonces gobernador de Amasia; y temiendo que su heredero diese muerte á otros dos hijos que le quedaban, los puso bajo la tutela del emperador Manuel.

Amurates II. (1421.) Este fue el mas grande de los monarcas otomanos, y el que

consolidó el poder de su familia. Empleó los primeros años de su reinado en sosegar las rebeliones de sus dos hermanos, que favorecidos por la corte de Constantinopla, movieron dos alborotos peligrosos, uno en Europa y otro en Asia. Vencidos por la actividad y valor de Amurates, y muertos ó subyugados los emires de Nátolia, cómplices de las dos conjuraciones, movió sus armas en 1428 contra los griegos y venecianos. Reinaba entonces en Constantinopla Juan Paleologo, hijo de Manuel. En 1429 recobró á Tesalónica, que se habia cedido al imperio durante la guerra civil de los hijos de Bayaceto. En 1434 sometió á Demetrio, hermano del emperador de Constantinopla, y déspota de Morea. El mismo año empezó la guerra entre turcos y húngaros, mandados por el célebre Juan Huníades. Amurates se apoderó de Servia, y penetró en Hungría. Rechazado por Huníades, y vencido despues en Sofía en 1438, restituyó la Servia al kralo, y se mostró dispuesto á hacer la paz con los húngaros.

Batalla de Varna. (1444.) Amurates, firmada la paz con los húngaros, renunció la corona en su hijo Mahomet II, y se retiró á descansar á la ciudad de Magnesia. Pero los turcos, aterrados del numeroso ejército con que Ladislao, rey de Hungría, violando repentinamente la paz, venia contra ellos, suplicaron á Amurates que volviese á tomar el mando del imperio y del ejército. Amurates

sale de su retiro, pasa á Europa, se pone al frente de las tropas, y vence y mata al infeliz Ladislao en la sangrienta batalla de Varna: catástrofe que se describió en la historia del imperio de oriente con la debida puntualidad. Aquel terrible combate dejó á los húngaros quebrantados para muchos años, y entregó á los griegos, sin esperanzas de socorro, en poder de los turcos. A la verdad Escanderbec en Albania, y Constantino Drageses, hermano del emperador, en Morea, ocuparon las fuerzas otomanas, y consiguieron algunas victorias, capaces de inmortalizar su valor, mas no de salvar al imperio ni á ellos.

Al emperador Juan sucedió en 1449 su hermano Constantino, príncipe hábil, generoso y valiente; pero era el único hombre de sus estados que poseia estas cualidades. Lo que entonces se llamaba el imperio, era la ciudad y arrabales de Constantinopla. El emperador poseia algunas plazas en Tesalia, Acaya y Morea; pero entre ellas y la capital estaban las provincias turcas de Tracia, Macedonia y Tesalia. Constantinopla debia ser de los turcos en el momento que estos se hallasen desocupados de otras guerras. El año anterior á la muerte de Juan Paleologo ilustró Amurates con una nueva victoria contra los servios y húngaros los campos de Casovia, célebres ya por el triunfo y la muerte de su bisabuelo Amurates I.

Mahomet II el vencedor. (1451.) Mahomet II sucedió á su padre, muerto en 1451.

Apenas empuñó el cetro se propuso conquistar á Constantinopla, y por esta razon hizo la paz con el emir de Caramania, que habia hecho algunas irrupciones en los estados otomanos, mantuvo la que Amurates su padre habia asentado con los húngaros y servios despues de la batalla de Casovia, y reunió todas sus fuerzas para atacar la capital del imperio griego. En el último capítulo de la historia de este imperio se refirieron con mucha estension los insultos y provocaciones de Mahomet al emperador Constantino: la construccion de un castillo otomano en la ribera del Bósforo para impedir que entrase socorro á la plaza por el mar, los inmensos preparativos militares del sultan, el sitio de Constantinopla, la gloriosa defensa del emperador, la portentosa traslacion de la escuadra turca desde el Bósforo al puerto de Constantinopla; en fin, el asalto general dado á la plaza, la victoria de los turcos, la muerte de Constantino defendiendo la brecha, las crueldades de las tropas vencedoras y la caida del imperio griego. Mahomet, al entrar en la mansion de los emperadores compuso y recitó en lengua persiana un dístico, cuyo sentido era: «La araña hila su tejido en el palacio de los reyes, y la lechuza entona su canto nocturno en las torres de Afrasiab:» imagen sumamente verdadera de la ruina del imperio de oriente. Constantinopla fue tomada por Mahomet el año de 1453, tercero de su reinado.

Seccion Segunda.

Continuacion del reinado de Mahomet segundo. Bayaceto segundo. Selim primero. Soliman segundo. Selim segundo.

Constantinopla, silla del imperio otomano. Sumision de la Servia. Sitio de Belgrado. Invasion de Morea: toma de Corinto. Conquista del imperio de Trebisonda. Conquista de Lesbos, Valaquia y Bosnia. Muerte de Escanderbec, y conquista de Albania. Conquista de Negroponto. Sitio de Scútari, y defensa de Loredano. Toma de Croya. Paz con los venecianos. Primer sitio de Rodas. Bayaceto II. Sublevacion de Jenos. Conquista de Cilicia. Invasion de Circasia y Armenia. Guerra con los venecianos. Paz con Venecia. Fundacion de la dinastía de los Sofis en Persia. Sublevacion de Selim. Selim I el feroz. Rebelion y muerte de Coraid. Guerra de Persia: batalla de Calderan: conquista de Tauris. Conquista de Mesopotamia. Batalla de Buri Faik,

y conquista de Siria. Batalla de Jekeli Maktab, y sumision del Egipto. Soliman II el legislador. Conquista de Rodas. Batalla de Mohatz. Primer sitio de Viena. Segunda invasion de Soliman en el Austria. Conquistas de Aradin Barbaroja en Africa. Conquista de Tunez por Cárlos V. Guerra contra los venecianos. Espedicion de los turcos á India. La Hungria declarada provincia del imperio turco. Alianza de Francia con la Puerta. Guerra con los persas. Ruina de la ciudad de Africa. Paz con Persia. Sitio de Malta por los turcos. Selim II el ebrio. Paz con el imperio. Espedicion de Chipre. Toma de Famagorta y de Tunez: batalla de Lepanto. Reconquista de Tunez por los españoles. Guerra de Moldavia. Conquista de Tunez por los turcos.

CONSTANTINOPLA, *silla del imperio otomano.* (1453.) Mientras los turcos no fueron dueños de Constantinopla, su vasto imperio, estendido desde el Adriático hasta el Eufrates, y desde el Danubio hasta el Mediterráneo, se hallaba interrumpido por tres mares, y sin mas comunicacion que la del Helesponto por Galipoli. Despues del peligro de muerte en que le puso la invasion de Tamerlan, corrió el de desmembrarse en dos partes, europea y asiática, en las guerras civiles que se hicieron los hijos de Baya-

ceto. La actividad y valor de Amurates II unió los intereses de las provincias de una y otra parte del estrecho; pero todavía formaban un cuerpo interrumpido y no compacto. La toma de Constantinopla, cuya posicion domina tres golfos y dos partes del mundo, dándole una capital á la monarquía otomana, le dió al mismo tiempo la fuerza que resulta de la unidad. Aquella soberbia metrópoli, mas importante ella sola en comercio, riquezas é industria que todas las provincias que habian conquistado los turcos, fue desde Mahomet II la corte y residencia de los sucesores de Otman. Desde ella estendieron fácilmente sus conquistas por Europa y Asia.

Sumision de los servios. (1454.) La primera empresa de Mahomet, despues de tomada Constantinopla, fue la conquista de Servia, en la cual entró con poderoso ejército; mas no halló enemigo con quien pelear, porque el príncipe de los servios se retiró á Hungría. Bien quisiera seguirle el sultan y penetrar en aquel reino; mas no pudo apoderarse de Sendrow, castillo que defendia el paso del Danubio, y vengó su ira en la plaza de Novobarda, bombardeándola con morteros (de los cuales se dice que fue inventor este sultan), y llevándose cautivos á todos los habitantes para poblar con ellos los arrabales de Constantinopla. El príncipe de Servia hizo la paz con Mahomet, mediante un tributo de 40.000 ducados.

No fue tan feliz la campaña marítima que el año siguiente hizo el almirante otomano Hanza contra los caballeros de Rodas, que se negaron á pagar tributo al sultan. Rechazado de Lesbos, Quio y Rodas, obligado á levantar el sitio de Raquéa, ciudad de la isla de Cos, perteneciente al órden de san Juan, fue depuesto á su vuelta á Constantinopla, y se le dió por sucesor á un jóven llamado Genuza, que tomó á Focea en el Asia menor, y á Enos en la costa de Tracia, posesiones á la sazon de dos príncipes griegos.

Sitio de Belgrado. (1456.) Mahomet no renunciaba á su proyecto de conquistar á Hungría, y se puso sobre Belgrado con su ejército. Los principios del sitio fueron tan felices, que en poco tiempo derribó una gran parte de las murallas, y dominó el curso del Danubio con 60 bajeles. Un cuerpo otomano penetró en la plaza, y saqueó uno de sus cuarteles; pero en el mismo momento llegó Huniades con un refuerzo, acometió vigorosamente y los ahuyentó con gran mortandad. No contento de haber salvado aquel antemural del reino, hizo una salida, y se apoderó de la artillería de los sitiadores, y quemó su escuadra. En este combate recibió Mahomet una herida en el muslo, y se vió obligado á levantar el sitio. Esta fue la última hazaña del célebre capitan húngaro Juan Huniades. Poco despues murió ó de peste, como dicen unos, ó de las heridas que recibió en la accion de Belgrado, como quieren otros.

Al mismo tiempo enviaba el sultan una escuadra que taló la Cólquide, perteneciente á los emperadores de Trebisonda, de cuyos estados queria hacerse dueño, y otra contra Lesbos, cuyo príncipe Domingo Gartilucio le tenia irritado por el gran número de buques cristianos de guerra de las naciones occidentales que arribaban á su puerto y hacian grandes presas en los bajeles otomanos de comercio. El almirante turco Ismael dió asalto á la capital de la isla; pero fue rechazado con gran pérdida de su gente.

Invasion de Morea: toma de Corinto. (1459.) La Morea estaba en una horrible confusion. Los príncipes Demetrio y Tomas, hermanos del último Constantino, poseian este pais con el título de déspotas, y se hacian frecuentemente la guerra uno á otro, aunque ambos eran tributarios del sultan: tal era el espíritu de division de los griegos. A estos motivos de anarquía se añade otro aun mas poderoso. Ya se ha referido en la historia del imperio de oriente la invasion que hicieron los esclavones en el siglo IX, y cómo ocuparon parte de Iliria y Albania, y pasaron de allí á Livadia y al Peloponeso. En este pais se les dió el nombre de albaneses, sin duda por la última provincia de donde salieron para ocupar la Morea. Eran cristianos como los griegos, y habiendo adquirido tierras, se sometieron á los emperadores de oriente: mas no habitaban las ciudades; al contrario, gustaban de recorrer los campos,

en los cuales vivian del pastoreo y del latrocinio. De estos esclavones de Grecia compusieron su guardia los califas Omeyas de Córdoba á los fines de su dinastía, y muchos de ellos lograron altos destinos en la milicia y en el gobierno civil.

Cuando Constantinopla cayó en poder de los turcos, los esclavones ó albaneses de Morea, feroces y valientes como todas las naciones del mismo orígen, se sublevaron contra la dominacion de los turcos, inspiraron á muchos griegos su espíritu de independencia, y ocuparon varias plazas pertenecientes á los déspotas. Estos, medrosos por una parte del poder del sultan, y por otra de la turbulencia del pueblo, ya se mostraban sumisos á Mahomet, ya peleaban contra sus lugartenientes, sin dejar por eso de lidiar entre sí y con los esclavones. Mahomet creyó ventajosa para sus miras esta anarquía. Entró con poderoso ejército en la Morea, se apoderó de Corinto despues de un breve sitio, penetró en el pais, batió las tropas griegas junto á Megalópolis, y fue conquistando sucesivamente las demas plazas de la península. El príncipe Tomas se refugió en Italia: Demetrio, que se sometió, perdió á la verdad sus estados de Morea; mas se le dió en resarcimiento la ciudad de Enos en Tracia, y la renta de las salinas adyacentes. Mahomet, al pasar por Atenas de vuelta de esta espedicion, se la quitó al duque reinante, y le dió en cambio la ciudad de Tebas, que

despues le quitó tambien con el pretesto verdadero ó falso de que intentaba sublevarse. De este modo cayó en poder de los otomanos el territorio continental de la antigua Grecia, escepto algunas plazas marítimas que pertenecian á la república de Venecia.

Conquista del imperio de Trebisonda. (1461.) Despues de la muerte de Timur bek se desmembró su imperio en otros varios, y cada uno de ellos en varios reinos pequeños. De estos régulos el que mas notable era entonces en el oriente por su valor y sus conquistas, era Ussum Casan, sultan de Armenia, émulo de Mahomet, y que miraba con ojos ambiciosos el Asia menor. Para facilitar la conquista de este pais entabló negociaciones de alianza con Kizili Amed, emir de Sínope, descendiente de uno de los capitanes de la Heptarquia, y con David Comneno, emperador de Trebisonda. Apenas supo Mahomet estos movimientos, cuando dejando para otro tiempo la invasion de Hungría que habia comenzado con la toma de Semendria, pasa á Natolia con la rapidez del rayo, pone sitio á Sínope por mar y tierra, se apodera de esta plaza, de Castamone y de todo el emirato, que se estendia hasta los confines del imperio de Trebisonda. Al emir se le dió en resarcimiento la ciudad de Filipópoli, situada en la Romanía. Despues de conquistada Sínope penetró Mahomet en Armenia, resuelto á hacer la guerra á Ussum Casan; pero la madre de este sultan le salió al

encuentro, y le representó cuan mal visto seria volver contra sus hermanos de religion las armas que solo debian herir á los enemigos del mahometismo. El otomano accedió á la paz, con tal que el armenio se abstuviese de hacer entradas en sus tierras, y no diese socorros al emperador de Trebisonda, á quien pensaba destronar.

Entregado aquel miserable resto del antiguo imperio de Constantino á todas las fuerzas de Mahomet, no hizo resistencia alguna. El sultan atravesó con su ejército una parte de la Armenia, pasó el Fásis, conquistó la Cólquide, y puso sitio á Trebisonda. David entregó esta ciudad á condicion que se le diese un equivalente. Mahomet, cruel y perjuro, se apoderó del imperio, llevó á David y á toda su familia á Constantinopla, y les dió la muerte en vez del resarcimiento prometido.

Conquista de Lesbos, Valaquia y Bosnia. (1463.) Determinado Mahomet á acabar con las reliquias últimas de la independencia griega, que se conservaban en las islas del Archipiélago, envió á Lesbos una fuerte escuadra á las órdenes de su visir Mamud. Reinaba en la isla con el título de príncipe Nicolás Gartiluzio, que le habia usurpado á su hermano Domingo. Mamud emprendió el sitio de Mitilene, y lo empezó con tal vigor, que en pocos dias derribó una gran parte de las murallas y muchas torres. Nicolas, que no esperaba socorro alguno, entregó

la plaza á las mismas condiciones que David Comneno á Trebisonda, y tuvo igual suerte. Poco despues de haber llegado á Constantinopla fue descabezado, aunque habia renegado de la religion cristiana para escapar de la muerte.

Mahomet hubiera continuado la conquista del Archipiélago, á no haberle llamado la atencion el príncipe de los válacos, negándole el tributo pactado y el homenage. Llamábase este príncipe ó vaivoda, Ulado: era un mónstruo de crueldad, y la ejercia indistintamente contra cristianos y musulmanes. Mandó empalar á los oficiales que le pidieron el tributo de parte del sultan, y lo mismo hizo con los prisioneros turcos que cayeron en sus manos en una accion que dió á los otomanos en Bulgaria. Mahomet enfurecido entra en Valaquia al frente de 150.000 soldados. Los válacos se habian retirado á las montañas; mas no dejaban de incomodar con asonadas frecuentes y repentinas las tropas del sultan. En uno de estos ataques entró el vaivoda de noche en el campamento de Mahomet, é hizo terrible carnicería, no compensada con la destruccion de uno de sus cuerpos que los turcos alcanzaron cuando se retiraba. Otro cuerpo válaco, destinado á sorprender á uno de los bajaes que sitiaba á Kilia, fue vencido con pérdida de 2.000 hombres. Este reves imposibilitó á Ulado mantenerse en la campaña. Mahomet, temiendo la permanencia de su ejército en un pais de-

vastado, dió la vaivodía á Drácula, hermano de Ulado, bien quisto por su dulzura, asi como su hermano era odioso por su ferocidad. Auxiliado por un cuerpo de tropas otomanas que le dejó el sultan, se sostuvo en Valaquia. Ulado, abandonado de los suyos, se refugió á Hungría, donde el rey Matías Huniades le mandó formar causa por las crueldades y asesinatos que habia cometido: fue condenado á prision, estuvo en ella diez años, y puesto en libertad pereció combatiendo con los turcos. A este mónstruo dieron los válacos el sobrenombre de Capaluch, ó *constructor de estacas*, porque hizo empalar 6.000 hombres con frívolos pretestos.

Mahomet marchó despues contra los bosniacos (llamados ilirios por los historiadores griegos), cuyo príncipe rehusaba pagarle el tributo de 50.000 ducados que le debia. En ninguna parte halló resistencia. Tomó las plazas fuertes de Dorobize y Clisa, construyó otras en las montañas para asegurar la provincia contra los húngaros, hubo á las manos al desgraciado príncipe, y le mandó descabezar.

Muerte de Escanderbec y conquista de Albania. (1466.) Escanderbec, que tan cruda guerra habia hecho á los turcos en el reinado de Amurates, la continuó denodadamente contra su hijo Mahomet, antes y despues de la toma de Constantinopla. En 1750 venció al pie del monte Modrisa á Hamza, general otomano, que perdió en la batalla

7.000 turcos. Al año siguiente derrotó junto á Pologo un cuerpo de caballería, dando muerte á su general Dobréas, y á mas de 4.000 enemigos. Sitió despues á Belgrado, ciudad de Albania, y la puso en el último estrecho; mas no pudo tomarla por haber llegado á socorrerla Sebeli bajá con un ejército de 40.000 hombres, y haber quedado indecisa una batalla que empeñó, á pesar de la inferioridad del número. Destrozó un cuerpo turco de 15.000 hombres con que venia á acometerle Moisés, uno de sus capitanes que se habia pasado al sultan. El mismo año de la toma de Constantinopla ilustró la célebre llanura de Farsalia, derrotando en ella un ejército de 50.000 turcos, mandados por Isaac bajá, que traia órden de Mahomet de colocar en el trono de Albania á Amesa, sobrino de Escanderbec, y desertor de su tio: en esta batalla perecieron 20.000 turcos. Desde el año de 1456 hasta 1460 esterminó cuatro ejércitos turcos. El sultan, que necesitaba de todas sus fuerzas para la espedicion de Asia contra Sinope y Trebisonda, hizo treguas con el albanés en 1461.

Entretanto los venecianos, poseedores de algunas plazas fuertes de Morea y Livadia, sublevaron á los griegos del Peloponeso, tomaron á Argos, y se prepararon á fortificar el istmo de Corinto, tanto para impedir que se escapasen las guarniciones turcas de Morea, como para evitar la entrada de tropas otomanas en aquella península. Al

mismo tiempo concitaron á la guerra á Matías Huniades, rey de Hungría, y tan temible como su padre á los infieles; á Escanderbec; á Fernando, rey de Nápoles, hijo de Alfonso el magnánimo, rey de Aragon; y á Ussum Casan, que entonces habia agregado á sus dominios una gran parte de la Persia; y en fin, á Estévan el grande, príncipe ó vaivoda de Moldavia, célebre por su valor y pericia. Esta gran tempestad descargó sobre el imperio otomano; mas le halló sobradamente poderoso y unido para abrumarle; y Mahomet era demasiado activo para no conjurarla con prontitud. Mamud bajá penetró en Morea, y volvió á someterla en 1463. Los venecianos, á favor de su escuadra, ocuparon á Lemnos, á Atenas y otras plazas marítimas del Archipiélago y mar de Jonia; mas fueron derrotados dos veces delante de Pátras, fortaleza importante, cuya conquista deseaban con mucho anhelo: Matías Huniades se apoderó de Servia y Bosnia. Escanderbec volvió á tomar las armas, é hizo levantar al enemigo por tres veces el sitio de Croya, capital de sus estados.

Enmedio de la guerra, que ardia en la parte europea del imperio turco, la muerte de Ibrahim beg, príncipe de Caramania, y eterno enemigo del nombre otomano, proporcionó á Mahomet la ocasion de apoderarse de sus estados, y no la desaprovechó. Isaac, hijo y sucesor de Ibrahim, echó de sus estados á cinco hermanos que tenia. Re-

fugiáronse á Constantinopla. El sultan nombró emir de Caramania á Amed, el mayor de ellos, y le dió un ejército, con el cual arrojó á Isaac de sus estados, y los poseyó bajo la soberanía de Mahomet. Esto sucedió en 1464. Dos años despues le depuso el sultan, y dió el gobierno de Caramania á su hijo mayor Mustafá.

En fin, Mahomet penetró en Albania con un ejército poderoso, se apoderó de toda la provincia, y puso sitio á Croya. Escanderbec, que se hallaba sin fuerzas, pasó á Liso, ciudad de Albania, perteneciente á los venecianos, para conferenciar acerca de las operaciones militares con los embajadores de las potencias cristianas. Allí murió el 17 de enero de 1466, á la edad de 63 años, aquel héroe, terror de los infieles, y estimado de ellos hasta tal punto, que cuando los turcos tomaron á Liso algunos años despues, desenterraron sus huesos con mucho respeto, y se los llevaron como reliquias engarzados en oro y plata, creyendo que su posesion los haria tan felices en la guerra como lo fue aquel gran capitan. Despues de su muerte quedó la plaza de Croya en poder de los venecianos, que poseian otras muchas en aquel pais, entre ellas á Orico, Durazo, Liso y Escodra.

Conquista de Negroponto. (1470.) Esta isla estaba en poder de los venecianos desde la toma de Constantinopla por los latinos en 1204. Su posicion, importantísima como

punto militar y mercantil, la hacia una conquista muy deseable para Mahomet. Reunió contra ella una escuadra de 108 galeras y 200 buques de trasporte con 70.000 hombres de desembarco. Con estas fuerzas vino á echar el ancla en el estrecho, desembarcó sus tropas, y sitió la capital de la isla. Nicolás Canale, comandante de la escuadra veneciana, estaba en el golfo Sarónico, junto á la isla de Salamina, y le bastaba doblar el promontorio de Sunio para hallarse á la vista del enemigo; pero con el pretesto de esperar refuerzos de Candia, no quiso moverse, y dejó á los turcos atacar la ciudad. Desde el 25 de junio al 12 de julio dieron cinco asaltos furiosos, habiendo perdido en los tres primeros 20.000 hombres y 30 galeras echadas á pique por la artillería de los sitiados. Era fácil acabar con ellos, cortando el puente que une la isla con el Atica. Canale no renunció á su inaccion, y la plaza cayó en poder de los otomanos despues de una heróica resistencia. El castillo capituló dentro de pocos dias, y Mahomet, segun su costumbre, violó la capitulacion.

Los venecianos, no confiando en los socorros de los príncipes de Europa, siempre tardios y escasos en aquella época para las guerras del oriente, hicieron alianza con Ussum Casan, á quien tuvieron que dar artillería, no conocida aun entre los persas. Ussum penetró en la Natolia, donde peleó tres veces con Mahomet: la última batalla fue

favorable á los turcos, y Ussum se retiró á sus estados, de donde no volvió á salir, porque las intrigas del otomano le suscitaron turbulencias interiores, que vinieron á parar en guerra civil.

Sitio de Scútari y defensa de Loredano. (1474.) Libre Mahomet de todo cuidado por la parte del Asia, atacó las plazas que poseian los venecianos en Albania. Antonio Loredano, gobernador de Scútari, sitiado por 60.000 turcos, resistió á un mismo tiempo á la hambre, á la sed y á los asaltos del enemigo. Una derrota que Estévan, príncipe de los moldavos, dió á Soliman bajá, junto al Pruth, obligó á Mahomet á llevar sus fuerzas hácia el Danubio, y á abandonar el sitio de Scútari.

El mismo año conquistó Amed bajá la ciudad de Cafa y la península de Crimea, quitándola á los genoveses, á quienes la habian dado los emperadores griegos de Constantinopla. Mahomet la cedió á Mengeli Gieray, kan de la pequeña Tartaria, á cuyo pobre territorio se habia reducido el vasto imperio de Kipzak, fundado por Batu kan, nieto de Gengis. Los rusos, al principio tributarios de los mogoles, se habian hecho superiores á ellos, y no les habian dejado mas pais que los desiertos que se estienden entre las desembocaduras del Don y del Nieper. Desde esta época fueron los sultanes otomanos protectores y soberanos de los kanes tártaros.

Toma de Croya. (1477.) Mahomet asentó paces con el rey de Hungría: la muerte de Ussum Casan le libertó de guerras en Asia, y se halló en estado de disponer de todas sus fuerzas para arrojar á los venecianos de los puntos que conservaban en el imperio. Pero pronto conoció cuan dificil era lograr su empeño mientras el valiente defensor de Scútari Antonio Loredano mandase las fuerzas de la república en el oriente. Este infatigable guerrero hizo levantar los sitios que los turcos pusieron á Lepanto y Croya en 1476: año que fue notable por la invasion del bajá de Bosnia en el Friul; la cual, aunque los turcos fueron rechazados, dejó en el territorio de la república el gérmen de una peste, cuyos estragos fueron espantosos.

Al año siguiente volvió Mahomet á penetrar en Albania, dispuesto á arrojar de ella á los venecianos. Loredano le disputó el terreno paso á paso. Croya, sitiada por la última vez, sucumbió por falta de bastimentos; y el sultan, á pesar de la capitulacion, pasó á cuchillo todos sus habitantes. Scútari, sitiado de nuevo, sufrió muchos asaltos, entre ellos uno que duró dos dias y una noche; y rechazó al enemigo de sus muros. Los turcos se vengaron cometiendo horribles crueldades en las plazas de Drivasto, Sebenigo y Alesio que cayeron en su poder.

Paz con los venecianos. (1479.) El sultan, convencido de la imposibilidad de un triunfo completo sobre los venecianos, aten-

dida la bella defensa que habian hecho, y sus grandes fuerzas navales, les concedió la paz. La república cedió en ella las islas de Negroponto y Lemnos, el castillo de Ténaro en la Morea, y las plazas de Croya y Scútari en Albania. Impúsoseles ademas un tributo de 10.000 ducados por la libertad de comerciar en los estados del gran señor (asi comenzaba á titularse el emperador de los turcos). Bayaceto II los dispensó tres años despues de este tributo.

Primer sitio de Rodas. (1480.) Las últimas espediciones de Mahomet II fueron el primer sitio de Rodas y un desembarco en Italia. Mesih bajá desembarcó en las islas, y al mismo tiempo que procuraba sobornar al gran maestre Pedro de Aubusson, y pagaba asesinos para envenenarle, echó un puente sobre un pequeño brazo de mar para batir el fuerte de san Nicolás. Gervasio Rogers, caballero inglés, cortó una noche los cables del puente, y lo desbarató: construyóse otro que fue arruinado por el cañon de la plaza. En fin, los turcos, abierta la brecha, y dado el asalto, fueron rechazados por pérdida de mas de 5.000 hombres. El valiente Aubusson recibió cuatro heridas en este ataque. Mesih bajá, desanimado con el mal éxito de su empresa, y con la noticia que corrió de que todas las fuerzas de la cristiandad venian en defensa de Rodas, levantó el sitio.

La espedicion de Italia, aunque de mas efecto al principio, fue tambien inútil defi-

nitivamente. Amed bajá, el conquistador de Crimea, que la mandaba, desembarcó en la Pulla, provincia del reino de Nápoles, y se apoderó de Otranto, que era la llave de Italia por la frontera del mar Jonio; pero la muerte de Mahomet y los disturbios que sobrevinieron en el imperio otomano, no dieron lugar á que la guarnicion turca de esta plaza recibiese socorro. Sitiada por Alonso, duque de Calabria, hijo de Fernando, rey de Nápoles, capituló á los cinco meses de cerco, volviendo libres á Turquía las tropas de la guarnicion.

El 3 de mayo de 1481 falleció en Nicomedia el sultan Mahomet II de un ataque de gota, á los 51 años de edad y 30 de reinado. Su nombre será inmortal entre los turcos por haber dado una capital á su imperio, por no haber descansado un solo dia sin hacer guerra á los enemigos, por haber establecido la unidad del poder, convirtiendo los emiratos independientes del Asia menor en sangiakatos ó gobiernos dependientes del sultan, y dándolos á sus hijos. Cuando murió, Bayaceto era sangiak de Amasia, y su hermano Jem de Iconio.

Mahomet añadió al imperio turco las islas de Lesbos, Lemnos y Negroponto en el Egeo, la de Cefalonia en el Jonio, las provincias de Morea, Albania, Bosnia, Servia, Valaquia, Moldavia y Crimea en Europa, y las del Ponto, Cólquide y Caramania en Asia. El nombre de *sublime puerta* que se dió á su gobierno, y continuó dándose al otomano en

lo sucesivo, no parece una exageracion oriental, sino un hecho demasiado funesto para los cristianos. Los orientales daban el nombre de *Puerta* á la autoridad suprema, por la costumbre antiquísima de administrar justicia, que es la primera atribucion de la soberanía, á las puertas de las ciudades. No sabemos cuando se estableció entre los turcos la máxima, religiosa á un tiempo y política, de que la voluntad *personal* del emperador era un decreto del cielo. Es probable que se fijase en los ánimos bajo el reinado de un sultan victorioso, enérgico y feliz; y ninguno lo fue tanto como Mahomet. Pero, aunque gran capitan y hábil estadista, era indigno de sus predecesores por la crueldad y la perfidia que afeaban sus prendas políticas y militares. Las atrocidades que permitió en Constantinopla, las que ejerció él mismo en las familias imperiales de los Comnenos y Paleologos, y en las ciudades y provincias que conquistaba, á pesar de la fe jurada de las capitulaciones, le deshonrarán eternamente. Su perfidia degeneraba á veces en sofistería. A Paulo Erizo, guerrero veneciano, que defendió tan valerosamente la fortaleza de Negroponto, le prometió en la capitulacion de esta plaza *respetar su cabeza*; y cuando le tuvo en su poder mandó partirle por medio del cuerpo. Ni Otman, ni Orcan, ni los dos Amurates cometieron actos de barbárie tan execrables. Los europeos dieron á Mahomet el título de grande, sin duda por el terror

que les inspiraba. Los turcos le llamaron *Fatih* ó vencedor. Este sobrenombre, que indica simplemente un hecho, nos parece mas justo y merecido que el de *grande*; porque este supone virtudes, y en el corazon de Mahomet no hubo ninguna.

Bayaceto II. (1481.) Bayaceto II sucedió á su padre, habiendo muerto ya Mustafá, su hermano mayor, segun algunos, por sentencia del mismo Mahomet en castigo de haber violado á la esposa de Amet bajá. Bayaceto, que habia prometido hacer la peregrinacion de la Meca, rehusó admitir la corona hasta su vuelta, y la dió interinamente á su hijo mayor Corcud. Cuando volvió de su viage, dudoso si su hijo querria cederle el cetro de que ya era dueño, salió Corcud á recibirle hasta Nicea, le rindió homenage, y mandó á toda su corte que hiciese lo mismo, diciendo: «Este es mi padre y señor, y emperador de los otomanos. Yo no he sido mas que una sombra suya: al presentarse la luz deben desaparecer las sombras.»

Sublevacion de Jem. (1482.) Jem, hermano de Bayaceto, y sangiak de Iconio, llevó muy á mal la piedad filial de Corcud, que escusó á los turcos una guerra civil, porque esperaba en ella dar valor á las pretensiones que afectaba, siendo el hijo mayor que tuvo Mahomet despues que ascendió al trono. «Yo soy hijo de emperador, decia; y Bayaceto de un particular.» Resuelto pues á sublevarse, se presenta con todas sus fuerzas delan-

te de Bursa, y es proclamado sultan por las provincias de Asia. Bayaceto le dió batalla, le venció, y le obligó á retirarse á los estados de Kait bek, sultan mameluco de Egipto y Siria. Tentó segunda vez la suerte de las armas en Paflagonia, y vencido de nuevo, buscó un asilo en Italia, donde imploró el auxilio de Alejandro VI, sumo pontífice, de Cárlos VIII, rey de Francia, que empezaba entonces su efímera conquista del reino de Nápoles, y de otros príncipes cristianos, prometiendo no hacer jamas guerra á los de esta religion si le daban socorros para recobrar el trono de Constantinopla. Un emisario, enviado por Bayaceto, ganó su afecto con falsas protestaciones, se introdujo en su familia en calidad de barbero, le degolló un dia afeitándolo, huyó á Turquía, y en premio de este infame servicio fue elevado á la dignidad de gran visir. El infeliz Jem es el mismo Zizim, príncipe otomano, cuya muerte atribuyen los historiadores europeos, aun los católicos, al papa Alejandro VI. Sin embargo, la narracion que hemos seguido es la de los historiadores turcos.

Conquista de Cilicia. (1487.) El sultan, libre de los cuidados que le daban las pretensiones de su hermano Jem, se dedicó á proseguir el sistema de guerras y conquistas, interrumpido desde la muerte de su padre. Tomó y fortificó las plazas de Kilia y Akerman, que puestas en las desembocaduras del Danubio y del Niester, quitaban á los mol-

davos toda comunicacion con el mar, y hacian dueños á los turcos de todo el norte del Ponto-Euxino. Al mismo tiempo su lugarteniente de Asia se apoderó de Tarso y de las demas plazas de Cilicia, último vestigio de la célebre Heptarquía de Otman. De este modo se hicieron vecinos los otomanos de los mamelucos, y se prepararon las semillas de la guerra, en que feneció el imperio de los segundos.

En esta época fue condenado á muerte el célebre guerrero Amed bajá, que tantas victorias habia conseguido en el reinado de Mahomet, por sospechas de conjuracion. Los genízaros, que le adoraban por su valor, se alborotaron para salvarle la vida. El sultan cedió; pero poco despues le hizo matar en un banquete á que le habia convidado. Esta fue la primer sedicion de los genízaros.

Invasion de Circasia y Armenia. (1489.) Era ya de presumir un rompimiento próximo entre los sultanes de Constantinopla y del Cairo. Bayaceto, deseando quitar á los mamelucos los paises de donde reclutaban sus terribles guerreros, invadió la Circasia, despobló esta provincia trayéndose un inmenso número de cautivos, construyó fuertes en las montañas y desfiladeros, se apoderó de una parte de Armenia, y dejó la otra á su yerno Amed, nieto de Ussum Casan, que puso su corte en Tauris. Entretanto su lugarteniente Jacub bajá añadia la Croacia al imperio otomano de Europa.

Guerra con los venecianos. (1499.) Esta guerra tuvo su origen, ó por mejor decir, su pretesto en la etiqueta marítima. Un buque otomano no volvió el saludo á una escuadra veneciana, y fue echado á pique. Bayaceto declaró inmediatamente la guerra. Despues de una tentativa infructuosa contra la isla de Corfú, que unos traidores habian prometido entregar, envió un ejército poderoso á Morea para apoderarse de las plazas que poseian en ella los venecianos, y otros cuerpos menores para invadir la Dalmacia y el Friul. Estas fuerzas eran sostenidas por una armada numerosa. La cobardía del almirante veneciano que no se atrevió á perseguirla, dió lugar á los turcos á apoderarse de Lepanto, plaza importantísima á la entrada del golfo del mismo nombre, que se interna entre las tierras de Livadia y Peloponeso.

Despues de este triunfo pusieron sitio á Modon: Trevisani, nuevo almirante de la escuadra de Venecia, envió cuatro galeras con gente para reforzar la guarnicion, que atravesaron toda la escuadra turca, y llegaron á la entrada del puerto. Estaba cerrada con una cadena para impedir á los bageles otomanos que se acercasen. La gente de la ciudad acudió á quitarla para que entrase el socorro, los turcos dieron en aquel momento el asalto general, se hicieron dueños de la plaza, y pasaron á cuchillo la mitad de los habitantes. Coron y Zonquio, plazas vene-

cianas, aterradas con la catástrofe de Modon, capitularon.

Los príncipes cristianos conocieron la necesidad de auxiliar la república de Venecia en lid tan desigual; pero el socorro mas efectivo y útil fue el del mas lejano. Fernando V é Isabel de Castilla, reyes de España, habian acabado la conquista de la península, tomando la ciudad de Granada, último resto del antiguo imperio de los árabes, en 1492: consuelo escaso de la pérdida del imperio de oriente para la civilizacion europea. Entonces empezó la guerra perpétua de tres siglos entre los españoles y los otomanos; porque Bayaceto, cuyas miras se estendian ya á la conquista de África, prometió socorros á los vencidos, y en efecto envió á los mares de España una escuadra que infestó sus playas. El rey católico dió órden al célebre Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado por sus hazañas en Granada y Nápoles *el gran Capitan*, que acudiese con una escuadra al socorro de los venecianos. Este refuerzo llegó despues de la pérdida de Modon. El gran capitan queria que se reconquistase esta plaza: mas los caudillos venecianos tuvieron por mas conveniente acometer á Cefalonia. Pusieron sitio á san Jorge, capital de la isla, y la tomaron á discrecion, despues de dos asaltos, siendo el primero que entró en la plaza el capitan español Martin Gomez, que aunque herido peleó valerosamente y arrojó á los turcos de una puerta que defendian. El al-

mirante de Venecia Benito Pésaro persiguió á la escuadra turca, le apresó 20 buques, saqueó las islas de Lesbos y Ténedos, y tomó á Samos.

Paz con Venecia. (1501.) Al año siguiente se apoderó Bayaceto, de Durazo; pero los venecianos tomaron á Alesio y á santa Maura. La república tenia que atender en Italia á las operaciones de Luis XII, rey de Francia, que proyectaba la conquista de Nápoles. El sultan no podia quitar á los venecianos el imperio del mar. No fue difícil, pues, entablar negociaciones, y la paz se hizo conservando los venecianos la isla de Cefalenia, y cediendo la de santa Maura y las plazas que habian conquistado.

Fundacion de la dinastía de los Sofís en Persia. (1505.) Los descendientes de Timur bek en Persia y en Bucaria no supieron conservar unidas sus monarquías. La de Persia, desmembrándose sucesivamente desde 1405 hasta 1505, fue teatro de contínuas guerras y usurpaciones. En 1500 se presentó en ella Ismael Sofí, como legislador religioso y como conquistador. Venció y dió muerte á Husein, el último príncipe de la familia de Timur bek, reunió todas las provincias desde el Eufrates hasta el Indo, y transmitió á sus descendientes un imperio que ha llegado hasta nuestros dias. Siendo, ó fingiendo ser descendiente del califa Alí, era de la secta religiosa de los shiitas. Esto dió origen al odio recíproco de los persas y turcos, per-

que estos profesan la doctrina de los sumnitas: lo que produjo perpétuas guerras entre los dos pueblos, en las cuales se disfrazaba frecuentemente la ambicion política con el velo de la religion.

Sublevacion de Selim. (1511.) Bayaceto, despues de guerras continuadas por 20 años, quiso, hecha la paz con Venecia, dar á sus ejércitos algun descanso. Esta inaccion le fue funesta, como lo es siempre la ociosidad de la paz en un imperio esencialmente conquistador. Los genízaros llevaron á mal el sosiego que se les daba, y entraron en negociacion con el hijo del sultan que les parecia tener disposiciones mas belicosas. Bayaceto habia dado los sangiacatos del Asia menor, á Corcud el de Efeso, á Amed el de Caramania, á Mahomet el de Magnesia, y á Selim el de Trebisonda. Parece que estaba dispuesto á renunciar la corona en favor de Amed. Selim, sabida esta noticia, juntó una escuadra y un ejército, atravesó el mar Negro, desembarcó en las costas de Romania, y marchó á Constantinopla, donde sabia que los genízaros le esperaban: sin embargo, antes de que esta milicia pudiese declararse, Bayaceto le salió al encuentro, le venció junto á Chiurli, y le obligó á huir á la Crimea, cuyo kan era suegro de Selim. Entretanto Amed, convencido de la oposicion que le tenian los genízaros, rehusó la corona: los grandes del imperio se la ofrecieron al príncipe emigrado. Este se negó, pretestando el respeto que de-

bia á su padre; peró al mismo tiempo se acercó á Constantinopla, segun decia, para besar la mano de Bayaceto, y se alojó en unos vergeles cercanos á la capital. Habiendo ido á verle el gran visir de parte del sultan con el designio de penetrar sus intenciones, le habló Selim de esta manera.

«Vé y dí á mi padre, que no saldré nunca de su obediencia; pero que le suplico disipe mis dudas acerca del gobierno actual. Ismael Sofí, cuyo nacimiento nada tiene de ilustre, se ha levantado en oriente, ha invadido nuestro territorio y ha llegado hasta Cesaréa; y vosotros estais sosegados, y mirais con indiferencia sus victorias. Un circasio oscuro, y nacido entre la ínfima plebe, es dueño del Egipto, y usurpa la Siria, provincia en otro tiempo de los turcos: ¡á tal desprecio ha llegado el nombre otomano por la afeminacion y la ociosidad! ¿Dónde está el antiguo celo por la propagacion del islamismo? ¿Dónde la antigua disciplina, que va á aniquilarse enmedio de los placeres de la paz?» Cuando Bayaceto supo esta respuesta de su hijo, esclamó: «Selim quiere reinar:» y abdicó en él la corona, pidiéndole el permiso de retirarse á Didimótica. Selim le instó á que permaneciese en su palacio de Constantinopla, y Bayaceto respondió: «En una vaina no caben dos espadas.»

Bayaceto murió repentinamente en el viage á Didimótica, envenenado, segun se cree, por órden de su hijo, que temia que por ve-

leidad ó por amor á otro de sus hermanos desease recobrar el imperio. Bayaceto vivió 62 años, y reinó 32. Fue aun mas político que belicoso: afirmó las conquistas de sus padres construyendo nuevas fortalezas y quitando á los venecianos gran parte de las que tenian en Grecia. Quebrantó el poder de los mamelucos de Egipto, ocupando los paises de donde sacaban sus reclutas, y preparó los caminos á la conquista de aquella monarquía.

Selim I el feroz. (1512.) Selim I debió solamente á la ferocidad de su carácter la guerra civil que le hicieron sus hermanos. Amed, cuya poca ambicion era conocida desde que rehusó la corona ofrecida por su padre Bayaceto, creyó amenazada su vida apenas vió á su hermano Selim en el trono, huyó á las montañas de Armenia, donde sus amigos le juntaron un ejército, marchó con él á Bitinia y derrotó un cuerpo mandado por Sinan bajá, que era el mas hábil general del imperio otomano. Al fin, Selim se presentó en Asia; dióse batalla de poder á poder junto á Emizar: Amed resistió valerosamente; pero en el momento que se lisonjeaba de lograr la victoria, el kan de los tártaros salió de una emboscada, acometió por el flanco á su ejército y lo desbarató. Amed, preso en la fuga, fue ahogado por órden del sultan.

Rebelion y muerte de Corcud. (1513.) Corcud, de índole pacífica y mansa, contento con su suerte, prodigaba á su hermano las demostraciones de sumision, para que

le permitiese gozar de tranquilidad. Pero viendo que todo era inútil, y que Selim habia resuelto su muerte, determinó vender cara su vida, y se puso en campaña. Las tropas, poco numerosas, que pudo reunir, fueron fácilmente deshechas. Corcud, abandonado, vagó por las cavernas y los desiertos, buscando oportunidad para pasar á Europa. Al fin cayó en manos de los soldados que le perseguian, fue conducido al sultan, y tuvo la misma suerte que Amed.

Guerra de Persia: batalla de Calderan: conquista de Tauris. (1514.) Selim, asegurado en el imperio á fuerza de crueldades, y resuelto á aumentarlo como digno nieto de Mahomet II, no viendo peligro de parte del occidente, donde las cuatro potencias mas fuertes, España, Francia, Alemania y Venecia se disputaban el dominio de la Lombardía, dirigió sus miras al Asia, donde le daba recelos el engrandecimiento de Ismael Sofí en Persia, la acogida que daba en su corte á los hijos de su hermano Amed, y mas que todo, su alianza con Camsu Gauri, sultan mameluco de Egipto, cuya caballería se estimaba entonces por la mejor del oriente. Se determinó á atacar á Ismael, apenas supo que habia dado tropas á Amurates, hijo de Amed, con las cuales el jóven príncipe conquistó á Capadocia y amenazó el Ponto.

Selim penetró al frente de todas las fuerzas otomanas en la pequeña Armenia, despues de haber arrojado los enemigos al otro

lado del Eufrates, é intimó á los régulos del pais que le favoreciesen en su empresa. Como ellos se escusasen con el pretesto de neutralidad, Selim disimuló su enojo, siguió la ribera izquierda del Eufrates hasta su nacimiento, pasó el Araxes, y llegó á las llanuras de Calderan, que estan entre las ciudades de Koy y Tauris. Ismael Sofi le presentó la batalla, aunque sus soldados eran inferiores en número, confiado en su valor y en el entusiasmo que siempre inspira á sus partidarios el fundador de una nueva dinastía. Acometió denodadamente á los turcos, mató por su mano á Hasan bajá, hizo gran matanza en los enemigos, y los obligó á retroceder hasta el sitio que ocupaba Selim con sus terribles genízaros. La artillería y caballería otomana abrió calles anchísimas en las columnas persas: Vasi, lugarteniente de Ismael, fue muerto en un ataque que dió con la caballería: este cuerpo, para vengar la muerte de su general, acometió á los genízaros, les tomó la artillería, y aun estuvo ya para apoderarse de la persona del sultan; pero Sinan bajá llegó en su socorro, los genízaros recobraron sus cañones, y rechazaron al enemigo. Ismael fue herido, y se retiró en buen órden hácia Tauris, dejando á los turcos el campo de batalla, aunque comprado caramente con pérdida de 30.000 hombres, tres bajáes y siete sangiacs. El fruto de esta victoria fue la fortaleza de Tauris, que el sultan fortificó y guarneció; y como

ya se aproximaba el invierno, volvió con sus tropas á Natolia. Los montañeses de la pequeña Armenia le disputaron el paso del Eufrates y del Antitauro, y le mataron mucha gente.

Conquista de Mesopotamia. (1515.) El sultan, determinado á vengarse de Alaidulet, el mas poderoso de los régulos de Armenia, y que mas daño le habia hecho, empezó muy temprano la campaña siguiente, opuso á la infantería montañesa sus valientes genizaros, tomó todas las plazas de las montañas, persiguió sin descansar el ejército de Alaidulet, lo venció, y mandó cortar la cabeza á este príncipe, que cayó prisionero. Ismael Sofí, ocupado entonces en arrojar del Korasan, que estaba á la estremidad oriental de su imperio, á los tártaros usbekes, no pudo impedir la conquista definitiva de Armenia, y tuvo que asentar paces con el sultan. Mientras Selim se hallaba entre el Eufrates y el Tígris, entendiendo en el arreglo de sus nuevas conquistas, le llegaron embajadores de las provincias del Diarbekir y Algezira (que ambas componen lo que antiguamente se llamaba Mesopotamia), pidiéndole que los libertase del dominio de los persas y de su gobernador Cara Kan, hombre cruel y aborrecido: pedíanle al mismo tiempo que le dejase para mandarlos á Mahomet beg, descendiente de una familia que habia reinado en el pais, y que se hallaba á la sazon en la corte otomana.

Selim, alegre sobremanera de la ocasion que se le presentaba para estender sus dominios sin grandes peligros de guerra, accedió á la solicitud de los habitantes, nombró á Mahomet Beglerbey de Mesopotamia, y le dió un cuerpo de tropas. Mahomet marchó contra Cara Kan, le venció y dió muerte, tomó las plazas importantes de Mardin y Mosul, y sometió en breve las dos provincias.

Este mismo año Yonas bajá reconquistó la Bosnia, hizo levantar el sitio de Semendria á los húngaros, únicos enemigos cristianos que tenian entonces los turcos, y les quitó algunas plazas de la frontera.

Batalla de Buri Vaik, y conquista de Siria. (1516.) Selim, seguro de que el rey de Persia no se hallaba en estado de oponerse á sus designios, emprendió arruinar el imperio de los mamelucos de Egipto, los cuales, si algun dia llegaban á hacer alianza con los persas, pondrian en riesgo las provincias orientales del imperio otomano.

Penetró, pues, con ejército poderoso en las llanuras de Siria, habiendo atravesado sin oposicion las gargantas del monte Amano, y encontró acampado á Camsu Gauri, soldan de Egipto, en Buri Vaik, pequeña ciudad, poco distante de Alepo. Dióse la batalla, que estuvo indecisa por mucho tiempo sin declararse la victoria. Kair beg, gobernador de Damasco, que mandaba una de las alas del ejército mameluco, se pasó en-

medio del combate á los enemigos; traicion que ya tenia ajustada por cartas con el sultan; pero ni aun por este reves flaqueó el valor de Camsu Gauri, y continuó la batalla con nuevo furor. Selim, advirtiendo que la ventaja de los egipcios consistia en su agilidad, con la cual evitaban los golpes de los alfanges y lanzas, mandó hacer alto á la caballería otomana, y colocó en el frente de banderas á los genízaros con órden de hacer fuego. El efecto de la mosquetería fue tan terrible, que los mamelucos, espantados con el número de sus muertos, retrocedieron para formarse de nuevo: los turcos no les dieron lugar, arrojáronse sobre ellos y los desbarataron. El soldan, viendo perdida la batalla, determinó perecer entre las ruinas de su monarquía. Se lanza enmedio de los batallones otomanos, derriba y mata cuanto se le opone, llama á gritos á Selim, desafiándole á singular batalla, hace horrible carnicería, y cae muerto de rabia y cansancio enmedio de los enemigos inmolados por su mano, sin haber recibido herida alguna á pesar de tantas armas como se asestaron contra él. Así pagó este monarca los dos yerros que habia cometido: el primero, no impidiendo la marcha de los otomanos por los desfiladeros de Cilicia: otro, peleando con un ejército superior en número antes que le llegasen los refuerzos de la Siria meridional, de Palestina y Egipto.

Fruto de esta victoria fue la conquista

de Siria. Selim entró sucesivamente en Alepo, Damasco, Jerusalen y Gaza. En todas partes se grangeó el afecto de los pueblos vencidos con su afabilidad, su celo afectado por la religion de Mahoma, y por las cuantiosas sumas que repartió entre los derviches é imanes. En Damasco visitó el sepulcro de Muza, conquistador de España, y tenido en gran veneracion por los musulmanes. En Jerusalen, ciudad sagrada para ellos, se detuvo tres dias empleándolos en ejercicios religiosos.

Entretanto Sinan bajá, comandante de la vanguardia, salió de Gaza para acometer el Egipto. A poca distancia de aquella ciudad encontró á Al Gazeli, enviado por el nuevo soldan de Egipto Tuman bey, para pelear contra los turcos. Su fuerza consistia en 5.000 caballos. Sinan emprendió el combate, que duró desde las tres de la mañana hasta mediodia, con suma ostinacion: al fin los egipcios fueron vencidos, y Sinan volvió triunfante á Gaza.

Los habitantes del pais y los árabes beduinos manifestaban mucha parcialidad á favor de los mamelucos, é incomodaban notablemente el ejército otomano. Cuando Sinan salió de Gaza, los habitantes de esta ciudad dieron muerte á los turcos heridos que habian quedado en ella, creyendo que el bajá iba á reunirse con el sultan, en vez de ir á pelear con Al Gazeli: un cuerpo de 200 hombres, que Selim enviaba para tener noticia

de su vanguardia, fueron asesinados por los árabes; y al pasar el mismo sultan por un valle muy estrecho, le mataron mucha gente con piedras que arrojaban desde las alturas. Estas hostilidades fueron castigadas con la ruina y saqueo de Gaza, Casali y otros pueblos, donde fueron pasados á cuchillo todos los habitantes.

Batalla de Jekeli Maktab y sumision del Egipto. (1517.) Tuman bey habia reconcentrado todas sus fuerzas en las cercanías del Cairo, y se atrincheró y fortificó en Ridania, village cercano á Matarea. Selim atravesó con todas sus fuerzas el desierto, á favor de una lluvia que disminuyó la penalidad de aquella marcha peligrosa, y se presentó á la vista del enemigo. Parte de su ejército permaneció enfrente de los mamelucos, parte ocupó la espalda de la montaña de Jekeli, para caer sobre el flanco enemigo cuando conviniese. Trabóse una de las lides mas sangrientas que refiere la historia. Los mamelucos fueron rodeados por todas partes, y por todas partes hacen frente al enemigo que los oprimia con la superioridad de su número. Tuman bey, dando el ejemplo del valor, se sostuvo hasta que viendo la victoria declarada por los turcos, se abrió paso con espada en mano, y entró en su capital, vencido, pero despues de haber hecho terrible destrozo en los otomanos. En esta batalla pereció el célebre Sinan bajá. Selim cuando supo su muerte, esclamó: «¿De qué me sir-

ve la conquista de Egipto, si he perdido á mi José?»

El valeroso Tuman bey, perdida la batalla, mas no el ánimo, se apostó con las reliquias de su ejército entre el Nilo y el Cairo, se reforzó armando hasta los esclavos, y acometió de noche á los reales turcos, creyendo que los sorprendería; pero Selim, que no ignoraba su proyecto, estuvo prevenido, y le rechazó con gran pérdida. Tuman entra en el Cairo, lo fortifica, lo defiende valerosamente contra los asaltos de los otomanos. En fin, estos penetran en la plaza; y no hay en ella sitio alguno donde no se derrame sangre. Los mamelucos y turcos peleaban entre sí: los egipcios contra unos y otros, porque aborrecian igualmente á los dominadores anteriores y á los futuros. Selim mandó prender fuego á las casas para contener á los egipcios: los mamelucos huyen, y los otomanos quedan dueños del Cairo. El sultan publicó un edicto prometiendo indulto á todos los circasios que se presentasen en el término de tres dias: Al Gazeli y otros muchos se aprovecharon de él.

Tuman bey huyó al alto Egipto. Selim le envió embajadores, prometiéndole su gracia y el señorío del Cairo, si se sometia: la guardia de Tuman dió muerte á estos embajadores. Los turcos marcharon contra él, le vencieron de nuevo despues de un sangriento combate, cuya suerte estuvo indecisa por muchas horas, le alcanzaron en la fuga y le

llevaron al sultan, que prendado de su valor quiso conservarle la vida; pero su consejo y los clamores de los egipcios se opusieron á esta clemencia, que no era natural en Selim, y el infeliz Tuman bey fue ahorcado delante de una puerta del Cairo. Así acabó la dinastía de los mamelucos, que reinó en Egipto y Siria con mucho esplendor cerca de tres siglos. Todo el Egipto se sometió al dichoso Selim: Alejandría, capital segunda del reino, le abrió sus puertas: sometiósele la escuadra que el soldan tenia preparada en el mar Rojo para atacar á los portugueses, cuya preponderancia en las Indias orientales habia dado golpe mortal al comercio de Egipto; escala desde la mas remota antigüedad entre aquel pais y la Europa: el Gerife de la Meca, que mandaba en Arabia desde la estincion de la dinastía de Saladino, se declaró vasallo de la sublime Puerta. De este modo agregó Selim á su imperio en un breve reinado los vastos paises que se estienden desde el Tigris hasta el desierto de Barca y el estrecho de Babel Mandel.

Dió dos años de descanso á sus tropas y á su tesoro, exhausto por los gastos de tantas guerras; y cuando se preparaba á la conquista de Persia, murió á los 54 años de edad y casi 10 de reinado. Buen capitan, hábil político y feliz conquistador, afeó sus glorias y sus prendas con la crueldad. Afable y bondadoso con los pueblos conquistados, hacia temblar á todos los que se le acercaban. Se

bañó en la sangre de sus hermanos, y quizá de su padre: mandó matar por sospechas á varios de sus mas fieles guerreros. Una imprudencia era á veces castigada con el último suplicio. Despues de la toma de Damasco, Hinsan bajá cometió la indiscrecion de decirle: «Magnánimo señor, ¿cuándo entraremos en el Cairo?» Ofendido Selim de esta familiaridad, le respondió: «Yo entraré cuando Dios quiera; pero es mi voluntad que quedes aquí:» y al punto hizo que le cortasen la cabeza. Mandó un dia á su visir que enarbolase la cola de caballo, que es el símbolo de la guerra entre los turcos: el visir le preguntó dónde queria que se tremolase: Selim le mandó matar, y nombró un sucesor, á quien repitió la misma órden, y que tuvo igual suerte por haber hecho la misma pregunta. El tercero no preguntó nada, sino mandó enarbolar las colas hácia las cuatro partes del mundo, y volvió á decir al sultan que su órden estaba cumplida. «¿Y hácia dónde la has enarbolado?» preguntó Selim. «Hácia cualquiera parte que V. A. quiera dirigir sus ejércitos.» El sultan, feroz hasta en sus reflexiones, dijo: «La muerte de dos visires me ha hecho encontrar el que me conviene.»

La ley del alcoran y el uso de los turcos exigian que los sultanes conservasen la barba, aunque se la hubiesen cortado antes de subir al trono. Selim continuó afeitándose aun despues de ser emperador; y como el mufti, ó

gefe de la religion entre los otomanos, le preguntase por qué contravenia á la ley y al uso, respondió: «No quiero que mis visires tengan ni un pelo por donde cogerme.» En efecto, siempre dirigió por sí mismo el gobierno, y nunca se dejó dominar de sus ministros.

Soliman II el legislador. (1520.) En el reinado de este sultan llegó el imperio otomano á su mayor grado de prosperidad y grandeza. En él no solo consolidaron los turcos las conquistas anteriores, sino tambien hicieron otras nuevas, y amenazaron subyugar completamente el África y Europa. Mucho contribuyó á su engrandecimiento el carácter de Soliman, príncipe valeroso, instruido no solo en el arte militar, sino tambien en el del gobierno, de que dió pruebas en las leyes civiles, criminales y de procedimiento judicial, que dió á su nacion, y que le grangearon el renombre de *Canuni* ó legislador. Era humano y bondadoso en cuanto podian permitirlo las formas atroces del gobierno despótico y los intereses de un conquistador.

Pero la principal causa del acrecentamiento de poder que tuvo el imperio otomano en el largo reinado de Soliman, fue la rivalidad de Carlos, rey de España y emperador de Alemania, y de Francisco I, rey de Francia: rivalidad que ocupó primero en Italia y despues en las fronteras de Bélgica las armas que debian haberse vuelto contra

el enemigo comun de la cristiandad. Es verdad que Carlos logró por sus victorias una superioridad señalada sobre su enemigo; pero la heregía de Lutero en Alemania, que produjo una guerra civil, no le dió lugar para atender como debiera á la lid contra los infieles en Africa y Hungría. El principal mérito de Soliman consiste en haberse aprovechado de las disensiones de los cristianos para engrandecer su potencia. En el primer año de su reinado, despues de haber sometido al mameluco Al Gazali, á quien había dado Selim el gobierno de Damasco, y que se sublevó cuando Soliman subió al trono, empezó su larga lucha con los húngaros, sitiando á Belgrado con ejército numeroso, y una escuadra de pequeños bajeles que interceptaba las comunicaciones del Danubio. Los ataques y asaltos fueron tan repetidos, que la guarnicion, no teniendo esperanzas de ser socorrida, hubo de rendirse. Así cayó en poder de los turcos este grande antemural de la Hungría, y les dejó abierto el camino para Buda, capital del reino.

Conquista de Ródas. (1521.) Sin embargo, Soliman retardó la ejecucion de sus designios en el continente para librarse de un enemigo, pequeño, pero valiente y ostinado. Ródas era el baluarte marítimo de la cristiandad: cercana á Constantinopla y padrastro suyo, hacia daños inmensos al comercio y marina turca por el indomable valor de los caballeros de san Juan, obligados por sus vo-

tos á hacer guerra eterna contra los infieles. Soliman, pues, resolvió someter esta isla. Era entonces gran maestre del órden Felipe de Villiers l'isle Adam, venerable no solo por su valor y sus virtudes, sino por sus muchos años consumidos en defensa de su religion. Las fuerzas de la guarnicion consistian solo en 5.500 hombres, entre ellos 600 caballeros y 500 candiotas; pero la ciudad era fuerte y tenia dos recintos fortificados.

El 26 de junio apareció la armada turca á vista del puerto. Los rodios quemaron sus arrabales y quintas, dando el maestre el ejemplo, y el pueblo se encerró en la ciudad con todas las provisiones que pudieron reunirse. Las fuerzas con que los turcos venian sobre Ródas, ascendian á 200.000 hombres. Desembarcaron en Parambolin, pueblo marítimo á seis millas de la capital, y empezaron el cerco. Aunque el maestre imploró socorros de toda Europa, no se le reunieron mas que el valiente Prejan, gobernador de la isla de Cos, y Gabriel Martinengo, hábil ingeniero de Candía; por cuya habilidad se contraminaron, durante el sitio, 55 minas de los turcos. Las salidas de la guarnicion eran tan repetidas y venturosas, que para animar á los sitiadores, fue preciso que el sultan viniese en persona á mandar su ejército. El 4 de setiembre consiguieron los turcos volar el bastion ingles; pero fueron rechazados en el asalto con gran pérdida. Dieron en los dias siguientes otros ataques

contra la brecha del mismo baluarte, contra el baluarte español y contra el italiano, todos en valde. En uno de ellos corrieron los españoles á defender el bastion de Italia atacado por fuerzas muy superiores, y perdieron el suyo; porque algunos turcos que se habian ocultado entre las ruinas para preservarse del fuego, le acometieron y tomaron; pero el gran maestre con algunos caballeros y candiotas acudió á aquel punto y lo recobró. En solo este asalto perdieron los otomanos 20.000 hombres.

Soliman estaba desalentado y queria levantar el sitio. Animáronle, no solo sus generales, sino tambien los traidores confidentes que tenia dentro de la plaza. A fines de noviembre mandó dar un asalto general, que fue rechazado y en que perdió mucha gente; pero á pesar de eso, los ingenieros turcos adelantaban sus trincheras, peleando siempre con los sitiados. Estos derribaron muchas casas para construir nuevas fortificaciones; pero su recinto disminuia, y aunque disputaban el terreno palmo á palmo, la superioridad del número debia triunfar en esta especie de guerra. Soliman estaba ya seguro de tomar la plaza; pero queriendo evitar la efusion de sangre, entró en negociaciones con el gran maestre, y la ciudad capituló á condiciones honoríficas. El heróico maestre, evacuada la plaza, se presentó al sultan, que le recibió con mucho agrado, y le llamó *Padre*, por el respeto que los pue-

blos orientales profesan á la vejez; y cuando Villiers se retiró, dijo el sultan á los suyos: «Cáusame pesadumbre echar á este cristiano de su casa á la edad que tiene.» Así cayó Rodas en poder de los turcos, que dueños ya del Archipiélago y del mar de Egipto, estendieron su navegacion hasta la parte occidental del Mediterráneo. Pero los caballeros de san Juan hallaron una nueva patria y un nuevo baluarte en que prodigar su sangre para defender la cristiandad. El emperador Carlos V les dió la isla de Malta y la ciudad de Trípoli de Berbería, pertenecientes en aquella época á la monarquía española. Malta, por su posicion entre los dos mares Líbico y Tirreno, fue el espanto de Turquía y de Africa; y los caballeros de san Juan la defendieron contra todas las fuerzas otomanas, si no con mas valor que á Rodas, con mas felicidad.

Batalla de Mohatz. (1526.) Desembarazado Soliman de enemigos tan peligrosos y valientes, y sosegada una rebelion que escitó el bajá de Egipto, con el asesinato de su autor, volvió Soliman con mayores fuerzas y ánimo á emprender la conquista de Hungría. Pasa el Savo, se apodera de Esek, y marcha á Buda al frente de 200.000 hombres. Luis II, rey de Hungría, le salió al encuentro con 25.000, no quiso esperar á Juan Sepusio, vaivoda de Transilvania, que le traia un refuerzo considerable, peleó con los turcos en Mohatz, perdió la batalla con muerte

de casi todos los suyos, y se ahogó en la retirada al atravesar á nado los pantanos formados por las aguas de un brazo del Danubio. En esta lid funesta se puede decir que feneció la antigua monarquía de los húngaros. Durante los dos siglos siguientes fue aquel desgraciado pais teatro de la guerra con los turcos, y de la que se hacian húngaros y austriacos, ostinados aquellos en defender el antiguo derecho de elegir sus reyes, y estos en sostener los de Fernando de Austria, hermano de Carlos V, y marido de Ana, hermana del malogrado Luis II.

Soliman, despues de su victoria, tomó á Buda, capital del reino, pasó el Danubio, se apoderó de Pest, Bag, Segedin y Titel, y sometió el pais comprendido entre aquel rio y el Teis. Estando próximo el invierno, volvió á Constantinopla, dejando un gobernador en su nueva conquista. Dábale cuidado una rebelion movida en Armenia por la falsa noticia de su muerte; pero Ibrahim bajá esterminó á los sediciosos en una batalla que les dio junto á Cesarea, en la cual murieron 30.000 de los rebeldes.

Entretanto Juan Sepusio, que no pudo llegar con sus tropas antes de la batalla de Mohatz, tuvo despues bastante influencia para que los nobles húngaros le eligiesen por rey; pero Fernando de Austria entró en Hungría, recobró á Buda, venció al transilvano, y le obligó á huir á Polonia. Sepusio por conservar un vano titulo, sometió su pa-

tria á los infieles, y prometió vasallage y tributo al sultan si le ayudaba para reconquistar el trono. Ya se deja entender si Soliman abrazaria con ardor un medio tan poderoso de sembrar la discordia entre los cristianos. Volvió á Hungría con su ejército, y tomó segunda vez á Buda por capitulacion que no observó; pues cuando fue dueño de la plaza, hizo pasar á cuchillo toda la guarnicion austriaca. Estando en su campamento delante de Buda, recibió una embajada de Bogdan, príncipe de Moldavia, ofreciéndole vasallage por su estado bajo ciertas condiciones, siendo una de ellas la conservacion de la religion cristiana.

Primer sitio de Viena. (1529.) Dueño de la Hungría emprendió la conquista del Austria, y se puso sobre Viena, capital de esta provincia, y corte de los emperadores de Alemania. Defendíala Felipe, conde Palatino del Rhin, con 20.000 hombres. Federico, duque de Baviera y general del ejército de Fernando, no pudiendo resistir al numeroso ejército de los otomanos, se encerró en Crems. Fernando esperaba en Lintz los socorros de toda Alemania, cuya suerte iba á decidirse en la de una plaza, defendida á la verdad por una guarnicion valerosa; pero muy mal fortificada.

Felizmente el valeroso Volfango Hoder echó á pique desde la orilla los buques en que traian los turcos por el Danubio la artillería gruesa para batir la ciudad, y solo pu-

dieron ofenderla con cañones de artillería ligera. El sultan recurrió á las minas; pero todas fueron contraminadas con muerte de 8.000 turcos, escepto una que derribó gran parte de la muralla, junto á la puerta de Carintia: los infieles atacaron la brecha, y fueron rechazados con gran pérdida. Otros dos asaltos que dieron, una salida de la guarnicion y un asalto general, dado el 15 de octubre, siempre con éxito infeliz, probaron al sultan la imposibilidad de tomar la plaza; levantó pues el sitio, dejando junto á los cadáveres de 80.000 turcos que perdió, los de todos los prisioneros cristianos que mandó degollar. La guarnicion de Viena salvó en aquel glorioso cerco toda la cristiandad. Soliman volvió á Constantinopla, dejando guarniciones en las plazas de Hungría, y por rey á su vasallo Juan Sepusio.

Segunda invasion de Soliman en el Austria. (1532.) El sultan se puso al frente de un ejército, segun los historiadores cristianos, de 500.000 hombres, pasó el Savo, ocupó gran parte de la Esclavonia, y penetró en el círculo de Austria. Taló las provincias de Estiria y Carintia; pero sabiendo que el emperador venia con todas sus fuerzas contra él, se retiró con el botin y mas de 30.000 cautivos que habia cogido. Vuelto á Constantinopla, permitió á Juan Sepusio asentar paces con Fernando de Austria, que ya estaba jurado rey de romanos, y poseia un gran número de plazas y territorios en el reino de

Hungría. La paz se hizo, cediendo Juan la Hungria al austriaco y á sus herederos, á condicion de conservar él, durante su vida, la parte que ocupaba.

El mismo año el célebre genoves Andres Doria, almirante de Cárlos V, tomó en la Morea las plazas de Coron y Pátras. Esta fue saqueada: en Coron dejó algunas tropas de guarnicion; pero hallándose sin víveres á principios del invierno, por la retirada de la escuadra, despues de una tentativa inútil para apoderarse de Andrusa, plaza perteneciente á los turcos, se embarcaron con su artilleria, y abandonaron la fortaleza.

Conquistas de Aradin Barbaroja en Africa. (1534.) Aradin, hijo de un renegado griego, pirata en su juventud, y despues rey, terror de las playas cristianas, donde era conocido con el sobrenombre de *Barbaroja*, célebre entre los turcos por su valor y ferocidad, aconsejó al sultan la conquista de Berberia. Ya dijimos en el tomo anterior, hablando de la estincion de la dinastía almohade en Africa, que los benimerines, tribu principal entre los cenetes del Almagreb, se apoderaron de todo el imperio de los almohades, y lo dividieron entre sí. Cuando Fernando el católico, rey de España, tomó á Granada, y lanzó á los moros al Africa, continuó persiguiéndolos en ella, y les quitó muchas plazas de la costa de Berberia. En los principios del reinado de Cárlos V se continuó esta guerra, que era contra los enemigos

naturales de España, con bastante ardor; pero las guerras de Italia, Flandes y Alemania, y el descubrimiento de América, que presentaban á la actividad española teatros mas estensos y ricos, hicieron que se descuidase la conquista de Berbería. A principios del siglo XVI se levantó contra el califa benimerin de Marruecos, Hacen el gerife, llamado asi porque se jactaba de descender de Mahoma; y fue el origen de la dinastía de los gerifes, que ha dominado hasta nuestros dias en aquel pais, y que hubiera conquistado toda la Berbería, á no haberse anticipado Soliman.

Horruc, hermano mayor de Aradin, y su maestro en la piratería, le habia llevado consigo en sus espediciones contra las costas de Italia, España y Marruecos. Selim, rey benimerin de Argel, admitió á entrambos en su servicio, y los empleó contra su hermano Mahomet, que le disputaba la corona. Horruc venció á este pretendiente, adquirió mucho crédito entre los argelinos, asesinó á Selim, y usurpó el trono. Poco despues murió en una batalla contra los españoles, auxiliares del rey de Tremecen, á quien hacia la guerra, y le sucedió en el trono de Argel su hermano Aradin, el cual, despues de haber afirmado su señorio, deseando conquistar el reino de Tunez, y considerando que sus fuerzas eran cortas, tanto para llevar á cabo esta empresa, como para conservar sus dominios, resolvió valerse de los otomanos,

que eran los mas fuertes entre todas las potencias mahometanas, capaces de auxiliarle por su gran poderío y el fanatismo de la religion; pero impotentes para oprimirle, atendida la distancia de Constantinopla á Bervería.

Soliman aceptó los servicios y el homenage de Barbaroja, considerando que un vasallo de su misma religion, colocado enmedio del Mediterráneo, era, por decirlo asi, una vanguardia importantísima contra la España, cuyo poder era el único que daba cuidado entonces á la sublime puerta. Barbaroja se valió para acometer á Tunez del pretesto siguiente. El último rey de esta ciudad habia designado por sucesor antes de morir á Muley Hacen, el tercero de sus hijos: el cual, subiendo al trono, temiendo las pretensiones de sus hermanos, los mandó degollar á todos; órden que se ejecutó cruelmente, escepto en Rasid, el mayor de ellos, que logró escaparse, y se refugió en los estados de Barbaroja, dándole asi un pretesto y un instrumento para la conquista de Tunez. Partió pues de Constantinopla con 80 galeras y otros buques; y despues de haber saqueado muchas ciudades marítimas de Nápoles y de los estados pontificios, desembarcó en Biserta, que es la antigua Hipozarites, tomó esta plaza, se dirigió á la Goleta, castillo muy fuerte que dominaba el puerto de Tunez, y el gobernador respondió á su intimacion, que se someteria al que mandase en

la capital del reino. Entretanto los tunecinos, que detestaban á Muley, se sublevaron: Muley huyó, y Barbaroja entró en la plaza con 5.000 turcos. El pueblo aborrecia á los otomanos, y viendo que Rasid no venia con ellos, vuelve á llamar á Muley, lidia con Barbaroja, y es vencido. No se volvió á hablar de Rasid: Muley huyó segunda vez, y el feliz Aradin, dueño de Argel y Tunez, hizo homenage de sus dos coronas al gran señor.

Entretanto los lugartenientes del sultan estendian sus fronteras en Asia á costa de la Persia. La plaza de Van, y la importante ciudad de Bagdad, capital en otro tiempo del mahometismo, cayeron en su poder. Dueña la Puerta de todo el curso del Tigris y el Eufrates, llegó hasta las orillas del golfo Pérsico, y se puso en estado de hacer guerra á los portugueses en la India oriental. Al año siguiente tomaron los turcos á Betlis, y toda la Georgia cayó en su poder. Hasrud beg, gobernador de Bosnia, rechazó un ejército austriaco que invadió esta provincia, lo persiguió hasta Cilly, y se apoderó de este condado. En todas partes triunfaban las armas de los otomanos.

Conquista de Tunez por Cárlos V. (1536.) Cárlos V era su enemigo natural, aunque se prescindiese del celo de la religion, porque el sultan amenazaba todos sus estados, desde Hungría á Alemania, desde Grecia á Nápoles, y desde Tunez y Argel á España. Resolvió pues romper la linea formidable de la

potencia otomana, conquistando á Tunez. Pasó al Africa con numeroso ejército en una armada no menos fuerte, mandada por el célebre Andrea Doria, y á la cual se unieron las escuadras de Portugal, Flandes, Roma y Malta. Las tropas desembarcaron junto á un castillo, llamado la Torre del Agua, cerca de las ruinas de Cartago; sitiaron inmediatamente la Goleta, abrieron brecha, dieron el asalto, y se apoderaron de la plaza: como dominaba la bahía, todas las fuerzas navales de Barbaroja cayeron en poder de los cristianos. Marcharon inmediatamente contra Tunez, y despues de haber vencido á los moros en dos combates, y á Barbaroja y sus turcos en otro tercero, le obligaron á encerrarse en la plaza. Enfurecido por su derrota queria vengarla dando muerte á todos los cautivos cristianos; pero el judio Sinan, que habia defendido con mucho valor la Goleta, logró impedir que se cometiese aquella barbárie. Los cautivos, sabedores del designio, y no de la retraccion, rompen sus cadenas, caen sobre los turcos, y obligan á huir á Barbaroja. Los habitantes de la ciudad presentaron las llaves al emperador. Cárlos, dueño de Tunez, la restituyó á Muley Hacen, que se habia presentado en sus reales á condicion de vasallage y tributo, y de mantener 1.000 españoles en la fortaleza de la Goleta: arrasó el castillo de Tunez, y las fortificaciones de Biserta, y recogidos los inmensos tesoros de Barbaroja, volvió triun-

fante á Italia. Barbaroja se refugió á Argel, desde donde volvió á ejercer sus dos profesiones de tirano y pirata.

Guerra contra los venecianos. (1537.) El poder inmenso de Cárlos V tenia tres enemigos formidables, la Francia, los protestantes de Alemania y el gran señor. El rey de Francia, vencido y prisionero en Pavía, obligado á abandonar sus pretensiones en Italia, y á reconocer la supremacía del vencedor, al mismo tiempo que por espíritu de religion aplicaba las penas señaladas contra los hereges á los protestantes de su reino, favorecia á los de Alemania contra el emperador, é instaba al gran señor á que acometiese á su rival: política inconsecuente y mal entendida; pero que los historiadores franceses procuran disculpar con la ambicion insaciable de Cárlos V, la cual era tambien un yerro político, aunque de diferente especie. La union de la cristiandad contra los turcos era necesaria en aquella época; pero tambien imposible entre dos monarcas rivales de ambicion y de gloria, y dos religiones, una antigua, fundada sobre la autoridad que dió Jesucristo á la Iglesia, y otra nueva, que aspirando al derecho de dogmatizar, quitaba á la sociedad cristiana el vínculo comun, y adulteraba por consiguiente el principio de la civilizacion universal.

Soliman, instigado por los enviados de Francia, y aun mas por el deseo de vengar la pérdida de Túnez, juntó formidable ejér-

cito y grande armada para invadir á Italia. Barbaroja, que mandaba la vanguardia de esta espedicion, se apoderó de Castro, pueblo de la Pulla; pero una imprudencia de los venecianos atrajo el rayo sobre ellos. Un intérprete del sultan pasó con dos galeras por medio de la escuadra de la república que estaba en las aguas de Corfú, sin saludar á la almiranta. Los buques venecianos las persiguieron en castigo de la descortesía, las galeras dieron sobre la costa, y los montañeses de Quimera se apoderaron de ellas. Al mismo tiempo Andréa Doria, que cruzaba en el mar Jonio con 30 galeras, aunque guardándose de Barbaroja, que mandaba 80, apresó 12 turcas llenas de genízaros.

Irritado el sultan de estas pérdidas, renunció á la espedicion de Italia, declaró la guerra á los venecianos, desembarcó en Corfú, saqueó la isla y puso sitio á la capital; pero hubo de levantarlo, aun sin haber dado asalto alguno, reconociendo la imposibilidad de tomar una plaza tan fuerte. Su almirante Lutzi bajá fue mas feliz en su espedicion en el Archipiélago; pues tomó las islas de Egina y Paros, cuyas capitales saqueó y quemó, é hizo tributario al príncipe de Naxos. Entretanto los alemanes acometieron á Posega, la tomaron, marcharon contra Esek, con el intento de obligar á una accion al gobernador turco de Belgrado, que se habia encerrado en aquella plaza, y que no quiso pelear, porque sabia que los cristianos no te-

nian víveres. Los austriacos, sin medios para tomar á Esek, se volvieron, y en Juvanka fueron acometidos y ahuyentados por los turcos.

Espedicion de los turcos á India. (1538.) El sultan envió, á instancias de Soliman, bajá de Egipto, que veia perecer el comercio de este pais por las conquistas de los portugueses en India, una armada con un ejército de 100.000 hombres para arruinar los establecimientos lusitanos. Dió el mando de la espedicion al mismo Soliman. Salió la escuadra de Suez, corrió el mar Rojo, se apoderó de Aden, ciudad del Yemen, situada en el estrecho de Babel Mandel, dando muerte alevosa al pacífico rey de aquella ciudad, y dió la vela para la playa de India. Sitiaban entonces á Din, fortaleza de los portugueses, los reyes mahometanos de Guzarate y Camboya. El formidable refuerzo de los turcos no aterró á los defensores de la plaza; antes contribuyó á hacer mayor la gloria de aquel sitio, uno de los mas célebres que refieren los anales. Los turcos, á pesar de haber tomado un bastion, fueron rechazados en todos los ataques; y aterrado Soliman del valor de los portugueses, que pareció mas propio de los tiempos fabulosos que de la historia, se volvió con su ejército muy disminuido á las costas de Arabia, donde resarció infamemente su infortunio, apoderándose de la plaza de Zabid, y mandando degollar al rey de esta ciudad.

Entretanto castigaba Soliman los moldavos que habian destruido la fortaleza de Kilia y dado muerte á muchos turcos de la guarnicion. Entró en el principado con poderoso ejército, exigió el tributo anual, afeó á los nobles su conducta, y les prometió perdonarlos bajo la condicion de que le entregasen los tesoros del último príncipe. Los moldavos obedecieron, Soliman no les dejó mas fueros que el de nombrar su vaivoda, y se restituyó á su capital, despues de haber hecho reedificar la ciudad y fortaleza de Kilia.

El senado de Venecia, viéndose acometido por los turcos, hizo alianza con el emperador y el pontífice Paulo III, cuya condicion fue que se entregasen á los venecianos todas las conquistas que se hiciesen. Mandaban la escuadra combinada Andrea Doria, el veneciano Capelo, y Grimani, patriarca de Aquileya; y el ejército de tierra Fernando de Gonzaga, virey de Sicilia. Barbaroja, para hacer frente á fuerzas tan considerables, dió la vela con 138 galeras para la isla de Candia, y acometió la plaza de Canea; pero Gritti, que la mandaba, le obligó á retirarse con mucha pérdida y á abandonar 1.000 turcos que no pudo recoger. Pasó despues al golfo de Ambracia, y lo fortificó contra la armada cristiana que estaba en Corfú. Gonzaga queria que se tomase la plaza de Prevesa, para hacer fuego desde ella á la armada turca; pero prevaleció el dictámen de Doria, que era, en el caso de no poder obli-

gar á Barbaroja á dar la batalla, entrar en el golfo de Lepanto y apoderarse de sus plazas. Barbaroja, viéndose bloqueado por la escuadra cristiana, dudaba si aceptaria ó no el combate; y como un eunuco del sultan acusase su prudencia de cobardía, dijo á los circunstantes: «Me parece que los gritos de ese medio hombre nos obligarán á dar el combate con mucha desventaja.» Sale del golfo y presenta la batalla. La maniobra de Doria fue impedida primero por la calma y despues por una tempestad, y se vió obligado á retirarse á Corfú, no sin pérdida; pues cayeron tres de sus buques en poder de los enemigos. Los cristianos tomaron á Castellonovo, y dejaron en esta plaza 4.000 españoles, en lugar de venecianos: lo que desagradó tanto á la señoría, que entabló negociaciones con el sultan, é hizo las paces poco despues, cediendo á los turcos las ciudades de Nápoli de Romanía y de Malvasía, y dos castillos en la Dalmacia. Los turcos recobraron á Castellonovo en la campaña siguiente.

La Hungría declarada provincia del imperio turco. (1540.) Falleció este año Juan Sepusio, cuya ambicion fue causa del engrandecimiento de los turcos en Hungría, y de las calamidades que afligieron á su patria durante dos siglos: dejó á su hijo Estévan en menor edad bajo la regencia de la reina viuda Isabel. El rey de romanos sitió á Buda, creyendo oportuna aquella ocasion para recobrar la Hungría; pero mas oportuna fue

para la usurpacion de Soliman, que acudió con numeroso ejército en son de favorecer á su aliado, rechazó á los austriacos, se apoderó de la ciudad y del reino, dejando al huérfano Estévan solo alguna parte de sus estados hereditarios de Transilvania, é hizo guerra contínua y feliz á los alemanes, quitándoles sucesivamente las plazas de Gran, Alba-Real, Temesvar, Zolnuk y Buboza. Pero estas conquistas fueron sucesivas y pertenecen á la historia de los años siguientes. Estévan, vaivoda de Transilvania, atizaba el fuego de la discordia entre turcos y austriacos, con la esperanza de poseer el reino de Hungría bajo las mismas condiciones que su padre Juan.

Alianza de Francia con la Puerta. (1542.) El rey de Francia declaró la guerra al emperador con el pretesto de haber sido asesinado en Italia, por órden, decia, del gobernadorde Milan, un agente suyo que enviaba á Constantinopla. Esta guerra duró dos años sin producir resultado alguno y sin hechos notables de armas. Lo que solamente tuvo de singular, fue la alianza declarada á la faz de Europa entre otomanos y franceses. El formidable Barbaroja volvió á presentarse en la parte occidental del Mediterráneo, favorecido por el abrigo que le daban, en caso de urgencia, los puertos de la costa de Provenza. Este hábil pirata evitó con sumo cuidado encontrarse con la armada de Andrea Doria, é infestó las playas de los es-

tados de Cárlos V y de los que tenian alianza con él. Tomó y saqueó á Regio en Calabria, se apoderó de Niza en el Piamonte, y saqueó las islas de Elba y de Lipari. Esta fue su última campaña. Retiróse á Constantinopla, donde murió en 1547. Sucedióle en el mando de las escuadras otomanas el célebre Dragut, discípulo suyo en el arte de la pirateria y de la guerra marítima.

Guerra con los persas. (1547.) El rey de Persia habia recobrado la plaza de Tauris durante la última espedicion de Soliman á Hungría: al mismo tiempo se habian sublevado los georgianos, y dado muerte al gobernador y á las tropas que guarnecian aquella provincia. El sultan determinó restituir aquellos paises al imperio otomano, y marchó con su ejército á Armenia. Uno de sus bajáes sometió y castigó la Georgia: Soliman se puso sobre Tauris con el grueso de su ejército, y la tomó. Sabiendo que los tesoros del rey de Persia estaban en Ispaham, Kasan y Kom, custodiados con negligencia, envió un destacamento de caballería ligera á aquellas ciudades, que con increible celeridad disipó sus guarniciones, y volvió con las riquezas que encerraban los castillos, á los reales del sultan.

Ruina de la ciudad de Africa. (1550.) Dragut se apoderó por sorpresa de las plazas de Africa y Mahadia, pertenecientes al reino de Tunez, y desde ellas hacia el corso contra los cristianos. Andrea Doria, auxilia-

do por los caballeros de Malta, desembarcó un poderoso ejército en las playas de Tunez, acometió á Africa, la tomó por asalto, y la arrasó enteramente.

En venganza de esta pérdida saqueó Dragut en la campaña siguiente la ciudad de Augusta en Sicilia, desembarcó en Malta, de donde fue rechazado, taló la isla cercana de Gozo, acometió á Trípoli, ciudad que el emperador habia cedido á los caballeros de san Juan, la cercó en regla, y advertido por un desertor frances del sitio donde no se podia reparar la brecha que abriese, obligó la plaza á entregarse por capitulacion. Esta no fue cumplida; pues hizo prisionera la guarnicion, y dió muerte de una manera cruel á Juan de Chabas, artillero del castillo, que habia causado á los turcos gran pérdida de gente. Este mismo año Enrique II, heredero de Francisco I en el trono de Francia y en la rivalidad con la casa de Austria, que prosiguió tan infelizmente como su padre, acometió las fronteras de Flandes é Italia á favor de los movimientos ya referidos de la armada turquesca.

Entretanto Soliman continuaba la guerra contra el rey de Persia, ganaba fortalezas en Hungría, y se sostenia en el mar contra el emperador. Rustan bajá pasó al mar Tirreno con su escuadra, con el objeto de sorprender á Nápoles á favor de una traicion. Esta fue descubierta; y la interpresa malograda, volvió Rustan á Constantinopla, despues de

vencer á Andrea Doria en un combate dado junto á la isla de Ponza, y quitándole 7 galeras. Esto sucedió en 1552: al año siguiente volvió la armada turca á las playas de Nápoles: mas no observando en la ciudad el movimiento que los conjurados habian prometido, pasó á la isla de Córcega, que pertenecia á los genoveses, y se apoderó de mucha parte de ella.

Fernando, emperador de Alemania por la renuncia que hizo Cárlos V de todos sus estados en 1555, continuó la guerra contra Soliman; pero casi siempre con infeliz suceso. Las plazas de Hungria iban cayendo sucesivamente en poder de los turcos, bien que cada palmo de tierra les costaba torrentes de sangre.

A esta época debe referirse la conspiracion de Mustafá, hijo de Soliman, contra su padre. El infeliz príncipe fue ahogado con el cordon fatal por los mudos del serrallo; si con justicia, ó por una falsa acusacion, no se sabe. Lo que es cierto es que le aborrecia de muerte Roxelana, esposa del sultan y madrastra suya, la cual deseaba que el imperio recayese en uno de sus hijos: tambien es cierto que el gran visir Rustan, partícipe de la acusacion de Mustafá, era yerno de aquella princesa. Estos datos, añadidos á las formas tenebrosas y rápidas de juicio que se siguieron en esta causa, y que son comunes en Turquía en las de la misma especie, hacen probable la opinion de los historiadores

cristianos, que suponen inocente á Mustafá y víctima de una calumnia interesada.

Paz con Persia. (1554.) Soliman pasó este año á Persia, quemó á Erivan, residencia entonces de los sofíes, destruyó sus deliciosos jardines, y convirtió en desierto aquella ciudad, ornamento del Asia. El rey de Persia, incapaz de resistir á las fuerzas otomanas, pidió y consiguió la paz. Hizo tambien guerra á los portugueses establecidos en el golfo Pérsico y en la costa de Arabia; pero su escuadra, al volver cargada de botin, fue apresada por los enemigos.

En (1564) D. García de Toledo, marques de Villafranca, hijo del virey de Sicilia, cercó el Peñon de los Velez, edificado por el célebre ingeniero Pedro Navarro en las marinas de Africa, y que habia caido en poder de los moros. La empresa fue feliz, y aquella importante fortaleza volvió al poder de España. El año anterior habian sitiado los moros de Argel á Oran y Mazalquivir; pero fueron rechazados con gran pérdida de una y otra plaza.

Sitio de Malta por los turcos. (1565.) Los daños que hacian los caballeros de Malta á la marina turca, movieron á Soliman á emprender el sitio de esta plaza importante, que haria señores á los otomanos, si conseguian tomarla, de los mares de Italia. Incitábanle á esta empresa Kosum, hijo de Barbaroja y rey de Argel, y Dragut, gobernador de Trípoli. Dióse á la vela la escua-

dra turca á las órdenes de Piali, capitan bajá, ó almirante supremo de los turcos. Su armada se componia de 142 galeras, 17 galeotas, 22 barcos de trasporte y otros buques menores. El ejército de desembarco era de 30.000 soldados de las mejores tropas del sultan, al mando de Mustafá bajá, capitan valiente y esperimentado. La isla, llena de castillos bien fortificados, tenia de guarnicion cerca de 8.000 hombres, ademas de 10.000 marineros de las galeras de la religion. Era gran maestre de la órden Juan de la Valette, que envió á pedir socorro al virey de Sicilia, apenas vió desembarcar 20.000 turcos en Marza Siroco, y llegar á Dragut con 15 bajeles y cerca de 2.000 hombres. Los otomanos atacaron el castillo de san Telmo, tomaron un rebellin, desde el cual dominaban el puerto, abrieron brecha, y dieron cuatro asaltos infructuosos en que perdieron mucha gente, y al célebre Dragut: al fin, en la noche del 13 de julio lo asaltaron con todas sus fuerzas, y despues de morir 400 de los valientes defensores, vendiendo muy caras sus vidas, el corto número de los que quedaban, fue degollado por los turcos. Las crueldades que cometieron con los cadáveres, irritaron al gran maestre en tanto grado, que mandó matar todos los prisioneros musulmanes y no dar cuartel. Mustafá escribió al sultan que la plaza era mas fuerte de lo que se habia creido, y le pidió refuerzos. El rey de Argel llegó en-

tonces con 2.000 soldados y 9 buques, atacó el castillo de san Miguel, creyéndose seguro del buen suceso por haber hecho pasar por tierra diez bajeles pequeños desde el puerto de Marza Mushet hasta el de Acua Marcia; pero el gran maestre tendió una cadena desde el castillo de Santangel hasta el punto donde Kosum pensaba desembarcar, y así inutilizó la gente que venia en aquellos buques. Sin embargo, el rey de Argel, empeñado en su empresa, continuó el sitio del castillo, abrió brecha, dió frecuentes asaltos, y fue siempre rechazado.

Mustafá, á pesar de las pocas esperanzas de ganar la plaza, asaltó muchas veces los castillos de Santangel y de san Miguel; pero sin mas efecto que perder gente. El asalto de 18 de agosto duró cinco horas, y en él hizo el gran maestre prodigios de valor. Al dia siguiente dieron los turcos hasta siete asaltos: al otro dia el capitan bajá atacó por las mismas brechas con tanto vigor que algunas compañías turcas entraron en la plaza; pero acudiendo el maestre, los caudillos y toda la poblacion, les impidieron alojarse. Mustafá dió todavía otro asalto general, tan infructuoso como los anteriores. En fin, la escuadra de Sicilia llegó el 7 de setiembre, y los enemigos se embarcaron, no sin haber hecho una tentativa que les costó 1.800 hombres. Este célebre sitio duró cinco meses. Los turcos perdieron en él 24.000 hombres y 24 cañones: la pérdida de los

cristianos fue de 5.000 hombres. Así es como el valor de los caballeros de Malta, y el socorro de los españoles, salvaron la Italia, comprometida en la pérdida de aquella isla. Los turcos se vengaron del príncipe de Quio, que aunque tributario de la Puerta, habia tenido inteligencia con los malteses durante el sitio, apoderándose de esta isla y agregándola al imperio otomano.

La última espedicion de Soliman fue el sitio de Zigeth, plaza importante de Hungría. Defendióla con el mayor valor el conde de Serin, y su posesion costó á los otomanos tres bajáes y 30.000 hombres. El valiente gobernador pereció en el ataque del castillo. El sultan mandó cortarle la cabeza, y la envió, despues de paseada por los reales en la punta de una lanza, al conde de Salm, comandante del ejército austriaco, con esta carta, que pinta fielmente el carácter otomano. «Te envio, en prenda de mi amistad, la cabeza de uno de los mas valientes é intrépidos guerreros, amigo tuyo. He hecho sepultar su cadáver de una manera honrosa y digna de él. Zigeth se despide de ti para siempre.»

Poco despues murió Soliman á los 74 años de edad y 46 de reinado, funestísimo á la cristiandad, y glorioso al imperio otomano, que llegó entonces al mas alto grado de poder terrestre y marítimo. Soliman, que no depuso las armas un solo momento, arrojó á los venecianos de Morea, del Epiro y

de muchas islas del Archipiélago: á los persas de la línea del Tígris y del golfo Pérsico: conquistó el Yemen y la Hungría: sujetó la Moldavia: sometió á la influencia otómana los reinos de Trípoli y Argel: en fin, estableció la balanza de Europa, auxiliando á la Francia contra el poder de la casa de Austria, que no podia perseguir á su rival, por la diversion que las fuerzas navales de los turcos hacian en el Mediterráneo. Soliman, enmedio de tantas felicidades, tuvo, engañado quizá, que derramar la sangre de su hijo. Guerrero y político, dió leyes á su imperio: hizo la guerra con valor y buen éxito, y gobernó con rectitud. Los defectos que se notan en él, deben atribuirse mas bien á los oficios de sultan belicoso, que á su corazon.

Selim II el ebrio. (1566.) El gran visir Mehemet bajá, que se hallaba en el campamento de Zigeth, tuvo tan secreta la muerte del sultan, que cuando llegó al ejército su hijo y sucesor Selim desde Magnesia donde estaba, tomaron las armas los genizaros, creyendo que venia á usurpar la corona de su padre. Publicada la muerte de Soliman, fue reconocido su hijo por emperador de los otomanos. Llevó el cadáver á Constantinopla, le hizo magníficas exequias, y celebró con grandes fiestas los triunfos de su padre.

Sabida la muerte de Soliman en Arabia, Ulian Ogli, gefe de los árabes errantes de las cercanías de Bagdad, se sublevó é hizo

grandes destrozos en las orillas del Tígris. Los gobernadores de Bagdad y Basora reunieron sus fuerzas contra él, dispersaron su ejército y pacificaron la provincia.

Paz con el imperio. (1568.) Selim, que deseaba hacer guerra á los persas y venecianos, dispuso asentar paces con Maximiliano II, emperador de Alemania, hijo y sucesor de Fernando I. Maximiliano estaba cansado de una guerra, hasta entonces tan infeliz para las armas austriacas. Concluyóse, pues, el tratado en Andrinópoli: las condiciones fueron que cada uno conservase lo que poseia: que Maximiliano pagase 30.000 ducados de tributo anual por la parte que conservaba de Hungría, y que el vaivoda de Transilvania fuese comprendido en el tratado de paz.

Selim proyectaba hacer guerra á los persas; pero como las fronteras de este pais estaban llenas de montañas ásperas que hacian muy dificil el tránsito de la caballería é infantería, pensó en abrir un nuevo camino por el mar Negro y el Caspio, uniéndolos con un canal entre el Don y el Volga, en la parte que mas se acercan estos dos rios. Encargó al kan de Crimea la ejecucion de este designio; mas cuando estaba ya hecha la tercera parte del canal, fue preciso renunciar á la obra á causa de las lluvias y tempestades contínuas y la falta de víveres en aquellos desiertos. La única utilidad de está empresa fue haberse sometido al imperio otomano, desertando del de los rusos, 30.000

tártaros nogayas, reliquias del antiguo imperio del Kipzak, á quienes Selim dió tierras en Crimea y Besarabia. Llegó entonces á Constantinopla un embajador de Tamas, rey de Persia, pidiendo la paz, y le fue concedida. Al año siguiente se rebelaron los árabes del Yemen, sorprendieron á Amurates bajá, le dieron muerte y destrozaron su ejército; pero Sinan bajá, gobernador de Egipto, pasó á Arabia con un ejército, venció á los rebeldes, y sometió de nuevo la provincia.

Espedicion de Chipre. (1570.) Selim recibió este año embajadores de los moriscos de las Alpujarras de Granada, rebelados contra el rey de España, pidiéndole socorro. El sultan, que estaba entonces haciendo preparativos de la espedicion contra Chipre, les dió buenas esperanzas, y les aconsejó que se mantuviesen á la defensiva. Aunque habia hecho paces con Venecia el primer año de su reinado, deseoso de apoderarse de aquella isla, cuya fertilidad y temple apacible la hacian célebre en todos tiempos, y que colocada cerca de las costas de Cilicia y Siria, interceptaba las comunicaciones de los otomanos de estas provincias con el Egipto y el Asia menor, alegó varias ofensas que decia haber recibido de la república, exigió en indemnizacion aquella isla, y negado esto, envió á ella una formidable espedicion.

La isla de Chipre, quitada á los griegos

por Ricardo corazon de leon en la tercer cruzada, y cedida á Guido de Lusiñan, fue dominada por príncipes latinos sus descendientes. El último de ellos, llamado Jacobo, casó con Catalina Cornaro, noble veneciana, y murió dejando un hijo que no sobrevivió mucho tiempo á su padre. Catalina cedió la isla en 1470 á la república de Venecia, única potencia cristiana capaz entonces de defenderla contra los otomanos y mamelucos. Así fue cómo el reino de Chipre vino á poder de los venecianos.

Piali bajá se hizo á la vela con una armada de 200 buques de guerra y un gran número de barcos de trasporte. Mustafá mandaba el ejército de tierra. Apenas desembarcó puso sitio á Nicosia, capital de la isla, defendida solamente por 800 hombres del paisanage sin disciplina ni esperiencia; pero las murallas eran de reciente construccion y se habian añadido tres castillos á las fortificaciones de la plaza. Mustafá la embistió el 22 de julio, derribó con su artillería las cortinas de tres bastiones, y dió dos asaltos generales, en que fue rechazado. Valióse del ardid contra una guarnicion poco esperta en la guerra: fingió levantar el sitio, para que los cristianos se descuidasen; y lo consiguió de tal modo, que cuando volvió de improviso sobre la plaza, estaban ya los turcos en lo alto de los bastiones sin que se les hubiese sentido. Mustafá los reforzó, limpiaron las murallas de gente, penetraron en

la ciudad, hicieron en ella gran botin, y degollaron 14.000 personas, entre ellas al gobernador Dandolo y al obispo. La plaza de Cirina se entregó, y solo quedaba ya en la isla por los venecianos la ciudad y puerto de Famagosta. Mustafá la sitió; pero la proximidad del invierno y la fortaleza de la plaza le obligaron á levantar el sitio, y reservar la conquista de Famagosta para la primavera siguiente.

Durante el sitio de Nicosia la escuadra combinada de venecianos, romanos y españoles, que se reunió en Suda, puerto de la isla de Candía, compuesta de 192 galeras, 12 galeazas y muchos buques de trasporte, dió la vela para socorrer á Chipre. Sabida en el camino la rendicion de Nicosia, Juan Andrea Doria, almirante del rey de España Felipe II, y Colona, comandante de la escuadra romana, creyeron inútil seguir adelante, y se volvieron á Mesina, y los venecianos á Corfú. El senado de Venecia destituyó y prendió á Zani, comandante de su escuadra, y dió el mando de ella á Venieri. Este se apoderó del castillo de Quimera, puesto en los montes Acroceraunios, tomó otro fuerte en el golfo de Laconia, dió la vela para Chipre, y á pesar de la superioridad numérica de la armada turca, echó á pique algunos de sus bajeles, é introdujo en Famagosta un refuerzo de 1.700 hombres con muchas provisiones de boca y guerra.

Las cortes de Roma y Madrid, conocien-

do que la falta de unidad en las operaciones marítimas habia sido la causa de la pérdida de Nicosia, y temiendo que los venecianos, cansados de una guerra infeliz, hiciesen paces con el turco, formaron una liga con aquella república: los artículos del tratado fueron la reunion de una escuadra de 200 galeras y 100 bajeles, y de un ejército de 50.000 hombres de infantería y 4.500 de caballería: que el rey de España pagaria la mitad de los gastos de la guerra, la señoría de Venecia la tercera parte, y el sumo pontífice la sesta: que D. Juan de Austria, hermano natural de Felipe II, seria generalísimo de todas las fuerzas: que las conquistas de Tunez, Trípoli y Argel serian para España, y las demas se partirian entre los confederados. Los venecianos enviaron al secretario Vicente Alejandro á la corte de Persia para incitar á Tamas á declarar la guerra á los turcos: aquel príncipe respondió que esperaria dos años para decidirse, en los cuales veria los efectos de la liga de los cristianos: política débil, que despues costó cara á los persas.

Toma de Famagosta y de Tunez: batalla de Lepanto. (1571.) Mustafá, temeroso de la tempestad que amenazaba al imperio otomano, apresuró las disposiciones para el sitio de Famagosta, y lo comenzó en los primeros dias de abril. La ciudad estaba bien fortificada, una cadena defendia el puerto, y la guarnicion constaba de 5.200 hombres determinados á las órdenes del valiente Bra-

gadin. Abierta brecha, dieron los turcos muchos asaltos infructuosos, en los cuales perdieron 30.000 hombres: Mustafá mandó poner fuego á la puerta Limosina, y logró apoderarse de ella despues de un combate que duró todo el dia. Las minas derribaron gran parte de la muralla, y un nuevo asalto costó á los turcos 4.000 hombres. Los sitiados volaron un baluarte, arruinado ya é incapaz de sostenerse, y con él á 600 turcos que lo atacaban. En fin, destruidas las fortificaciones, y agotada la pólvora y los víveres, se decidió el gobernador á capitular bajo la condicion de que los habitantes conservarian su libertad, sus bienes, y el libre ejercicio de su religion, y que las tropas de la guarnicion saldrian con los honores de la guerra, y serian trasportadas á Candía. Todo lo concedió el bárbaro, y todo lo quebrantó. Dió á su ejército el espectáculo del suplicio del valiente y desgraciado Bragadin, á quien se cortaron las orejas, se le hicieron sufrir los mas crueles é indignos tratamientos, hasta hacerle llevar espuertas de tierra para reparar las fortificaciones, se le desolló vivo, se le cortó la cabeza, y se colgó de una entena su piel llena de paja. Un eunuco del bajá, mas piadoso que los hombres, dió escape á Martinengo, otro veneciano, al cual reservaba Mustafá igual suerte.

Perdida Famagosta, pasó toda la isla al dominio del gran señor. Al mismo tiempo Kilii Alí, rey ó dey de Argel, conquistó á Tu-

nez, y la sometió al imperio otomano, y Deulet Gieray, kan de los tártaros de Crimea, devastó las provincias meridionales del imperio ruso, y llevó hasta Tula el incendio y el saqueo.

Tal era entonces la superioridad de las armas turcas que amenazaban y sometian las tierras y los mares: cuando la batalla de Lepanto, hiriendo con un golpe mortal aquella bárbara monarquía, dió principio á su decadencia.

Alí bajá, comandante de la escuadra otomana, reunido con Kilii Alí, dey de Argel, y con la division de Partu bajá, desembarcaron en Candía el 13 de junio 12.000 genízaros; pero Justiniani, gobernador de la isla, los venció, mató á muchos de ellos, y obligó á los restantes á volver al mar. La escuadra turca pasó á las islas de Zante y Cefalenia, donde hicieron los otomanos 6.000 cautivos, y despues á las costas de Dalmacia, donde tomaron las plazas venecianas de Dulciño, Antivari y Bubna; pero fueron rechazados de Cátaro con mucha pérdida. Despues de haber cometido toda especie de hostilidades en entrambas costas del mar Adriático, entró la armada en el golfo de Lepanto.

Entretanto se reunia en Mesina la escuadra de la liga con harta lentitud. Constaba de 81 galeras de España y Malta, á las órdenes de Doria, 108 galeras, 6 galeazas, 2 navíos y muchas galeotas venecianas, man-

dadas por Vanieri, y 12 galeras del papa, cuyo gefe era Colona. D. Juan de Austria era generalísimo de todas las fuerzas, y Requesens, comendador mayor de Castilla, hacia las funciones de mayor general. El ejército de tierra constaba de 20.000 soldados escelentes; entre ellos muchos voluntarios de la primera cualidad, como Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, que fue despues uno de los mas célebres generales de Europa. Sirvió en esta memorable jornada, y quedó en ella manco y estropeado de la mano izquierda, el inmortal Cervantes. Tambien mandó una division de socorro el gran D. Alvaro de Bazan, el primero de los generales de marina española en aquel siglo. Parece que la fortuna quiso reunir los nombres mas ilustres de la gloria española al recuerdo de triunfo tan memorable.

La armada cristiana salió de las aguas de Sicilia resuelta á pelear con el enemigo; y habiendo tenido en Cefalenia noticia de donde estaban, se encaminó al golfo de Lepanto. La escuadra turca era de 335 velas. Alí bajá, marino ardiente y atrevido, resolvió, contra el dictámen de los mas prudentes, no aceptar la batalla, sino presentarla; á cuyo fin salió del golfo de Lepanto, y se puso en línea junto á las islas Equinadas. Diéronse vista las dos escuadras el 7 de octubre á mediodia, y al punto arboló D. Juan de Austria la señal del combate, que repitió Doria en el ala derecha, y Vanieri en la izquierda. Es

imposible describir el encarnizamiento con que se acometieron unos y otros. Alí bajá acometió á la capitana de la liga, mandada por D. Juan de Austria, y sostuvo el combate con furia sin igual, rechazados siempre sus abordages por 400 soldados escogidos que servian en aquel buque; hasta que al fin, herido de un balazo, cayó. Su muerte fue la señal de la victoria en el centro y el ala izquierda. En esta los venecianos, atacados por las fuerzas superiores de los turcos, peleaban con el mayor denuedo: las 30 galeras que mandaba D. Alvaro de Bazan, acudieron en su socorro, y decidieron el combate en aquel punto. El rey de Argel que combatia valerosamente en la derecha contra Doria, viéndose casi solo en el campo de batalla, logró refugiarse á Lepanto con 25 galeras y 10 galeotas.

La pérdida de los turcos en la batalla de Lepanto fue de 32.000 muertos, 7.920 prisioneros, sin contar los cautivos que ocultó la soldadesca, 13.000 cautivos cristianos que bogaban en los bajeles otomanos, y que recobraron su libertad, 221 naves apresadas, entre ellas la capitana de Alí bajá con grandes riquezas, 40 buques abrasados ó echados á pique, y la esperanza de conseguir otra vez el imperio del mar. Selim II cuando supo tan grande desastre, esclamó: «Dios quiere que el imperio del mar sea de los infieles, y mio el de la tierra.» Las fuerzas navales de los turcos quedaron tan quebrantadas,

que aunque despues pusieron en el mar grandes escuadras, casi nunca se atrevieron á pelear en batalla; todas sus espediciones fueron mas bien de piratas que de marinos, y jamas se presentaron con fuerzas respetables en la parte occidental del Mediterráneo. Si la liga no se hubiera deshecho, si la atencion de Felipe II no se hubiese fijado primero en la guerra de los rebeldes de los Paises-bajos, y despues en las civiles de Francia, probablemente hubieran perdido los turcos todas sus conquistas en Africa y en el golfo de Venecia.

Los frutos de la victoria para los venecianos fueron el levantamiento del cerco que los turcos tenian puesto á Cátaro, la toma del castillo de Margarita en Epiro, de la ciudad de Scepota, y de muchos buques otomanos que apresaron en las aguas de Candia. A esto se redujeron las consecuencias inmediatas de la batalla de Lepanto. Al año siguiente el dey de Argel se presentó con una armada de 240 galeras en los mares del Peloponeso, escusó primero la batalla con los cristianos, aparentó despues entrar en combate junto á la isla de Cérigo, huyó á Coron, muy maltratados 18 de sus buques, y pasó á Navarino, donde le bloqueó la armada cristiana. D. Juan de Austria tenia órdenes terminantes de volver á los mares de Italia; y los venecianos, no creyéndose capaces de sostener solos la guerra, hicieron paces con los turcos, cediendo la isla de Chipre y restituyen-

do las conquistas que habian hecho. Asi se justificó lo que un prisionero turco habia dicho á algunos nobles de Venecia, viendo los regocijos que se hacian en aquella ciudad por la victoria de Lepanto: «La pérdida de Selim es como la de la barba que vuelve á crecer; pero la que habeis sufrido en Chipre, es como la de un brazo que no vuelve á retoñar.»

Reconquista de Tunez por los españoles. (1573.) El sultan envió una escuadra contra Sicilia á las órdenes del gran visir y de Piali bajá, para vengarse de la pérdida de Lepanto; pero apenas se acercó la armada española, mandada por D. Juan de Austria, se volvieron á los mares de Grecia, levantando el sitio que tenian puesto á Mecina. Los españoles desembarcaron en la Goleta, se apoderaron de Tunez y Biserta, y colocaron en el trono de aquel reino á Mahomet, nieto de Muley Hacem, el protegido por Cárlos V. Despues de construido entre Tunez y la Goleta el fuerte de Cerbellon con seis baluartes, donde puso 4.000 hombres de guarnicion, volvió D. Juan de Austria á Sicilia con toda su armada.

Guerra de Moldavia: conquista de Tunez por los turcos. (1574.) Juan, hijo natural de Estévan el grande, príncipe de Moldavia, habia pasado muchos años en Constantinopla. Abrazando el mahometismo, fingiendo mucho celo por su nueva religion, é intrigando en la corte, consiguió que Selim destituyese á Bogdan, vaivoda entonces de

Moldavia, y le pusiese en su lugar. Apenas estuvo en el puesto que deseaba, abjuró el islamismo, se hizo amar de los nobles y del pueblo, formó alianza con los cosacos de Polonia y juntó un ejército. La corte de Constantinopla, recelosa de sus proyectos, le condenó á pagar una suma exhorbitante, ó á ceder la Moldavia á Pedro, hermano del vaivoda de Valaquia. Juan rehusó lo uno y lo otro, y se preparó á la guerra. Pedro le acometió al frente de un ejército de 100.000 hombres entre turcos, húngaros y válacos: pasó el Moldau, y confiando en su superioridad numérica, fue sorprendido por Juan y su aliado Sujerceve, gefe de los cosacos, y vencido tan completamente, que solo él y su hermano pudieron escapar de la batalla atravesando á nado el Danubio y encerrándose en Brahilow. El vencedor los sitió, tomó por asalto la plaza, pasó á cuchillo todos sus habitantes, la arrasó hasta los cimientos, y lo mismo hizo con Tana. Al mismo tiempo vencieron y degollaron los cosacos un cuerpo de 14.000 turcos que acudian al socorro de Brahilow.

Esta guerra pareció á Selim tan peligrosa, que envió contra el moldavo un bajá, 200.000 hombres y el soborno. Jeremías Czarnievitz, general de la caballería moldava, con el pretesto de forragear, dejó libres al ejército turco los pasos del Danubio, y avisó al vaivoda que no tenia fuerzas suficientes para pelear contra los enemigos; pero que el número de

estos era pequeño y podria esterminarlos fácilmente acometiéndolos con prontitud. Juan cae en el lazo, se acerca á los turcos y conoce el engaño; pero Jeremías se disculpa, y le asegura su lealtad con grande osadía, diciéndole: «Ya conocerás quien soy en el combate.» Juan le creyó; cuando dada la señal le vió correr denodadamente á los turcos con 13.000 hombres de las mejores tropas; pero apenas llegó á las avanzadas enemigas, él y todos sus soldados ponen los sombreros en las puntas de las espadas y picas en señal de sumision, y los turcos los reciben, levantando sus lanzas; pero no fiándose de ellos, los obligan á pelear en la primer fila, y degüellan á los que se negaban á hacerlo. Asi perecieron los traidores, unos á manos de los turcos, otros á la de sus compatriotas irritados. Juan peleó con sumo valor, y fue vencido por el número. Retiróse á una fortaleza, fue sitiado, capituló con los moldavos y cosacos que le quedaban, y apenas estuvieron en poder de los turcos, fueron todos pasados á cuchillo. Los cosacos no esperando mejor suerte, se arrojaron enmedio de los enemigos y perecieron peleando, escepto Sujerceve y otros oficiales, que se conservaron para el rescate. Asi fue sometida la Moldavia, y se halló el imperio turco en contacto inmediato con Polonia.

Este año fue infausto para los cristianos en Africa: D. Sebastian, rey de Portugal, fue vencido y muerto en la batalla de Alca-

zar, peleando con los gerifes de Marruecos; y el reino de Tunez volvió á caer en poder de los turcos. Sinan bajá, Piali y el dey de Argel atacaron con una escuadra numerosa, la capital, defendida por 800 hombres de guarnicion; los cuales, despues de haber causado á los turcos una pérdida de 3.000 hombres, se retiraron al castillo, donde se defendieron aun: obligados á evacuarlo por el gran número de enemigos que venian sobre él, hicieron una salida vigorosa el 20 de agosto, causaron grande estrago en los sitiadores, y se unieron á la guarnicion de la Goleta. A un mismo tiempo batió Sinan bajá este castillo y el de Cerbellon; pero con mas furia el primero por ser mucho mas importante: entróle últimamente, aunque perdiendo muchos soldados, cuando ya su guarnicion estaba reducida á 300 hombres, que quedaron cautivos. Cerbellon y Salazar defendieron todavia con sumo valor la nueva fortificacion: rechazaron varios asaltos; pero acometida por cinco partes diferentes la pequeña guarnicion que mandaban de 600 hombres, tuvo que rendirse cuando quedó reducida á 30, despues de haber hecho y recibido grandes estragos. D. Juan de Zanoguera que se habia defendido con denuedo en un fuertecillo, capituló salir libre con los 50 hombres que mandaba, y esta capitulacion no fue violada por los turcos. Asi acabaron los últimos vestigios de la dominacion española en el territorio de la antigua Carta-

go. D. Juan de Austria no pudo acudir á socorrer á los valientes que alli se sacrificaron, porque una tempestad, en que estuvo á pique de perecer su navio, le detuvo en Sicilia.

Poco despues falleció Selim II de resultas de haber entrado en las bóvedas de un baño magnífico, recien construido por su órden, cuando sus paredes no estaban secas todavia. Murió á los 52 años de edad y 8 y medio de reinado. Fue el primer sultan que hizo la guerra por medio de sus bajáes, sin presentarse en los campamentos. Amigo del vino y de los placeres, no por eso descuidó el gobierno ni desatendió á acrecentar sus dominios. Añadió al imperio otomano la isla de Chipre y el reino de Tunez; pero perdió la batalla de Lepanto.

Seccion Tercera.

Amurates tercero. Amed primero. Mustafá primero. Otman segundo. Amurates cuarto. Ibrahim. Mahomet cuarto. Batalla de Viena.

Amurates III. Guerra de Persia. Rebelion de los georgianos. Batalla de Gori. Conquista de Táuris por los persas. Reconquista de Táuris. Guerra contra el Austria. Combate del Culp. Mahomet III. Agria. Toma de Agria: batalla de Caresta. Toma de Raab por los cristianos. Toma de Pest por los austriacos. Amed I. Paz de Comora. Paz con la Persia. Toma de Aden por los portugueses. Revolucion en Moldavia. Mustafá I. Otman II. Guerra de Polonia. Mustafá restituido al trono. Amurates IV el conquistador. Derrota de Abasa y primer sitio de Bagdad por los turcos. Sumision de Abasa. Segundo sitio de Bagdad por los turcos. Guerra contra los drusos. Conquista de Revan por Amurates. To-

ma de Van por los persas. Toma de Bagdad por Amurates. Ibrahim. Reconquista de Azof. Principios de la guerra de Candia. Toma de Canéa. Toma de Rétimo. Principio del sitio de Candia. Mahomet IV. Batalla naval de Focéa. Batalla naval de Paros. Kiuperli, gran visir. Batalla naval de los Dardanelos. Guerra con el Austria. Sitio de Candia por el gran visir. Capitulacion de Candia y paz entre turcos y venecianos. Guerra contra Polonia: toma de Caminiec. Batalla de Chotcim. Batalla de Lemberg. Paz de Zuranow. Guerra contra la Rusia. Guerra contra Austria. Sitio y batalla de Viena.

AMURATES *III*. (1575.) Este sultan, hijo mayor de Selim II, ensangrentó los principios de su reinado con la muerte de cinco hermanos suyos; crueldad que los historiadores atribuyen no tanto al carácter del príncipe, como á la política bárbara, establecida en el palacio de Constantinopla, de asegurar la tranquilidad pública con la ruina de los que podrian turbarla alegando los derechos de la sangre. Todos convienen en atribuir á Amurates III costumbres dulces y aun afeminadas. Siguió el ejemplo de su padre de dirigir desde su serrallo la guerra. En su reinado empezó á conocerse la decadencia de la marina otomana, causada por el desastre de Lepanto; pues no se cuenta ninguna es-

pedicion naval de importancia contra Italia ni España.

Este sultan hizo solamente dos guerras, y ambas contra potencias continentales: una en Asia con los persas, y otra en Europa con los austriacos. Era entonces tan grande la influencia del poder otomano, que la recomendacion de Amurates elevó al trono electivo de Polonia á Estévan de Botori, vaivoda de Transilvania, á pesar de ser sus competidores el emperador Maximiliano y el gran duque de Moscovia. El nuevo rey hizo alianza con el sultan, que no teniendo nada que temer en Europa, emprendió nuevas conquistas en Asia, á favor de las discordias y alborotos civiles que se suscitaron en Persia despues de la muerte de su rey Tamas.

Guerra de Persia. (1576.) Mustafá, uno de los mas valientes generales del imperio otomano, penetró en el Schirvan al frente de un poderoso ejército, en el cual servia bajo sus órdenes Ozman bajá, que adquirió en esta guerra mucho renombre, y lo pagó con su vida. Tomó la plaza de Seki, encerró al ejército persa entre los rios Araxes y Yori, y los derrotó completamente: se apoderó de Berdaa y otras plazas del Schirvan, mientras su lugarteniente Ozman entraba en Scamaki, capital de la provincia, y ocupaba los desfiladeros de Derbent, para darse la mano con el kan de Crimea. Al mismo tiempo los príncipes de Georgia ofrecieron vasallage y tributo á la sublime Puerta.

En la campaña siguiente, disminuyendo el número de los turcos por el rigor del invierno, y separados sus campamentos por la dificultad de las subsistencias, acometieron los persas sus diversos cuarteles é hicieron en ellos gran destrozo. Ozman reune todas las tropas de que podia disponer, pelea con el enemigo cuatro dias seguidos, y destruye su ejército. Es verdad que el de los turcos quedó tan debilitado de resultas de su misma victoria, que habiendo venido sobre la provincia otro ejército persa á las órdenes de Hamzé Mirza, hijo del rey, Ozman tuvo que abandonar todo el Schirvan, escepto el importante puesto de Derbent, adonde se retiró con las pocas tropas que le quedaban. En esta campaña perdieron los turcos 70.000 hombres. Al mismo tiempo se rebeló el kan de Crimea para hacerse independiente. Mustafá, encargado de someterle, entró en sus estados por el desfiladero de Derbent, pasó el Don, cayó de improviso sobre los rebeldes que no le esperaban por aquella parte, los derrotó y envió á Constantinopla la cabeza del kan.

Rebelion de los georgianos. (1579.) Los príncipes de Georgia, estado pequeño y colocado en las fronteras de dos imperios formidables, defendian su independencia con las armas de la debilidad, pasando de la alianza del uno á la del otro cuando creian oportunas estas defecciones. Mustafá, despues de bien fortificada la plaza de Kars, situada

en la frontera de la Armenia turca, envió á Hasan con 19.000 hombres á socorrer á Tíflis, amenazada por el príncipe Simon que se habia confederado con los persas. Al pasar el desfiladero de Tomanis, que separa la Armenia de Georgia, fue acometido por los persas y georgianos, y perdió mucha gente: al salir de los bosques, atrajo á los enemigos á una emboscada, y los derrotó: socorrió á Tiflis, fue acometido otra vez en Tomanis al volverse á Kars, y perdió la retaguardia de su ejército y la caja militar.

Batalla de Gori. (1580.) Amurates, enojado de la languidez con que se hacia la guerra contra Persia, envió á su gran visir al Asia con ejército tan numeroso, que aterrados los persas pidieron la paz. Sinan, ganado con regalos, recibió á los embajadores del sofí, los envió á Constantinopla, y pidió y logró el permiso de ir él mismo á la capital para tratar de las condiciones. La paz no se hizo, porque Amurates deseaba acrecentar el imperio en Asia. Entretanto Tiflis estaba siempre amenazada por los enemigos. Mahomet, sobrino de Mustafá, á quien se habia encargado el mando del ejército turco en la ausencia de Sinan, marchó á socorrer la capital de Georgia, y encontró junto á Gori un ejército de georgianos harto numeroso, atendidas las cortas fuerzas de la provincia; y era porque los persas habian tomado el trage de sus aliados, para ocultar asi la hostilidad que hacian en el mismo tiempo que

pedian la paz. Mahomet pasó el Kur, fue vencido, y hubo de refugiarse á Tiflis, perdidas las municiones, el tesoro del ejército y el honor.

Conquista de Tauris por los persas. (1563.) El sultan depuso á su visir, atribuyendo tantas desgracias á su ausencia del ejército, eligió por sucesor á Shaus bajá, y encargó la guerra de Persia á Ferad, capitan de valor y esperiencia. Este fortificó á Revan y á Lori, castillo importante por su cercanía á Tiflis, para socorrer esta plaza, y en fin aseguró á los otomanos el paso del terrible desfiladero de Tomanis, construyendo en él una fortaleza que lo dominaba. Al mismo tiempo venció á los georgianos mandados por el príncipe Simon; pero entretanto el rey de Persia quitó á los turcos la importante plaza de Tauris, capital del Aderbijan.

Los genízaros llevaban muy á mal que se les emplease en los trabajos de las fortificaciones: decian que «no eran albañiles ni arquitectos, sino soldados.» Rebeláronse contra Ferad, y consiguió sosegarlos; pero habiéndoles mandado construir otro fuerte, perdieron la paciencia, derribaron las tiendas de los oficiales y la del mismo general, y el bajá no halló mas remedio que acuartelar el ejército y volverse á Erzerun.

Amurates determinó entonces encargar la guerra al valiente Ozman, que se defendia contra todo el poder de los persas en el

norte del Schirvan, esperando los refuerzos que le prometia el kan de Tartaria, y que nunca llegaban. El gran visir Shaus bajá que temia el mérito y ascendiente de aquel guerrero, escribió al kan que procurase asesinarlo cuando pasase á Constantinopla, donde el sultan le llamaba para arreglar con él el plan futuro de la guerra. En efecto, cuando Ozman llegó á las playas del mar Negro con 4.000 hombres escogidos para ir por mar á la capital, se vió acometido de improviso por 12.000 tártaros, enviados por el kan, temeroso tambien de las quejas que daria por no haber recibido refuerzos. Ozman se pone al frente de sus valerosos soldados, derrota á los tártaros, y hace en ellos gran carnicería. Amurates, sabida la traicion, envió á su almirante Kilii Alí á Cafa, el cual hizo degollar al kan, y le dió por sucesor á su hermano.

En esta época la avaricia de Ibrahim, bajá del Cairo y de Siria, dió origen á una guerra cruel contra los drusos del monte Líbano. Este pueblo, cristiano y valiente, se habia sostenido despues que los latinos evacuaron á Palestina, contra el poder de los sultanes mamelucos, que al fin lo dejaron vivir independiente, pagando un moderado tributo. Selim I, cuando conquistó la Siria, los admitió bajo su proteccion con las mismas condiciones. Estaban gobernados por cinco príncipes diferentes. Ibrahim, pretestando algunas altercaciones que se habian movido entre aquellos gefes, penetró en el pais, co-

metió crueldades inauditas, saqueó y abrasó los pueblos, se llevó cautivos muchos habitantes, y justificó sus atrocidades en Constantinopla con grandes regalos que hizo á Amurates y á las sultanas de su harem.

Reconquista de Tauris. (1585.) Ozman bajá, nombrado gran visir y general del ejército de Persia, acometió al frente de 180.000 turcos la plaza de Tauris, y al cabo de un mes la tomó por asalto. A esto se redujeron las esperanzas que se habian fundado en su pericia y valentía: habiendo caido enfermo de resultas de las fatigas militares, confió el mando del ejército á Sigala bajá, que fue completamente derrotado por Hamzé Mirza. Ozman, aunque enfermo, tuvo que retirarse, peleó con denuedo contra el enemigo que le perseguia, y murió la noche del mismo dia en que habia rechazado á Hamzé. Ferad bajá le sucedió en el mando del ejército: libertó á Tauris, sitiada otra vez por los persas. Entretanto Hamzé Mirza, el digno rival de Ozman, fue asesinado por unos traidores vendidos á la Puerta: su sucesor Mehemet kan en el mando del ejército presentó batalla en Cavebadgi á Ferad bajá, y fue tan completamente derrotado, que el rey de Persia determinó hacer la paz á toda costa. Amurates la concedió, y en ella adquirió el imperio otomano los territorios de Revan, Gangé y Carabag: corto precio de 12 años de guerra en que la sangre y el dinero se prodigaron á porfía.

La paz con Persia se concluyó en 1588, y al año siguiente hubo una sedicion de los genízaros, causada por la baja ley de la moneda en que se les pagaban sus sueldos. Los rebeldes cercaron el palacio imperial, y pidieron con insolencia que se les entregase al deftedar ó *tesorero mayor*. El sultan se negó á ello, y los genízaros irritados le amenazaron con la muerte. Amurates, aunque nunca habia dado pruebas de valor personal, sintió hervir en sus venas la sangre otomana; arma todas las gentes de palacio, manda abrir las puertas, se arroja al frente de los suyos sobre los genízaros desprevenidos, mata un gran número, dispersa los demas, y los perdona, contentándose con arrojar al mar á los gefes de la sedicion.

Guerra contra el Austria. (1591.) El imperio otomano era esencialmente conquistador; y la sedicion de los genízaros habia probado la necesidad de ocuparlos en la guerra. Amurates determinó hacerla, y solo se dudó en el consejo contra cual potencia la moveria. Para acometer á Malta, á Marruecos, á Venecia, ó á España, cuya potencia impedia á los otomanos aspirar á la monarquía universal, eran necesarias fuerzas navales muy superiores, y la Puerta no las tenia despues de la derrota de Lepanto. Con Polonia habia tenido Amurates desavenencias por las irrupciones de los cosacos de Podolia en la pequeña Tartaria; pero se habian ajustado por la mediacion de Isabel, reina de Ingla-

terra, á la cual, como enemiga que era de España, no queria disgustar el sultan. Resolvio pues la guerra contra Rodulfo II, emperador de Alemania. No faltaban pretestos; pues á pesar de la paz, los generales austriacos que mandaban en Hungría, habian hecho algunas invasiones en el territorio de los turcos, asi como estos en el de los cristianos. Ademas los uscoques, pueblos casi bárbaros que habitaban en la playa del mar entre los estados de Venecia y Hungría, y que estaban sometidos al emperador, habian infestado con sus piraterías las costas otomanas del Adriático.

Dos ejércitos turcos, uno á las órdenes del gran visir, otro á las de Hasan, bajá de Bosnia, penetraron, el primero en la Hungria austriaca, y el segundo en Croacia, en la primavera de 1592. El gran visir, rechazado de Tokay y del pequeño Comora, no hizo mas que saquear el territorio indefenso. Pero Hasan tomó la plaza de Bihitz y el castillo de san Jorge, y sorprendió un cuerpo de 7.000 austriacos, que ignorante de las fuerzas del enemigo, se adelantó imprudentemente: los oficiales cristianos huyeron; pero los soldados vendieron sus vidas, dando muerte á 12.000 turcos en el combate.

Combate del Culp. (1593.) Hasan, continuando sus conquistas, construyó sobre el Culp la fortaleza de Petrina, pasó á la isleta de Turópola, quemó á Bucovina, tomó á Martenisa, y puso sitio á Sisech. Un cuerpo

austriaco de 4.000 hombres acudió al socorro de esta plaza: los turcos pasaron el Culp, y le salieron al encuentro. Ya iban de vencida los cristianos, cuando entró en accion el conde de Aversberg, gobernador de Carlstad, y los derrotó: viéndolos refugiarse á sus atrincheramientos detras del Culp, tomó un camino casi paralelo al de la fuga, llegó al puente que tenian los turcos sobre el rio antes que ellos, lo cortó, y casi todo el cuerpo otomano, que era de 18.000 hombres, ó pereció á manos de los austriacos, ó se ahogó en las aguas. Hasan murió ahogado. El beglerbey de Grecia vengó su derrota, tomando á Sisech, y pasando á cuchillo todos los habitantes de esta plaza.

Entretanto Sinan bajá, comandante del grande ejército de los otomanos, se apoderó de la plaza de Vesprin, bien que á costa de un gran número de turcos que perecieron por las minas. Los austriacos tuvieron superioridad conocida en la alta Hungría. Aunque no pudieron tomar á Alba Real, derrotaron al bajá de Buda con muerte de 8.000 turcos, se apoderaron de Sabatka y Filek, tomaron otros muchos castillos, y vencieron en dos combates al bajá de Temesvar, que perdió 6.000 hombres, y al sangiaco de Palota, que perdió 5.000.

En la campaña de 1594 se aumentaron las fuerzas de los austriacos con la alianza de los rascios, pueblo valeroso y pobre que habitaba las orillas del Danubio, entre Buda y

Belgrado, y que llevaba con impaciencia el yugo de los turcos; y con la defeccion de Segismundo Batori, príncipe de Transilvania, y vasallo de la Puerta. El divan que desconfiaba de él, le envió, segun su costumbre, agentes que le asesinasen; pero el hábil vaivoda conoció sus intenciones, los mandó ahorcar, hizo alianza con el emperador Rodulfo, persuadió á hacer lo mismo á los príncipes de Valaquia y Moldavia, y fue el alma de la tempestad terrible que amenazaba por la frontera del norte al imperio otomano. Sin embargo, antes de que estallase, Sinan bajá tomó la importante plaza de Raab, desde la cual amenazaba al Austria, despues de haber vencido al archiduque Matías, que acudió á socorrerla. La pérdida de un punto tan ventajoso no la resarcieron los cristianos, ni con la conquista de Novigrad, plaza que quitaron á los turcos, ni con los daños que los transilvanos y rascios causaban á los infieles en reencuentros diarios y sangrientos.

Concluida esta campaña falleció Amurates á los 50 años de edad y 20 de reinado. En su tiempo se manifestaron dos síntomas muy peligrosos en el gobierno otomano: las traiciones y perfidias contra los hombres de mérito, y las insolentes sediciones de los genízaros, no solo contra los bajáes, sino tambien contra el mismo sultan. En cuanto al carácter de este, puede conocerse por sus diversiones. Gustaba de perseguir sobre un caballo muy ligero á los mudos de palacio que

huian en caballerías muy malas y pesadas, azotando con su látigo, tanto á ellas como á sus ginetes. No emplearon asi su tiempo Amurates II, Mahomet, Selim y Soliman. Los turcos eran todavía guerreros; pero sus gefes habian tomado ya la costumbre de adormecerse entre las delicias del harem y las intrigas y adulaciones del serrallo.

Mahomet III. Agria. (1595.) Mahomet, hijo de Amurates III, despues de haber asegurado su trono, dando muerte á 19 de sus hermanos, y sosegado dos sediciones de los genízaros, se hallaba amenazado por las armas de los alemanes, transilvanos, válacos y moldavos confederados contra él. Los tres principados, que eran los graneros del imperio otomano, no proveian ya ni á las provincias turcas ni al ejército de Hungría. Los turcos eran vencidos en todas las partes de la línea: Gran cayó en poder de los austriacos, despues de derrotados los ejércitos otomanos que acudieron á socorrerla: Vicegrado siguió su suerte. Aaron, príncipe de Moldavia, derrotó á los tártaros, y se apoderó de la importante plaza de Bender: los válacos pasaron el Danubio, y tomaron muchas plazas; y el valeroso Segismundo, despues de derrotar un cuerpo de 40.000 turcos, se hizo dueño de Fagiat y de Lipa. En vano el sultan castigó con el último suplicio la desgracia de Ferad bajá, comandante del ejército de Hungría, y le dió por sucesor á Sinara: este fue vencido tambien, los austriacos

tomaron el fuerte de Petrina en Bosnia, y la plaza de Hatwan cerca de Buda; y Segismundo arrojó á los turcos de Tergovist y Bucorest, plazas fuertes, que aun poseian en Valaquia. Sin embargo, por la mediacion de la Polonia, que no queria ver la guerra tan próxima á sus fronteras, se dió la vaivodia de Moldavia á Jeremías bajo la proteccion de la Puerta.

Toma de Agria: batalla de Caresta. (1596.) Mahomet determinó renovar la costumbre de sus antepasados, poniéndose al frente de sus ejércitos. Despues de proclamada solemnemente la guerra en Constantinopla por tres dias consecutivos, entró en Hungría con cerca de 200.000 hombres. La guarnicion de Hatwan evacuó esta plaza, no siendo suficiente para resistir á tantas fuerzas; y el ejército cristiano, que era de 60.000 hombres, temió algun tiempo si la tempestad iria á descargar sobre Viena. Pero la intencion de Mahomet era tomar á Agria, plaza fuerte de la Hungría, que tomada le daba camino para subyugar el resto de la provincia; y asi, despues de destacar un cuerpo de 40.000 hombres que obligase al príncipe de Transilvania á levantar el sitio que tenia puesto á Temesvar, se dirigió con el resto de sus fuerzas á Agria, y se presentó delante de la plaza el 21 de setiembre. Los cristianos quemaron la ciudad, y se retiraron al castillo viejo, rechazaron cuatro asaltos terribles que dieron los turcos el 10 de octubre; pero ce-

dieron al quinto. El castillo nuevo, que tenia 2.000 hombres de guarnicion, capituló.

Cuando el sultan se volvia á Constantinopla por la proximidad del invierno, segun la costumbre de los turcos, encontró al ejército imperial junto á Caresta: dióse la batalla, los cristianos vencieron, y penetraron en los reales de Mahomet: atentos á saquear su tienda, llena de riquezas y tesoros, se desordenaron. Sigala bajá, observando aquel yerro, cae sobre los enemigos con la reserva, les arranca la victoria de las manos, y los obliga á huir. En esta batalla perecieron 60.000 turcos y 20.000 alemanes. La avaricia robó á la cristiandad la victoria mas completa y señalada.

Toma de Raab por los cristianos. (1598.) El sultan, despues de una campaña en que tanto riesgo corrió, y tan poca gloria habia adquirido, no quedó deseoso de abandonar los placeres del harem por los peligros de los campamentos; y asi la campaña de 1597 fue muy poco fértil en sucesos. En la siguiente el conde de Swartzemberg, general del emperador, sorprendió á Raab, guardada por los turcos con negligencia; y el príncipe de Transilvania, aterrado por la defeccion de los moldavos y válacos, que volvieron á la obediencia de la Puerta, cedió sus estados al emperador, recibiendo en cambio los territorios de Ratibor y Opelen en Silesia. Se malograron dos tentativas, una de Ibrahim bajá contra Varadin, y otra del conde de

Palfi contra Buda, y se terminó la campaña.

Al año siguiente fue aun mas notable la preponderancia de los cristianos. Los turcos no se atrevieron á salir de sus plazas: Buda fue amenazada de nuevo, é Ibrahim bajá tuvo que acudir en su socorro con un ejército de 130.000 hombres. Hizo proposiciones de paz; pero inútiles, porque le parecieron exorbitantes las condiciones de los cristianos. El príncipe de Transilvania, arrepentido del trueque ó desabrido con la corte de Viena, rompió el tratado hecho con el emperador, y cedió la vaivodía á un pariente suyo que debia poseerla bajo la proteccion de los turcos. En efecto, un ejército de 30.000 otomanos le dió la posesion de Transilvania; pero Miguel, príncipe de Valaquia, que habia vuelto á la sazon á la alianza de Viena, entró en aquella provincia con tropas suyas y austriacas, arrojó de ella á los turcos, y dió muerte al nuevo vaivoda.

En este mismo año tuvo que sostener la Puerta una guerra civil de nueva especie. Hasta entonces las que habia sufrido el imperio eran ó entre príncipes de la familia otomana que se disputaban el trono, ó contra los emires del Asia menor, sucesores de los heptarcas, que llevaban á mal la preponderancia de los descendientes de Otman, ó en fin, contra los príncipes ó beyes tributarios de las provincias conquistadas. Pero esta fue contra un bajá, nombrado por la mis-

ma Puerta: ejemplo que despues seguido con harta frecuencia contribuyó mucho á la decadencia del poder otomano. El orígen de estas rebeliones fue, como en la monarquia árabe, la influencia del principio *material* de la espada y de la fuerza, ministras é intérpretes, segun el islamismo, de la voluntad de Dios; y si no se desmembró el imperio de los turcos como el de los sarracenos, fue por la institucion de los genízaros, que, aunque tal vez degollaban á los sultanes, los defendian siempre contra los gobernadores sublevados. Cusaim, bajá de Caramania, se rebeló en esta provincia, tomó á Conié, derrotó los ejércitos de los bajáes cercanos, y amenazó á Constantinopla. Su pretesto era la corrupcion de los consejeros del sultan, y la flaqueza de su gobierno dirigido por las mugeres del harem; lo que era verdad. La Puerta envió tropas contra él, y fue vencido, preso y castigado con el último suplicio; pero Scrivano, amigo suyo, emprendió vengarle, juntó un nuevo ejército, derrotó á los bajáes, y se declaró defensor de la fe en el Asia menor. Murió á los dos años de su rebelion; pero le sucedió en ella y en el poder su hermano menor, que venció de nuevo las tropas del sultan, se apoderó de Ancira, y llegó hasta las puertas de Bursa. Al fin esta rebelion se apaciguó, nombrando Mahomet á Zel Alí, uno de los gefes, bajá de Bosnia; pero tuvo que vencer á Jafer bajá, gobernador de esta pro-

vincia, para lograr la posesion de ella. No por eso dejó Scrivano el jóven de continuar la guerra civil en Asia hasta la muerte de Mahomet III, aunque no tan viva, porque Zel Alí, cuando hizo la paz con la Puerta, llevó consigo 12.000 hombres de las mejores tropas de los rebeldes. El rey de Persia, á favor de estas disensiones, tomó algunas plazas de las fronteras de Armenia, entre ellas á Táuris.

Toma de Pest por los austriacos. (1602.) En Hungría continuaba entretanto la guerra con vario suceso, aunque siempre mas favorable á los austriacos que á los otomanos. En 1600 se apoderó Ibrahim bajá de la plaza de Canisa, á la cual puso cerco con un ejército de 200.000 hombres. Al año siguiente resarció esta pérdida el duque de Mercœur, general de los imperiales, tomando á Alba Real, y derrotando á Hasan bajá, que acudió á socorrer la plaza; pero al año siguiente la recobró Hasan bajá, acometiéndola con un ejército de 150.000 hombres. La vuelta de este general á Constantinopla fue la señal de una sedicion de los genízaros, en vez de ser un dia de triunfo. Los rebeldes rodearon la sala del divan, exigieron que saliera el bajá, y le preguntaron: ¿por qué mientras estaba en Hungría, no se habian comprimido los movimientos de Natolia? Hasan temblando respondió: «Yo he cumplido mi obligacion en Europa: la rebelion de Asia tiene su orígen en la influencia de

la sultana y del Capi Agá.» Los genizaros exigieron que se presentase el sultan, y le pidieron la cabeza de su madre y del Capi Agá. Este fue entregado al furor de los rebeldes: en cuanto á la sultana, Mahomet prometió ponerla en prision, y el alboroto quedó sosegado. Poco despues se formó en la corte una conspiracion de los descontentos por el mal gobierno del sultan, con el designio de poner en el trono á Mahomet, su hijo mayor: entró en ella la sultana, madre de este príncipe; pero se descubrió la trama por haberse interceptado una carta de un eunuco á la princesa, y costó la vida á ella, á su hijo, á 50 conjurados y al astrólogo que les habia prometido éxito feliz en su empresa.

Entretanto los imperiales se apoderaban de Pest, plaza importante por estar enfrente de Buda, que era el centro del poder otomano en Hungría. Separa el Danubio á estas dos ciudades, y los turcos de ambas se comunicaban por un puente de barcas. Los austriacos lo rompieron por medio de un barco que á remo y vela, y favorecido de la corriente fue á chocar con él. Mientras el enemigo acudió á defender el puente, el conde de Schultz atacó á Pest, la entró, degolló la guarnicion, salió despues hácia el puente, atacó por la espalda á los turcos, y los degolló ó lanzó al rio. A pesar de esta victoria no pudieron los imperiales tomar á Buda, que fue socorrida por Hasan bajá, ni á Alba Real, aunque incendiaron sus arraba-

les; pero derrotaron en varios reencuentros los cuerpos otomanos con gran mortandad de estos, y tomaron la plaza de Hatwan, que dándose la mano con la de Pest, los hacia dueños del curso del Danubio hasta Buda.

En fin, cansado el sultan de una guerra tan desgraciada y dispendiosa, entabló negociaciones de paz: los plenipotenciarios se reunieron en Buda, y ajustaron treguas por doce dias. Pero aun no bien comenzadas las conferencias, murió Mahomet á los 44 años de edad y 9 de reinado, consumido del esceso de los deleites, á que se habia entregado, abandonando el cuidado de los negocios públicos. Fue el primer sultan que permitió á las mugeres influencia en el gobierno: tambien fue el primero que vió multiplicarse las sediciones de los genízaros, les entregó la sangre que pedian, y estipuló con sus vasallos rebelados. En su tiempo se verificó la primera rebelion de los bajáes. Derramó la sangre de su hijo y de su muger. Indigno de sus ascendientes, fue cobarde en la guerra, descuidado en la administracion, y solo activo para el placer, que aceleró su muerte. Su padre Amurates III, aunque mal príncipe, agregó alguna cosa al imperio en la frontera de Persia: Mahomet, á su muerte, lo dejó disminuido con mengua de la gloria otomana, y entregado á disensiones intestinas, cuyo funesto ejemplo se habia aprendido en su reinado.

Amed I. (1604.) Sucedió á Mahomet III

su hijo Amed, á la corta edad de 15 años; pero se manifestó mas digno de reinar que su padre. Quitó la influencia en los negocios á la sultana su abuela, que tanto poder habia tenido en el reinado de Mahomet: siguió la guerra con vigor contra los rebeldes de Natolia, y los obligó á refugiarse á Persia: rompió las negociaciones entabladas con los austriacos, no queriendo hacer la paz hasta que sus armas fuesen felices en Hungría, sostuvo á un mismo tiempo las guerras contra Austria y Persia, sosegó con dignidad las frecuentes conmociones de los genízaros: venció y castigó al bajá de Alepo, rebelado contra él, y no dejó las armas de la mano hasta que pudo hacer la paz con alguna ventaja.

Es imposible formar idea exacta de las calamidades que sufrió la infeliz Hungría. Devastada por trece años de una guerra desoladora y poco decisiva, en la cual no habia pueblo que no hubiese sido sucesivamente tomado por los alemanes, húngaros, turcos, tártaros, moldavos y válacos: espuesta á las continuas defecciones de los vaivodas de Valaquia, Moldavia y Transilvania, cuya debilidad los hacia mudar de alianza á merced de la fortuna, uniéndose un dia con el emperador, y sometiéndose al siguiente á los otomanos, esperaba de las últimas victorias de los austriacos algun reposo. El advenimiento de Amed y las discordias religiosas de los húngaros disiparon estas esperan-

zas. Habíase introducido en el reino el fermento de la religion reformada. Muchos nobles y paisanos adhirieron á ella: la dieta del clero reunida en Presburgo dió un decreto desterrando de Hungría, sopena de muerte, á los que profesasen la nueva religion; y al punto se formó un partido de mal contentos, cuyo gefe era Istivan Botskai, capitan húngaro de valor y esperiencia, que favorecido por los turcos, hizo mucho mas daño al Austria que todos los ejércitos de la Puerta.

En Transilvania se añadia á este fuego de la guerra religiosa las diferentes pretensiones al principado. El archiduque Matías lo solicitaba en virtud de la cesion hecha por Segismundo: Gabriel Batori, como pariente de este príncipe y protegido de la Puerta: Botskai aspiraba al trono del principado y del reino de Hungría; y el célebre Belen Gabor, gefe de los montañeses del Carpacio oriental, que eran los mas valientes de los transilvanos, peleaba con todos para hacerse dueño de la provincia.

En esta situacion de cosas, añadiéndose los males de la guerra civil y religiosa á los de la estrangera, ni habia planes de campaña, ni grandes operaciones militares: todo era confusion, sorpresa y latrocinio; pero los austriacos llevaron siempre lo peor desde que Amed subió al trono. En 1604 entró Hasan bajá en Hungría con poderoso ejército; y el comandante austriaco de Pest, no

creyéndose capaz de resistir, evacuó la plaza despues de haber volado las fortificaciones. Hasan bajá sitió á Gran; pero los generales Basta y Schultz le obligaron á levantar el sitio. Al año siguiente tomaron los imperiales la plaza de Palantwar: Hasan bajá se indemnizó tomando á Vacia, á Gran, que sitiaron con mas felicidad que en la campaña anterior, mientras Botskai, su aliado, sorprendia y perdia á Newhasel, devastaba las cercanías de Neustadt, y facilitaba á los turcos hacer correrías en Estiria y en Austria.

Paz de Comora. (1607.) Los austriacos eran poco felices en la guerra de Hungría; pero Amed necesitaba de todas sus fuerzas en Asia contra el bajá de Alepo, entonces rebelado y aliado de Persia, y contra esta potencia altiva por haber derrotado los ejércitos otomanos y penetrado en la Armenia turca. Asi que no fue dificil ajustar la paz. Juntáronse los plenipotenciarios en Comora, y se concluyó el tratado por veinte años. Las condiciones fueron: libertad de conciencia en Hungría: cesion de la Transilvania á Botskai, y despues de su muerte, si no dejaba sucesor, al archiduque Matías: cesion al Austria de la plaza de Vacia; pero los turcos conservaron la importante fortaleza de Gran. Estipulóse tambien que el kan de Tartaria y el rey de España fuesen comprendidos en la paz, si querian.

Botskai, incendio de su patria, murió poco despues; pero los turcos, en desprecio

del tratado de Comora, dieron el principado de Transilvania á Gabriel Batori, que se sostuvo en él con el auxilio de la Puerta contra las fuerzas del archiduque. Gabriel se hizo odioso por sus crueldades, fue asesinado por sus mismos soldados, y la Puerta nombró en su lugar á Belen Gabor, que era en efecto el gefe mas poderoso del pais.

Paz con la Persia. (1611.) Aunque Amed, libre de la guerra de Hungría, se halló en estado de volver todas sus fuerzas contra la Persia, fue desgraciado en esta guerra. A la verdad recobró la plaza de Bagdad, de que se habian apoderado los persianos; mas no pudo recobrar la Armenia oriental; y al fin tuvo que cederla en la paz. Es verdad que para dar una especie de satisfaccion al orgullo otomano, se obligó el rey de Persia á que la gobernase su hijo mayor con el título de *bajá de Tauris*, y á pagar un tributo anual de 200 cargas de seda.

Toma de Aden por los portugueses. (1613.) En esta época los vastos dominios de Portugal eran parte de la monarquía española. Una escuadra compuesta de buques de ambas naciones tomó y saqueó la plaza de Aden, colocada en el estrecho de Babel Mandel. Al mismo tiempo las escuadras de Malta, Nápoles y Florencia infestaban los mares del Archipiélago, interceptaban y robaban los tributos de Egipto, que iban por mar á Constantinopla, y saqueaban los pueblos indefensos de la costa. Los florentinos

se apoderaron del fuerte de Agliman, situado en la playa de Cilicia, embarcaron los cañones, destruyeron las fortificaciones y se llevaron 2 galeras y 8 buques que habia en el puerto, en venganza de haber robado los corsarios de aquel pueblo un navio toscano, degollando á 40 hombres de la tripulacion.

Revolucion de Moldavia. (1615.) Estévan, príncipe de Moldavia bajo la proteccion de la Puerta, ejercia crueldades inauditas sobre los boyardos: estos se sublevaron, pusieron en el trono á Alejandro, hijo de Jeremias, é imploraron el socorro de los polacos, que efectivamente se lo concedieron. La Puerta envió á Moldavia á Skinder bajá, que fue vencido por Alejandro con pérdida de 12.000 hombres; pero habiendo recibido nuevos refuerzos, y descontentos los polacos de Alejandro porque no permitia á sus aliados ser dueños del pais, venció las tropas moldavas y las auxiliares, puso un nuevo vaivoda, y obligó á Alejandro á hacerse musulman para conservar la vida. Estévan tuvo que hacer lo mismo: el sultan le acusaba de las crueldades que habia cometido y que fueron causa de la guerra.

Amed murió á los 29 años de edad y 14 de reinado, cuando se preparaba á hacer la guerra á los persas y polacos: á aquellos, por vengar la afrenta de haberles cedido una provincia: á estos, porque habian dado socorros á los boyardos rebeldes de Moldavia.

Mustafá I. (1617.) Mustafá, hermano me-

nor de Amed, le sucedió, porque los hijos de este tenian todavia muy corta edad; pero mostró tanta incapacidad desde los primeros dias que ocupó el trono, que el gran visir, apenas volvió del Asia, donde estaba mandando el ejército, de acuerdo con los grandes del imperio, le depuso, le encerró en el castillo de las siete torres, y colocó en el trono á Otman, hijo de Amed, que solo tenia 8 años.

Otman II. (1618.) El gran visir Alí bajá volvió al Asia, venció á los persas y los obligó á pedir la paz que les fue concedida, porque el ejército otomano carecia de víveres.

Guerra de Polonia. (1620.) Belen Gabor, aprovechando la ocasion de la guerra que los protestantes de Bohemia hacian al emperador de Alemania, se pone al frente de los de Hungría, toma el título de rey, hace alianza con los rebeldes, é implora los socorros de la Puerta, que se los prometió siempre que tuviese necesidad de ellos. Entretanto amenazaba la guerra por la frontera de Polonia.

Gaspar de Gratz, austriaco de nacion, proclamado vaivoda de los moldavos por la sublime Puerta, incurrió en la desgracia del divan, ofreció hacerse vasallo de la república de Polonia y reunir sus fuerzas á las de los polacos. Segismundo III, rey de Polonia, aceptó sus juramentos y sus ejércitos, á pesar de los consejos de Zolkiewski, uno de los

mejores generales de su siglo, hetman y canciller de la corona. Los ejércitos turcos marchan á Moldavia, enviados por un niño de 10 á 11 años; pero que en tan corta edad manifestaba los brios de los antiguos Amurates. Reúnese á ellos Joanbeg Gierai, kan de Tartaria, derrotan fácilmente al vaivoda, le hacen huir á Polonia, y dirigen todas sus fuerzas contra la república.

El gran Zolkiewski les sale al encnentro, los vence en un combate que se dió en Cecora, pueblo cercano al Pruth; mas no pudo triunfar del número de los enemigos y de la discordia de sus oficiales en una batalla general. Despues de perdida, apenas pudo reunir de 3 á 4.000 hombres. Resuelto á salvarlos ó á morir, formó con el inmenso número de carros que siguen siempre á un ejército polaco, un cuadrilongo de siete líneas, colocó la artillería al frente y á retaguardia de este campo atrincherado y móvil, y empezó su retirada á Polonia. El enemigo, admirado de su valor, le sigue con dificultad. Llegó Zolkiewski, despues de una marcha de seis dias y seis noches, á Colbita, ciudad distante dos leguas del Niester y cercana á las fronteras de su patria. Los criados del ejército, hombres codiciosos y turbulentos, que habian sido por su sedicion causa de la pérdida de la batalla, temerosos de los castigos que les esperan en Polonia, roban los caballos y el campamento, y huyen dejando á sus dueños entregados á la cuchilla de

los otomanos, que los esterminaron fácilmente. Zolkiewski pereció despues de haber dado muerte á un caballo que le presentaron para que huyese. Su bisnieto Juan Sobieski le vengó, 43 años despues, junto á Viena.

Alentados los turcos por este suceso, volvieron al año siguiente con un ejército de 300.000 hombres, mandado por Otman en persona, á pelear contra los polacos. Chodkievicz, sucesor de Zolkiewski, les salió al encuentro con 60.000 hombres de todas naciones, y se apostaron en Chotzim: tres veces fueron acometidos por los otomanos; tres veces los rechazaron. Entretanto los comisarios de la república proporcionan la paz á la Puerta. Los turcos la aceptaron, desconfiando de vencer, y viendo que en ella se les entregaba la fortaleza de Chotzim, llave de la Polonia por la frontera del Niester, la cual les hubiera costado mucha sangre, si hubieran tenido que conquistarla.

Pero los genízaros se indignaron de esta paz, creyéndola vergonzosa, y no correspondiente á los preparativos de la guerra. Otman, que en los años pueriles abrigaba ya los altivos afectos de su sangre, forma el proyecto de acabar con una milicia tan sediciosa; y para lograrlo, finge una peregrinacion á la Meca, con el designio de pasar al Asia, y desde alli acabar con los genízaros. Estos se sublevan, se oponen al viage del gran señor, piden la cabeza del gran visir,

le asesinan mientras les hacia un discurso para aplacarlos, deponen á Otman, sacan á Mustafá del calabozo donde vegetaba, y le colocan segunda vez en el trono. Daud bajá, su cuñado, es nombrado gran visir, y manda ahogar á Otman en la prision de las siete torres, donde le habian encerrado. Asi murió á los doce años de edad y 4 de reinado este príncipe que daba las mejores esperanzas, y cuyo único defecto era su demasiada niñez.

Mustafá restituido al trono. (1621.) En los 15 meses de su segundo reinado mostró Mustafá la misma incapacidad, el mismo abandono de los negocios públicos, que en el primero; solo que ejerció grandes crueldades en todos los que habian contribuido á su deposicion. Los genízaros y spahis estaban continuamente sublevados: la tropa de mar insultaba á los cónsules de las naciones europeas. En una sedicion de los spahis dieron muerte á Daud, el gran visir y asesino de Otman, con el pretesto de vengar la sangre derramada. Si Alemania y Polonia no hubiesen tenido entonces guerras y discordias intestinas, aquella hubiera sido la ocasion oportuna de debilitar el imperio turco.

En fin, la revolucion de un gefe llamado Abasa, en el Asia menor, dió el pretesto á los grandes y á las tropas para libertarse de su imbécil sultan. Abasa degollaba á todos los genizaros que habia á las manos. Un bajá, enviado contra él, apenas llegó á la presen-

cia del enemigo, vió desertarse casi todo su ejército. Los genízaros de Constantinopla se presentaron á su agá y al muftí, y les suplicaron que buscasen el medio de poner fin á aquellos males: los dos gefes del sacerdocio y de las tropas respondieron que estaban dispuestos á concurrir á la ruina de los rebeldes; pero que la incapacidad del gran señor inutilizaba todas las providencias que se tomasen para la gloria del imperio. Los genízaros se retiraron con esta respuesta á la mezquita de Soliman, celebraron una asamblea tumultuosa, y decretaron que subiese al trono Amurates, hermano de Otman, é hijo do Amed I; y que sin consecuencia para lo futuro, se renunciase al donativo que era costumbre dar á las tropas en el advenimiento de un nuevo emperador. El decreto de la fuerza armada fue ejecutado en el momento: Mustafá recibió la noticia de su deposicion con la mayor insensibilidad; y con la misma volvió al calabozo, donde fue ahogado poco despues.

Amurates IV el conquistador. (1622.) Los turcos le dieron este sobrenombre por la dificil y sangrienta guerra que sostuvo contra los rebeldes de Asia y contra los persas, de los cuales quedó al fin victorioso. Aunque se censuraron en él los defectos de la embriaguez y de la crueldad, bastante comunes en los príncipes de su familia, fue no obstante intrépido guerrero, monarca firme y administrador económico.

Los primeros años de su reinado fueron infelices. La sedicion de los genizaros era permanente: las dilapidaciones de Mustafá y de sus ministros habian agotado el tesoro: un cuerpo de 50.000 turcos, enviado como auxiliar de Belen Gabor para hacer una invasion en Hungría, fue destrozado por los austriacos, mandados por el conde de Esterhazi, y dejó en poder de los cristianos su bagage y el botin que habia hecho. Abasa, el rebelde del Asia menor, ocupaba casi toda la provincia de Natolia desde Erzerun á Bursa. Los tártaros de Crimea, irritados de la muerte que Mustafá habia mandado dar á Jehan beg, su kan, se negaron á reconocer á Mamud Gierai, nuevo gefe que les enviaba la Puerta, se declararon por su hermano Mahomet, y derrotaron al capitan bajá que desembarcó en Crimea con 8.000 hombres para sostener al cliente del divan. Los cosacos del Niester, aprovechándose de esta ausencia del almirante otomano, entraron en el Bósforo con una escuadra de 150 velas, y repitieron los depredaciones que en tiempo del imperio griego habian hecho los rusos en las cercanías de Constantinopla. En fin, el rey de Persia sorprendió á Bagdad, y dividiendo su ejército en cuatro cuerpos, invadió á un mismo tiempo la Mesopotamia, la Siria, las costas del mar Negro y la Arabia. Tal era la situacion crítica del imperio turco. El vigor de Amurates lo salvó.

Derrota de Abasa, y primer sitio de

Bagdad por los turcos. (1626.) El primer cuidado del sultan fue ganar á los genizaros, primero con los donativos que les hizo, para lo cual tuvo que pedir dinero prestado á los embajadores cristianos, y despues enviándolos contra Abasa, á quien aborrecian de muerte por las crueldades que habia cometido contra los de su misma milicia. El gran visir Mehemet bajá venció al rebelde en Cesarea, y le obligó á evacuar la Natolia y refugiarse á Erzerun; pero habiendo muerto él mismo en Tocat, no pudo aprovecharse de la victoria. Su sucesor Alí bajá sitió á Bagdad, y despues de cinco meses de cerco no pudo tomarla: por lo cual fue depuesto, y se dió el visiriato á Halil bajá. Al mismo tiempo quedó libre Amurates del cuidado que le daba la Hungría. En Alemania estaba encendida entonces la guerra de los 30 años, y el emperador asentó paces con Belen Gabor y con el sultan.

Sumision de Abasa. (1628.) En la campaña de 1627 se puso en marcha Halil bajá con un cuerpo de 150.000 hombres, y órden del sultan para tomar á Bagdad á toda costa. Separóse de sus instrucciones por complacer á los genizaros, que ardian en deseos de vengarse de Abasa, y puso sitio á Erzerun, plaza de armas de aquel rebelde. No solo se defendió Abasa con el mayor valor, sino haciendo una salida al frente de sus valerosos soldados, degolló la guardia avanzada del visir, infundió terror pánico á su ejér-

cito, lo obligó á huir, é hizo en él un gran destrozo.

El visir fue depuesto. Su sucesor Kosrou bajá, instruido por el ejemplo de su antecesor, se puso en campaña á la primavera siguiente con un gran parque de artillería gruesa, y batió tan violentamente los muros de Erzerun, que la guarnicion capituló al quinto dia. Abasa cayó en su poder, y fue enviado al sultan; y ya fuese por un artículo de la capitulacion ó por generosidad de Amurates, se le dió el gobierno de Bosnia con el título de Beglerbey, despues que hubo jurado fidelidad eterna al sultan.

En este tiempo se apoderaron los tártaros de Cafa, capital de Crimea; y para que la devolviesen fue necesario concederles el kan que pedian, y prometerles que en lo sucesivo no les daria la Puerta otro príncipe sino el que eligiesen ellos mismos. De este modo quedó libre Amurates de los enemigos interiores, y pudo ocupar todas sus fuerzas en la guerra contra el sofí.

Segundo sitio de Bagdad por los turcos. (1630.) Kosrou, despues de haber derrotado un cuerpo persa en las llanuras de Hamadan, entró en el Irak Arabi, recobró las fortalezas que los persas habian tomado en esta provincia, y puso sitio á Bagdad. Gastó el mes de setiembre en abrir las trincheras y hacer los aproches: despues plantó una batería de 18 cañones, con la cual batió, durante 25 dias, una de las cortinas. Abierta

la brecha, y pareciendo que los sitiados no podrian defenderla, los spahis, sostenidos por 30.000 genizaros, recibieron órden de dar el asalto. Era el foso ancho y profundo, y estaba cubierto de tablones, sobre los cuales habia céspedes verdes, que parecian continuacion de la llanura. Rompiéndose con el peso de los turcos que pasaban por ellos, mas de 5.000 hombres cayeron en lo profundo del foso, y allí perecieron. Al mismo tiempo se presentaron 15.000 persas en la brecha con cuatro cañones que no habian visto los otomanos, y sus descargas contínuas y las de la mosquetería de la plaza, causaron una gran pérdida á los sitiadores, y los obligaron á retirarse. Kosrou levantó el cerco, y se retiró á Mosul, perseguido de un cuerpo persa, que le mató 3.000 hombres. Contribuyó mucho al mal suceso de esta empresa la rebelion de Eli bajá, gobernador de Erzerun. El beglerbey de Natolia marchó contra él, le venció y prendió, y le envió á la Puerta, donde fue descabezado. Los persas, animados por el triunfo de Bagdad, pusieron sitio á Van, una de las metrópolis de Media, en la campaña siguiente; pero el beglerbey de Rumelia acudió con tropas europeas en defensa de aquella plaza, y los obligó á retirarse.

Guerra contra los drusos. (1631.) Una corta tregua con los persas dió lugar á los turcos para hacer guerra á Facrodin, emir de los drusos y maronitas del monte Líbano,

que se habian apoderado de las ciudades de Berito y Sidon. Reuniéronse para esta espedicion los bajáes de Damasco, Gaza, Alepo, el Cairo y Trípoli de Siria. El emir no tenia mas que 25.000 hombres. Dividiólos en dos cuerpos á las órdenes de dos hijos suyos. Alí, que era el mayor, atacó á los turcos con fogosidad, les causó mucha pérdida, pero murió la mayor parte de su gente: los bajáes le volvieron á atacar, le oprimieron con la superioridad del número, y no dejaron vivo á ninguno de los suyos. Alí fue muerto por un soldado á quien se rindió bajo la promesa de que su vida seria respetada. Fracodin, desalentado con estas pérdidas, rindió la plaza de Sidon, se retiró á Berito, fue perseguido en las montañas, y al fin hizo la paz con la condicion de que se le permitiria presentarse al sultan como vasallo y no como prisionero. Partió en efecto á Constantinopla, hizo grandes regalos á Amurates, y ganó su afecto; pero los ministros del sultan, envidiosos de su favor naciente, le acusaron de haber abrazado el cristianismo, y el emperador le condenó á muerte.

Conquista de Revan por Amurates. (1635.) Amurates hizo alianza con el gran Mogol para que asaltase las fronteras orientales del imperio persa, mientras él hacia lo mismo en el Tígris. Resolvió dirigir la guerra en persona, escarmentado del mal éxito que habian tenido los dos primeros sitios de Bagdad; pero en esta primer campaña no hizo

otra cosa que apoderarse de Revan y reedificar las fortificaciones de Táuris, que habia vuelto al poder de los turcos.

Entretanto nuevas convulsiones se preparaban en Transilvania. Muerto Belen Gabor, aspiraron al principado de aquella provincia Estévan Belen y Jorge Ragotski, protegido aquel por Amurates, y este por Fernando II, emperador de Alemania. Triunfó en esta lid el valor de Ragotski: con pocas fuerzas destruyó en varios reencuentros un cuerpo de 25.000 turcos: la Puerta, ocupada en la guerra de Persia, le reconoció por vaivoda de Transilvania con tal que restituyese á Estévan las tierras que le pertenecian. La toma de Revan fue celebrada en Constantinopla con cuatro dias de regocijos; pero entre aquellas alegrías fueron muertos Bayaceto, y Orcan, hermano de Amurates. Sin duda este príncipe envió ó dejó órden tan inhumana, pero habitual en los sultanes, para quitar todo pretesto ó medio de rebelion á la milicia turbulenta de la capital.

Toma de Van por los persas. (1636.) Apenas Amurates, dejando el ejército en cuarteles de invierno, se volvió á Constantinopla, fue conocida su falta en los sucesos de la guerra, infelices para los turcos. Los persas, acobardados por la presencia del sultan, juntaron un poderoso ejército despues que partió, y sitiaron á Van. La guarnicion de esta plaza se defendió con estraordinaria intrepidez: los sitiadores no lograron ninguna

ventaja considerable en cuatro meses de cerco, á pesar de los muchos asaltos que dieron. Pero habiendo muerto el gobernador Abasa bajá, guerrero hábil y valiente, los turcos se desanimaron, los persas redoblaron los asaltos, tomaron á Van en uno de ellos, y mataron á todos los turcos de la guarnicion. Despues sitiaron á Revan; pero no pudieron tomarla. Amurates indignado envió al gran visir contra Bagdad: el ejército sublevado rehusó pasar de Erzerun, pidió la cabeza de un lugarteniente del visir, que en ausencia de este habia sentenciado al último suplicio á un bajá y á algunos spahis y genízaros, y fue necesario concederla para terminar la sedicion. En fin, un cuerpo turco que marchó para sorprender uno de los cuarteles de los persas, por la traicion del guia cayó en una emboscada y perdió en ella 15.000 hombres.

Toma de Bagdad por Amurates. (1637.) A estas desgracias se añadió la pérdida de Azof, plaza fuerte de Circasia en la desembocadura del Don, que cayó en poder de los rusos y cosacos: los cuales, conociendo la importancia de aquella ciudad que domina el mar del mismo nombre, repararon las antiguas fortificaciones, y construyeron otras nuevas.

Amurates, conociendo la necesidad de concluir la guerra de Persia con un golpe decisivo, sabiendo que el sofi habia marchado al opósito del gran Mogol con un ejército de 120.000 hombres, pasó al Asia con

todas las fuerzas otomanas disponibles, y puso sitio á Bagdad. Durante treinta dias batió las murallas y los fuertes: dió despues el asalto que duró tres dias y tres noches, y que costó la vida al gran visir, pero que al fin puso la ciudad en poder de los turcos. Los 25.000 hombres que quedaban de la guarnicion, se refugiaron al castillo: los turcos le asaltaron, entraron en él, y no dejaron vivo uno solo de los defensores. Ascendió á 70.000 hombres la pérdida que hubo de ambas partes en este sitio memorable y sangriento. La conquista de Bagdad puso fin á la guerra de Persia: el gran sofí humillado pidió la paz, y Amurates se la concedió, quedando las fronteras de los dos imperios casi las mismas que antes de la guerra.

Entretanto Capelo, comandante de una escuadra veneciana, habiendo observado que los corsarios de Berbería, despues de saquear las costas de Italia, se habian retirado á Valona, puerto de Albania, perteneciente á los turcos, despues de tenerlos bloqueados durante un mes, los acometió atrevidamente en el puerto mismo, y se apoderó de diez y seis de sus bajeles. El caimacan, ó ministro de negocios estrangeros, se quejó al bailío de Venecia en Constantinopla de esta infraccion de la paz. El bailío alegaba que en el último tratado se habia estipulado espresamente que «los corsarios no podrian ser admitidos en los puertos del gran señor, sin que antes hubiesen dado seguridades de

no apresar á ningun súbdito de la república:» pero el caimacan insistió en que Venecia restituyese las galeras apresadas: el sultan, cuando volvió á Constantinopla, se manifestó tan indignado, que mandó dar muerte á todos los venecianos que habia en sus dominios, órden bárbara, cuya ejecucion retardó trece dias el gran visir hasta que se mitigó la ira de Amurates. En fin, este negocio se transigió en 250.000 zequíes que pagó la república.

Dos años despues de la toma de Bagdad murió Amurates, de resultas de un banquete, en que tanto él como su favorito bebieron con esceso vino y otros licores fuertes. No puede dudarse que este príncipe poseia dos cualidades, el vigor y la actividad, muy recomendables siempre, y entonces necesarias, atendida la situacion en que halló el imperio. Su economía llenó el tesoro, que Mustafá habia dejado exhausto: su firmeza reprimió el espíritu sedicioso de las tropas, contuvo en la paz á las potencias cristianas y terminó con gloria la guerra peligrosa que sostuvo contra los persas. Pero la embriaguez y la crueldad afearon tan importantes cualidades.

Los historiadores turcos cuentan de la manera siguiente el principio de su aficion al vino. Un dia que, segun su costumbre, se paseaba disfrazado por la ciudad para conocer por sí mismo el estado del pueblo y de las tropas, halló un hombre tendido en el

lodo y borracho. Se acercó á él, creyendo que estaba loco, y Mustafá (asi se llamaba el borracho) le dijo que se apartase, y añadió á este mandato algunas palabras injuriosas. El sultan, viéndose maltratado, le dijo: «Cómo te atreves á insultar de ese modo á mí, que soy el sultan Amurates?» «Pues yo soy Mustafá el borracho; y si quieres venderme esta ciudad, yo seré el sultan y tú Mustafá.» «¿Y dónde has de hallar el dinero necesario para comprarla?» «Tengo con que comprar hasta *al hijo de la esclava.*» (Este nombre dan los turcos á los sultanes, porque todos son hijos de esclavas.) Amurates mandó trasportar á Mustafá á su palacio. Cuando se disipó la embriaguez y le contaron su conversacion con el sultan, cuya crueldad era notoria, se creyó muerto; pero la necesidad le sugirió una estratagema. Pide vino, le dan un cántaro, le cubre con su ropa, y cuando Amurates le envió á llamar, se presenta. El sultan le pide muchos millones por Constantinopla: Mustafá le presenta el cántaro como un tesoro precioso, le persuade á que beba, Amurates se embriaga, y le agrada tanto su descubrimiento, que desde entonces bebió con esceso todos los dias. Si el hecho no es cierto, la narracion puede servir para mostrar de qué manera escriben los turcos la historia.

Amurates aborrecia el tabaco y el opio, tanto como gustaba del vino; y mató con su propia mano á muchos que eran entregados

á aquellos vicios. Sin embargo, un fumador, llamado Tiriaki, se libertó por un rasgo ingenioso de adulacion. No pudiendo renunciar al tabaco, abrió un foso profundo, cubierto de céspedes con pequeñas aberturas, y allí se retiró á fumar Amurates le sorprendió en su escondrijo, y sacó la cimitarra para matarle. El impertérrito fumador le dijo sonriendo: «Vete de aqui, hijo de la esclava. Domina todo el mundo, y deja en paz las mansiones subterráneas.» El sultan se rió y le concedió el privilegio de fumar.

Se dice que en los 17 años de su reinado mandó matar 14.00 personas, entre ellas muchos generales é individuos de alta clase. Fueron víctimas de su crueldad dos de sus hermanos; y si no dió la muerte á Ibrahim, que tambien lo era, fue porque su madre le salvó dos veces la vida. Amurates murió á los 31 años de edad.

Ibrahim. (1639.) Ibrahim, hermano de Amurates, y único resto de la familia otomana, esperaba en su calabozo la muerte, cuando vinieron para elevarle al trono. No dando crédito á lo que le decian desde fuera, puso delante de la puerta todos los muebles de su cuarto, resuelto á defenderse hasta el último estremo; y no se convenció de la verdad hasta que le trajeron allí mismo el cadáver de su hermano.

Este príncipe fue proclamado sultan á la edad de 23 años. Era estúpido, imbécil, y dado estraordinariamente á la lascivia. Go-

bernaron por él su visir y la sultana favorita. La conquista de gran parte de la isla de Candía hizo glorioso su reinado.

Reconquista de Azof. (1642.) Los piratas cosacos infestaban el mar Negro y turbaban la navegacion del Bósforo. La Puerta, convencida de que no cesarian sus depredaciones mientras fuesen dueños de Azof, envió una escuadra y un ejército para tomarla en 1641. Sitiada la plaza, dieron los turcos repetidos asaltos durante 7 dias; mas no pudieron ganar una pulgada de terreno, y hubieron de retirarse despues de haber perdido mas de 20.000 hombres.

Al año siguiente volvieron con fuerzas tan superiores, que los cosacos, no esperando auxilio de los rusos, cuyo czar habia hecho paces con los turcos, perdida la esperanza de defender la ciudad, la abandonaron despues de arruinadas las fortificaciones.

En este tiempo renovó la Puerta los tratados de paz con Persia y con el emperador de Alemania; pero á pesar de ellos los turcos de Hungría intentaron sorprender á Raab, introduciendo en la plaza soldados vestidos de paisanos, amontonados en carretas y cubiertos de heno. Un oficial de la guarnicion que habia salido á caza aquel dia, vió á lo lejos una partida de turcos, y se volvió con prontitud á dar parte al gobernador. Al entrar en Raab, observó las carretas cargadas de una manera diferente de la usual, entró en nuevas sospechas, avisó á los ofi-

ciales, y apenas entraron las carretas se echó el rastrillo, y se descubrió la traicion. La guerra cruel que los suecos hacian al emperador de Alemania, le obligó á disimular su resentimiento por aquella perfidia.

Principios de la guerra de Candía. (1644.) Seis galeras de Malta acometieron á un navio otomano que iba á Egipto llevando á su bordo personages distinguidos, entre ellos un niño, hijo de Ibrahim, al cual la sultana favorita habia hecho salir del serrallo, porque notó que el sultan le preferia á su hijo Mahomet. Despues de un combate ostinado, el bajel se rindió: los malteses lo llevaron al puerto de Candía, dieron al gobernador parte de la presa, y se llevaron los demas. El niño, educado en Malta en la fe de Jesucristo, se distinguió por su piedad, entró en la religion de santo Domingo, y fue célebre en la Europa cristiana con el nombre de *Padre Otomano.*

La Puerta, ofendida de este suceso, meditó desde entonces la conquista de Candía y la guerra contra los venecianos, que fue célebre, larga y sangrienta. Candía era entonces el único antemural de la cristiandad en los mares de Levante. La superioridad marítima de los venecianos sobre los turcos despues de la batalla de Lepanto, hizo difícil la conquista; pero la Puerta, con aquella perseverancia paciente que ha caracterizado en todos tiempos su política, despues

de espediciones malogradas y derrotas navales, volvia de nuevo á su empresa, favorecida por lo imposible que era á los venecianos bloquear los Dardanelos en invierno; enviaba refuerzos y ejércitos á Candía, y no apartaba su mano ni su atencion de la guerra, hasta que finalmente triunfó de la república, y añadió á sus dominios aquella importante isla.

En esta época las damas del harem, que dominaban á Ibrahim siempre encerrado entre ellas, tenian la costumbre, para aumentar su lujo á poca costa, de enviar galeras á los Dardanelos, y exigir de grado ó por fuerza las mas ricas telas y joyas que traian los navios mercantes europeos, sin ajustar el precio, y las mas veces sin pagarlo. Tomas Béndish, embajador de Inglaterra, se quejó al gran visir de esta vejacion; y viendo desatendida su demanda, se valió de un uso, antiguo entre los turcos, para alcanzar justicia. Todos los que se presentan al gran señor con fuego sobre la cabeza, llegan hasta él, y nadie es osado á impedirle que se presente y esponga sus quejas. El ministro ingles mandó quitar los cañones y cerrar las troneras de 13 buques ingleses que estaban en el puerto de Gálata: puso braseros con fuego en las gabias, y de este modo se presentó con ellos y ancló á la vista del serrallo. Amedrentado el visir, mandó darle inmediatamente una buena suma de dinero, y le prometió satisfaccion entera, suplicándole que

quitase los braseros y se retirase de aquel punto.

Toma de Canea. (1645.) La escuadra turca, mandada por el capitan bajá, ó grande almirante de la Puerta, dió la vela de los Dardanelos el 30 de abril, se detuvo en la isla de Quio, hasta que se declaró en Constantinopla la guerra contra Venecia, y pasó despues á Candía, donde desembarcó un ejército de mas de 60.000 hombres que llevaba á bordo. Sitiaron por mar y tierra á Canea, fortaleza la mas importante de la isla despues de Candía su capital. Los venecianos, á pesar de su actividad, no pudieron socorrerla á tiempo. Las tropas que habia en la isla, fueron vencidas fácilmente y se encerraron en las plazas; y Canea, despues de haberse defendido 50 dias, cayó en poder de los turcos.

Toma de Rétimo. (1646.) Desde el invierno de este año la escuadra veneciana, mandada por Gerónimo Morosini, bloqueó á Canea; y una division á las órdenes de su pariente Tomás Morosini, los Dardanelos. Esta campaña de invierno agotó las fuerzas de la tripulacion veneciana: Tomás, viendo su debilidad, el aumento de las fuerzas navales otomanas, y que no le llegaban los refuerzos que habia pedido, abandonó su apostadero y se reunió con Gerónimo. La escuadra turca pasó á Canea, y la veneciana á Suda; y aunque esta última fue reforzada por dos divisiones, una española y otra france-

sa, naciones que se hacian la guerra en occidente, pero que pelearon unidas como auxiliares de la república, no hicieron los venecianos ningun movimiento contra los turcos. Estos eran superiores por tierra. Capelo, comandante de la isla, no pudo impedir el sitio de Rétimo, plaza que se entregó á los turcos el 23 de noviembre.

Al año siguiente Grimani, sucesor de Capelo, dió mas actividad á la guerra marítima. La escuadra turca se habia retirado á invernar á Negroponto. Capelo la acometió, la echó de allí, de Quio y Mitilene, adonde se refugió sucesivamente, y la obligó á entrar en los Dardanelos. En la campaña de Negroponto hubo una accion militar muy ilustre. El buque que montaba Tomas Morosini, se separó de la escuadra veneciana, impelido del viento: 45 galeras turcas salieron á apresarle, viéndole solo. En ellas venia el capitan bajá. Morosini se defiende como un leon: cae muerto de un tiro de fusil; pero la tripulacion resuelve defenderse hasta el último estremo. Tres galeras enemigas se habian aferrado al navio, y ya los turcos habian subido á él, cuando aparecen repentinamente un navio y dos galeras venecianas, llamados por el estruendo del cañon. Renuévase el combate: cuatro galeras turcas dieron sobre la costa, casi destruidas: el capitan bajá Muza fue muerto de un cañonazo, y la victoria quedó por los venecianos.

Ibrahim, arrancado del seno de los delei-

tes por la noticia de estos reveses, mató al gran visir con su propio puñal, y confiscó los bienes de Muza, que habia muerto sirviéndole, en castigo de haber perdido la batalla. El nuevo gran visir, temiendo la suerte de su antecesor, envió una escuadra á Candia, la cual desembarcó 9.000 turcos en aquella isla, y se volvió á los Dardanelos, valiéndose de las sinuosidades del Archipiélago, sin mas pérdida que la de dos galeras. En Dalmacia los venecianos se apoderaron de muchas plazas, entre ellas de Clisa, é hicieron que los morlacos, pueblo semibárbaro de aquellas montañas, se rebelase contra el gran señor, y se pasase á su partido.

Principio del sitio de Candia. (1648.) La escuadra veneciana navegaba hácia los Dardanelos: asaltada de una furiosa tempestad, perdió 28 buques que se sumergieron en la mar, entre ellos la capitana con el valeroso Grimani. Este desastre, que la redujo á la mitad de su fuerza, no impidió á Bernardo Morosini bloquear los Dardanelos, é impedir al capitan bajá, que tenia 40 galeras, la salida al Archipiélago. Moncenigo, sucesor de Grimani, se encerró en Candia, cuyo célebre sitio, que duró 20 años, comenzaban entonces los turcos. No era posible cortarles la comunicacion con todos los puntos de donde recibian refuerzos. Las costas de Grecia y del Asia menor, y las islas del Archipiélago les servian de puentes para enviar á Candia destacamentos poco numerosos, pero muy

frecuentes que burlaban la vigilancia de los cruceros venecianos. Jusuf bajá, comandante del sitio de Candía, mandaba 30.000 hombres. Abierta brecha, dió tres asaltos infructuosos: al cuarto logró plantar sus banderas en tres diferentes partes de la muralla. Peleábase con igual encarnizamiento por entrambas partes, cuando la esplosion fortuita de unos barriles de pólvora hace temer á turcos y venecianos que el baluarte estaba minado, y bajan todos á seguir la batalla al interior de la ciudad. Un oficial encuentra á Moncenigo y le dice: «Todo está perdido: los turcos han entrado en la plaza.» El valiente general le responde: «Vamos á morir con las armas en la mano.» Reune soldados y ciudadanos, arroja á los turcos hácia la brecha, y llena los fosos de cadáveres. Esta accion heróica costó á los otomanos 20 años de guerra. En los seis primeros meses del sitio perdió Jusuf 20.000 hombres; y en vez de seguir sus ataques contra la plaza, se atrincheró en su campamento. Moncenigo, asegurada la ciudad de Candía, se embarca en algunas galeras, entra en el puerto de Suda, obliga á los turcos á abandonar el cerco de esta plaza, y destruye las obras del sitio.

Al año siguiente fue depuesto Ibrahim. La lascivia, que era su vicio dominante, fue la causa de su ruina. Habíanle celebrado los ministros de sus deleites la estraordinaria belleza de una hija del mufti: pidióla en casamiento; y ella, instruida por su padre que

conocia la veleidad de Ibrahim, y no queria esponerla á los odios de las otras sultanas, rehusó la mano del emperador. Ibrahim irritado mandó robarla cuando voliese del baño, la tuvo en su poder algunos dias, y la envió despues á su padre con espresiones injuriosas. El muftí, conjurado con el agá de los genízaros y otros personages distinguidos, entre ellos la misma sultana madre, que consintió en que se encerrase algun tiempo á su hijo para corregirlo, movió una sedicion de los genízaros que obligaron al sultan á dar muerte al visir, y poner en su lugar á Mahomet bajá. Al dia siguiente acudieron los sublevados á casa del muftí, y le pidieron su *fetfa* ó decision religiosa para deponer á Ibrahim, como injusto y tirano. El muftí dió por declaracion, que el *sultan compareciese ante la justicia para dar cuenta de su conducta*. Los genízaros, ejecutores de esta sentencia alcoránica, hubieran despedazado á Ibrahim, si su madre no le hubiese salvado. Encerrado en su antigua prision, su enojo y pesadumbre fue tal, que se daba con la cabeza contra las paredes. Cuatro mudos entraron, y terminaron con el dogal su vida, su desesperacion y su oprobio.

Mahomet IV. Batalla naval de Focea. (1649.) Mahomet IV, hijo de Ibrahim, fue proclamado sultan á la edad de siete años. Un consejo de doce bajáes, presidido por la sultana su madre, dirigió los negocios

del imperio durante su menor edad.

Los primeros dias de su reinado fueron infelices por la victoria naval de Focéa, que Santiago Riva, almirante veneciano, consiguió de los turcos. Bloqueaba el estrecho de los Dardanelos con 20 bajeles, cuando desembocó por él la escuadra turca que era de 80. No creyéndose bastante poderoso para impedirle la salida, se redujo á perseguirla. El capitan bajá, cuyo único designio era llevar refuerzos al ejército de Candía, evitó el combate, costeó el Asia menor, y ancló en la rada de Focéa para reunirse con una escuadra auxiliar, compuesta de galeras berberiscas, que le esperaban en Esmirna. Riva le atacó en la misma rada, y le hizo perder 15 galeras y 7.000 hombres: mas no bloqueó el puerto, como debiera; de modo que el capitan bajá se reunió con los navíos de Esmirna, y desembarcó en Canea las tropas que esperaba Jusuf para continuar el sitio de Candía, cuyas operaciones fueron tan vivas en esta campaña, que un mismo baluarte fue perdido y recobrado cuatro veces.

Al mismo tiempo los piratas cosacos infestaban las playas del mar Negro, y el conde de Forgatz, general del emperador de Alemania, venció cerca de Buda á los turcos, que hacian incursiones en la Hungría austriaca.

En la campaña siguiente no lograron los turcos mas ventaja que derrotar y hacer prisionero un cuerpo veneciano que salió de

Candía para reforzar la guarnicion de Setia. El gobernador de esta plaza, próxima á caer en poder de los turcos, voló las fortificaciones, y se retiró con su tropa á la capital de la isla.

Batalla naval de Paros. (1651.) La escuadra turca se atrevió á salir de los Dardanelos. Moncenigo, generalísimo de la república, la encontró en las aguas de Paros, y la venció. Dos galeazas, mandadas por Tomas Moncenigo y Lázaro Moncenigo, penetraron en la línea enemiga, y la desbarataron de tal modo, que cuando llegó el generalísimo con el cuerpo de la escuadra, estaba casi concluido el combate. Los turcos perdieron un navío de 60 cañones y otros nueve de menor tamaño que fueron apresados, cinco buques incendiados y 45.000 prisioneros. Mas no se pudo evitar que las reliquias de la escuadra vencida llegasen á Canea y desembarcasen tropas. La Puerta sacrificaba su marina por conservar un ejército en Candía.

Entretanto una sublevacion de los genízaros, que se creyó promovida por la sultana madre de Ibrahim y abuela de Mahomet, fue reprimida, y enviado á aquella princesa el cordon fatal. En esta época el objeto del odio de los genízaros eran los spahis.

Kiuperli, gran visir. (1655.) En las campañas de 1654 y 1655 fueron vencidas las escuadras otomanas á la salida de los Dardanelos con gran pérdida; mas á pesar del valor

de los marinos venecianos, el resultado era constantemente el mismo. Siempre quedaban á los turcos despues de la derrota bastantes buques para enviar tropas á Candía que continuasen el sitio.

Cada estrago de la marina otomana producia en Constantinopla una rebelion de los genízaros; pero la de 1655 produjo una revolucion en el imperio. En ella fue elevado al visiriato Mehemet Kiuperli, que era bajá de Damasco, hombre de nacimiento oscuro, pero de gran talento y firmeza. Fue el único entre los turcos que transmitió á sus descendientes la dignidad de gran visir. Elevado al poder por una faccion, supo dominarlas á todas, tranquilizó la capital, y se dedicó con tanta energía á las operaciones militares, que destruida una escuadra turca por los venecianos, ya tenia preparada otra para disputarles el imperio del mar.

En efecto, Lázaro Moncenigo destruyó en 1656 una escuadra otomana de 98 buques, que desembocó por los Dardanelos. En esta terrible batalla perdieron los turcos 10.000 muertos, 5.000 prisioneros, 84 buques y las islas de Ténedos, Lemnos y Samotracia que ocuparon los venecianos; pero cuando Lázaro iba á tomar el mando de la escuadra, curadas las heridas que habia recibido en el combate, halló que otra armada turca mas considerable se habia ya reunido en la Propóntide, y que las costas de los Dardanelos estaban ocupadas por 50.000 hom-

bres para impedirle el paso del estrecho.

Batalla naval de los Dardanelos. (1657.) La prevision del gran visir no fue vana; pues el plan de Lázaro era nada menos que bombardear á Constantinopla. La escuadra turca se le anticipó acudiendo al estrecho el 17 de julio; y empeñando el combate, que aunque sostenido por los otomanos con gran vigor, se decidió á favor de la habilidad contra el número. Cuando llegó la noche habian perdido los turcos 20 bajeles. Lázaro pensaba destruir al dia siguiente la escuadra enemiga, atravesar la Propóntide, y anclar junto á Constantinopla. Las corrientes y las olas le impidieron dos dias llegar á los enemigos, que se habian refugiado á las radas de los Dardanelos. Al tercero, sosegado el mar, entra por el estrecho á pesar de los fuegos de los castillos; pero la capitana, que montaba, se incendia por un descuido, una verga cae sobre él y le rompe la cabeza, y poco despues se vuela el navío y los 500 hombres de su tripulacion.

La escuadra veneciana se retiró á reparar sus averías. Los turcos desembarcan en las islas que habian tomado los venecianos, y las recobran; y el fruto de la victoria fue para los vencidos.

Guerra con el Austria. (1660.) Esta guerra tuvo por origen las pretensiones á la soberanía de Transilvania, cuyos vaivodas pasaban con mucha frecuencia del partido de los austriacos al de los turcos. Halil bajá, co-

mandante del ejército otomano por enfermedad del gran visir, penetró en Hungría y sitió y tomó á Varadin. En la campaña siguiente derrotó al general Montecuculi, á quien se habian reunido los transilvanos, sublevados entonces contra la Puerta, nombró príncipe de Transilvania á Miguel Apafi, y sitió á Clausemburg, aunque no pudo tomarlo. Entretanto murió el gran visir de apoplegía, y por recomendacion suya nombró el sultan por sucesor á su hijo Amed Kiuperli, heredero del talento y actividad de su padre.

En 1663 entró Amed con poderoso ejército en Hungría, tomó la importante plaza de Neuhausel, y otros varios castillos; pero vencido al año siguiente por el conde Soisé y por Montecuculi en el paso del Raab, donde se ahogó la mayor parte de su ejército, dió oidos á las proposiciones de paz, que se concluyó, conservando la Puerta las plazas de Varadin y Neuhausel, y la soberanía de Transilvania, y restituyendo al emperador los condados de Zatmar y de Záboli. Esta corta guerra, anuncio de la terrible lid en que pocos años despues estuvo para arruinarse la potencia austriaca, no se terminó tan prontamente, sino porque era imposible á los turcos atender á un mismo tiempo á Hungría y á Candía. Asi es que la guerra contra los venecianos se hizo muy flojamente en los cuatro años que duró la del Austria. Los almirantes de la república destruyeron dos escuadras otomanas, una junto á Sámos

y otra en las aguas de Tinos; mas no por eso levantaron los turcos el sitio de Candía. En 1660, hallándose Luis XIV en paz con la casa de Austria, envió á los venecianos un cuerpo auxiliar de 4.000 hombres: 1.500 murieron en un combate con los turcos, y las enfermedades hicieron inútil el valor de los demas.

Sitio de Candía por el gran visir. (1667.) Libre la Puerta de la guerra de Hungría, y teniendo medios de enviar refuerzos á Candía, á pesar de la superioridad marítima de los venecianos en el Archipiélago, cuando sus fuerzas en aquella isla llegaron á 70.000 hombres, pasó á mandarlos el visir Amed Kiuperli, estrechó el cerco de la capital, y empezó la sangrienta lid de tres años que hizo aquel sitio el mas famoso de los tiempos antiguos y modernos.

Era capitan general de los venecianos Francisco Morosini, uno de los primeros héroes de su siglo en prudencia y valor. Al principio de este último sitio fue su segundo el marques de la Ville, comandante de las tropas auxiliares del duque de Saboya. Caballeros de Malta, soldados del sumo Pontífice y voluntarios de toda Italia acudieron á militar bajo sus banderas; pero escepto el papa, ninguno de los aliados de Venecia la socorrió con la debida actividad en su infortunio. A la verdad, Luis XIV envió socorro dos veces á Candía: uno en 1668 con el duque de la Feuillade: otro mas numeroso en

1669 con el duque de Navailles en una escuadra mandada por el duque de Beaufort. Pero la fogosidad francesa hizo inútiles ambos auxilios. En vez de someterse al valor prudente de Morosini, apenas llegaban se preparaban á hacer salidas contra los turcos, sin que los contuviesen los sabios consejos del capitan veneciano. El duque de Feuillade causó mucho daño á los turcos; pero perdió la mayor parte de su gente. El de Navailles, que llegó al fin del sitio, acomete con denuedo á los enemigos: una esplosion de algunos barriles de pólvora parece á él y á los suyos la de una mina: se retiran amedrentados, fue necesario que Morosini comprometiese toda su guarnicion para salvarlos: la escuadra francesa cañonea el campamento enemigo que le responde con vigor, y le vuela un navío de 70 cañones.

La espedicion francesa evacuó á Candia: siguiéronla todos los aliados, y la pérdida de la plaza fue inevitable. Los turcos, cuya tenacidad paciente aseguró el triunfo, habian arruinado un bastion en la campaña de 1668, y se habian alojado en una parte de él. Los enemigos que ocupaban la opuesta, lo vuelan por medio de una mina, y pereció en la esplosion un gran número de otomanos. Amed, con su flema acostumbrada, envia tropas para limpiar el terreno. Cada esporton de escombros costaba una vida; pero al fin logró quitarlos todos, y dejar abierta la plaza por aquella parte.

Capitulacion de Candía, y paz entre turcos y venecianos. (1669.) Al fin Morosini reconoció que era fuerza capitular; pues no le quedaban tropas para resistir á un nuevo asalto; pero tan hábil político como valiente general, convirtió la capitulacion de una plaza rendida en una paz honorífica para su nacion. A la verdad, no tenia poderes de la república para tanto; mas no temió esta responsabilidad, si hacia un grande bien á su patria. El visir le concedió cuanto quiso, loco de contento con haber logrado la empresa de Candía, que ponia bajo el dominio de la Puerta todos los mares desde Malta hasta Siria.

Las condiciones de la paz fueron : 1.ª, que los venecianos evacuarian la ciudad de Candía cuando tuviesen proporcion de embarcarse, dejando solamente en ella la artillería que tenia al principio del sitio: 2.ª, que conservarian en la isla los tres puertos de las Grabusas, Spinalonga y Suda, con las islas que dependen de ellos, como tambien las plazas que habian conquistado en Dalmacia, señaladamente la fortaleza de Clisa. El tratado se firmó el 6 de setiembre : la Puerta y la república lo ratificaron, y los venecianos salieron de la plaza de Candía el 27 del mismo mes. Bastaron 15 buques y 40 chalupas para trasportar los restos de aquella guarnicion valerosa.

Asi concluyó el memorable sitio Candía. Costó á los venecianos 30.985 hombres, á los

turcos 118.754. Sufrió la ciudad 56 asaltos: hubo 45 combates subterráneos: los cristianos hicieron 96 salidas; volaron 1173 minas, y los turcos 472: los primeros consumieron 50.317 barriles de pólvora, lanzaron 48.117 bombas, 100.960 granadas de fundicion, 84.874 de vidrio, 276.743 balas de cañon, y 1.844.957 libras de plomo.

Guerra contra Polonia: toma de Caminiec. (1672.) La Polonia se hallaba entonces espuesta á todas las calamidades que trae consigo la libertad anárquica y la monarquía electiva. Despues de la abdicacion del rey Juan Casimiro, el último de la familia de los Jagelones y de los Vasas, fue elegido rey, despues de muchas dietas tempestuosas, Miguel Coribut, de una familia principal del reino, rica en otro tiempo, pero reducida entonces á la pobreza por la rebelion de los cosacos en el reinado de su antecesor: rebelion, cuyo orígen fue la crueldad de los señores contra los paisanos.

La Ucrania, colocada entre el Niester y el Nieper, era una de las provincias mas importantes del reino de Polonia. Puesta entre los estados del gran señor, del kan de los tártaros y del czar de Moscovia, y habitada por las tribus de los cosacos, hombres valerosos y aguerridos, restos, segun parece, de los mogoles que bajo Timur bek invadieron aquel pais, servia de antemural contra las tres potencias mencionadas. Las casas mas principales de Polonia poseian inmensos

territorios en aquella provincia, y ejercian sobre los aldeanos el mismo derecho de señorío que en los siglos feudales tenian los barones sobre los esclavos del terruño; de modo, que los mismos cosacos, defensores intrépidos de la república en tiempo de guerra, estaban sometidos en el de paz al dominio y al azote de los intendentes de sus señores, que por lo comun eran judíos, dispuestos á vengar en los infelices trabajadores el envilecimiento civil y político que ellos mismos sufrian. Uno de los señores que trataban con mas crueldad á sus vasallos, fue el príncipe Jeremías. Los cosacos se sublevan: empieza una guerra de esterminio entre ellos y los polacos. Una parte de Ucrania, la mas cercana á Rusia, implora el auxilio del czar Aléxis, padre de Pedro el grande, digno de su hijo, y siempre dispuesto á aprovecharse de los yerros de los polacos para estender su dominacion: otra parte hace alianza con los tártaros, y penetra en Polonia. El valeroso Juan Sobieski los vence, arroja á los tártaros, y casi persuade la sumision á los pueblos de Ucrania.

Pero la eleccion de Miguel Coribut, hijo de Jeremías, cuya casa era el azote y el terror de los cosacos, quitó toda esperanza de reconciliacion. Boroscensko, su gefe, llamó los tártaros segunda vez, y se puso bajo la proteccion de la Puerta. Amed Kiuperli, que despues de conquistada Candía meditaba dar á la cristiandad un golpe terrible, aceptó el

nuevo vasallage, nombró vaivoda de Ucrania al gefe de los cosacos, y declaró la guerra á la república en caso de que pretendiese invadir aquella provincia. Era grande hetman, ó *general* de Polonia, Sobieski, célebre ya, y conocido por uno de los primeros generales de su siglo. Miguel Coribut, envidioso de él, le negó las fuerzas necesarias para vencer. En vano en la campaña de 1671 Sobieski, con un puñado de valerosos, contiene á los paisanos de Volhynia, dispuestos á sublevarse, entra en Ucrania, derrota á los cosacos y á los tártaros, y recobra las plazas que servian antes de frontera á la república por la parte de los desiertos de Besarabia: una enfermedad peligrosa que le acometió despues de esta campaña, y la incapacidad de Coribut, hicieron perder estas conquistas. Entretanto el sultan Mahomet, acompañado de su gran visir, entró en Podolia con innumerable ejército, sitió á Caminiec, antemural de la república en la frontera del Niester, fortísima, pero mal defendida entonces, y la tomó en menos de un mes, y en menos de tres dias podia estar el sultan á las puertas de Varsovia.

Los musulmanes ocuparon todas las provincias meridionales del reino, sin encontrar mas enemigo que á Sobieski, restablecido ya de su enfermedad. Derrotó á los tártaros, y les quitó el botin y los prisioneros que llevaban; y revolviendo despues sobre Boudchaz, en los confines de Podolia y Ga-

litzia, donde el sultan tenia sus reales, penetra hasta la tienda imperial, hace terrible estrago en los enemigos, y se retira. Estas acciones heróicas acrecentaron la envidia del rey. Determinado á desairar los triunfos de Sobieski á costa de la patria, firmó un tratado vergonzoso de paz, por el cual cedió á la Puerta la plaza de Caminiec y las provincias de Ucrania y Podolia, y prometió pagar un tributo de 22.000 ducados.

Batalla de Chotcim. (1674.) La paz ignominiosa de Boudehaz, hecha sin el consentimiento del senado, enagenó del rey los ánimos de toda la nobleza polaca, y la hizo pasarse á las banderas de Sobieski. Miguel, enfermo por los desórdenes de la mesa, y solo asistido de los lituanios, cuyo gran mariscal Miguel Paz era enemigo personal de Sobieski, cedió el campo á este valeroso rival, se encerró para morir en Lemberg, y le confió el mando de las tropas.

Los turcos, rota la paz, tenian en Chotcim un ejército de 80.000 hombres á las órdenes de Hussein bajá, á quien debia reforzar Caplan bajá con 60.000: á cuyo efecto atravesaba los principados á marchas forzadas. Sobieski, que se hallaba al frente de 40.000 polacos y lituanios, formó el atrevido proyecto de penetrar en Moldavia, derrotar á Caplan, revolver sobre Hussein, destrozarle, ocupar los principados, con cuyos vaivodas tenia inteligencia, y reservar la conquista de Caminiec, imposible entonces

por la falta de ingenieros y de efectos militares para el sitio, al tiempo y al hambre. Casi todo este plan se puso en ejecucion contra fuerzas tan superiores, que Mahomet IV, no contentándose con menos que con la sumision de toda Polonia, decia á sus bajáes cuando partian á la frontera: á *Dantzik*.

Sobieski atravesó el Niester en los últimos dias de octubre, y costeó el Pruth para caer sobre Caplan bajá, que atravesaba entonces la Valaquia; pero los polacos, siempre tan indóciles como valientes, y entonces fatigados de una larga y penosa marcha, rehusaron pasar adelante. El general no quiso exasperarlos, conociendo que este incidente mudaba y no destruia su plan de campaña; pues lo mismo era vencer primero á Hussein que á Caplan. Lo que importaba era impedir la union de estos dos ejércitos; y asi marchó la vuelta de Chotcim, á cuya vista llegó el 9 de noviembre. La posicion de los turcos era formidable, ya por la fortaleza de la ciudad, ya por los atrincheramientos de los reales, ya en fin por el número de tropas que los defendian, que era doble de las que atacaban. La noche del 10 al 11 estuvieron unos y otros sobre las armas, sufriendo un horrendo temporal de viento y nieve. El 11 por la mañana da Sobieski la señal de acometer: derriba á cañonazos una empalizada que era el sitio menos defensible de la posicion enemiga: entra en ella, y el combate se reduce á carniceria. Aquel inmenso ejér-

cito quedó destruido en tres horas, la plaza de Chotcim capituló, y Polonia y la cristiandad se salvaron del diluvio de bárbaros que las amenazaba. Sobieski marcha al encuentro de Caplan; pero este bajá, sabido el desastre de Chotcim, se retiró apresuradamente al mediodia del Danubio. Los polacos ocupan á Moldavia y Valaquia, bloquean á Caminiec, y se preparan á coger el fruto de su victoria.

Pero Miguel Coribut habia muerto el dia antes de la batalla de Chotcim. La eleccion de nuevo rey, los partidos y combates que siempre ocasionaba en Polonia, y los intereses de la ambicion, preferidos siempre á los de la patria, frustraron tan grandes esperanzas. Por otra parte Sobieski, como gran general de la corona, no se podia escusar de asistir á la dieta de eleccion. Los turcos respiraron: reunen un ejército de 300.000 hombres, Mahomet IV se pone á su frente, y mientras en Varsovia es proclamado rey el gran Sobieski con el nombre de Juan III, penetra Amed Kiuperli en la Moldavia, y recobra á Chotcim en el verano de 1674. En vez de continuar los turcos su marcha por la Galitzia y la pequeña Polonia, penetraron en Ucrania, recelosos de un ejército de 100.000 hombres que reunia el czar Aléxis sobre el Nieper para recobrar la parte que le habia pertenecido de aquel pais. Cunicza, Mobilow, Jampol, las plazas del Bog caen en poder de los turcos. Despues pusieron si-

tio á Human, metrópoli de Ucrania. Sobieski, que antes de ser coronado rey voló á ponerse al frente del ejército, viendo á los enemigos empeñados en ocupar una provincia insignificante, cuando temia que invadiesen el corazon del reino, dijo: «Pues no saben mas que eso, yo daré buena cuenta de ellos antes del fin de la campaña.»

En efecto, apenas vió al ejército otomano empeñado en las orillas del Nieper contra los cosacos y moscovitas, lo acomete por su flanco izquierdo, lo obliga á retirarse sin pelear, temiendo el sultan que le cortase el camino de Moldavia; sorprende y destruye el ejército de los tártaros sobre el Niester, recobra la Ucrania, envia partidas de cosacos á los principados, sitia á Caminiec, y anuncia que el ejército polaco permanecerá durante el invierno sobre las armas, cosa inaudita entre ellos. Miguel Paz, rival suyo, aunque vasallo, no quiso obedecerle, y se volvió con las tropas de Lituania: este pésimo ejemplo siguieron otros cuerpos: la Polonia se llenó de desertores, y Sobieski, casi solo, defendia las fronteras con el terror que inspiraba su nombre.

Batalla de Lemberg. (1675.) Siguióse á la campaña de 1674 otra aun mas prodigiosa. Ibrahim bajá mandaba un inmenso ejército de turcos, y tenia órdenes estrechas de la Puerta para concluir la guerra en aquella campaña. Sin embargo, cometió un yero semejante al que malogró la anterior. En ju-

gar de atacar á Lemberg, cuya posesion le hubiera hecho dueño de Polonia, penetró en Volhynia, y se entretuvo en saqueárla. Sobieski, despues de haber colocado guarniciones en los castillos y puntos fortificados, solo le quedaron de 10 á 12.000 hombres disponibles, con los cuales hacia una guerra activa de partidario, que causaba inmensas pérdidas á los turcos, ademas de las que sufrian en el ataque y toma de plazas insignificantes.

Al fin Ibrahim conoció el yerro y trató de enmendarlo: envia contra Lemberg á Nurodin, hermano del sultan de los tártaros, para que la cerque, y síguele de allí á poco con todo el grueso de su ejército. El rey de Polonia, resuelto á perecer con el último baluarte de su patria, interpónese entre los dos ejércitos enemigos, aprovecha todos los accidentes del terreno para poner emboscadas, acomete con la mitad de sus fuerzas; es decir, con 5.000 hombres, el ejército de Ibrahim, y reuniendo las cualidades de soldado y general, da una batalla, en parte campal, y en parte propia de la guerra de montaña. Sus hábiles movimientos llamaron al enemigo hácia todas las emboscadas, y ninguna se desaprovechó. En las colinas habia plantado detras de las viñas lanzas sin hombres, que presentaban el aspecto de un ejército formidable. Los turcos y tártaros fueron derrotados con gran pérdida, y aquella noche hicieron alto á 8 leguas de Lemberg.

Ibrahim, reunidas las reliquias de su ejército, todavía muy numerosas, queria tomar los cuárteles de invierno en las fronteras del palatinado de Lemberg para conservar la Volhynia, y hallarse en estado á la primavera siguiente de penetrar con prontitud en el centro del reino. Con este objeto sitió y tomó á Podaice; pero los genízaros la incendiaron en el asalto, y no podia, voladas las fortificaciones, servir de apoyo á sus cuarteles; y asi puso la mira en Trombowla, plaza fuerte en la frontera de Podolia, que dominaba todas aquellas provincias. Despues de varios asaltos, en que fue rechazado, iba ya la ciudad á caer en sus manos, cuando llegó Sobieski. Ibrahim espantado levanta el sitio, pasa el Niester, el Pruth y el Danubio, dejando entregados muchos batallones á la espada de los polacos; y asi acabó esta memorable campaña, quedando la Polonia libre por el valor de un solo hombre.

Paz de Zuranow. (1676.) La campaña siguiente no fue menos portentosa que las tres anteriores. El bajá de Damasco Ibrahim Satan, que debia este sobrenombre á su valor y fiereza, entró en Galitzia al frente de 80.000 otomanos y 170.000 tártaros, dispuestos por las secretas instrucciones de Amed Kiuperli, no á la victoria ni á la venganza, sino á conquistar la paz. Juan Sobieski, que solo tenia de 12 á 15.000 hombres, forma el memorable campo atrincherado de Zuranow, en el cual, apoyada su izquierda en esta plaza, su

derecha en bosques y lagunas, defendida la espalda por el Niester, y el frente por el Switza, fue sitiado por el inmenso ejército de los enemigos, y arrostró sobre la hambre y demas penalidades de un cerco, el fuego continuo de 20 dias. En cada uno de ellos logró una victoria, ya resistiendo el ataque de los enemigos, ya asaltando su mismo campamento, y destruyendo sus obras. Iba, en fin, á decidir aquella terrible lucha en un solo golpe, cuando el general otomano, considerando que la paz le grangearia la amistad del gran visir, y que una derrota le espondria á perder la cabeza, propuso condiciones honoríficas, que aceptó el rey de Polonia.

Por el tratado de Zuranow solo conservó la Puerta, de sus conquistas en aquel reino, la plaza de Caminiec y una parte de Ucrania; pero prometió restituir la casa de Belen y el santo sepulcro á los religiosos que antes lo poseian. Asi se terminó esta guerra que segun los planes ambiciosos de Mahomet IV debia producir la entera subyugacion de Polonia. Poco despues de firmada la paz murió el gran visir Amed Kiuperli, uno de los mas hábiles políticos que han dirigido el imperio otomano, y le sucedió en aquella dignidad su cuñado Cara Mustafá.

Guerra contra la Rusia. (1678.) El nuevo gran visir no pensaba sino en la guerra y en la destruccion de la cristiandad. Dueño de todas las fuerzas del imperio otomano, no solo por el puesto que ocupaba, sino tam-

bien por el afecto que le tenia un sultan incapaz, hizo inmensos preparativos por mar y tierra; atacó á los rusos con el pretesto de quitarles la parte de Ucrania que habian usurpado; retardó la ratificacion de la paz de Zuranow exigiendo la cesion de toda la Podolia, é insultando con sus sarcasmos al palatino de Culm, embajador de Polonia cerca de la Puerta para concluir la paz; y en fin dió socorros á los señores de Hungría, sublevados contra el Austria muchos años habia, mientras Luis XIV, hecha la paz de Nimega, amenazaba á la misma potencia por la parte del occidente.

La guerra contra Rusia duró poco: en las campañas de 1678 y 1679 tomaron los turcos á Czerin, capital de la Ucrania moscovita; pero á costa de mucha sangre. Fueron vencidos tres veces por los rusos; y conociendo que la posesion de aquel pais, inculto y desierto entonces, no valia ni aun el dinero necesario para conquistarlo, hicieron la paz con el czar á condiciones agradables á unos y otros. Cara Mustafá hubiera querido pelear contra el rey de Polonia, enemigo el mas formidable de la Puerta; y asi no habia cesado de insultar á su embajador. Cuando le vió llegar á Constantinopla con una comitiva de 800 hombres, segun la costumbre del tiempo, dijo: «Para tomar esta capital son muy pocos: para embajadores son muchos.» Los caballos polacos traian herraduras de plata, mal aseguradas para que en la entrada pú-

blica se cayesen: lujo grosero, propio de la nacion en aquel siglo. El gran visir, cuando lo supo, dijo: «Estos infieles tienen de plata las herraduras de sus caballos; pero las cabezas de los ginetes son de plomo; pues una república pobre desperdicia de ese modo sus riquezas.»

Mas á pesar de la insolencia con que el gran visir trataba á los polacos, ninguna guerra era menos popular en los ejércitos turcos, que la que se dirigiese contra Sobieski. La osadía, la pericia y el valor de este héroe le habian ganado el afecto de sus enemigos aun mas que el de sus vasallos; y el entusiasmo de los otomanos hácia él era tan grande, que despues de terminada la campaña de Zuránow, todo el ejército de Ibrahim Satan pidió á una voz que se le permitiese ver al rey de Polonia; y consintiéndolo Sobieski, desfiló delante de él. Por otra parte, la guerra contra el Austria, acometida al mismo tiempo por todas las fuerzas de Luis XIV, le presentaba mayores probabilidades de triunfo, por el auxilio que para ella daban á la Puerta los transilvanos y húngaros rebelados. Asi, despues de una larga contestacion de 4 años, la Puerta ratificó en 1681 la paz de Zuranow, sin añadir á ella ninguna condicion que la Polonia debiese desechar por intolerable.

Guerra contra Austria. (1682.) Era gefe de los sublevados de Hungría Emerico Tekeli, que favorecido á un mismo tiempo por

la Puerta y por el dinero de Francia, se habia apoderado sucesivamente de Casovia, Eperies, Tokay, Onotz, Zips y Fillelk, y no dejó al emperador en aquel reino mas plazas que Presburgo, Comora y Raab. Proclamado Tekeli príncipe de Hungría bajo la proteccion de la Puerta otomana, Cara Mustafá se puso al frente del ejército mas poderoso que hasta aquella época hubiesen reunido los otomanos, y marchó contra Viena á dar el golpe mortal á la potencia austriaca y á toda la cristiandad.

El Austria, mal segura de Francia, con la cual trataba de asentar paces, ó á lo menos una tregua en Ratisbona, acometida por todo el poder del oriente, é incierta su dominacion en Alemania, imploró éntonces la proteccion de Polonia. Juan Sobieski tenía justos motivos de quejarse del emperador Leopoldo, porque durante su lucha con la Puerta habia constantemente atizado por medio de sus embajadores el fuego de la discordia entre los polacos, é impedido que el rey juntase las fuerzas suficientes para obligar á los turcos á hacer la paz. A pesar de estas ofensas, el héroe de la Polonia solo atendió al peligro de la república cristiana, y la salvó juntamente con el Austria.

Sitio y batalla de Viena. (1682.) La marcha del gran visir fue tan rápida, que Cárlos, duque de Lorena, general de las tropas del emperador, no pudo evitar ser envuelto con su pequeño ejército de alemanes, sino

pasando con prontitud el Raab, apostándose en la isla de Schut, de la cual pasó á la izquierda del Danubio y vino á colocarse bajo el cañon de Viena. El ejército húngaro, que seguia aun las banderas y el partido de Leopoldo, en número de 5 á 6.000 hombres, se puso bajo la obediencia de Tekeli, el cual apoderándose de Presburgo, última plaza que quedaba en Hungría á los austriacos, terminó en ella sus hostilidades; porque el rey de Polonia, en una entrevista que tuvo con él en los montes Carpacios con pretesto de una caza, le persuadió con súplicas y amenazas que dejase libres las fronteras de Moravia, único punto por donde podia pasar el polaco á socorrer á Viena. Entretanto Cara Mustafá llenaba el Austria con 300.000 otomanos, húngaros, válacos, moldavos y tártaros, con los cuales amenazaba conquistar á Europa; y se presenta su vanguardia el 7 de julio delante de Viena. La familia imperial huye despavorida, y el memorable cerco empezó el 14.

Cárlos de Lorena refuerza la guarnicion, mandada por el célebre conde de Estaremberg, con la infantería de su ejército, se aposta con la caballería entre el Danubio y el Morava, y espera allí la llegada de Sobieski y de los refuerzos que acudian de todos los círculos de Alemania, de todos los paises de Italia, y en fin de los voluntarios de todo el occidente, inclusa la Francia. El mismo Luis XIV, enemigo acérrimo de la casa de Aus-

tria, cede, ó á la opinion general de Europa, que miraba á Viena como el baluarte de la civilizacion contra la barbárie, ó al recelo de tener que pelear con los otomanos, si vencian en el Danubio, junto á las márgenes del Rin, y promete no hacer guerra al emperador mientras dure su lid con los turcos.

Entretanto los enemigos se hacian dueños de los arrabales que los sitiados no habian tenido tiempo de destruir, bombardeaban la ciudad destruyendo sus mejores edificios, y miraban á Viena como una conquista fácil. Cara Mustafá, deseoso de conservar para sí las inmensas riquezas de aquella capital, y no esponerlas á los desórdenes de un saqueo, incapaz por su orgullo de creer que el débil rey de Polonia pensase en socorrerla, aunque destruia las fortificaciones y baluartes con sus baterías y minas, no mandaba dar asaltos generales, esperando siempre tomar la plaza por capitulacion. La brecha era ya practicable á principios de agosto, y Sobieski estaba detenido en Cracovia, haciendo desfilar sus tropas, y dando á los cuerpos por sitio de reunion *la contraescarpa de Viena*. Instábanle los austriacos á que acudiese, aunque fuese solo, creyendo que su persona valia mas que un ejército. En fin, la situacion de las tropas encerradas en Viena era tal el primero de setiembre, que Estaremberg escribió á Cárlos de Lorena: *no hay tiempo que perder*. En los dias siguientes no tenia la infeliz ciudad, destruida una gran

parte de la muralla, mas defensa que algunos atrincheramientos formados con precipitacion en la entrada de las calles. El 10 no creia Estaremberg poder continuar defendiéndose mas que tres dias, cuando por la noche la vigía de la torre de san Estévan descubrió en las alturas del monte Calemberg los fuegos de un ejército.

Sobieski habia llegado al Danubio el 5 por el camino de Silesia. Reuniósele con sus tropas Cárlos, duque de Lorena, aumentadas ya con las de muchos círculos del imperio, mandadas por el príncipe de Waldek. El general austriaco habia echado tres puentes sobre el rio en Tuln, ciudad colocada mas arriba de Viena, distante seis leguas de esta capital. El gran visir, confiado en el inmenso número de sus tropas, y deseoso de que se presentasen los alemanes para oprimirlos, no habia hecho diligencia alguna para cortar aquellos puentes. Apenas los vió el rey de Polonia, esclamó: «El general que ha permitido construirlos á su vista, no puede dejar de ser derrotado.» Al dia siguiente los pasa el ejército: al mismo tiempo se les reune por la ribera izquierda del Danubio el contingente de Baviera á las órdenes de su valiente elector Maximiliano. El ejército entero reconoce á Sobieski por su general: constaba de 70.000 combatientes, entre ellos 18.000 polacos.

Empezó á subir las fragosas vertientes de Calemberg, que lo separaba de los turcos, el

10 por la mañana, siendo preciso que los aldeanos abriesen camino en muchos parages, y en otros llevar á hombros la artillería. Por la noche encendieron los fuegos en su cima, y el 11 á mediodia estaba reunido en ella todo el ejército. Cara Mustafá, al ver el socorro que llegaba á la plaza, concibió el plan de oponerse á que bajasen los cristianos á la llanura, y al mismo tiempo tomar á vista suya la ciudad. Para esto mandó dar un asalto, y envió tropas á las raices y faldas del Calemberg. El plan era atrevido; pero fue mal ejecutado, porque él se quedó entre las delicias del harem que le acompañaba en los reales, y envió gefes subalternos á pelear con el héroe de Chotcim.

El 12, aniversario de la batalla que ganó Sobieski en aquella ciudad, decidió la suerte de Europa. Los cristianos descienden de aquellos riscos erizados y selváticos en cinco columnas, deteniéndose de tiempo en tiempo y formando baterías, que con la ventaja de la altura hacian mucho daño á lo lejos en los escuadrones enemigos. En cada punto de los desfiladeros empezaba un nuevo combate; porque era menester forzar los atrincheramientos, construidos por los turcos para cerrar los caminos del monte. Pero Mustafá habia cometido un yerro muy grande. Queriendo tener siempre cerca de sí á los genizaros, habia enviado al combate de montaña á los spahis, tropa de caballería, incapaz de sufrir en aquellas asperezas el choque de las

masas de infantería alemana. Estaremberg y su valiente guarnicion que veian pelear á sus auxiliares, defendian como leones la brecha. A las 10 del dia, pasados los desfiladeros, desplegó Sobieski su tropa en la llanura, y Mustafá, testigo hasta entonces ocioso de uno y otro combate, se resolvió en fin á salirle al encuentro. Pero en vano: los puestos en que se habian atrincherado los turcos, fueron tomados sucesivamente, y á las cinco de la tarde volvieron á entrar en su campamento.

Pareció que debió aguardarse al dia siguiente para completar la victoria. Juan Sobieski, movido de una inspiracion repentina, manda atacar el reducto donde tenia su tienda el gran visir, que tomaba entonces tranquilamente café con sus dos hijos. Mustafá manda venir en su socorro á los genízaros, el centro se desguarnece por socorrer el ala derecha, y todo el ejército cristiano penetra en el campamento como un rio que ha roto los diques que le contienen. En un momento desaparecen los otomanos y huyen por el camino de Hungría. El gran visir los sigue, habiendo antes degollado á los cautivos cristianos, y á sus mugeres, para que no cayesen vivas en poder de los enemigos, y aquella misma noche pasa el Raab, dejando en poder de Sobieski un botin inmenso, la gloria del nombre otomano y el estandarte de Mahoma.

Esta fue la célebre batalla de Viena, el

combate mas peligroso que la cristiandad tuvo que dar contra el mahometismo, despues de la jornada de Poitiers. Ganada la accion por los turcos, no hubieran encontrado barreras que los contuviesen, sino en el Rhin y el mar Báltico. Perdída, se destruyó para siempre la superioridad que los otomanos habian tenido en la Europa central durante dos siglos, y dió principio á su decadencia. Todos los templos del mundo cristiano resonaron con himnos de alabanza al Señor: todos los pueblos proclamaron á Juan Sobieski libertador de la cristiandad, como un siglo antes habian proclamado á Juan de Austria el vencedor de Lepanto.

La república anárquica de Polonia no pudo aprovecharse de la gloria de su ilustre héroe. Volviendo despues del triunfo á sus divisiones intestinas, no se libertó del yugo de los otomanos, sino para caer bajo el de otros vecinos ambiciosos, que nunca faltan á los pueblos devorados por discordias civiles. Pero no puede quitarse á Sobieski la gloria de haber prolongado un siglo la independencia de su patria, y de haber salvado la Alemania y la Europa.

Seccion Cuarta.

Continuacion del reinado de Mahomet cuarto. Soliman tercero. Amed segundo. Mustafá segundo. Amed tercero. Mamud primero. Otman tercero. Mustafá tercero. Abdul Amid. Selim tercero. Mustafá cuarto. Mamud segundo.

Batalla de Parkan : toma de Gran. Guerra de Venecia. Campaña de 1686. Selim III. Toma de Belgrado : alianza con Francia. Mustafá Kiuperli, gran visir. Conquistas del gran visir. Amed II. Batalla de Salankemen. Sitio de Belgrado por los alemanes. Mustafá II. Batalla de Olach. Batalla de Zenta. Paz de Carlovitz. Amed III. Campaña del Pruth. Guerra de los turcos contra los venecianos. Guerra contra el Austria : batalla de Petervaradin : sitios de Corfú y Temesvar. Sitio y

batalla de Belgrado. Paz de Pasarovitz. Guerra de Persia. Mamud I. Batalla de Bagdad. Guerra con Rusia y Austria. Sitio de Belgrado: paz de Belgrado. Guerra contra Nadir. Otman III. Mustafá III. Guerra contra Rusia. Espedicion de los rusos en el Archipiélago. Conquista de Crimea por los rusos. Abdul Hamid. La Crimea bajo la proteccion de Rusia. Tratado de Constantinopla. Reunion de la Crimea al imperio ruso. Guerra de Turquia y Suecia contra Rusia. Batalla del Liman: toma de Ozacow por los rusos. Selim III. Paz de Austria y Turquia. Nuevas victorias de los rusos. Paz de Jasy. Espedicion de Bonaparte en Egipto. Espedicion de los franceses en Siria. Batalla de Abukir. Batalla de Heliópolis. Evacuacion del Egipto por los franceses. Paz con Francia. Guerra contra Rusia. Mustafá IV. Mamud II. Paz de Bucarest. Guerra del sultan contra Alí. Insurreccion de Grecia. Muerte de Alí de Janina: campaña de 1822. Campaña de 1823. Campaña de 1824. Espedicion de Ibrahim bajá á Morea.

BATALLA *de Parkan: toma de Gran.* El imperio turco, producto de la fuerza material, era preciso que se debilitase apenas cediese la barbárie antigua de Europa á la civilizacion, y se colocase la fuerza intelec-

tual al frente de las sociedades modernas. Las dos batallas de Lepanto y Viena, que destruyeron la potencia otomana, fueron debidas á la superioridad de la táctica naval y terrestre de los cristianos; y si en el intervalo de estos dos grandes acontecimientos lograron los turcos algunos triunfos contra los venecianos, austriacos y polacos, fue por la division de los príncipes europeos, y por las discordias civiles de Hungría y Polonia. La sublime Puerta, poseedora todavía, despues de su última derrota, de inmensos recursos militares; pero mandando despóticamente á una nacion privada de ciencias y artes, y obligada por su creencia á permanecer estacionaria en el camino de la civilizacion, cederá necesariamente á sus vecinos que progresarán cada dia, y no tendrá mas existencia en Europa, que la que le permita la rivalidad de Francia, primero contra Austria y despues contra Rusia.

Despues de la batalla de Viena persiguió la caballería cristiana al ejército turco que huia desordenadamente, y le cogió un inmenso número de prisioneros. Sobieski, despues de saludar al emperador Leopoldo que habia vuelto á Viena, y reconocer en él el temor mal disimulado de que su gloria y valor le hiciesen emprender la conquista de Hungría para sí, burlándose en su corazon magnánimo de tan viles sospechas, entró en la isla de Schut, la sometió, pasó á la izquierda del Danubio, y se halló á la vista de

Parkan, plaza situada sobre este rio, enfrente de Gran, llamada por otro nombre Estrigonia, primera metrópoli, primera silla pontifical del reino, poseida por los turcos desde las conquistas de Selim II.

Entretanto Cara Mustafá, habiendo cortado la cabeza á algunos bajáes, y persuadido al sultan, que la traicion ó cobardía de los degollados habian sido la causa del desastre de Viena, reunia un ejército poderoso en Buda, y lo dirigia por el puente de Gran á las llanuras de Parkan y Neuhausel. La vanguardia polaca se adelantó sin precaucion á las orillas del Danubio, cuando aun no habia llegado el ejército austriaco, que siempre seguia al de Sobieski, y fue acometida y derrotada por los turcos. El rey que peleaba en la primer línea, se vió obligado, por la primer vez de su vida, á ceder á la superioridad del número, despues de haber corrido muchas veces el peligro de muerto ó prisionero; pero dos dias despues, el 9 de octubre, vengó con creces su derrota. Habian llegado los alemanes, y los turcos presentaban un ejército inmenso en la izquierda del Danubio. Mientras Cárlos de Lorena y Estaremberg se cubren de gloria peleando con el mayor denuedo, Sobieski, auxiliado por Luis de Baden, guerrero ilustre, ataca y toma la fortaleza de Parkan, y carga por su lado sobre el ejército turco, que viendo ya ocupado el puente de Gran, fue casi esterminado ó por las espadas cristianas, ó por las aguas

del Danubio, donde se ahogaron los otomanos. Estrigonia, cañoneada por los polacos desde Parkan, y atacada por los alemanes que pasaron á la derecha del Danubio, se rindió á los cuatro dias. Esta victoria puso en poder de los cristianos toda la parte septentrional de Hungría, que se estiende desde el Morava hasta el Teis. Concluida esta gloriosísima é importante campaña, se volvió Sobieski á Polonia por el camino del monte Carpacio, llevando consigo las bendiciones del mundo civilizado, pero dejando á Leopoldo todos los frutos de la victoria. Cara Mustafá recibió en Belgrado el cordon fatal. Los tártaros, que emprendieron volver á su patria atravesando el monte Carpacio, fueron esterminados por Potocki, nombrado por el rey de Polonia hetman de Ucrania, provincia que volvió al poder de los polacos; y los principados de Moldavia y Valaquia se pusieron bajo la proteccion de Sobieski.

Guerra de Venecia. (1684.) Las batallas de Viena y Parkan adquirieron un nuevo enemigo á la Puerta. Venecia, deseosa de indemnizarse de la pérdida de Candía, hizo alianza con Austria y Polonia, dirigió una espedicion á Grecia, mandada por Morosini, el defensor de Candía, tomó las plazas de Santa Maura y Prevesa, y sublevó á los mainotas, habitantes de las montuosas playas de Laconia, descendientes de los antiguos espartanos, y nunca enteramente sometidos por los turcos. Sobieski por su parte tomó

la plaza de Yaloslicz, que es la segunda de Podolia, y entretuvo en aquella frontera un ejército de 100.000 turcos que no se atrevió á presentarle la batalla. Pero el ejército cristiano de Hungría, privado del general que le habia conducido á la victoria en Viena y Parkan, sufrió una pérdida considerable en el sitio que puso á Buda, y que se vió obligado á levantar con pérdida de 25.000 hombres. Sin embargo, la tregua de Ratisbona entre Francia y la casa de Austria permitió á Leopoldo acudir con todas sus fuerzas á Hungría, donde Tekeli era enemigo aun mas temible que los turcos.

La campaña siguiente empezó Morosini la gloriosa empresa de reconquistar el Peloponeso, y tomó las plazas de Calamata y Coron. Los austriacos se apoderaron de Neuhausel y de Eperies, defendieron valerosamente á Gran, sitiada por los turcos, y fueron rechazados de Buda por segunda vez. Sobieski estaba enfermo, y los polacos mandados por Jablonowski, general de la corona, fueron vencidos en Moldavia.

Campaña de 1686. Esta campaña fue señalada con los desastres mas terribles que habia sufrido hasta entonces el imperio otomano, y que causaron la ruina del sultan Mahomet IV. Sobieski, convalecido ya de su enfermedad, formó el proyecto vasto y grandioso de arruinar el imperio turco. Añadió la Rusia, gobernada entonces por Sofía, en la menor edad de los czares Juan y Pe-

dro I, sus hermanos, á la alianza de las tres potencias, Venecia, Austria y Polonia, cediéndole las plazas de Smolensko y Kiou que los moscovitas poseian muchos años antes, conquistadas á Polonia. Un ejército ruso debia acometer la Tartaria; y mientras las escuadras de occidente bloqueaban los Dardanelos, y la de los cosacos el Bósforo, los ejércitos austriacos, venecianos y polacos debian marchar hácia Constantinopla por Grecia, Hungría y los principados. Este plan gigantesco, digno del vasto genio que lo formó, fue útil á los austriacos, que conquistaron la Hungría y Transilvania, y á los venecianos que concluyeron la conquista del Peloponeso y Acaya; mas Sobieski, cuyo destino era trabajar á favor de otros, no pudo lograr su designio por la falta de cooperacion de los moscovitas.

Su aparicion en los principados con un ejército de 24.000 hombres, impidió á los turcos enviar socorro á Buda, sitiada por Cárlos de Lorena, y socorrer á Transilvania, ocupada por el general Caprara; pero acometido por las fuerzas reunidas de los otomanos y tártaros, contra los cuales no envió Sofía ni un solo hombre, despues de muchos combates, en que fue un triunfo escapar de enemigos encarnizados y muy superiores en número, perdida la tercera parte de sus tropas por las fatigas de las marchas y por las privaciones, hubo de volverse á la frontera del Niester que él esperaba, con fundada ra-

zon, colocar en el Danubio y el mar Negro en el curso de esta campaña.

Soliman III. (1687.) En fin, la batalla de Mohatz, ganada por Cárlos de Lorena al gran visir Aneji Soliman, el mejor general de los turcos, y la pérdida de Esclavonia y Croacia, acabaron con la larga paciencia de los otomanos. El ejército, abandonando las provincias, marcha á Constantinopla para deponer al sultan. En vano Mahomet IV manda descabezar al visir vencido y á otros muchos oficiales: las tropas continuan su marcha. En vano forma el proyecto sanguinario de dar muerte á todos sus hermanos é hijos para quedar solo de la familia otomana: el bostangi bachi le impide el paso para los aposentos de los príncipes: Mahomet manda matarle: los eunucos no le obedecen. Los gefes del ejército y del estado se reunen en la mezquita mayor, declaran depuesto al sultan despues de un reinado de 40 años, y su hermano Soliman, tan incapaz como él, pero muy fanático, asciende al trono de Turquía. Mahomet fue encerrado en una prision, donde murió cuatro años despues, á la edad de 52.

Entretanto el feliz Leopoldo completaba la conquista de Hungría con la toma del castillo de Momgaz, que defendió 30 meses con el mayor denuedo la esposa de Tekeli, mientras su marido erraba vilipendiado por las provincias del imperio turco.

Toma de Belgrado: alianza con Francia.

(1688.) Luis de Baden tomó á Belgrado por asalto, venció á los turcos en la batalla de Nisa, se apoderó de Servia; y los ejércitos austriacos se hallaban finalmente en las provincias interiores del imperio turco. La Francia, dormida, por decirlo asi, desde el sitio de Viena, pensó seriamente en oponerse al engrandecimiento del Austria, su eterna rival, le declaró la guerra, é hizo alianza con la Puerta; pero toda Europa, confederada secretamente contra Luis XIV desde el año 1685 por la liga de Augsburgo, movió sus armas contra él: la Inglaterra, en la cual confiaba, arrojó á los Estuardos, recibió por rey á Guillermo de Nasau, estatuder de Holanda, y mortal enemigo suyo; y desde las playas del Océano hasta las orillas del Don se estendió el incendio de una guerra destructora. Solamente Polonia, ocupada en sus disturbios interiores, gozó de alguna paz, por la imposibilidad en que se hallaba Sobieski, ya anciano y enfermo, de juntar tropas y hallar dineros para continuar activamente la guerra contra los otomanos.

Mustafá Kiuperli, gran visir. (1689.) En esta situacion de cosas, Soliman elevó al visiriato un grande hombre que pareció capaz de levantar el imperio turco. Mustafá Kiuperli, hermano de Amed Kiuperli, despues de restablecer la tranquilidad interior, mal asegurada desde la deposicion de Mahomet IV, y de poner órden en la administracion de la hacienda pública y en el ejército,

volvió la vida á la monarquía otomana, que parecia haberla perdido desde que no la gobernaban los de su familia, é hizo frente á todos los peligros. Contra los rusos bastaba el kan de los tártaros, que los obligó dos veces á levantar el sitio de Precop. Los polacos, divertidos en sus discordias, no hacian mas que arrojar algunas bombas inútiles en Caminiec. Los venecianos, dueños de Morea, Lepanto y Atenas, habian sido desgraciados en el ataque de la isla y ciudad de Negroponto, donde perdieron mas de 4.000 hombres de sus mejores tropas. Kiuperli creó gefe de los mainotas á un griego, que renovando el antiguo odio de los cismáticos contra los católicos, hizo mas daño á los venecianos en Morea que pudiera haber hecho un ejército turco. Tomadas estas disposiciones, se puso el gran visir al frente de su ejército, y marchó á los austriacos, debilitados ya por la guerra que sostenian en las orillas del Rhin contra Luis XIV.

Conquistas del gran visir. (1690.) Mustafá abrió la campaña por la reconquista de Servia. La pequeña ciudad de Skarkioi, mas fuerte por su situacion que por sus fortificaciones, capituló al cuarto dia de sitio, saliendo libre la guarnicion austriaca. Nisa, valientemente defendida por el conde de Staremberg, para dar lugar á los imperiales de fortificar á Belgrado, se rindió á los 25 dias de trinchera abierta. Entretanto Tekeli, nombrado por la Puerta príncipe de Tran-

silvania, pasó á aquel pais, y unido con el seraskier de Hungría, derrotó al general austriaco Heusler, lo que obligó á Luis de Baden á abandonar la línea del Danubio y las plazas de Semendria, Vidin y Belgrado. La primera, que solo tenia 800 hombres de guarnicion, se rindió antes de abrirse la brecha: la segunda sucumbió con mas gloria, tomada por asalto, en que perecieron los mil hombres que la defendian.

Belgrado era baluarte de Hungría, y plaza muy fuerte con 4.000 hombres de guarnicion, mandados por el general Lacroix. Mustafá queria sitiarla; pero la mayor parte de los bajáes opinaron lo contrario, alegando la fortaleza de la plaza, la necesidad de penetrar en Hungría para socorrer los castillos, que aun se conservaban en ella por los turcos, y la facilidad de tomarla en la campaña siguiente, cortándole en la actual las comunicaciones de víveres y refuerzos. El gran visir cedió, y se contentó con bloquear á Belgrado; pero apenas supo que el ejército imperial se movia para venir en defensa de la plaza, vuelve á su primer designio, abre la trinchera, estrecha el sitio con la mitad de su ejército, y envia la otra mitad á disputar á los austriacos el paso del Savo. El duque de Croi logró introducir por el rio un pequeño socorro en la plaza; pero á los ocho dias del cerco, la torre azul, donde estaba el depósito de pólvora, se voló, arruinando una gran parte de las murallas y

fortificaciones vecinas, y sepultando entre las ruinas á muchos de la guarnicion, y á 1.000 de los turcos, que aprovechándose de la ocasion dieron el asalto. Retiraronse hasta que cesase el humo, volvieron despues á atacar, y ocuparon la plaza casi sin resistencia. Pocos de la guarnicion se escaparon con su comandante y el duque de Croi, que pasaron en una barca al otro lado del Danubio.

El ejército otomano, dueño de la llave de Hungría, pasó á la izquierda de este rio, y envió víveres y refuerzos á Temesvar, plaza fortísima, que los austriacos, no pudiendo sitiarla, se habian contentado con bloquear. Era su gobernador Jafer bajá, guerrero valiente, no solo contra los enemigos, sino contra el hambre que sufrió la plaza en tres años que duró el bloqueo. Cuando llegaron los víveres, se arrojaron sobre ellos los soldados con tal furor, que hubo una reyerta, no sin sangre, entre los spahis que conducian el convoy, y la hambrienta guarnicion.

Entretanto, reparadas las fortificaciones de Belgrado, tomó el gran visir á Lipa y Orsova, y se preparó á sitiar á Essek, plaza situada cerca de la confluencia del Dravo y del Danubio, y cuya posesion le aseguraria toda la provincia de Esclavonia. El duque de Croi se habia encerrado en ella con las tropas que pudo recoger de otras plazas menos importantes. Mustafá, mientras pasaba al Bannato de Temesvar con el grueso de su

ejército y sometia las plazas de aquel pais, encargó el sitio de Essek á Husein, bajá de Bosnia, con un cuerpo de 12 á 15.000 hombres, que atacó la plaza antes de abrir trinchera, fue rechazado, la sitió en forma, dió segundo asalto en que perdió mucha gente, y se retiró por una estratagema del duque de Croi. Sabiendo este que los ataques prematuros del bajá procedian de la creencia en que estaban los turcos de que se preparaba un numeroso ejército austriaco para venir en defensa de la plaza, mandó á un cuerpo de tropas que no estaba lejos de allí, acercarse con el aparato de grandes fuerzas. Este ardid surtió el efecto deseado, y Essek quedó libre.

La prosperidad de Tekeli fue de corta duracion. Despues de su victoria contra el general Heusler, ocupó á Hermanstadt, capital de la Transilvania; pero la abandonó en breve; porque el príncipe Luis de Baden, despues de perdida Belgrado y con ella la esperanza de ocupar el Bannato, penetró en Transilvania con fuerzas superiores, arrojó á Tekeli de todos los puntos que ocupaba, y le obligó á refugiarse en Valaquia. Esta fue la última guerra que aquel rebelde valeroso y funesto al nombre cristiano hizo contra los austriacos. Así acabó esta brillante campaña, en que los turcos reconquistaron dos provincias, pasaron la barrera del Danubio, y parecieron recobrar la antigua superioridad que durante dos siglos habian

tenido en Hungría. Es verdad que los venecianos tomaron á Malvasía, completando con esta plaza la conquista de Morea, y se apoderaron de Canina y Valona, ciudades de la costa de Epiro.

Mustafá volvió triunfante á Constantinopla, y estaba haciendo los preparativos para continuar la campaña siguiente, cuando murió de hidropesía Soliman III. Este príncipe, aunque aficionado á la lectura, era imbécil; pero su fanatismo fue muy útil en las circunstancias en que reinó, porque restituyó el ánimo á las tropas, desmoralizadas con tantas pérdidas, infundiéndoles su espíritu religioso. Falleció á la edad de cincuenta y dos años, habiendo reinado tres y nueve meses.

Amed II. (1691.) La muerte de Soliman III, aunque prevista por su larga enfermedad, causó muchos movimientos entre los grandes de Constantinopla. El pueblo y muchos de los bajáes querian poner en el trono á alguno de los hijos de Mahomet IV, que aun vivia; y no faltó quien quisiese restituir al trono este sultan depuesto. Pero el gran visir, que era á la sazon el dueño de las fuerzas materiales por su dignidad, y de la opinion por su reciente victoria, hizo proclamar á Amed, hermano menor de Soliman y tan estúpido como él. Temia la venganza de los hijos de Mahomet IV por la parte que habia tenido en la sedicion que le privó del trono. Despues de concluidas las ceremo-

nias de la coronacion, pasó con el sultán á Andrinópoli, desplegó el estandarte de Mahoma, y juntó un numeroso ejército; porque los turcos, animados por los últimos triunfos, volaban á porfía á recibir, bajo tan heróico capitan, ó el martirio, pereciendo en el combate, ó el título de *Gazi* que dan los mahometanos á los vencedores en las guerras de religion.

Antes de partir para Hungría estuvo Mustafá á pique de perecer por la envidia de los empleados domésticos del serrallo, que no cesaban de inspirar sospechas contra el visir al sultan, príncipe cuya estupidez describen los turcos, diciendo que á todo respondia: *kosk, kosk: hágase, hágase*. El astuto visir averiguó esta trama, confirmó la verdad de ella con el órden que le dió el sultan de presentarse en palacio, ganó á los gefes de los genízaros, escribió á Amed que las tropas amotinadas pedian la cabeza de su secretario y el destierro del kislar agasí, que eran sus mayores enemigos, le obligó á condescender, mandó desterrar á Egipto al kislar, é hizo ahorcar al secretario con las insignias de su dignidad, colgados tintero y plumas del pescuezo. Asegurado así en el poder, marchó á Hungría, y halló en los campos de Salankemen, funestos á los otomanos, el fin de su vida y de su gloriosa carrera.

Batalla de Salankemen. Junto á este castillo, casi arruinado, cercano á la confluen-

cia del Teis y del Danubio, encontró apostado el ejército turco á Luis de Baden con cerca de 60.000 hombres. Los turcos, despues de haberse apoderado de Titul, se apostaron el 12 de agosto en las alturas que estan delante de Semlin. Al dia siguiente cortaron á los imperiales la comunicacion con Petervaradin, destrozaron un refuerzo de 1.400 hombres, y tomaron un convoy de víveres de 250 carros, que desde aquella plaza se dirigian á los reales de los cristianos. Luis de Baden, obligado á restablecer las comunicaciones, empeñó el 19 al rayar el dia una de las acciones mas sangrientas de que habla la historia moderna. Lo fuerte de la batalla duró desde las tres de la tarde hasta la noche. A las seis era la ventaja de los turcos, que por todas partes habian rechazado á los cristianos: todos los oficiales generales de la infantería imperial habian muerto, á escepcion del conde de Staremberg y del príncipe de Vaudemont, que estaban no mas que heridos. Mustafá, resuelto á completar la victoria, da un ataque furioso contra el ala izquierda del enemigo, que era la única que entonces presentaba resistencia: una bala le hirió en la cabeza y le derribó del caballo, al mismo tiempo que la reserva húngara y los partidarios rascios forzaban el campamento otomano. Estos dos acontecimientos decidieron la victoria á favor de Luis de Baden, que puesto al frente de su izquierda desbarató á los turcos, los

arrojó de las alturas y los puso en completa fuga. El visir murió en el campo de batalla: el agá de los genízaros y el seraskier de Hungría salieron heridos, y fallecieron poco despues en Belgrado.

Esta memorable batalla, que coronó los triunfos de Viena, Parkan y Mohacz, costó á los otomanos 25.000 hombres, entre ellos 10.000 genízaros, que eran la flor de su ejército, y el general Mustafá, alma de su imperio; 154 cañones, 10.000 tiendas, el estandarte del gran visir, el tesoro del ejército y un imenso botin. Los imperiales perdieron 3.161 hombres muertos, entre ellos muchos generales de nombradía. Lipa y Brodt abrieron sus puertas al vencedor, y Luis de Baden bloqueó á Varadin.

Esta campaña fue la última que el famoso Juan Sobieski hizo contra los turcos. Penetró en la Moldavia, venció á los turcos y tártaros reunidos junto á Pererita, se apoderó de Soroka, Sereth, Soczawa y demas plazas fuertes del principado, las guarneció con tropas polacas, y transfirió las fronteras de su reino del Niester al Pruth. La victoria de Salankemen fue debida en gran parte á la invasion de Sobieski; porque la Puerta no pudo reforzar, como pensaba, el ejército del gran visir con las tropas que defendian los principados.

Mientras los que subieron sucesivamente á la primer dignidad del imperio otomano despues de la muerte de Mustafá, pensaban,

el primero en vengarse de sus enemigos, el segundo en allegar riquezas, se apoderó Luis de Baden en 1692 de la importante plaza de Varadin, y arrojó á los turcos del pais comprendido entre el Savo y el Dravo. La guerra que hacian los austriacos en aquella frontera no era mas que defensiva, porque necesitaban de todas sus fuerzas contra Luis XIV, el cual por medio de su influencia en la Puerta, la conservaba en su alianza, á pesar de estar los turcos muy cansados de una guerra tan larga y desastrosa, y de desear ardientemente la paz. Despues de una tentativa infructuosa contra Soroka, plaza de Moldavia ocupada por los polacos, pidieron la paz prometiendo entregar á Caminiec, y no la lograron. Mas felices fueron contra los venecianos; pues sorprendieron la plaza de Grabusa, una de las tres que conservaba la república en la isla de Candía.

Sitio de Belgrado por los alemanes. (1693.) El gran visir fue depuesto por querer dar oidos á las proposiciones de paz, y le sucedió Buyucli Mustafá, que se habia distinguido en la guerra contra los polacos: era hombre de vigor é inteligente en la milicia; pero apenas ascendió al visiriato, estuvo para caer por los artificios de un fanático. Misri Efendi, santon venerado en las cercanías de Bursa, juntó 3.000 voluntarios que le siguieron á la guerra contra los cristianos, se acampó con su tropa en la llanura de Andrinópoli, y empezó á predicar, tanto á los su-

yos como á los genizaros y spahis, que los males que sufria el imperio, se originaban de los vicios, rapiñas é injusticias de los grandes; esto es, del visir, del agá de los genizaros, del teftedar, del caimacan, etc. Estos personages se reunieron para salvarse de la conmocion que comenzaba, y no pudiendo condenarle á muerte por el *turbante verde* que llevaba, signo distintivo de los descendientes del profeta, hicieron que el sultan lo desterrase al Asia. Pero la plebe, siempre adicta á los que hablan contra las personas poderosas, manifestó su disgusto de un modo peculiar á los otomanos, y que despues se hizo costumbre; y fue prender fuego á una parte de la capital. Durante tres años consecutivos causaron los incendios grandes estragos en Constantinopla.

Entretanto estrechaban los imperiales el sitio de Giula y de Jeno: esta última plaza cayó en su poder, y el general Heusler puso sitio á Belgrado, que estaba defendida por una guarnicion de 16.000 hombres. Cometió el yerro de seguir el cerco con lentitud, esperando que la plaza se rendiria por falta de víveres; y solo cuando supo que el gran visir acudia á socorrerla con todas las fuerzas del imperio, activó los ataques; pero á los ocho dias de trinchera abierta, cuando estaban ya destruidas las fortificaciones esteriores, llegaron los turcos, y hubo de levantar el sitio. Cuando Buyucli Mustafá se preparaba á operaciones ulteriores, supo

que el kan de los tártaros habia sido derrotado por los alemanes junto á Giula (plaza que no tardó en rendirse á los cristianos), y que el conde de Bathein se habia apoderado en Croacia de Brunzen Maidan, donde la Puerta tenia grandes almacenes de guerra. Concluida la campaña, volvió á Constantinopla, donde esperaba elogios por haber hecho levantar el sitio de Belgrado, y halló la deposicion, aunque honrosa: cosa muy rara entre los turcos. Sucedióle Alí bajá, que entabló negociaciones de paz, inútiles, porque no quiso incluir en ellas á los venecianos, determinada la Puerta á reconquistar el Peloponeso.

La campaña de 1694 en Hungría fue insignificante. El ejército imperial, mandado por el conde de Caprara, era muy poco numeroso por la necesidad de enviar tropas al Rhin, donde sostenia la guerra el gabinete de Viena con sumo teson contra la Francia: así que se atrincheró en Petervaradin, y esperó allí á los otomanos. El visir se acercó con ejército numeroso y una escuadra de 110 velas que subia por el Danubio, y despues de un cañoneo bastante vivo y la pérdida de algunos buques, se retiró sin hacer nada mas en esta campaña.

Entretanto Antonio Zeno, capitan general de la escuadra veneciana, se apoderó de la isla de Quio, á favor del gran número de católicos que la habitaban. Emprendió despues acometer la ciudad de Esmirna; pero

los cónsules europeos, temerosos de que en el ataque fuesen arruinados ó robados los almacenes de comercio de sus respectivas naciones, recabaron de él que renunciase á su determinacion. Al principio del año siguiente murió Amed II á los cincuenta años de edad y cuatro de reinado: príncipe dado á los placeres, incapaz de gobernar, y que hubiera aniquilado el imperio otomano á estar mas tiempo sobre el trono.

Mustafá II. (1695.) Sucedióle su sobrino Mustafá, hijo de Mahomet IV, hombre de mucha capacidad y vigor, y por lo mismo temible al gran visir: el cual para conservar la autoridad absoluta de que gozaba, propuso á Ibrahim, niño de tres años é hijo de Amed II; pero antes de que pudiese persuadir á los grandes su proyecto, los oficiales del serrallo elevaron al trono á Mustafá, las tropas y gefes le reconocieron, y el mismo Alí bajá vino á rendir sus homenages al nuevo emperador, que disimulando su resentimiento, le conservó su dignidad. Pero poco despues lo mandó matar con el pretesto de que robaba el hierro destinado á las cureñas de las piezas de artillería.

Mustafá declaró que iba á ponerse al frente de sus ejércitos, y cumplió la palabra. La energía de su ánimo se comunicó á todos los gefes militares, á los soldados y al imperio; y parecia haber vuelto los tiempos de Amurates, Mahomet y Selim. El sultan entró en Hungría al frente de 70.000 hom-

bres, á los cuales obligó con severas penas á observar la mas exacta disciplina, pues el robo de un choto y de una colmena fueron castigados con la horca. Tomó la plaza de Titul y Lipa, y en esta hizo pasar á cuchillo la guarnicion, y acometió al cuerpo del general austriaco Veterani que cubria á Transilvania con un campo atrincherado de 6.500 hombres, antes que se le pudiese reunir Federico Augusto, elector de Sajonia y comandante de las fuerzas imperiales en Hungría. Dos veces atacaron los turcos á Veterani, mandados por Mamud, beglerbey de Romelía: dos veces fueron desbaratados y rechazados por los alemanes: dos veces el sultan, puesto delante de los fugitivos y dando muerte á algunos de ellos, los hizo volver á la accion. Como se retirase del segundo ataque con el cuerpo que mandaba Schahim Mahomet bajá, el sultan le dijo: «Tú no eres Schahim *(halcon)*, pues no bañas tus garras en la sangre enemiga; sino grulla que guias una caterva de fugitivos.» Schahim avergonzado volvió al combate, y halló en él una muerte gloriosa. A pesar de la furia del tercer ataque, los alemanes se defendian como leones; pero el valiente Veterani, herido en lo mas ardiente de la accion, bajó del caballo y tomó un carro, y los austriacos se pusieron en retirada: el sultan no se atrevió á perseguirlos; pues, aunque dueño del campo de batalla, la muerte de 2.500 alemanes le habia costado 10.000 hom-

bres y muchos generales, entre ellos el béglerbey de Romelía. En esta accion pelearon 7.000 cristianos contra 18.000 genizaros y 40.000 spahis. Mustafá, tomadas y desmanteladas las plazas de Lugos y Karancebé, se volvió á su capital, contento de haberse mostrado superior al enemigo, aunque á tanta costa, en su primer campaña.

Entretanto un soldado de fortuna restablecia la marina de los otomanos, y ganaba una accion contra la escuadra de Venecia: cosa inaudita desde la batalla de Lepanto. Un moro que servia entre los piratas de Túnez, fue herido en un combate contra las galeras de España, tan gravemente, que los que le cautivaron le tuvieron por muerto. Sanó de sus heridas, estuvo cautivo 17 años, fue rescatado, y entró en el servicio de la marina turca con el nombre de Mezomorto, que le dieron en la lengua franca usada en los mares de Levante, por alusion á la peligrosa herida que hemos referido. Al principio del reinado de Mustafá era ya capitan de galera, y tenia voto en los consejos por su valor y pericia: declaróse contra la guerra defensiva que querian hacer por mar los almirantes de Turquía, y prometió reconquistar á Quio, si se le encomendaba aquella empresa. Aceptada su proposicion, se presentó en las aguas de la isla, la escuadra veneciana le salió al encuentro, peleó valerosamente con la vanguardia, á la cual no socorrió con la prontitud debida el almiran-

te Antonio Zeno, voló tres buques venecianos, apresó dos, y obligó á retirarse el resto de la escuadra. El gobernador de la isla, aborrecido en ella por haber renovado las antiguas disensiones entre las iglesias latina y griega, robando los templos de los cismáticos, la evacuó antes de ser acometido. Así volvió aquel punto importante á poder de los turcos, que se vengaron del favor dado al enemigo por los habitantes latinos de la isla, reduciéndolos á todos á esclavitud. Mezomorto recibió en premio de su valor y de servicio tan señalado la dignidad de capitan bajá.

Al mismo tiempo obligaban los otomanos á Pedro el grande, czar de Rusia, á levantar el sitio de Azof, invadian y talaban las provincias polacas de Ucrania, Podolia y Galitzia, y ponian sitio á Lemberg: bien es verdad que apenas supieron que venia contra ellos Sobieski, arrancado por el peligro de su patria del lecho de dolor donde le detenian su edad y sus enfermedades, se retiraron temerosos, como si vieran salir contra ellos un espectro del sepulcro.

Batalla de Olach. (1696.) Federico Augusto, elector de Sajonia, y comandante de las tropas imperiales en Hungría, emprendió el sitio de la importante plaza de Temesvar. El sultan marcha con todas sus fuerzas en socorro de la ciudad: los imperiales abandonan el sitio, le salen al encuentro, y se dió el 26 de agosto en la llanura de Olach,

una batalla sangrienta é indecisa. El ataque de la caballería turca fue terrible; pero el teniente general Zenzendorf la rechazó, remedió el desórden que habia causado, y á su vez acometió á los genízaros. Estos se retiraron á sus atrincheramientos: protegidos por la artillería, se defendieron hasta la noche que cesó el combate. Los imperiales no se atrevieron al dia siguiente á acometer el campamento turco, que estaba muy bien fortificado. Esta accion, que costó mucha gente á unos y á otros, terminó la campaña.

Pedro el grande, con aquella perseverancia que caracterizaba todas sus empresas, puso de nuevo sitio á Azof con ejército mas numeroso y mejores ingenieros. Esta vez fue mas dichoso: la guarnicion, reducida á 400 hombres por la violencia y buena direccion de los ataques, rindió la plaza por capitulacion.

Este año fue notable por la muerte del héroe de Polonia, ó por mejor decir, de la cristiandad. El fue quien la salvó en las batallas de Chotcim, Lemberg y Zuranow, y mas aun en las de Viena y Parkan; pero su patria, prefiriendo la libertad anárquica, tan antigua en ella, á la gloria de ser árbitra de la Europa oriental, no quiso aprovecharse de sus triunfos. Las victorias de Sobieski, que valieron al Austria la posesion de Hungría, Transilvania, Esclavonia y Croacia, y á Venecia la del Peloponeso, no sirvieron á

la Polonia sino para recobrar la plaza de Caminiec, restituida en la paz.

Batalla de Zenta. (1697.) El sultan Mustafá, no descontento de sus dos campañas, se preparaba para la tercera, cuyo resultado iba á ser tan funesto al imperio de los otomanos. Entró en Hungría con 135.000 hombres, á los cuales no opuso el Austria, aunque estaba ya para concluirse en Riswick el tratado de paz con Francia, mas que 40.000, pero valientes y mandados por el célebre Eugenio de Saboya. Este hábil general se apostó en Segedin, plaza importante situada en la orilla del Teis, resuelto á defenderla, como tambien á Petervaradin: una y otra cubrian las líneas del Teis y del Danubio.

El primer designio del sultan fue penetrar en Transilvania, que, una vez tomada, le ponia en comunicacion con los descontentos de Hungría, en cuya cooperacion fundaba grandes esperanzas; pero apenas se puso en movimiento para Temesvar, salió Eugenio de Segedin, atravesó la llanura de Cobila, y amenazó á Belgrado. Esta marcha hizo que el sultan mudase de designio, y resolviese pasar el Teis, dispuesto á atacar ó á Petervaradin ó á Segedin. En el paso de aquel rio perdieron los turcos 3.000 hombres en un ataque que les dió un cuerpo de caballería imperial de 6.000 soldados, que despues de hecho el estrago, se retiraron. El primer designio del sultan fue pasar el

Danubio y acometer á Petervaradin: el príncipe Eugenio llegó con todas sus fuerzas, y en el consejo de Mustafá se deliberó sobre lo que habia de hacerse.

El gran visir Elmas Mahomet fue de opinion de acometer inmediatamente al enemigo, y decidir en un combate la suerte de la campaña. El bajá Coja Jafer, célebre por la defensa de Temesvar, guerrero esperimentado, que habia hecho todas las campañas de la guerra contra el Austria, aconsejó atrincherarse y no dejar al enemigo mas eleccion que la de acometer con desventaja evidente el campamento turco, ó pasar el Danubio, en cuyo caso se le podia atacar durante una operacion tan embarazosa. El sultan, indeciso entre estos dictámenes, ni dió la batalla, ni atrincheró su ejército; sino marchó contra Segedin, consejo que le dió Elmas Mahomet para obligarle á combatir y hacer que triunfase el consejo que habia dado. Así sucedió por su mal y el del imperio: apenas llegó Mahomet á Zenta, cuando las avanzadas anunciaron la llegada de los imperiales. Eugenio, en vez de acometer á Belgrado, como el gran visir dijo á Mustafá que haria, atravesó los llanos de Cobila y siguió á los turcos, resuelto á darles batalla antes que llegasen á Segedin, y forzó el puente de Kéros, defendido por un bajá y 500 ginetes escogidos, á los cuales halló durmiendo. En vano el gran visir degolló al primer mensagero que trajo esta mala

la Turquía deseaban poner fin á la guerra: Mustafá para reponerse de sus pérdidas: Leopoldo por la necesidad de enviar sus fuerzas al occidente. Á la verdad, la paz de Riswick se firmó este año; pero se preveia el próximo rompimiento con Francia, á causa de la sucesion de España despues de la muerte de su rey Cárlos II, que se consideraba como muy cercana: la Turquía, exhausta de gente y dinero, desalentada, y que creia obrar contra la voluntad de Dios, peleando contra enemigos victoriosos, no deseaba con menos ansia el fin de la guerra. Para conseguirlo no habia mas ostáculo que el orgullo de los beligerantes y las ceremonias de la etiqueta diplomática. Alejandro Maurocordato, intérprete de la Puerta, hombre atrevido, hábil é intrigante, venció todas las dificultades. Habló con los embajadores de Holanda é Inglaterra, y persuadió á estas potencias lo que ellas deseaban, que era ser mediadoras: dijo á los austriacos que la Puerta pedia la paz, y al sultan que la pedian los austriacos: el orgullo se dejó engañar, ó á lo menos quedó bien puesto, afectando creer lo que lisonjeaba, y el congreso se celebró en Carlovitz, ciudad de Hungría, situada sobre el Danubio, cerca de Petervaradin.

Paz de Carlovitz. (1699.) Maurocordato, fértil en recursos, disipó todas las dificultades de la etiqueta, mandando construir un salon redondo, enmedio del cual se colocó una mesa, tambien redonda, con asientos al

rededor de ella : el salon tenia tantas puertas como plenipotenciarios habia : entraban todos en congreso á un mismo tiempo, cada uno por su puerta, se saludaban á la par, se sentaban en un mismo instante, y asi ninguno reconocia superioridad en los otros, ni les daba la derecha.

La paz se concluyó con grande satisfaccion de todos el 15 de enero de 1699. La Hungría y Transilvania fueron cedidas al emperador : el Bannato y Temesvar quedaron en poder de los turcos : los polacos recobraron á Caminiec, y las provincias de Podolia y Ucrania, y restituyeron la Moldavia á la Puerta : los venecianos quedaron dueños de Morea, y Pedro el grande de Azof. Asi terminó la cruel guerra, cuyos principios amenazaron á Polonia y Alemania su total ruina, y cuyo fin dejó á la Turquía en el último lugar de las grandes potencias : merced á Sobieski, Cárlos de Lorena, Luis de Baden y Eugenio de Saboya : merced tambien á los progresos de la Europa civilizada en todas las ciencias auxiliares de los artes militar y administrativo, mientras los turcos con su valor fanático, sus doctrinas despóticas, y sus frecuentes sediciones, era imposible que siguiesen ni adoptasen las mejoras de los otros pueblos.

Concluida en Turquía la guerra estrangera empezaron las discusiones civiles. La paz de Carlovitz fue la primera que hicieron los turcos cediendo provincias; y aunque nece-

saria, pues habia salvado el imperio, el orgullo otomano se irritó. Mustafá, mas sensible que nadie á este pesar, lo divertia en la caza; y este entretenimiento, en que se empleaban grandes sumas, le enagenó los ánimos de la plebe y de la soldadesca. Un incidente trágico, muy comun en Turquía, hizo degenerar el disgusto en sedicion.

Pedro el grande, dueño de Azof, preparaba la grandeza futura de su imperio, creando una marina en la laguna Meótide, fortificando su nueva conquista, ciñendo la Crimea de puntos militares, y abriendo comunicacion por medio de un canal entre el Don y el Volga. El kan de los tártaros avisó al sultan de estos preparativos hostiles. Mustafá envió á un sobrino de su nuevo visir Hussein bajá, para tomar informes seguros; y cuando volvió, temiendo su tio que se emprendiese otra vez la guerra, y se destruyese la paz de Carlovitz, que era obra suya, le persuadió que ocultase la verdad al sultan. Mas como el kan de Crimea continuase las mismas quejas, llamó Mustafá al sobrino, le amenazó de muerte si no le descubria la causa de su silencio, y sabida, depuso á Hussein, y dió el gran sello del imperio á Daltaban bajá, uno de los primeros generales de Turquía, que siendo gobernador de Bagdad reprimió los árabes sublevados, y que en la campaña funesta de Zenta habia arrojado á los austriacos de Bosnia.

Daltaban, partidario furibundo de la guer-

ra, emprendió arruinar á cuantos habían contribuido al tratado de Carlovitz. Como el muftí habia dado su fetfa para hacerla, no era posible, mientras viviese, perseguir en juicio á los demas: el gran visir resolvió asesinarle en un banquete. Sábelo el muftí: rehusa el convite con pretesto de enfermedad, quéjase á Mustafá, como tambien todos los que temian la ira del nuevo ministro: el sultan manda llamar al visir á Andrinópoli, y hace que le ahoguen.

La indignacion por la muerte de Daltaban fue general en todos los órdenes del estado: un cuerpo de tropas se subleva en Constantinopla porque se le retardaban sus pagas, sirve de foco á todos los descontentos, se forma un ejército, se nombra un general, y marchan á Andrinópoli. Mustafá hace en vano concesiones: les entrega en vano al muftí, á quien dieron muerte cruel: no pudiendo recabar nada de aquellos ánimos enconados y violentos, entrega el cetro á su hermano Ámed, despues de un reinado de 8 años, y se reduce á vivir en el serrallo en el mismo aposento que dejaba su sucesor, donde murió de melancolía al cabo de seis meses: príncipe digno de mejor suerte por el valor con que arrostró la guerra, y la prudencia con que dió la paz.

Ámed III. (1703.) Los primeros años del nuevo reinado se consumieron en las intrigas del serrallo, que producian de cuando en cuando un nuevo visir, tan incapaz como

los anteriores. Entretanto la Europa ardia en dos guerras crueles, la de la sucesion de España, en la cual se empleaban las fuerzas del occidente; y la de Suecia, en que Cárlos XII, habiendo logrado grandes victorias contra dinamarqueses, moscovitas, polacos y sajones, y dado un rey á Polonia, penetró en Rusia, y halló en Pultava el fin de sus prosperidades y de su gloria. Vencido por Pedro el grande, destruido su ejército, sin recursos ni comunicacion con su reino, se refugió con las cortas reliquias de su derrota en los estados del gran señor. Alí bajá, enemigo de los moscovitas, le habia ofrecido, antes de su funesta campaña, socorros de turcos y tártaros, que no recibió por la lentitud ordinaria de las operaciones militares y diplomáticas de la Puerta. Cárlos XII, desgraciado, venia á reclamarlos para mejorar su fortuna, contra el enemigo natural de Suecia y Turquía.

La Puerta le dió acogida y hospitalidad, y le señaló por residencia la ciudad de Bender. Desde 1705 que se estableció en ella, no cesó de solicitar que la Puerta se declarase contra Rusia, y le diese un ejército para continuar la guerra contra su rival. Pero el gabinete turco, aunque deseaba con manos agenas destruir el poder de Pedro, ni se atrevia por sí mismo á hacer la guerra que creia larga y peligrosa, ni queria invertir en ella las fuerzas que necesitaba para reconquistar la Morea: proyecto mas popular entonces en

Turquia que la guerra contra los rusos, enemigos á la sazon, no tanto del gran señor, como del kan de los tártaros.

El carácter de Amed era débil, y ardia en partidos el serrallo. Los amigos de Cárlos XII y del kan de Crimea pedian la guerra contra los moscovitas: los demas decian que no era razonable esponer las fuerzas del imperio por favorecer los proyectos de un aventurero, teniendo á la puerta de casa enemigos mas peligrosos. La influencia que sucesivamente ejercian en el ánimo del sultan, causó frecuentes mudanzas en el ministerio, hasta que al fin ascendió á esta dignidad Baltaji Mehemet, que ya habia sido visir otra vez, partidario de la guerra, y cuyo único mérito era la hermosura de su muger, dama del gran señor.

Campaña del Pruth. (1711.) Determinóse pues acometer al czar de Rusia: en la capital y en las provincias se hicieron grandes aprestos militares, y el gran visir al frente de 150.000 turcos, ademas de otros muchos cuerpos de tropas auxiliares tártaras y circasianas, se puso en marcha hácia el Pruth. El czar vino de Polonia con un ejército de 80.000 hombres, resuelto á ocupar los principados, cuyos vaivodas estaban de secreto coligados con él; pero ó el desprecio con que miraba á su enemigo, ó la escesiva é imprudente confianza en los príncipes tributarios de la Puerta, dispuestos siempre á tratar con el que mas ventaja les ofrece, le tra-

jo á la situacion mas deplorable. Brancovan, hospodar de Valaquia, en lugar de favorecerle, rechazó un cuerpo de tropas moscovitas mandadas por el general Koanne, y proveyó en abundancia al gran visir los víveres que habia prometido á los rusos. Cantimir, príncipe de Moldavia, se conservó fiel á Pedro, pero no sus moldavos. Falto pues de víveres, viendo su ejército reducido á 30.000 hombres por la hambre, las enfermedades y la desercion, pensaba en retirarse, cuando el gran visir pasó el Pruth, se atrincheró y encerró al ejército moscovita entre el rio y el campamento otomano. El czar dijo: «Ahora me hallo en una situacion tan mala, por lo ménos, como la de mi hermano Cárlos en Pultava.»

Pero tenia al frente un enemigo incapaz de apreciar la fortuna que se le venia á las manos sin merecerla. Ya los moscovitas estaban quemando sus equipages, resueltos á abrirse paso con la espada; cuando el gran visir, ganado por los regalos de Catalina, esposa de Pedro, y compañera en sus espediciones militares, firmó un tratado, por el cual recobró la Puerta la plaza de Azof y las orillas de la laguna Meótide; pero se permitia al czar volverse á Rusia con su ejército, artillería, banderas y bagages. Esta convencion se firmó el 1.º de agosto. Los rusos se volvieron. Cárlos XII, que habia acudido de Bender para gozarse en la ruina de su enemigo, sabiendo el ruin suceso de la campaña, dijo

indignado al gran visir : «¿Por qué has dejado escapar á tu enemigo, pudiendo cogerlo y llevarlo á Constantinopla con su ejército?» Mehemet le respondió con la flema que es peculiar de los otomanos: «No conviene que todos los reyes esten ausentes de su casa.» Cárlos se sentó en un sofá, estendió una pierna, y con la espuela rompió el vestido del gran visir.

Pedro no se apresuraba á cumplir las condiciones adicionales del tratado del Pruth, como eran la evacuacion de Polonia, la entrega de la Ucrania polaca á la república, y el subsidio que debia pagar al kan de los tártaros: Baltaji Mehemet fue depuesto, y se volvió á tratar en Constantinopla de hacer guerra á los rusos. Es verdad que una nueva mudanza de visir hizo que el gabinete se inclinase á la paz, y como se miraba al rey de Suecia como á gefe de los partidarios de la guerra, se le quiso obligar á salir de Turquía. Cárlos se negó á ello con su ostinacion ordinaria: un ejército de turcos y tártaros se preparó á emplear la fuerza para cumplir las órdenes del gran señor. El rey, con los 40 hombres de su comitiva, fortificó en cuanto pudo el palacio donde vivia, se defendió como un leon, y al fin cayó en poder de los otomanos, despues de muertos algunos de ellos, víctimas de las órdenes de la Puerta, que habia mandado espresamente respetar la vida y la persona de Cárlos. Conducido á Demituc, donde estuvo en calidad de prisio-

nero, aunque otra revolucion del serrallo hizo probable la guerra contra Rusia, tuvo que salir de Turquía; porque el combate que habia dado en Bender, le hizo temible y peligroso á todos los turcos, aun á los de su mismo partido. Volvió pues á sus estados en 1714, sufrió de nuevo los rigores de la fortuna, que le abandonó para siempre en Pultava, y una bala de cañon, ilustrando una miserable plaza de Noruega, á la cual puso sitio, terminó en 1718 su vida, sus planes gigantescos, y las calamidades de su patria.

Guerra de los turcos contra los venecianos. (1713.) Los ejércitos que la Puerta armaba y desarmaba continuamente, tenian un objeto muy diverso de la guerra contra los rusos. Esta nacion no inspiraba todavía á la Puerta los terrores y odios que tan activos y justos se manifestaron despues. Morea y Hungría, provincias en otro tiempo del imperio otomano, cedidas en la paz de Carlovitz, llamaban la atencion del divan, mucho mas que los desiertos de Besarabia, Ucrania y Tartaria. Este torcedor le impidió siempre hacer guerra á los rusos con la actividad que Cárlos XII deseaba. Pero la Puerta cometió la imprudencia, que cometerá muchas veces en lo sucesivo, de empezar la lid contra venecianos y austriacos, precisamente cuando la guerra de sucesion estaba concluida, y el emperador Cárlos VI, en paz con toda Europa, podia volver contra los turcos todas las fuerzas de su monarquía. Este yerro, muy

comun en los turcos despues de la decadencia de su imperio, procedió de dos causas: una, que nunca miraron como aliados suyos á las potencias cristianas, aunque fuesen enemigas de sus enemigos, y siempre tuvieron con ellas la desconfianza que les inspiraba la diferencia de religion: otra, que la vanidad de los ministros otomanos les impedia atender á los intereses políticos de Europa, y hacian la guerra ó la paz, no segun exigia la seguridad y gloria de su imperio, sino segun resultaba de las combinaciones de su avaricia, dispuesta siempre á sacrificar el bien de la patria.

Con el pretesto de algunas vejaciones hechas por los venecianos á los buques de comercio de los turcos, declaró el divan la guerra á la república, envió un ejército á Dalmacia, una escuadra al Archipiélago, y 100.000 hombres mandados por el gran visir al Peloponeso, defendido solamente por 8.000 venecianos. La escuadra se apoderó de la isla de Tinos, bien fortificada; pero cuyo gobernador Bernardo Balbi, locuaz y cobarde, capituló, y logró los honores de la guerra sin haber disparado un tiro.

Al año siguiente entró el visir en Morea, tomó á Corinto despues de cinco dias de trinchera abierta, á Nápoli por asalto, á Modon por capitulacion, á Argos, Malvasía y el castillo de Morea con solo presentarse. La inhumanidad y perfidía con que los turcos pasaban á cuchillo á todos los venecianos, á pesar de las capitulaciones, hizo que huye-

se de la mayor parte de las ciudades el corto número de sus defensores. A la conquista de Morea añadió el gran visir las de las islas de Egina y Cérigo, y de las plazas de Espinalonga y Suda, que aun poseia la república en la isla de Candía. Asi fueron arrojados enteramente los venecianos del Archipiélago, despues de haberlo dominado cinco siglos.

Guerra contra el Austria, batalla de Petervaradin, sitios de Corfú y Temesvar. (1716.) El emperador Cárlos VI, receloso del aumento del poder otomano, y viendo que la guerra se acercaba á sus fronteras, pues el gran visir venia sobre Dalmacia con el ejército que habia conquistado la Morea, al mismo tiempo que el capitan bajá Dianun Cogia desembarcaba en Corfú un ejército espedicionario y ponia sitio á la fortaleza, declaró la guerra al sultan, como infractor del tratado de Carlovitz, y envió á Hungría con ejército numeroso al célebre Eugenio de Saboya, que habia añadido ya á los laureles de Zenta los que cogiera en el occidente europeo en la guerra de sucesion.

Defendia á Corfú el hábil y valiente general conde de Schullemburg, que en la guerra de Polonia habia salvado el ejército sajon de caer en poder de los suecos con una sabia retirada. La reputacion de este héroe quedó consignada en los fastos de la historia por el mismo Cárlos XII, su enemigo, que dijo al ver libres á los sajones: «Hoy nos ha vencido Schullemburg.» La escuadra turca

desembarcó 30.000 hombres destinados á sitiar la plaza bajo las órdenes del seraskier de Romelia. Aun no acabado el desembarco, Pisani, comandante de la escuadra veneciana, apareció en las aguas de la isla, se batió con los navíos otomanos, é introdujo en la plaza un gran convoy de tropas y municiones, sin que pudiesen coger los enemigos mas que un buque de trasporte con 300 hombres. Los turcos tardaron el mes de julio y parte de agosto en formar el sitio y apoderarse de las alturas de Abraham y san Salvador, defendidas valientemente por los sitiados. Desde ellas bombardeaban la ciudad y el puerto, y adelantaban sus trincheras; pero no queriendo el capitan bajá comprometer su escuadra en un combate, que si era funesto, dejaria el ejército espedicionario á merced del enemigo, el puerto no fue bloqueado, y Corfú recibia víveres y refuerzos. Una salida de la guarnicion se malogró, porque en la oscuridad disparó un cuerpo de ella contra otro y le mató ó hirió 200 hombres: conocióse el yerro cuando ya no era tiempo de remediarlo. Malogróse tambien un asalto general que dió el seraskier el 18 de agosto, en el cual se apoderó de las obras esteriores, y cuando iba á atrincherarse en ellas, atacado de frente por la mayor parte de la guarnicion, y en el flanco por el valiente Schullemburg que salió de la plaza con 800 hombres, tuvo que volverse á sus líneas, dejando al pie de las murallas 2.000 muertos y 20 banderas. A esta

accion, que duró cinco horas, sucedió por la noche una horrible tempestad que inundó las trincheras de los turcos y derribó sus tiendas; y al dia siguiente apareció en las aguas de la isla una escuadra española, mandada por D. Baltasar de Guevara, que venia en socorro de los venecianos. El seraskier y el capitan bajá levantaron el sitio á la noche siguiente, y embarcaron los restos del ejército despues de perdidos 15.000 hombres en los 42 dias que duró el cerco. Santa Maura y Butrinto cayeron en poder de los venecianos.

No fue mas feliz el gran visir peleando contra el príncipe Eugenio en Hungría. Este general estaba apostado delante de Petervaradin. Acometiéronle los turcos en sus mismos atrincheramientos, y fueron rechazados. Entonces todo el ejército imperial marchó contra ellos, bien guardados los flancos por una laguna y unas alturas escarpadas. Los turcos se defendieron con tal ostinacion, que tuvieron un momento la victoria en las manos; pero persiguiendo un cuerpo de caballería alemana con demasiado ardor, indefenso uno de sus flancos, Eugenio se aprovecha de este yerro, los ataca, derrota, y los hace huir á Belgrado. La batalla de Petervaradin duró cinco horas: los imperiales tuvieron 3.000 muertos y 2.000 heridos, y se valuó la pérdida de los turcos en 6.000 muertos. El botin fue inmenso, tanto en objetos de lujo, con que acostumbran los gefes

otomanos hermosear sus tiendas, como en efectos de artillería. El gran visir fue herido en la fuga, y murió al otro dia en Carlovitz; pero antes de espirar mandó matar al conde Breuner, oficial austriaco prisionero, diciendo: *¡Ojalá que pudiese esterminar del mismo modo á todos los infieles!* Este visir se llamaba Alí, y era yerno del sultan Amed. Ahuyentados los turcos, pusieron sitio los imperiales á Temesvar, capital del Bannato, y una de las plazas mas importantes de Hungría. La guarnicion, que era de 8.000 hombres, se defendió con valor, y se rindió por capitulacion despues de mes y medio de sitio, y de haber muerto á los imperiales 4.000 hombres. Eugenio arrojó á los turcos de todos los puntos fortificados que tenian en el Bannato, y completó la conquista de Hungría, en la cual no quedó á los otomanos ni una aldea despues de la batalla de Petervaradin.

Sitio y batalla de Belgrado. (1717.) La Puerta hizo el último esfuerzo para remediar las pérdidas de la campaña anterior. Fue elegido gran visir Hastchi, bajá de Belgrado, uno de los guerreros mas valientes del imperio: se añadieron nuevas fortificaciones á aquella plaza, amenazada por los austriacos, y se aumentó la escuadra del capitan bajá para oponerse á los venecianos que entraban con la suya en el Archipiélago. La campaña de mar no fue enteramente desgraciada para los turcos: despues de tres combates indecisos, dos junto á los Dardanelos, y el ter-

cero en las aguas de Cérigo, la armada de la república tuvo que volverse al Adriático.

Pero en tierra sufrieron los otomanos espantosas derrotas. Schullemburg les quitó las plazas de Prevesa y Vonitza : perdieron el castillo de Imoschi en Dalmacia ; y la plaza de Belgrado, antemural del imperio por la parte del norte, cayó en poder de los austriacos despues de una de las mas grandes derrotas que ha sufrido la Puerta.

El príncipe Eugenio pasó el Danubio el 10 de junio, reconoció el 19 las cercanías de Belgrado, y empezó al dia siguiente á formar las líneas de circunvalacion y contravalacion; porque todo era menester, atendida la fortaleza de la ciudad y la proximidad del ejército otomano, cuyo cuartel general estaba en Nisa. Su vanguardia apareció sobre las alturas que rodean á Belgrado en 30 de julio, cuando ya la artillería austriaca habia hecho grandes destrozos en la plaza, y se temia el asalto. El gran visir, en vez de pelear, sitia el campo de los cristianos, abre la trinchera, y emprende tomarlo como si fuese una ciudadela. Eugenio se vió en la necesidad de dar batalla, para libertarse de la hambre, contra un enemigo muy superior en número y en posicion. La accion empezó el 16 antes de rayar el dia : una niebla que impedia ver los objetos á diez pasos de distancia, separó los cuerpos de la primer línea austriaca : notólo el príncipe Eugenio apenas se disipó la oscuridad, llenó el hueco con tropas de la segun-

da línea, acomete á los turcos, que entonces se creian vencedores, y empieza un combate espantoso, que de puesto en puesto se prolongó hasta el centro de los campamentos otomanos. Los genízaros se escedieron á sí mismos en esta batalla memorable; pero el valor desesperado cedió á la exactitud de la disciplina, y huyeron dejando en el campo 13.000 muertos, 5.000 heridos, y otros tantos prisioneros, y un inmenso botin en los reales. Al dia siguiente capituló Belgrado.

Paz de Pasarovitz. (1718.) En este tiempo el cardenal Alberoni, ministro de España, envió una espedicion á la isla de Cerdeña, que se apoderó de ella, y despues desembarcó en Sicilia; lo que obligaba al emperador á enviar tropas en socorro de aquella isla. La situacion del occidente le hacia pues desear la paz con los turcos: paz que era necesaria á la Puerta, teniendo los enemigos dentro de casa, y hallándose exhausta de hombres y dinero. La mediacion de Inglaterra y Holanda, interesadas tambien en apagar el incendio que habia levantado Alberoni, y en pacificar el occidente, contribuyó á la pronta conclusion del tratado, que se firmó el 21 de julio en Pasarovitz, ciudad de Servia. Por él quedó el emperador dueño de Temesvar y Belgrado; es decir, señor de toda Hungría, y árbitro de llevar la guerra cuando quisiese al centro del imperio otomano. Es verdad que la Puerta conservó el Peloponeso, y los venecianos, como mas dé-

biles, fueron los peor tratados en la paz. Dióseles en resarcimiento de la Morea y de los puertos de la isla de Candía que perdieron, las cindades de Butrinto, Parga y Prevesa, con las cuales quedaron dueños de todo el canal de Corfú y la isla de Cérigo en la entrada del Archipiélago.

Guerra de Persia.(1724.) La situacion de Persia era aun mas lamentable que la del imperio otomano. Los afguanes, tribu feroz, que habitaba en las montañas de Candahar, el Paropamiso de los antiguos, hicieron guerra al sofi Hussein, consiguieron grandes triunfos sobre sus ejércitos y los del príncipe Támas, su hijo y sucesor, elevaron al trono á Mamud, uno de sus generales, y acometieron y tomaron á Ispahan. Esta revolucion de Persia pareció á la Puerta y á Pedro el grande, czar de Rusia, ocasion favorable para engrandecerse á costa de aquella desgraciada monarquía. El moscovita se apoderó de las provincias cercanas al mar Caspio: los turcos en las campañas de 1725 y las dos siguientes tomaron á Tauris, Hamadan, Erisvan y Casbin, y vencieron á los persas en dos batallas; pero fueron completamente derrotados en otras dos espediciones contra Ispahan, capital del reino. En 1727 hicieron la paz con Asraf, sucesor del usurpador Mamud; paz que dejaba en poder de la Puerta todas las conquistas que habia hecho en Georgia, Armenia y el Irac Agemi; pero que fue de muy poca duracion; porque el

célebre Koulikan, general de Támas, que por su valor se habia elevado desde la clase mas oscura hasta el mando de los ejércitos persianos, venció y dió muerte á Asraf, y restableció en el trono al príncipe legítimo. Támas no quiso ratificar un tratado que le quitaba sus mejores provincias, y establecia á los otomanos en el centro de la monarquía.

Amed y el gran visir pasaron á Scútari el 3 de agosto de 1730, determinados á hacer guerra á los persas con todas las fuerzas del imperio; pero una sedicion, medio militar, medio popular, suspendió su proyecto, y dió fin á su reinado. Era grande el descontento de los turcos por la rapacidad del gobierno, débil con los enemigos esteriores, fuerte y cruel con los vasallos. La guerra infeliz con los austriacos, y la paz vergonzosa de Pasarovitz aumentaban la indignacion general, no disminuida por los triunfos conseguidos en Persia, que habian costado inmensos tesoros y 150.000 hombres. En esta situacion emprenden tres genízaros trastornar el imperio, y lo consiguen. Convidan á un banquete á doce compañeros, los embriagan, les hacen jurar la deposicion de los ministros, y aun la del mismo sultan, se presentan el 28 de setiembre en las calles, y reunen el pueblo armado en el Atmeidan. El sultan y el visir estaban en Asia: el reis efendi en sus jardines: el kiaya del gran visir huyó: el agá de los genízaros marchó con su

guardia contra los rebeldes, no pudo sosegarlos, y pasó á Scútari: asi se dió lugar á que creciese la rebelion.

El sultan y el visir volvieron á Constantinopla, y no hallaron defensores ni en las tropas de la marina, ni en la servidumbre del serrallo. Amed entra en negociacion con los sediciosos, les concede las cabezas del visir, del kiaya y del caimacan. Pidenle despues que renuncie el imperio, y obedece. Así acabó, despues de 27 años, el reinado de Amed III, príncipe débil é irresoluto, aunque cruel en sus venganzas. En su tiempo, á pesar de las conquistas contra venecianos y persas, comenzó á hacerse mas notable la decadencia del poder de los turcos. Las batallas de Petervaradin y Belgrado probaron que no era posible al valor de los genízaros pelear ventajosamente con ejércitos disciplinados. La ocasion que perdió de abatir para muchos años el poder de Rusia en la campaña del Pruth, indicaba bastantemente la suerte reservada á su imperio.

Mamud I. (1730.) Sucedióle Mamud I (llamado por los historiadores de occidente Mahomet V), hijo de su hermano Mustafá II. Deseaba premiar á los tres genízaros que habian sido causa de su elevacion al imperio; mas eran tan ignorantes, y estaban ellos mismos tan convencidos de su incapacidad, que no aceptaron ningun destino. Quedáronse pues en Constantinopla; y tenian tanta autoridad sobre el pueblo y la tropa,

que el gran visir tuvo que admitirlos en el divan, y nada se hacia sin su consentimiento. Estos hombres violentos y groseros cansaron muy pronto la paciencia del pueblo, de los grandes y del sultan. Uno de ellos obligó al visir á que depusiese al hospodar de Valaquia, y diese esta dignidad á un carnicero griego que le habia dado carne al fiado antes de la revolucion. Un dia que se presentaron en el divan, convocados con el pretesto de recibir pellizas que les regalaba el gran señor, fueron degollados, como tambien los hombres del pueblo que los acompañaban, y que se quedaron á la puerta del serrallo. El pueblo mismo que los habia seguido para derribar á Amed II, se regocijó en su ruina. Pero poco despues movieron los genízaros otra sedicion con el motivo siguiente: es costumbre en Turquía distribuir dinero á la milicia en el advenimiento de cada sultan; y asi en la caida de Amed III se alistaron muchos voluntariamente para gozar de aquel beneficio. El gran visir mandó que no se diese nada á los nuevamente alistados: estos se reunieron en el Atmeidan, hicieron fuego contra su agá, que acudió á templarlos, y fue necesario reunir todas las tropas de la capital para destruirlos. Perecieron en el combate 200 de ellos, y se reprimió la sedicion.

Entretanto hacia la guerra contra los persas Kustan, bajá de Erivan, creado por los mismos rebeldes que depusieron á Amed. El

sultan, receloso de él, envió un capigi-bachi, ó emisario de la Puerta, al lugarteniente de Kustan con órden de dar la muerte al bajá, y sucederle. El capigi, cuando llegó á Erivan, la encontró alborozada por la victoria que Kustan acababa de conseguir contra los persas que venian á sitiarla. El lugarteniente habia perecido en la batalla. Kustan supo la llegada del emisario, le mandó venir á su presencia, y le amenazó con la muerte si no le declaraba el objeto de su viage. El capigi le presentó las órdenes de la Puerta. El bajá escribió á Constantinopla que su vida estaba siempre en manos del sublime emperador; pero que le parecia preferible morir á manos de los enemigos del estado. Púsose en campaña, derrotó segunda vez á los persas, y unido con Alí, bajá de Tauris, penetró en el Schirvan, y arrojó al enemigo hasta las montañas de Derbent.

Batalla de Bagdad. (1732.) Topal Osman, hombre de valor, y uno de los mejores capitanes del imperio, fue elevado al visiriato, y depuesto poco despues por las intrigas de la sultana madre y del Kislar agá, que gobernaban en nombre del sultan. Sin embargo, su mérito hizo que se le diese el gobierno de Georgia y el mando del ejército que estaba en observacion de los movimientos de los persas. Al fin de la campaña pasada se habia hecho la paz con el sofí Tamas, conservando la Puerta la provincia de Georgia, y sirviendo el Aráxes de límite entre

ambos imperios. Pero Koulikan, con el pretesto de la iguominia de esta paz, que privaba á Persia de dos provincias, dueño del ejército que le debia tantas victorias, y del pueblo, libre por él de la tiranía de los afguanos, destronó á Támas, y le encerró en un palacio, proclamó á un hijo suyo que acababa de salir de la cuna, sofí de Persia, y se declaró, durante su menor edad, administrador y regente de la monarquía.

Su primer cuidado fue asentar paces con los rusos y romper el tratado de la Puerta, que habia servido de pretesto á su rebelion. Juntó pues numeroso ejército, y marchó la vuelta de Bagdad con el objeto de sitiarla. Topal Osman, reunidas todas las fuerzas de los bajáes vecinos, le acometió al frente de 150.000 hombres, y le dió junto á las murallas de aquella plaza una batalla terrible, en que fueron vencidos los persas, con pérdida de 35.000 hombres, y el mismo Koulikan quedó gravemente herido. Al año siguiente fue derrotado por Topul Osman dos veces, la una junto á Kerkond, y la otra en Keilan; pero como la envidia de los enemigos de Topul en la corte no permitia que se le enviasen socorros, fue vencido y muerto en otra batalla que le dió el infatigable Koulikan. De este modo perdia el imperio otomano sus ejércitos y sus héroes por las intrigas del serrallo. Abdalá, sucesor de Osman en el mando del ejército contra los persas, fue completamente derrotado junto á Erivan con

pérdida de 40.000 hombres. Se hizo con Persia una paz ignominiosa, cuyas condiciones dictó Koulikan. Las principales fueron: que los turcos le reconocerian por administrador y regente del reino (antes no le daban mas título que el de usurpador): que los persas podrian hacer la peregrinacion de la Meca y de los demas santuarios musulmanes (de que estaban escluidos como cismáticos), y que la Georgia se agregase al reino del Sofí.

Guerra con Rusia y Austria. (1735.) La muerte de Augusto, duque de Sajonia y rey de Polonia, en 1733, produjo una guerra en el occidente. Los polacos querian tener por rey á Estanislao, el protegido de Cárlos XII, destronado despues de la derrota del héroe sueco en Pultava. Auxiliábanle Francia y España: aquella como á suegro de su rey Luis XV: esta por la esperanza eventual de reconquistar los dominios de Italia, perdidos en la paz de Utrecht. Pero Austria y Rusia se declararon á favor de Augusto II, elector de Sajonia, hijo del rey anterior, y comenzó la guerra. La Francia hizo los mayores esfuerzos para que la Puerta se coligase con ella y acometiese á los austriacos en Hungría; pero Mamud, empeñado en la guerra de Persia, é incapaz de gobernar por sí mismo, retardó su cooperacion. Sucedió lo que debia preverse: la paz se hizo, sacrificando el Austria el reino de las Dos Sicilias, que se dió á Cárlos, hijo de Felipe V, rey

de España; pero cediéndose el trono de Polonia á Augusto II, y la Turquía se vió obligada á pelear, cuando ya no podia tener por aliada la Francia.

Ana, sobrina de Pedro el grande, y emperatriz de Rusia, pretestando algunos socorros dados por el kan de los tártaros á los polacos partidarios de Estanislao, declaró la guerra á la Puerta, se apoderó de Azof, el célebre general Munuch tomó las plazas de Ozakow y Kilburnu, situadas en el desembocadero del Nieper, penetró en Moldavia, y empezó á poner en ejecucion los vastos planes de la política rusa con respecto al imperio otomano, comenzados por Pedro el grande, reducidos á sistema por Munuch, emprendidos con felicidad por Catalina II, y llevados casi á su perfeccion por Nicolas I, si la política de Inglaterra y Francia no lo impidiera.

Los griegos, oprimidos por los turcos, tienen la misma religion y los mismos intereses contra la Puerta que los moscovitas: los moldavos, válacos y servios, pueblos de orígen eslavon, tienen la misma cuna y la misma religion que los rusos: todos, en la época que estamos describiendo, incapaces de tener un gobierno propio, preferian el dominio de la emperatriz al del sultan: la exasperacion contra el yugo otomano era general en la poblacion cristiana del imperio: en los principados era mayor la ira desde que la Puerta, no atendiendo al derecho de ele-

gir sus príncipes que habian conservado por las antiguas capitulaciones, empezó á dar la dignidad de hospodares á los griegos de Fanar, barrio de Constantinopla, donde habitaban los comerciantes mas ricos de aquella nacion, que valiéndose de la incuria y avaricia de los turcos, manejaban todos sus negocios, les adelantaban las sumas necesarias para sus empresas y dilapidaciones, y eran los verdaderos señores del imperio.

La Rusia, pues, empezó entonces, bajo los auspicios de Ana y Munuch, á emprender la emancipacion política de los principados. La Puerta, acometida por un enemigo tan formidable, é irritada de la parcialidad del Austria en favor de la Rusia, pues exhortaba al divan á continuar las negociaciones contra esta potencia, mientras los rusos y austriacos tomaban plazas y ocupaban las provincias, declaró la guerra á Ana y á Carlos VI, y lo que parecia imposible en aquella época, la hizo con valor y felicidad. El gran visir Siegen arrojó de Valaquia al general Wallis, que habia ocupado este principado y exigido contribuciones en los distritos cercanos de Moldavia: venció en dos batallas, una en Valaquia y otra junto á Nisa, al conde de Seckendorf, general del ejército imperial: recobró á Nisa, envió á Transilvania al príncipe Ragotki, heredero de las pretensiones de los antiguos malcontentos de Hungría, con el título de vaivoda de aquella provincia, é hizo conocer á la corte

de Viena, que Eugenio de Saboya no mandaba ya sus ejércitos.

En la campaña siguiente de 1738 se apoderaron los otomanos de Orsova, Semendria é Ignipalé, y defendieron á Nisa, amenazada por los austriacos. Entretanto el capitan bajá encerró en uno de los recodos de Cafa, en la costa de Crimea, la escuadra rusa, obligó á las tripulaciones á abandonarla y quemarla, y á atravesar la Crimea y pasar el Boristenes perseguidas siempre por los tártaros, que les hicieron sufrir grandes pérdidas.

Sitio de Belgrado : paz de Belgrado. (1739.) Una intriga del serrallo quitó á Siegen la dignidad de gran visir, y le dió por sucesor á Elías bajá, que entró en campaña con 130.000 hombres, cuando el ejército austriaco solo era de 25.000, mandados por el general Wallis: arrojóle del campo atrincherado de Kroska, obligóle á pasar el Savo, puso sitio á Belgrado, y tuvo la gloria de concluir en su campamento una paz gloriosa para la Puerta; pues en ella recobró la plaza de Belgrado, antemural del imperio otomano, aunque destruidas las fortificaciones que le habian añadido los austriacos. La Rusia, á pesar de haber tomado la plaza de Chotzim, y penetrado en Moldavia, accedió á esta paz, retirándose de todas sus conquistas, y estipulándose la demolicion de las fortificaciones de Azof. El grande objeto de la política otomana era quitar á los rusos

los medios de desembocar en el mar Negro, y de formar en sus playas establecimientos mercantiles ó navales. Tampoco debe estrañarse la facilidad con que admitieron la pacificacion las cortes de Viena y Petersburgo, atendidas las circunstancias en que se hallaba la casa de Austria. Carlos VI estaba próximo á morir, como sucedió en efecto al año siguiente: era su única heredera María Teresa, casada con Francisco, duque de Lorena; y se trataba de dejarles la corona imperial. Esta cuestion debia producir en toda Europa una guerra larga y sangrienta; y tanto los austriacos como los rusos quisieron hallarse desembarazados para ella.

Guerra contra Nadir. (1742.) El estruendo de la guerra resonaba á un tiempo en Asia y en Europa; y mientras Koulikan, elevado al trono de Persia con el nombre de Nadir, conquistaba y robaba el imperio del gran Mogol, el pais de los usbekes y la Bucaria, y amenazaba el oriente con las guerras y desolaciones de los tiempos de Gengis y Timur, elevaba en el centro de Europa una gran potencia el valor y habilidad de Federico II, rey de Prusia: el Austria, primero abatida, salia triunfante de entre sus ruinas, y las falanges rusas bebian de las aguas del Rhin; presagio de la influencia futura del gabinete de los ezares en el occidente europeo, y atravesaba como aliado la Polonia, esperando el dia de subyugarla.

Pero ninguno de estos movimientos que

agitaban el mundo político, movia á la Puerta á salir de su letargo. Creyéndose en perpétua paz, porque las demas potencias, ocupadas en otras partes, no atendian á ella, los soberbios otomanos, que un siglo antes hacian temblar á Alemania, Italia y Polonia, ó cansados de sufrir derrotas, ó contentos con la reconquista de Belgrado, no pensaron en sacar partido alguno de la guerra de sucesion del imperio de Alemania. Mamud era incapaz de gobernar: la sultana, los oficiales del serrallo, que estaban á su devocion, y los grandes visires que se sucedian con suma rapidez, solo pensaban en agotar el erario público y las fortunas de los particulares con rapiñas y exacciones.

En esta época de corrupcion y debilidad se creó en el imperio otomano una institucion nueva que preparó, aunque desde muy lejos, la emancipacion de los griegos. Los turcos, desde los tiempos de la conquista del imperio de oriente, habian subyugado todas las naciones cristianas que lo habitaban; pero la religion les impedia incorporarlas consigo, hacerlas gozar de los derechos políticos y civiles, y formar un pueblo compacto y unido. El orgullo y fanatismo otomano se complacian en ver temblar á los vencidos ante su cimitarra, y la Turquía no era mas que un vasto territorio ocupado por un ejército estrangero. La nacion indígena, es decir, los griegos y esclavones, aborrecian á sus tiranos, y se lo daban bien á en-

tender cuando se les presentaba la ocasion de sublevarse.

Pero el grado de subyugacion que padecian los pueblos, era diferente, segun el grado de resistencia que el valor ó la aspereza del terreno habian opuesto á la espada otomana en la época de la conquista. La Valaquia y Moldavia habian conservado sus príncipes. Bulgaria, Romania, Servia, Albania, Bosnia, Macedonia y todo el pais llano de la Grecia gemian bajo el yugo inmediato de los turcos en lo civil y en lo militar; pero las montañas de Epiro, Tesalia y Acaya, las de Candía y las poblaciones del Taygeto conservaban su antigua independencia en virtud de las capitulaciones que habian logrado del vencedor, resistiéndole animosamente con el nombre de cleftos ó *bandidos*. Pagaban, á la verdad, el caradgi ó *capitacion*; pero se gobernaban por sus mismas leyes como repúblicas independientes, estaban libres hasta del dominio de los obispos griegos, de los cuales se valian los turcos para sacar gruesas sumas de los habitantes de las llanuras, y tenian el derecho inapreciable de resistir armados á los bajáes ó beyes que emprendiesen entrar con tropas en su territorio. Llamábanse *armatolos* los soldados con que defendian su independencia en casos semejantes.

Mientras florecieron los otomanos con victorias y hazañas, no temieron á estas poblaciones montañesas que se aumentaban ca-

da dia por el goce pacífico de sus trabajos rústicos y por la afluencia de los que huian del pais llano, y de las vejaciones y mal tratamiento que en él esperimentaban. La independencia de los cleftos no se hizo formidable á la Puerta, sino cuando empezó á flaquear su poder con la corrupcion interior y las derrotas esteriores. Su miedo aceleró, como siempre sucede, la ruina de su poderío. Para oprimir á los cleftos, y privarles de los derechos que gozaban, se creó en 1740 el oficio de *dervengi bachi*, ó gran preboste de los caminos, cuyas atribuciones se agregaron á las de un bajá de Grecia. Al mismo tiempo se creó una milicia turca encargada de la seguridad de los caminos, y principalmente de los desfiladeros, con la cual no tardaron en venir á las manos los armatolos griegos de las montañas. En esta especie de guerra se hicieron célebres los gefes helenos Millonis y Bukovalas, peleando contra los agáes de Acarnania, y contra Vely, bajá de Tebelen, ciudad de Albania. Los cantos populares de los griegos celebraban los triunfos y el esfuerzo de sus capitanes, y sembraban en los ánimos las semillas de la insurreccion: al mismo tiempo que los agentes de Rusia empezaban en esta época á alentarlos con la esperanza de los auxilios poderosos de su potencia. Tales fueron los principios de la emancipacion griega.

Pero si se esceptúa esta guerra intestina y sorda, los turcos no daban ninguna otra

señal de vida, enmedio de la combustion de Europa. Koulikan, triunfante de la India, emprendió nuevamente quitar á los turcos las provincias de Asia: puso sitio á Bagdad y Basora, y no pudo tomarlas: venció á un príncipe persiano, enviado por la Puerta con el objeto de destronarle, y en 1745 venció junto á Erivan el ejército turco en una gran batalla, en que perecieron 28.000 otomanos y muchos bajáes. La paz se hizo al año siguiente por cansancio de entrambas naciones, sin que ninguna de ellas perdiese ni ganase territorio.

Todavía reinó ocho años Mamud I despues de esta paz, ó por mejor decir, vegetó y se consumió entre los placeres y la ociosidad, mientras su madre y sus criados gobernaban. En este intervalo continuó el imperio durmiendo como su monarca. Este falleció víctima ó de su celo religioso ó de una costumbre antiquísima, que obligaba al sultan á ir á caballo desde su palacio á la mezquita en una solemnidad religiosa. Se le irritó una fístula en este paseo, y murió á los 58 años de edad y 24 de reinado.

Otman III. (1754.) A Mahamud I sucedió su hermano Otman III, que solo le sobrevivió tres años. Su breve reinado fue el oprobio de la casa otomana. Llamóse el *reinado de los visires*, porque cada año hubo dos: Otman mandaba matarlos, igualmente que á los caimacanes, apenas estaban algun tiempo en el mando. Este mónstruo

se bañó en la sangre de su familia, dando muerte con veneno á dos príncipes, hijos de Amed III, de quienes temia que aspirasen al imperio. Era cobarde é incapaz. Su muerte repentina acaecida en 1757 libertó á los otomanos del príncipe mas fiero y estúpido que habian tenido desde la fundacion de la monarquía. Ningun acontecimiento grande honró el tiempo de su reinado. La Puerta continuó aumentando la opresion y el disgusto, y por consiguiente las fuerzas de las naciones cristianas que la obedecian, dispuestas cada dia mas á la rebelion, y dejando á la suerte el cuidado de los negocios esteriores. La guerra de los siete años, que conmovió toda Europa, y de la cual nadie logró utilidad sino los ingleses, empezó en 1756. La Puerta se mantuvo neutral; y no parece sino que esperaba á que la Rusia ó el Austria estuviesen desembarazadas para hacerles la guerra. Esta inercia de los turcos, este ó desprecio ó ignorancia de los intereses europeos, ha sido una de las principales causas de la decadencia de su imperio.

Entretanto continuaba la guerra cruel de los bajáes albaneses contra los cleftos de las montañas. Kurd, bajá de Berat, ciudad de la Albania, nombrado en 1756, peleó con Zidros, capitan de Alasona en Tesalia; con Tóscos, gefe de los armatolos de Grevena en Macedonia; con Caralis, príncipe de los cleftos del monte Olimpo; con Blacavas, adalid de los de Casia; sin que estas guerras

de esterminio produjesen nunca mas resultado definitivo que aumentar la animosidad y la esperanza de los griegos con los triunfos que frecuentemente lograban contra sus enemigos; porque para arrojar á los helenos de su territorio áspero y montuoso, era necesario que los turcos consiguiesen muchas victorias, y á sus enemigos les bastaba una para recobrar el pais conquistado. Los combates se interrumpian á veces con treguas efímeras que dejaban las cosas en el estado anterior, y se volvia á la lid apenas los otomanos recibian refuerzos ó se cansaban del sosiego.

En esta época empezaron á hacerse célebres en Arabia los vachabitas, cuyo origen es el siguiente. Un árabe llamado Mohammed, nieto de Abdel Vachab, gefe de una tribu del desierto, soñó una noche que salia de su cuerpo una llama y se estendia muy lejos. Los adivinos le esplicaron este sueño, diciéndole que su posteridad dominaria sobre todas las naciones. Valióse de este anuncio para estender su doctrina, que fue un deismo puro encerrado en estas palabras: *no hay mas Dios que Dios*, renunciando á la veneracion de Mahoma, dogma segundo de los musulmanes. Los esfuerzos que hizo para hallar prosélitos en Meca, Bagdad y Damasco, fueron inútiles. Viajó, pues, al Yemen, donde Ebu Seud, príncipe de Dreyed y Lasa, abrazó su nueva doctrina, esperando con ella aumentar su dominacion. En

efecto, con el pretesto de propagarla, estendió sus conquistas, y dió á sus vasallos el nombre de vachabitas, tomado del abuelo de Mohammed, fundador de la nueva religion. Abdelázis, hijo y sucesor de Ebu Seud, conquistó, ó con las armas ó con la predicacion, las tribus de la Arabia desierta hasta Alepo y el Eufrates, les impuso la obligacion de pagar el diezmo de todas las producciones, inclusos los hombres, y asi llegó á formar un ejército numeroso. El poder espiritual se transmitió á la descendencia de Mohammed, así como el temporal pasó á los hijos de Abdelázis. Estos sectarios aborrecen de muerte á los musulmanes; pero aunque desprecian á los cristianos y judíos, no los maltratan. No llegaron á hacerse temibles á la Puerta hasta fines del siglo XVIII.

Mustafá III. (1757.) A Otman sucedió Mustafá, hijo mayor de Amed III. El nuevo sultan tenia las mejores intenciones, y era firme al mismo tiempo que bondadoso; pero su talento era mediano y muy desigual á las circunstancias críticas en que se halló el imperio durante su reinado. Su gran visir Ragib bajá se empleaba en reformar los abusos introducidos por la mala administracion de los reinados anteriores, cuando concluyó la guerra de los siete años; y la muerte de Augusto III, duque de Sajonia y rey de Polonia, dió motivo á Catalina II, emperatriz de Rusia, que ascendió al trono deponiendo y envenenando á su marido Pedro III, para desple-

gar sus miras ambiciosas sobre aquel reino.

Su plan era desmembrarlo; y como no podia conseguirlo, si la dinastía de Sajonia se radicaba en él, procuró que fuese elegido un rey entre los nobles polacos; y fijó la atencion en Estanislao Poniatowski, que habia sido uno de sus numerosos amantes. El partido de Catalina era el mas poderoso en la república: Francia y Austria, que deseaban separar á Rusia de la alianza con Federico II, la complacieron en no tomar parte alguna en las elecciones: Catalina se entendia en secreto con el rey de Prusia, y celebró con él un tratado de alianza ofensiva y defensiva, que por muchos años fue ignorado de toda Europa. Al favor de estos artificios diplomáticos, del dinero ruso y del temor que inspiraba el carácter y atrevimiento de la señora de un imperio tan poderoso, el candidato de Catalina ascendió al trono de Polonia, para desgracia y ruina de su nacion.

Apenas Poniatowski ciñó la corona, empezó Catalina á manifestar sus intenciones. Un ejército ruso entró en Polonia con el pretesto de arreglar los límites entre ambas potencias, y al mismo tiempo pidió la restitucion de los derechos civiles de que antiguamente gozaban los socinianos, griegos cismáticos y protestantes. Su embajador Repnin mandaba en Varsovia aun mas que el mismo rey, y propuso con el tono de un déspota un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre Rusia y Polonia.

La Francia, mas interesada que ninguna otra potencia en la independencia de Polonia, trató entonces de crear enemigos contra Rusia, y ninguno mas á propósito que el imperio otomano, porque subyugada Varsovia, la tempestad iba naturalmente á descargar sobre él. El conde de Vergennes, embajador de Francia en Constantinopla, manifestó á la Puerta el peligro que la amenazaba: al mismo tiempo los grandes de Polonia, irritados con las pretensiones de la czarina, formaron una confederacion, segun el antiquísimo derecho del reino, y se pusieron bajo la proteccion del sultan. La Puerta pasó notas á Varsovia, se quejó de las adquisiciones que solicitaba Catalina en el tratado de límites, como contrarias á la seguridad de su frontera del Niester, y prometió su cooperacion contra la Rusia. Estanislao, que temia á los polacos y turcos mas que á los rusos, respondió que no se trataba de mudar los límites de ambos estados, y el divan volvió á sumergirse en su apatía habitual.

Guerra contra Rusia. (1769.) Sin embargo, no tardaron en salir de ella, viendo aumentarse la opresion de los polacos y la soberbia de los rusos: la confederacion se apoderó de Cracovia y de Bar, publicó manifiestos contra Catalina y Estanislao, é imploró de nuevo la proteccion de los turcos. Esta vez no fue en vano: Mustafá se decidió á hacer la guerra que debiera haber comenzado en la época de la usurpacion de Catalina,

cuando esta princesa tenia contra sí un gran partido en el interior de Rusia, y puso en campaña un ejército de 500.000 hombres. El príncipe Galitzin, general del grande ejército ruso, fue vencido por los turcos junto á Chotzim; pero Isa Kof, otro general ruso, arrojó de la Nueva-Servia á un cuerpo de 12.000 tártaros que la habia invadido, ocupó y fortificó á Azof y Taganrok, y preparó en la embocadura del Tanais las escuadras destinadas á dar á Catalina el imperio del Ponto Euxino.

Espedicion de los rusos en el Archipiélago. (1770.) Catalina II emprendió el vasto plan de acometer el imperio otomano á un mismo tiempo por las fronteras del norte y por los mares del mediodía, en los cuales esperaba tener por auxiliares suyos á todos los griegos, acostumbrados ya hacia muchos años á esperar su libertad de la Rusia, y animados entonces por Papas Ogli, griego de Tesalia y agente de la corte de Petersburgo, que recorrió la Morea, y recibió, tanto de los mainotas como de los habitantes del pais bajo, la promesa de un levantamiento en masa, apenas se presentasen las fuerzas de la emperatriz que debian sostenerlo. La ocasion era favorable: casi todas las tropas albanesas, que son las mas temidas de los griegos, estaban en la frontera de Dalmacia para reprimir una sublevacion de los habitantes del Monte-negro. Seducidos estos por un monge griego, que tomó el

nombre de Picolo Estéfano, aunque fingia ser el infeliz Pedro III de Rusia, y haber escapado de la prision en que su muger le tenia, le reconocieron por gefe suyo y trajeron á su devocion no solo los habitantes cristianos de Servia y Bosnia, sino tambien los cleftos remotos de Albania y de Tesalia. Los albaneses invadieron aquel pais bárbaro y montuoso: los cleftos, servios y bosniacos se volvieron á sus casas, y los montenegrinos fueron casi esterminados, segun el sistema habitual de la Puerta para reprimir las rebeliones.

Esta guerra estaba ya concluida, cuando apareció en la entrada del Archipiélago á principios de 1770 una escuadra rusa de 15 navíos y muchos buques menores de guerra, mandada por el almirante Spiridof, aunque el verdadero gefe de toda la espedicion era Aléxis Orlof, hermano de un amante de la emperatriz, y homicida de Pedro III. Toda Grecia creyó que era llegado el momento de su libertad, y se sublevó; pero ¡cuánta fue su sorpresa y desolacion cuando vieron que solo 400 rusos desembarcaban en el Peloponeso! No era ya tiempo de volver atras: uniósceles un cuerpo de 1600 griegos; dividióse el pequeño ejército en dos trozos, de los cuales el uno tomó á Calamata y Misitra, y puso sitio á Tripolitza, y el otro se apoderó de Modon y de Navarino. Ya se preparaban los cleftos de Acaya á reunirse con los griegos moraitas; ya el valiente Andrutzos,

capitan de un distrito de Livadia, habia pasado el istmo de Corinto; pero los rusos, sabiendo que un formidable ejército de albaneses venia contra ellos, se embarcaron, los maniotas huyeron á sus montañas, y Andrutzos, no pudiendo volverse por el istmo, guardado ya por los turcos, huyó por la costa de Sicion, fue rodeado por los enemigos, los atacó con su pequeño armatolo, se abrió paso, y pudo embarcarse en Vostitza con los que quedaron vivos de los suyos y huir á las playas de Epiro. Los albaneses, dueños de Morea, la saquearon y se bañaron á su placer en la sangre de los helenos. Solo el pais de Maina fue respetado por su aspereza y el valor de sus habitantes.

La escuadra rusa corrió el Archipiélago: salió á su encuentro la otomana, mandada por el capitan bajá Jafer. Los rusos se vieron obligados á abandonar las aguas de Lemnos; pero el 5 de julio se volvieron á encontrar las dos escuadras en el canal de Scio. Los rusos atacaron, aunque en menor número. La almiranta turca hizo frente á la de Spiridof. Pelearon unos y otros con el mayor denuedo: los navíos se aferraron, se prendió fuego en el turco, y ambos se volaron, cubriendo el mar de sus destrozos. Solo los dos gefes y algunos oficiales se libertaron de la muerte. El combate de los demas buques, suspendido por esta catástrofe, comenzó de nuevo con mayor furia; pero sobrevino la noche, y los turcos cometieron la impruden-

cia de entrar en la bahía estrecha y de mal surgidero de Tchesmé, donde algunos de sus buques vararon, y los demas estaban tan cercanos unos á otros, que les era imposible maniobrar. El contraalmirante Elphinston, marino escocés al servicio de Rusia, se aposta en la boca de la bahía para no dejar salir á los turcos, prepara cuatro brulotes mandados por el teniente Dugdale, inglés de nacion, y protegidos por los navíos del almirante Creig, tambien inglés. Dugdale introduce un brulote en la escuadra turca, se escapa á nado con las manos y cara quemadas, y como los navíos estaban tan cerca unos de otros, ninguno escapó de las llamas. Las tripulaciones no pensaron mas que en salvarse, y á la destruccion de la marina otomana se añadieron las devastaciones que cometieron los que escaparon del incendio en la costa del Asia y en la peninsula de Tracia. Fue necesario que el nuevo visir Moldavangi Alí saliese con tropas á defender á Galípoli cuando iban á incendiarla y saquearla, y los dispersase. Al mismo tiempo era Constantinopla víctima de la peste, azote cuyos estragos son mas terribles en oriente que en otras partes por la incuria y fatalismo de los turcos: se sublevaban los bajáes de Egipto, Siria y Caramania: muchos malvados se reunian en la capital con el objeto de saquearla, y el ilustre Romantzow, general del ejército ruso del Niester, y sucesor del príncipe Galitcim, ganaba la memorable

batalla de Kagul contra un ejército muy superior, se apoderaba de Bender, y ocupaba los dos principados.

Desde la batalla de Ancira no se habia hallado el imperio otomano en un peligro mas inminente, rota la frontera del norte por un ejército victorioso y perteneciente á una potencia grande y ambiciosa: destruida la marina, ocupados los mares de Grecia y amenazado el estrecho de los Dardanelos: las tropas asiáticas obligadas á pelear contra Alí bey, rebelde de Egipto, contra Daher en Siria, y contra los caramanios, perpétuos enemigos del poder otomano; y en fin, toda la poblacion griega y esclavona de la Turquía europea, dispuesta á romper sus hierros y unirse al vencedor; mientras los genízaros tenian que esterminar en la misma Constantinopla á los incendiarios y ladrones. Dos grandes guerreros sostuvieron el imperio, cercano ya á abismarse. Hasan, capitan de navío, que habia peleado valientemente en la batalla que precedió al incendio de Tchesmé, fue nombrado capitan bajá, y su actividad y talento creó una nueva escuadra; y Mussum Oglou, elevado á la dignidad de gran visir, restableció el órden en los ejércitos, y opuso á la fortuna de los rusos una resistencia, muchas veces vencida, pero que no tardaba en renacer. Este general otomano fue el primero que conoció la importancia de la posicion de Schumla, inespugnable ya por la naturaleza, y á la

cual ha añadido el arte nuevas defensas. Mussum puede llamarse con justicia el Amilcar de los turcos.

Es verdad que el orgullo, la indolencia y los vicios de Orlof, hombre mas á propósito para cometer delitos que para hacer la guerra, fueron entonces muy útiles al imperio otomano. A pesar de los consejos de Elphinston, no se atrevió á forzar el paso de los Dardanelos. El baron de Tott, sueco de nacion, militar al servicio de Francia, y enviado á Constantinopla para organizar los establecimientos de artillería á peticion del sultan, amedrentó primero la escuadra rusa con hornillos de bala roja, y puso despues en buen estado de defensa las costas del Helesponto, cuyos fuertes eran incapaces de resistir á un ataque ni de defender el paso del estrecho.

La escuadra rusa ni dió socorros á los griegos, á quienes habia comprometido, ni entabló relaciones útiles con Alí bey, señor de Egipto, por el orgullo de Orlof que exigió por primera condicion del tratado que reconociese Alí la soberanía de Rusia. Por el otoño se retiraba á invernar á Liorna: por la primavera volvia al Archipiélago y hacia un crucero insignificante, sin mas resultado que consumir las tripulaciones en un clima tan distinto del suyo, y echar á perder los buques. Aquella espedicion, que bien dirigida habria reducido la Puerta al último apuro, fue completamente inútil para los fines de

Catalina, por la inepcia del que la dirigió.

Conquista de Crimea por los rusos. (1771.) La campaña del Danubio empezó de una manera favorable á los turcos. El general ruso Weijeman, lugarteniente de Romantzow, pasó el Danubio y batió en Isaksi un cuerpo; pero el gran visir sobrevino con un ejército de 100.000 hombres, le obligó á volverse al norte del Danubio, le siguió, le venció junto á Bucarest, entró en esta ciudad y recuperó el principado de Valaquia. Esta prosperidad duró poco. El terrible Romantzow marcha contra él, le vence en la batalla de Craol, acaba de disipar su ejército en otros dos combates, le arroja al otro lado del Danubio, le obliga á atrincherarse en los desfiladeros de Schumla, y toma sus cuarteles de invierno en Valaquia y Moldavia.

Entretanto el príncipe Dolgoruki, general del ejército ruso en la pequeña Tartaria, forzaba las célebres líneas de Precop, situadas en el istmo que une la península de Crimea con el continente, defendidas por un foso de 72 pies de ancho y 42 de profundidad, y por un ejército de 50.000 tártaros. Dolgoruki salvó esta barrera, penetró en la península, se apoderó de toda ella, y recibió de su soberana el sobrenombre de Crimski. El kan y los comandantes turcos de las fortalezas huyeron á Turquía sin haber hecho defensa alguna. El gran señor, indignado de la cobardía ó traicion de los gefes otomanos,

mandó degollarlos y poner sus cabezas en las puertas del serrallo.

En la campaña siguiente se abrieron negociaciones de paz por la necesidad que tenian ambas potencias del descanso. Los ejércitos, debilitados por las batallas, las fatigas y las enfermedades, aunque se reclutaban con frecuencia, eran menores cada dia. Se firmó pues un armisticio, y se señaló para celebrar un congreso bajo la mediacion de Austria y Prusia, la ciudad de Foksani, situada en los confines de Valaquia y Moldavia, á principios de 1772. El congreso empezó el 2 de agosto, y al principio se concibieron esperanzas de paz. Los plenipotenciarios otomanos regalaron á los rusos soberbios tapices, telas finísimas y armas escelentes, y Osman efendi, que fue el primero que habló, dijo que «El gran señor le habia recomendado servir á Dios y amar la paz.» Los rusos correspondieron con magníficos regalos de pedrerías, joyas y pieles, y dijeron que ellos tambien amaban la paz y la justicia. Sus pretensiones fueron tan altas cuando se entró en materia, que los turcos no pudieron acceder á ellas, y despues de muchas conferencias inútiles se disolvió el congreso. Algun tiempo despues hubo nuevas negociaciones en Bucarest entre el gran visir Musum Oglou y el general Romantzow. Estos dos guerreros, que tantas veces habian peleado uno contra otro, no ignoraban cuanta necesidad de descanso tenian sus ejércitos;

pero sus conferencias fueron tan infructuosas como las de Foksani; y como el término del armisticio habia espirado, los pacificadores pensaron solamente en hacer la guerra.

Durante todo el tiempo de las negociaciones se habian hecho preparativos para pelear. Los rusos pusieron en Tartaria un nuevo kan, el cual se declaró independiente de la Puerta, y se acogió á la proteccion de la emperatriz. El gran señor, indignado de la defeccion de los tártaros, no menos que de la entrega que habian hecho á los rusos de las fortalezas de Kertz y Jenikalé, envió al mar Negro una armada numerosa de galeotas y jabeques. Catalina tenia ya en el mismo mar una escuadra de fragatas, en la cual servian muchos oficiales ingleses y holandeses, mandada por el almirante Siniavin. De una y otra parte se prepararon á hacer con vigor la campaña siguiente.

Las negociaciones con los turcos no se habian prolongado tanto, sino porque la emperatriz tenia fija su atencion esclusivamente en los asuntos de Polonia. Unida con Prusia y Austria, valiéndose del pretesto de la anarquia que desolaba entonces como siempre aquel desgraciado pais, dividió con las dos potencias una gran parte del territorio fronterizo de la república, dejando en el centro un simulacro de estado con Poniatowski al frente de él. Ninguno de los paises civilizados de Europa reclamó contra esta usurpacion hecha en plena paz. Solamente

los turcos que reconocen el derecho de la espada, mas no el de la perfidia, opusieron, aunque inútilmente, sus fuerzas contra la ambicion de Catalina.

La campaña de 1773 no fue tan favorable á los rusos como las anteriores. Un cuerpo de 14.000 rusos emprendió el paso del Danubio por Giurgevo, fue sorprendido por Daquestan Alí bajá, lugarteniente del visir, y dejó en su poder 600 prisioneros. En esta accion se distinguió un inglés llamado Elliot, que servia en el ejército de Catalina, por la intrepidez y felicidad con que se libró de caer en poder de los enemigos. Arrojándose por cima de las cabezas y sables de los spahis, cayó en el Danubio, y llegó á nado á la orilla opuesta.

El mariscal Romantzow pasó el Danubio y acometió á Silistria: 80.000 turcos, que estaban acampados en una altura vecina, atacados por el general Weiseman, se encerraron en la plaza, que fue sitiada inmediatamente. Romantzow creia ya tenerla en su poder; pero 50.000 hombres, que destacó el gran visir para socorrer á Silistria, obligaron al general ruso á levantar el sitio y retirarse por la noche, perseguido de los otomanos, que le mataron mucha gente. Romantzow pasó el Danubio, y se acampó cerca de Jablonitz, y el gran visir le siguió. Un destacamento de su ejército derrotó un cuerpo considerable de rusos en Roscana. Estas acciones parciales, en que el valor da la vic-

toria, eran casi siempre favorables á los turcos : no les faltaba intrepidez, sino conocimientos militares y buena administracion en sus ejércitos. Despues que la táctica era una ciencia vulgar y conocida en Europa, asi como ignorada de los otomanos, la guerra de movimientos y batallas debia serles fatal. Catalina, descontenta de ver que sus ejércitos no conseguian nuevas victorias, envió á decir á Romantzow ¿por qué no presentaba la batalla? El general respondió : «Porque el ejército del gran visir es tres veces mas numeroso.» Catalina le escribió : «Los romanos no preguntaban el número de sus enemigos, sino el sitio donde se hallaban.»

Entretanto la Morea servia de teatro á una especie de guerra civil. Los albaneses, despues de la retirada de los rusos en 1770, no se contentaban con subyugar á los moraitas, ni aun con esterminarlos : al mismo tiempo arrasaban y despoblaban el pais. No era esta la intencion de la Puerta, y asi les mandó evacuar la peninsula, cuando pareció que estaba ya sometida. Los albaneses no quisieron obedecer, hallándose muy bien en una provincia donde satisfacian á todo su placer las dos pasiones dominantes de aquella nacion, el latrocinio y la crueldad. Fue necesario pues que el gran señor enviase tropas á Morea para arrojar de ella á los albaneses. La guerra duró 10 años con vario suceso, y el célebre capitan bajá Hasan consiguió, esterminada la mayor parte, echar

á los demas á Albania. Valióse para esta guerra de los mainotas y de los cleftos moraitas, entre los cuales era Colocotronis uno de los capitanes mas distinguidos. La Puerta, despues de haber empleado su valor contra los albaneses, le hizo morir enmedio de tormentos atroces: su delito fueron las prendas heróicas de que dió muestras en aquella lid. Tal es la justicia de los sultanes: siempre castigan al que temen.

Abdul Amid. (1774.) A principios de este año falleció Mustafá III, el primer emperador otomano que conoció la necesidad de los estudios auxiliares del arte militar para hacer frente á los ejércitos cristianos, cuya táctica y disciplina triunfaba casi siempre del valor feroz de los musulmanes y de su incuria en cuanto á la salubridad y subsistencia de las tropas. Era firme en sus determinaciones, dócil á los buenos consejos, y luchó contra la corrupcion y perversidad de su corte y de sus súbditos. Aunque su constitucion era flaca y enfermiza, su ánimo era entero, y estuvo siempre muy aplicado á los negocios del gobierno. Murió á los 58 años de edad y 17 de reinado.

Sucedióle su hermano Abdul Amid, el menor de los hijos de Amed III, á los 50 años de edad; príncipe débil, y deseoso de gozar en el trono aquel sosiego que no pueden tener los individuos de la familia otomana, mientras yacen encerrados en los aposentos del serrallo, y espuestos al cordon de oro

á la menor sospecha ó recelo que inspiren al monarca reinante. Asi pues, su voto mas ardiente, apenas subió al trono, fue hacer la paz con Rusia: los nuevos ministros, favoritos suyos, la deseaban igualmente: el valor y la habilidad de Romantzow no tardó en satisfacer sus deseos.

El primer edicto del nuevo sultan tuvo por objeto la conservacion de los establecimientos de artillería, fundados por el baron de Tott en el reinado anterior. Estos eran escuelas de matemáticas, aplicadas principalmente á la artillería, formacion de un cuerpo de artilleros, y una fundicion segun los mejores métodos modernos, de la cual iban ya remesas considerables de cañones al ejército del gran visir.

Este general reunió en su campamento de Schumla y en las orillas del Danubio 400.000 combatientes, última esperanza del imperio otomano; mas ya habian pasado los tiempos en que la superioridad del número daba la victoria á los turcos. Romantzow, despues de haber recibido por su parte muchos refuerzos, emprendió el paso del Danubio. Los turcos se lo disputaron con valor; mas todos sus esfuerzes fueron inútiles. El general Soltikof, hijo del que habia vencido á Federico II en la guerra de los 7 años, rechazó á los turcos y pasó el rio: siguiéronle Kamenski y el célebre Suvarow, ilustre despues por los triunfos que consiguió en Turquía, Polonia é Italia. Vencieron de nuevo

á los otomanos, y Romantzow se acampó á las puertas de Silistria.

La posicion de Schumla que ocupaba el gran visir, ademas de fortísima é inespugnable, era central, é impedia á los rusos, inferiores en número, estenderse mucho ni por la costa del mar Negro, ni por las riberas del Danubio, ni hácia las vertientes del Balkan. Era evidente que el gran visir, concentrando su ejército, obligaba á los rusos á consumirse en la inaccion. Mas no lo hizo asi: fiado en la muchedumbre de sus tropas, envió destacamentos considerables á pelear contra el enemigo á larga distancia, y perdió asi la ventaja que le daba su posicion y la superioridad del número. Soltikof venció, despues de un obstinadísimo combate, un cuerpo de 25.000 turcos, que pelearon con el mayor denuedo; pero cedieron á la inteligencia y á la intrepidez de los rusos: en el mismo dia Kamenski y Suvarow vencieron al reis efendi que mandaba un cuerpo de 40.000 hombres junto á Cosludge, y le quitaron la artillería, y en ella muchos cañones de bronce, recientemente fundidos por el baron de Tott. Desesperados los otomanos con estos desastres, los aumentaron, segun su costumbre ordinaria, con la indisciplina y la sedicion. Las tropas del ejército del gran visir ó desertaban á destacamentos, ó se degollaban unas á otras por la antigua rivalidad entre los turcos de Asia y los de Europa.

Romantzow, determinado á aprovechar-

se del yerro que habia cometido el gran visir diseminando sus fuerzas, y de la division y descontentos de las tropas turcas, sitió al general enemigo en su campamento de Schumla, tan estrechamente que le impidió la comunicacion, no solo con los demas cuerpos del ejército otomano, sino tambien con los almacenes de donde sacaba sus subsistencias. El gran visir, imposibilitado de recibir socorros, de retirarse y de combatir, no tuvo mas recurso que pedir la paz.

Los plenipotenciarios se reunieron en Kainardgi: las pretensiones de los rusos fueron las mismas que en el congreso de Foksani, y los turcos accedieron á ellas. El tratado de paz se firmó sobre un tambor en la tienda del general ruso, por Romantzow y el kiaya del gran visir, el 21 de julio de 1774, dia aniversario del célebre tratado del Pruth, firmado por Pedro el grande. Las condiciones de esta paz fueron: 1.ª, la navegacion libre de los rusos en el mar Negro, el canal de los Dardanelos, el Archipiélago y demas golfos de la Turquía, bajo la condicion de no tener nunca mas que un buque armado en las cercanías de Constantinopla: 2.ª, la czarina conservó á Azof, Taganrok y Kilburnu, y restituyó los principados y la Besarabia: 3.ª, la Crimea quedó independiente de la Puerta, y este artículo fue el mas doloroso para los turcos; pues no dejaban de conocer que no se les escluia de aquel pais, sino para someterlo al imperio ruso.

Asi concluyó esta guerra, mas funesta que todas las anteriores para el imperio otomano; pues perdia en ella la gran barrera del mar Negro, que desde los tiempos de Mahomet II defendia el Asia ménor, las costas de Bulgaria y Tracia, y la entrada del canal. Los tártaros de Crimea, tan leales amigos de la Puerta hasta entonces, iban á ser vasallos de Rusia. Los principados quedaban descubiertos, y los vasallos esclavones y griegos del sultan estaban continuamente espuestos á las sugestiones de los agentes rusos, que conservaban en ellos el espíritu de rebelion.

El gran visir Musum Oglou fingió estar enfermo por no firmar el tratado ni ponerse en presencia de su vencedor. Recelaba ademas que recayese sobre él la ignominia de las condiciones, y que le costase la cabeza; y asi pidió á la Puerta autorizacion para firmarlo por medio de su kiaya: el divan la negó por el mismo motivo que él la pedia, alegando que era inútil, y acusando á Musum de pusilánime. En fin, la muger del gran visir, que era hermana de Abdul Amid, le escribió que no tuviese recelo de concluir la paz á cualquier precio, y entonces se decidió á firmarla. Poco despues falleció, oprimido del sentimiento de sus derrotas, aun mas que de los años.

La Crimea bajo la proteccion de Rusia. (1776.) Las conquistas del príncipe Dolgoruki habian aumentado en Crimea el número de los partidarios de Rusia. Aunque se

habian hecho paces entre esta potencia y la Turquía, los tártaros peleaban todavía con los rusos, y Dewlet Gieray, nuevo kan, permanecia leal á la causa de los otomanos; pero muchos de sus vasallos se negaban á obedecerle, escitados á la rebelion por las sugestiones de los rusos, tal vez auxiliados por los destacamentos de esta nacion. En fin, Catalina envió á aquella península un cuerpo considerable de tropas, cuyo general, fingiendo querer apoderarse de la persona del kan, le dejó abierto el camino para huir. Dewlet Gieray se refugió á Constantinopla; los tártaros partidarios de los rusos eligieron en su lugar á Sahim Gieray, pariente del kan anterior, que habia sido embajador suyo en Petersburgo, hombre afecto á Rusia, y dócil de carácter. Los rusos construyeron una nueva fortaleza entre Kersch y Jenikalé, y aumentaban cada dia su influencia en el pais.

La Puerta, descontenta de la revolucion de Crimea y de las usurpaciones progresivas de los rusos, amenazó con la guerra; y el mariscal Romantzow iba ya á reunir un ejército en el Nieper, cuando el príncipe de Repnin, embajador de la corte de Petersburgo en Constantinopla, logró calmar por algun tiempo la irritacion del sultan. Entretanto el imprudente Sahim Gieray, aconsejado por un agente ruso que residia en su corte, envió á Petersburgo una diputacion de seis mirzas (así llaman los tártaros á los no-

bles de la familia real), los cuales, bien recibidos y regalados por Catalina, le pidieron su proteccion á favor del kan: proteccion que fue inmediatamente concedida, y que costó despues muy cara á aquel desgraciado príncipe.

Entretanto la Morea, Egipto y Siria eran teatros de guerra civil. En Morea, los albaneses, dueños de las fortalezas de las costas, rehusaban obedecer á las órdenes de la Puerta, que les mandaba volverse á su pais, con el pretesto de que no se les habian pagado los sueldos; y mientras el bajá enviado contra ellos consumia el tiempo y las tropas en su campamento de Nápoli de Romanía, los rebeldes se apoderaron de Tripolitza, capital turca de la península, y privaron al sultan de las rentas del Peloponeso, que eran las mas pingües que percibia de todo su imperio. En Egipto, muerto Alí bey en 1773 en una batalla contra Mohammed bey, que le debia su grado, y disipado el gran proyecto de coronarse monarca de Egipto y Siria, continuaba la guerra civil entre los 25 beyes ó gefes de la provincia de Egipto, dejando al bajá del gran señor, que residia en el Cairo, representar la sombra de la autoridad que ellos poseian y de que abusaban tiránicamente. En Siria, Taher que habia poseido aquel pais 30 años, y defendídole contra todas las fuerzas de la Puerta con el auxilio de la tribu árabe de los mutualis y de los drusos del monte Líbano, vió al fin de sus dias suble-

yarse sus hijos contra él; al mismo tiempo que Mohammed bey penetraba en Palestina al frente de sus mamelucos, y tomada Jafa, formaba una horrible pirámide de 1.500 cabezas que mandó cortar. Taher se encerró en san Juan de Acre, donde fue sitiado; pero murió en una salida en 1775 á la edad de 92 años. Su cabeza fue enviada al capitan bajá; y la plaza de san Juan de Acre, y los demas estados de Taher se dieron á Amed, bajá de Sidon y Berito, célebre con el nombre de Dgezar ó *carnicero*. El nuevo gobernador esterminó á casi todos los mutualis, redujo los drusos á sus antiguos límites, sosegó el pais, y lo puso nominalmente bajo la obediencia de la Puerta; pero nadie mandaba sino él desde la costa de Cilicia hasta la de Egipto.

Tratado de Constantinopla. (1779.) La eleccion de Sahim Gieray no puso fin á las turbulencias de Crimea. La Puerta, indignada de la fuga de Dewlet Gieray, le abandonó, y nombró en su lugar á Selim Gieray. Habia pues dos kanes y dos partidos entre los tártaros, sostenido el uno por los rusos, y el otro por los turcos. La Rusia, que deseaba dar toda la Crimea á su protegido para despojarle con mas facilidad, le envió una guardia compuesta de sus propios soldados; pero los tártaros, celosos de sus prerogativas, asesinaron á muchos de ellos. Este fue un motivo para que Catalina invadiese de nuevo la Crimea con un ejército mandado

por el príncipe Prozorofki, el cual derrotó á Selim, y le obligó á refugiarse á las montañas.

Al mismo tiempo Staschief, ministro de Rusia en Constantinopla, no cesaba de instar á que el gran señor reconociese á Sahim: el mariscal Romantzow notificó al divan que la Crimea se habia puesto bajo la proteccion de Rusia, y que la emperatriz se empeñaria en una guerra antes que abandonar á Sahim: todo fue en vano. El ministro ruso quiso salir de Constantinopla; pero la Puerta, que á instancias de M. de Saint Priest, embajador de Francia, queria evitar la guerra, se opuso al rompimiento, y estuvo cerca de dos años indecisa entre la guerra y la paz. Los rusos no se descuidaban: á fuerza de dones y promesas ganaron nuevos partidarios en Crimea, y eran los verdaderos señores del pais, cuya independencia proclamaban.

En estas circunstancias tuvo el mariscal Romantzow una conferencia con el capitan bajá, el famoso Hasan, á quien el gran señor habia dado el título de *gazi* ó vencedor de los infieles. Nada logró tampoco. Catalina confiaba que Kerim, regente de Persia, se declararia á favor suyo contra la Puerta; pero este príncipe fue asesinado por uno de sus oficiales, y su muerte salvó al imperio otomano de una doble invasion. El pueblo de Constantinopla deseaba la guerra, y murmuró á las claras del capitan bajá porque volvió de su viage al mar Negro sin haber peleado

con los rusos. Los turcos se indignaban de las usurpaciones de Rusia, originadas de sus vergonzosas derrotas, y de la última paz, mas vergonzosa todavía: no podian acostumbrarse á ver á los rusos, dueños del Ponto Euxino, llegar á la vista de las murallas de Constantinopla, y estender su comercio cada dia mas floreciente. Catalina, para fijar la irresolucion del gabinete otomano, afectó nuevas pretensiones. En el último tratado de paz se habian concedido muchos privilegios á los griegos establecidos en Moldavia y Valaquia: lo que hizo que muchos cristianos establecidos en Bulgaria pasaron á vivir en los principados para gozar del aura de la libertad que en ellos se respiraba. Todos estos cristianos eran mas afectos á la potencia, á la cual debian sus nuevos fueros, que á la que siempre los habia oprimido. La Rusia queria mas, y trabajaba en secreto á hacerlos independientes de la Puerta; y para dar el primer paso, pidió al divan que los hospodares de Moldavia y Valaquia no pudiesen ser depuestos bajo ningun pretesto.

Esta nueva pretension, que pareció á los turcos tan injusta como la de Crimea, los familiarizó sin embargo con esta última. Al mismo tiempo la Francia, única potencia en quien pudiesen confiar, habia empezado contra Inglaterra la famosa lid de la independencia americana, y se creia en la necesidad de contentar á Rusia. El embajador frances renovó sus solicitudes, logró que los turcos

restituyesen algunos buques rusos de comercio detenidos en los puertos de Turquía, y el 21 de marzo de 1779 se formó en Constantinopla, por su mediacion, un tratado definitivo. Por él renunció Catalina á sus pretensiones desmesuradas, relativas á los principados, y prometió evacuar la Crimea: el gran señor reconoció por kan de este pais á Sahim Gieray, y aumentó los favores concedidos en el último tratado al comercio de los rusos.

Este mismo año fueron arrojados los albaneses de Morea, y pasaron á saquear los pueblos cleptos de Tesalia, Acarnania y Epiro. Tolios, gefe de los palicases de Mezovon, aldea situada á la salida del desfiladero de Tricala, obligó á un destacamento albanes de 4.000 hombres á entregar las armas en el paso de las gargantas. Pero no todos los demas distritos fueron tan felices como el de Mezovon; y los albaneses desolaron las provincias centrales de Grecia, como habian desolado el Peloponeso. De aqui resultó una guerra contínua entre los bajáes y dervengi bachis y los cleptos: guerra que reveló á la Puerta cuán temibles eran las focos de resistencia á su poder, formados en las montañas griegas. El divan asustado iba ya á decretar la esterminacion de todas las poblaciones cristianas. «¿Y quién nos pagará la capitacion?» dijo Gazi Hasan. Esta palabra suspendió el decreto; y se encargó la pacificacion de aquellos paises á Alí de Tebelen, nieto

de Veli, bajá de Tebelen, de quien ya dijimos que peleó contra los armatolos en 1740. Este hombre, de estraordinaria capacidad, insaciable de oro, sangre y poder; despreciador igualmente de los cristianos que de los turcos, que habia empezado su carrera al frente de un cuerpo de bandidos, y que se habia hecho célebre en el divan por tres parricidios cometidos, segun decia, por el bien del imperio, recibió el encargo de asegurar la tranquilidad pública en Grecia. Dueño de Tebelen, Argiro Castro, y Delvino, á cuyos bajáes, que eran sus parientes, habia inmolado, hizo á los armatolos una guerra cruel; pero con tal arte, que los conservaba despues de vencidos, dispuestos á unirse á él, si era necesario, contra los otomanos ó contra otros armatolos. A fuerza de valor, artificios y crueldades, logró ser el único árbitro de Tesalia y Albania.

Reunion de la Crimea al imperio ruso. (1783.) Levantóse en Crimea una rebelion contra el kan Sahim, suscitada, segun unos, por la Puerta, segun otros por la emperatriz Catalina para tener un pretesto de ocupar los estados tártaros, y agregarlos á su imperio. Los rebeldes arrojaron del trono á Sahim, que se refugió á Taganrok, y nombraron kan á su hermano Bati Gieray, gobernador del Cuban, nombre que dan los tártaros á las provincias del Cáucaso. La emperatriz, despues de reforzar sus ejércitos de Polonia y Varsovia, imponiendo respeto á turcos y po-

lacos, envió á Potemkin, su favorito, á la península. Solo su nombre bastó para reprimir la sedicion. Bati cedió su dignidad; y Sahim, presentándose con sus dos hermanos á la asamblea de los tártaros, les preguntó: «¿A quién quereis por kan?» Los tártaros respondieron que á él.

Pero ya era tarde. La estincion de la dinastía de Gengis kan estaba decidida. Los turcos enviaron algunas tropas que se apoderaron de la isla de Taman, y esta fue la señal de la entrada de los rusos. El general Balmaine sorprendió á Cafa, donde estaba Sahim. Suvarow sometió el Budziak: Potemkin ocupó el Cuban, y los déspotas cristianos de Georgia, tributarios de la Puerta, imploraron y consiguieron la proteccion de Catalina. El gran señor, por un tratado arrancado á la debilidad, ratificó al año siguiente todas estas adquisiciones. Al kan se le prometió una pension de 800.000 rublos.

Este mismo año terminó la antiquísima enemistad entre los españoles y los turcos, por un tratado de paz y comercio que se estableció entre ambas naciones. Para los estadistas de la Europa occidental la Puerta no era ya aquella potencia terrible, que amenazaba desde el campamento de Viena la ruina del cristianismo y de la civilizacion, sino una barrera harto débil, que era preciso sostener contra la ambicion de Rusia.

Guerra de Turquía y Suecia contra Rusia. (1787.) Catalina II determinó en 1787

pasear la Crimea y demas provincias nuevamente adquiridas. En este viage, célebre por la visita que le hicieron en Kerson, ciudad que habia mandado edificar cerca de la desembocadura del Nieper, Estanislao, rey de Polonia, y José II, emperador de Alemania, pudo leer el divan la suerte que le destinaba Catalina en la inscripcion griega que se puso en una de las puertas de la ciudad, y cuyo sentido era: «Por aquí se va á Constantinopla.» Entretanto el infeliz Sahim, desterrado á Caluga, y privado de su pension, huyó á Moldavia, fue cogido por los turcos y desterrado á Rodas. Temiendo su próxima muerte, se refugió en casa del cónsul frances, que tuvo la generosidad de no entregarle á los satélites de la Puerta, á pesar de sus reclamaciones; pero los turcos aprovecharon el momento en que el cónsul estaba fuera de su casa, quitaron las armas de la Puerta para salvar el escrúpulo de violar el derecho de gentes, cogieron á Sahim, y lo ahogaron. Este fin tuvo aquel miserable instrumento de la ambicion de Rusia, despreciado por ella cuando le fue inútil.

La Puerta, deseosa de vengar sus anteriores derrotas, é incapaz por sí misma aun de defenderse contra Rusia, se acordó del gran valor y de las hazañas de Cárlos XII, tan estúpidamente abandonado: creyó que la Suecia era lo que habia sido antes de la batalla de Pultava, y solicitó su alianza. Gustavo III deseaba tambien vengarse y reco-

brar las numerosas adquisiciones que la Rusia habia hecho en las provincias de Suecia. Firmóse pues entre las cortes de Stokolmo y Constantinopla un tratado de alianza ofensiva y defensiva, y el gran señor declaró la guerra á Catalina el 18 de agosto. José II, emperador de Alemania, fue aliado de la Rusia en esta guerra, cuyo éxito creian todos que seria la desmembracion y ruina total del imperio otomano; y asi la declaracion de los turcos fue recibida con el mayor placer en la corte de Petersburgo. Potemkin, nombrado generalísimo del Niester, tenia bajo sus órdenes á Suvarow, Kamenski y otros generales famosos. Romantzow, cuya gloria envidiaba, no fue empleado en esta guerra. Una escuadra rusa debia señorearse del mar Negro, y otra se preparaba en el Báltico á las órdenes del almirante Creig, para penetrar en el Archipiélago por el Mediterráneo. El plan de Catalina era nada menos que restablecer el imperio griego, nombrar emperador á uno de sus nietos, y dar al Austria algunas de las provincias occidentales, si no podia escusarse de hacerlo. Los turcos por su parte enviaron 80.000 hombres para defender á Ozacow, y al capitan bajá Gazi Hasan al mar Negro, con una escuadra mucho mas numerosa que la de los rusos.

Batalla del Liman: toma de Ozacow por los rusos. (1788.) La precipitacion con que Gustavo III declaró la guerra, fue muy contraria á sus intereses, aunque útil á la Tur-

quía, pues la libertó de la escuadra del almirante Creig. Catalina, que nada temia de la Suecia, habia dado órdenes para que la escuadra del Báltico pasase al Mediterráneo. Sorprendida por las hostilidades de los suecos, que empezaron á hacer la guerra por tierra y mar, cuando todas las fuerzas del imperio estaban en la frontera de Turquía, halló recursos en su valor y habilidad para defenderse de su nuevo enemigo. Creig, destinado á pelear con la armada sueca, la venció junto á Hoogland: muchos oficiales de Gustavo, ganados por el gabinete ruso, desbarataron con sus intrigas los proyectos del rey: la Dinamarca le declaró la guerra, y los noruegos sitiaron á Gotemburg. Es verdad que la paz se hizo por la mediacion de Inglaterra, recelosa ya del poder colosal de Rusia; pero Catalina habia conseguido su principal objeto, que era alejar el peligro en una ocasion en que Petersburgo estaba sin defensa.

Entretanto los ejércitos terrestres y navales de Catalina conseguian grandes victorias contra los turcos. Suvarow, gobernador de la pequeña Tartaria, estermínó un cuerpo de 7.000 turcos de la guarnicion de Ozacow, que habia desembarcado en la playa de Kilburnu, con el objeto de apoderarse de esta plaza. Los generales Talyzin y Tekeli subyugaron á los tártaros del Cuban que se habian rebelado. El general Tamara conquistó la Georgia, y amenazó las costas orienta-

les del mar Negro. Soltikof entró en Moldavia para reunirse con los austriacos, mandados por el príncipe de Sajonia Coburg, y tomó á Chotzim, mientras el generalísimo Potemkin sitiaba á Ozacow, y los generales Repnin, Kamenski y Suvarow vencian en muchos encuentros á los turcos. Estos se vengaban batiendo á los austriacos, arrojándolos de los principados, penetrando en el Bannato de Temesvar, y llevándolo á sangre y fuego. Otro ejército austriaco á las órdenes del general Lascy sitió á Belgrado; pero el gran visir Jusuf bajá acudió á socorrer la plaza, hizo levantar el sitio á los austriacos, y ocupó la parte meridional de Hungría.

Mas á pesar de estas ventajas, la escuadra de Gazi Hasan, que tenia 16 navíos de línea, fue vencida en la embocadura del Liman por la rusa, mandada por el príncipe de Nassau Siegen, y con ella acabaron todas las esperanzas de defender á Ozacow, y de quitar á la Czarina el imperio del Ponto Euxino. La caida de aquella plaza fue terrible. Costó á los rusos 20.000 hombres, y á los turcos 25.000. Tomada por asalto á principios del año siguiente, no se perdonó ni á tropas ni á habitantes.

En este mismo año logró Alí de Tebelen lo que tanto habia deseado, que era el gobierno de Janina. Para conseguirlo se valió de un medio bastante comun en los imperios corrompidos. Desató contra el bajá de Janina, hombre débil y estúpido, á los beyes

albaneses por un lado, y por otro á los armatolos, ganados secretamente unos y otros con el dinero y con las promesas. Asi se organizó en aquel pais la anarquía mas cruel. El divan creyó que nadie seria mas capaz de terminarla que su autor mismo, y le concedió, ademas del gobierno de Larisa que ya tenia, y de Albania que habia usurpado, el de Epiro y Janina. De este modo llegó á ser el bajá mas poderoso del imperio; y desde entonces hasta que murió, mandó como monarca absoluto é independiente en las provincias occidentales de Turquía.

Selim III. (1789.) Abdul Hamid murió este año sin haber tenido parte alguna en los sucesos de su reinado. Débil é incapaz, amante del sosiego, y condenado á hacer la guerra, falleció á los 65 años de edad y 15 de gobierno, dejando el imperio en una terrible lid, para cuyo éxito eran indiferentes su muerte y su vida. Sucedióle Selim III, su sobrino, hijo de Mustafá III. Este príncipe, testigo de las desgracias y calamidades que habian afligido á Turquía durante el reinado de su tio, y no siéndole desconocidas las causas de la degradacion del imperio, subió al trono con el firme propósito de restituirle su antiguo esplendor, no solo corrigiendo los abusos y restableciendo el perdido vigor de la disciplina, sino haciendo en la administracion civil y militar reformas saludables, pero intempestivas, de las cuales fue victima.

La guerra continuaba, y cada vez mas desgraciada para los turcos. Los suecos, contra los cuales habia reunido Catalina fuerzas suficientes, fueron vencidos en tierra y mar. Laudon, sucesor de Lascy en el mando del ejército austriaco, y célebre ya por sus campañas contra Federico II, tomó á Belgrado é invadió la Servia. Suvarow, despues de vencer á los turcos en Foksani, sabiendo que el ejército austriaco de Valaquia, mandado por el príncipe de Coburg, se hallaba comprometido con el del gran visir que tenia 100.000 hombres contra 30.000, marcha en su socorro al frente de 8.000 ruses, llega á las orillas del rio de Rimniks, cuando ya los austriacos estaban derrotados, hace en los enemigos horrible carnicería, y queda señor del campo de batalla. Esta memorable jornada le valió el sobrenombre de Rimnikski, al cual añadió despues el de Italinski por sus victorias en Italia contra los franceses. Kamenski redujo á cenizas la plaza de Galaez, que es la segunda de Moldavia. Potemkin tomó sucesivamente á Bender, Palanka y Akerman. Ismail, única fortaleza que quedaba á los otomanos en Besarabia, cayó en poder de Suvarow. Potemkin le habia mandado tomarla en tres dias. Suvarow hace los preparativos del asalto, y al tercer dia dice á sus soldados: «Hijos mios, no deis cuartel, porque estan muy caros los víveres;» y les manda acometer. Rechazados dos veces, á la tercera escalan la muralla, penetran en la pla-

za, y degüellan habitantes y guarnicion: la toma de esta fortaleza costó á los turcos 35.000 hombres, y á los rusos 15.000. Suvarow escribió entonces á la emperatriz: «La orgullosa Ismail está á vuestras plantas.» El valiente Gazi Hasan, que habia sido elevado á la dignidad de gran visir, no pudo resistir á tantos infortunios, y murió de pesar.

Paz de Austria y Turquía. (1790.) Muchas causas contribuyeron á que la campaña de 1790 no fuese tan activa como la anterior. El emperador José II murió á fines de febrero, y le sucedió su hermano Leopoldo II, que tenia que atender á la rebelion de los Paises-bajos, y aun mas que á ella, á la terrible revolucion de Francia, que comenzada en el año anterior, iba desplegando sus fases con la rapidez mas siniestra y espantosa. Por otra parte, ni Prusia ni Inglaterra querian consentir en la ruina del imperio otomano. Estas potencias persuadieron á Leopoldo, ya disgustado de una guerra en que las tropas austriacas habian adquirido muy poca gloria, á que hiciese paces con los turcos. El tratado se firmó por julio: las condiciones fueron conservar las mismas fronteras que tenian antes de las hostilidades. Catalina, por la paz del Austria quedó sola contra la Puerta y la Suecia. Deseosa de poner fin á la guerra del norte, aumentó los ejércitos de tierra y mar en el Báltico, y obligó á Gustavo á hacer la paz que se firmó en Varela el 14 de agosto, bajo una condi-

cion igual á la de los austriacos y turcos; es decir, la conservacion de los límites anteriores.

Por todas estas causas la guerra entre rusos y otomanos no fue muy activa en Valaquia, debilitados estos por las inmensas pérdidas de los años anteriores, y obligados aquellos á esperar nuevos refuerzos que resarciesen la falta de las tropas austriacas. Pero los griegos, acostumbrados á mirar á la emperatriz Catalina como á la protectora de su libertad, conmovidos por los agentes rusos, comenzaron este año una guerra terrible contra Alí, bajá de Janina. Entre ellos se distinguian los suliotas, ó habitantes del Suli, pais montuoso, colocado entre el golfo de Arta y la ciudad de Janina: hombres muy valerosos y amantes de su independencia, contra los cuales tenia Alí que vengar un insulto que en otro tiempo habian hecho á su madre. Reunidos con otros cleftos de los paises vecinos, derrotaron completamente un cuerpo de 3.000 hombres que el bajá envió contra ellos: al mismo tiempo que el pirata griego Lámpros infestaba el Archipiélago con doce pequeños bajeles, y era el terror de la marina turca, hasta que acometido por fuerzas superiores y destruida su escuadra, volvió á armar otro bajel, volvió á ser vencido, despues de haber hecho presas considerables, huyó en una lancha, y se refugió á las montañas de Albania.

Nuevas victorias de los rusos. (1791.)

La emperatriz de Rusia conocia la imposibilidad de continuar la guerra. Todos los gabinetes de Europa tenian fija su atencion en el volcan abierto en Francia, cuyas esplosiones eran cada vez mas espantosas. Los polacos se armaban de nuevo para recobrar las provincias usurpadas: la Prusia y el Austria se indignaban de que en el peligro general de los tronos, solo Rusia, aprovechándose de los sucesos de occidente, se engrandeciese á costa de los otomanos. Catalina cedió, pues, y solo hizo la guerra á los turcos para conseguir una paz mas ventajosa. Galitzin venció á los otomanos en Matzin, donde algunos meses despues consiguió Repnin, al frente de 40.000 hombres, una victoria mucho mas memorable contra 100.000 turcos. Kutusow derrotó en Babada á los turcos y tártaros reunidos. En fin, Gudowitz se apoderó en Asia de las fortalezas de Sudjuk, Kalé y Anapa, é hizo 14.000 prisioneros.

Paz de Jasy. (1792.) La Puerta, obligada á hacer la paz, se tuvo por muy feliz en conservar su existencia, amenazada por todas partes. Las conferencias que empezaron en Sistova, concluyeron en Jasy. Las condiciones del tratado fueron el establecimiento de la frontera de los dos imperios en el Niester, y la restitucion á la Puerta de las demas conquistas de los rusos: Ozakow, la Crimea y las provincias del Cáucaso quedaron en poder de los rusos.

Los suliotas derrotaron de nuevo al bajá

de Janina, que al frente de 12.000 hombres quiso apoderarse del Tetracorion, ó *cuatro aldeas*, y fue ahuyentado con pérdida de 3.000 hombres. Corrió á vengar la ignominia de su derrota, despojando de sus gobiernos á los bajáes de Scútari y Arta. En esta espedicion le acompañaron muchos armatolos griegos, seducidos por las promesas de paz y libertad que les daba el pérfido Alí.

Entretanto se habia proclamado en París la república francesa sobre las ruinas de una monarquía de catorce siglos. Selim III, afecto, como su padre Mustafá, á los franceses, en los cuales habia encontrado siempre amistad é interes por la suerte de su imperio, hubo de seguir sin embargo el movimiento general de la diplomacia europea; y aunque no pudieron persuadirle que entrase en la alianza de Pilnitz contra la Francia, se negó sin embargo á recibir el embajador de la república. No habia en la Puerta estadistas bastante hábiles para adoptar resoluciones útiles en las circunstancias críticas que amenazaban á Europa; y aunque los hubiese, la anterior guerra y las divisiones intestinas la habian dejado sin fuerza ni medios de ejecucion. Así que, se redujo al sistema de la inaccion, tan agradable por otra parte á los turcos, hasta que el incendio de la guerra llegó á su casa.

Convencido el sultan de que las grandes derrotas que habian sufrido sus ejércitos,

nacian de la indisciplina de los genízaros y de la falta de táctica en los ejércitos y generales, formó el proyecto de abolir aquel terrible cuerpo, é introducir en las tropas otomanas el órden y reglas de las europeas. Este plan no podia ser ejecutado por entonces en Constantinopla, donde los genízaros, aunque envilecidos, eran muy numerosos; y así se contentó Selim con plantearlo en Belgrado y otras plazas del Danubio. Todas obedecieron menos Widin, donde Pasvan Oglou, militar valiente y ambicioso, se opuso á la abolicion, venció á las tropas que se enviaron contra él, aumentó sus cortas fuerzas con los genízaros que se le pasaban, y obligó al divan á renunciar á su designio por el temor de encender una guerra civil. Desde esta época fue Pasvan Oglou en el norte del imperio lo que Alí en el occidente, dueño absoluto de aquellas provincias.

La guerra contra la república francesa, en vez de destruirla, aumentó sus fuerzas. España y Prusia hicieron la paz en 1795: en el mismo año la Prusia, la Rusia y el Austria acabaron de dividir la Polonia, y borraron del mapa de Europa la monarquía de Sobieski: la Puerta recibió como enviado de Francia á Descorches, que habia estado siempre en Constantinopla desde 1792 bajo el disfraz de comerciante. En fin, las campañas de Bonaparte en Italia obligaron al Austria á firmar en 1797 el tratado de Campo Formio, en el cual tuvo fin la república

de Venecia; y los franceses, que quedaron dueños, en virtud de él, de las islas Jónicas, eran ya fronterizos del imperio otomano, ó por mejor decir de Alí. Como dependencias de aquellas islas ocupaban las tropas republicanas á Butrinto, Prevesa, Vonitza y Parga. El bajá de Janina, fingiéndose amigo de la Francia, y enviando víveres y municiones á las islas, consiguió lo que nunca habian permitido los venecianos á los turcos, y fue el permiso de navegar en el canal de Corfú. Valióse de él para arruinar dos pueblos cleftos, que eran Nivitza Buba y san Nicolás, colocados en las montañas de Quimera, é inespugnables á causa de la aspereza del sitio, por la parte de tierra. Las tropas de Alí desembarcaron sin ser vistas, y en un solo dia desaparecieron las dos poblaciones, y 6.000 personas que las componian, fueron degolladas, dispersas ó reducidas á esclavitud.

Espedicion de Bonaparte en Egipto. (1798.) El directorio de la república francesa, triunfante de todos sus enemigos, escepto la Gran Bretaña, mientras continuaba en Europa su plan de usurpacion y republicanismo invadiendo á Suiza, Roma y Nápoles, envió á Egipto á Bonaparte con un ejército de 36.000 hombres y una escuadra de trece navíos de línea y catorce fragatas, mandada por el almirante Brueys. El objeto de la empresa era apoderarse de Egipto, convertirlo en colonia francesa, y desde ella

atacar los establecimientos ingleses de India. El orgullo de los republicanos era tal en aquella época, que no dudaban ofender la soberanía del gran señor, quitando á los beyes el poder que habian usurpado. Al atravesar el Mediterráneo se apoderaron de la isla de Malta, antemural en otro tiempo de la cristiandad contra los otomanos, y entonces freno de los corsarios berberiscos. Cubrióse esta nueva usurpacion con la necesidad que tenia la escuadra de una escala militar entre Tolon y los mares de Levante.

La escuadra llegó á las playas de Alejandría el 1.º de julio, y aquel mismo dia fue acometida y tomada la ciudad por las primeras tropas que desembarcaron. Bonaparte con su actividad ordinaria marcha al frente de su ejército, atraviesa el desierto de Demanhour, deja por gobernador de Alejandría al general Kleber, envia á Dugua á Roseta, y llega el 8 á las orillas del Nilo, despues de haberse librado de ser prisionero de los beduinos, junto á los cuales pasó con solo algunos oficiales del estado mayor, separado por una eminencia que le ocultó á la vista de los enemigos. Cuando conoció el riesgo, dijo: «No está escrito en el cielo que yo caiga en poder de los árabes.»

El 21 de julio llega á la vista de las Pirámides y del ejército de los mamelucos, que mandados por Murad bey, le esperaban atrincherados entre Gizé y Embabé. «Solda-

dos, grita Bonaparte, desde lo alto de esos monumentos cuarenta siglos os estan mirando.» Manda marchar su ejército sobre su derecha. Las divisiones francesas, formadas en cuadros, resisten todos los ataques de la formidable caballería de Murad bey; y mientras avanzan las divisiones, los generales Bon y Rampon acometen el campo enemigo: Murad, separado de él por la artillería de los cuadros, no puede socorrerlo, aunque procura romper desde Gizé las tropas del general Rampon. El campo de los mamelucos cae en poder de los franceses, y la batalla de las Pirámides decide la suerte de Egipto. Los franceses ocupan el Cairo y el Delta, Ibrahim bey es arrojado al desierto de Siria, y Murad, perseguido por Desaix, huye á las cataratas del Nilo.

Un triunfo tan completo se compensó con la memorable derrota naval de Abikir, en que el almirante inglés Nelson que habia corrido todo el Mediterráneo en busca de la escuadra francesa, que habia estado en las aguas de Alejandría tres dias antes del desembarco, y que visitaba los mares de Siria mientras llegó Bonaparte, venció al almirante Brueys, que pereció en el incendio de su navío *el Oriente*; apresó ó destruyó casi todos los buques franceses, y dejó al vencedor de las Pirámides sin comunicacion con Francia, y encerrado en su conquista. Entonces dijo Bonaparte á sus tropas: «Estamos sin escuadra; nos quedaremos en este

pais, ó saldremos de él tan grandes como los antiguos.»

Formábase á la sazon la segunda coalicion contra Francia: Pablo I, emperador de Rusia, hijo y sucesor de Catalina, entraba en ella. Sus agentes y los de Inglaterra persuadieron al sultan á declarar guerra á la república en venganza de la invasion de Egipto. La declaracion de la Puerta, publicada en setiembre, produjo en el Cairo, apenas se supieron las disposiciones del gran señor, una conspiracion contra los franceses, que fue reprimida por la actividad de Bonaparte. Una tempestad que sobrevino al mismo tiempo, aterró á los musulmanes, siempre supersticiosos: postranse á los pies del general y piden perdon. «Pasó, les dice, la hora de la clemencia: vosotros comenzasteis: á mi me toca acabar.» Muchos de los rendidos perecieron, como tambien los instigadores de la sedicion que pudieron haberse á las manos, y el Egipto quedó tranquilo desde entonces.

Antes de la declaracion de guerra contra Francia, el sultan habia mandado hacer una especie de cruzada contra Pasvan Oglou, que era el mayor obstáculo á las reformas militares. Todos los bajáes concurrieron á esta guerra, entre ellos el célebre Alí de Janina. El éxito de la campaña fue muy diverso del que esperaba la Puerta. Pasvan se defendió valerosamente: los mismos genízaros que iban contra él, eran sus auxiliares,

y Husein, capitan bajá, comandante del ejército otomano, no entendia nada de la guerra terrestre. Apenas se declaró el gran señor contra los franceses, el bajá de Janina se volvió á Albania con el intento de observar las guarniciones de las islas Jónicas; y la Puerta por no sostener dos guerras, una civil y otra estrangera, satisfizo la ambicion de Pasvan Oglou, nombrándole bajá de tres colas y gobernador de Vidin: desde entonces fue uno de los mas fieles defensores del sultan.

El bajá de Janina, apenas llegó á sus estados, atacó un destacamento de 300 franceses, que cubrian las playas del continente fronterizo de Corfú con un ejército de cerca de 15.000 hombres, lo estermínó, y entregó al saqueo de sus soldados las ciudades de Butrinto, Prevesa y Vonitza. Parga se libró de su crueldad, entregándose á una escuadra rusa que habia entrado en el mar Jonio para arrojar de él á los franceses, y que se apoderó de las islas Jónicas.

Espedicion de los franceses á Siria. Batalla de Abukir. (1799.) Bonaparte, dueño de Egipto, y sabiendo que se preparaban contra él todas las fuerzas del imperio otomano, resolvió no esperarlas en su nueva conquista, y llevar la guerra á Siria. Atraviesa el desierto, toma á Jafa por asalto, y pone sitio á San Juan de Acre, principal fortaleza del pais. Dos meses estuvo delante de esta plaza: cinco asaltos generales la dió: derrotó

junto al monte Tabor un ejército otomano que habia acudido para socorrerla; pero careciendo de artillería gruesa, que transportada por mar habia caido en poder de los ingleses, y defendida la plaza, cuando ya en el último asalto tremolaba la bandera francesa en sus murallas, por los marineros de la escuadra inglesa de Sidney Smith, y por el ingeniero emigrado de Phelipeax, hubo de levantar el cerco y volverse á defender el Egipto. . . . .

Apenas llegó al Cairo, supo que un ejército de 18.000 turcos, mandado por Soliman Mustafá, bajá de Romelia, habia desembarcado en las playas de Abukir, y apoderádose del castillo. Bonaparte marcha contra ellos, y los encuentra atrincherados en una posicion formidable, defendida en su flanco izquierdo por las lanchas cañoneras que impedian desde el mar los ataques de los franceses. Estos pelearon inútilmente por algun tiempo, hasta que los turcos entretenidos, segun su bárbara costumbre, en cortar las cabezas de los muertos, fueron atacados por la caballería de Murat, mientras Bonaparte hace entrar en batalla su reserva, que se apodera en un momento de los reales. Mustafá quedó herido y prisionero: 13.000 turcos murieron en la accion: los demas, encerrados en el castillo, se rindieron despues de cinco dias de una resistencia heróica.

Bonaparte, poco despues de la batalla de

Abukir, confió el mando del ejército y la provincia al general Kleber, y partió para Francia, donde antes de concluir el año destruyó el gobierno directorial, y se puso al frente de la república con el título de primer cónsul.

Batalla de Heliópolis. (1800.) Mientras Bonaparte arrojaba los austriacos de Italia, y el general Moreau ganaba en Baviera la batalla de Hohenlinden, preparando los caminos para la pacificacion del continente, un ejército turco de 80.000 hombres, á las órdenes del gran visir Jusuf bajá, llegaba á el Harish, en los confines de Siria y Egipto, y amenazaba á Kleber: este general hizo una convencion honrosa, capitulando la evacuacion de Egipto, volviendo los franceses libres á su patria; pero el almirante inglés Keith que mandaba la escuadra de su nacion en aquellos parages, se opuso al cumplimiento de este artículo, y exigió que las tropas francesas quedasen prisioneras de guerra. «A ese insulto solo se responde con victorias,» dijo Kleber; y lo cumplió, batiendo completamente al gran visir en las llanuras de Heliópolis, recobrando el Cairo adonde habian penetrado los turcos fugitivos de la batalla, y obligando á los restos de aquel formidable ejército á volverse á Siria. Kleber fue asesinado poco despues por un turco fanático, y le sucedió en el mando el general Menou.

Evacuacion del Egipto por los franceses.

(1801.) En fin, la Puerta volvió á entrar en posesion del Egipto. El nuevo general en gefe del ejército frances, mas valiente que hábil, fue vencido en la batalla de Canopo por el general inglés Abercombry, que encontró en ella una muerte gloriosa. Los cortos restos de las tropas francesas que Bonaparte habia llevado á aquel pais, pasaron á Francia; y el gran señor encontró el Egipto, no solo libre de franceses, sino tambien de mamelucos, cuya potencia habia sido aniquilada por Bonaparte. El bajá, enviado por la Puerta, no halló dificultad en acabar, ya por la fuerza, ya por el artificio, con los beyes que deseaban recobrar su antigua dominacion.

Este mismo año, Addelazis, gefe de los Sovacabitas, irritado de la irrupcion que Soliman, bajá de Bagdad, habia hecho en sus dominios, llevándolos á sangre y fuego, penetró en el Irac Arabi, y saqueó la ciudad de Cufa, célebre por el sepulcro del califa Hosein, hijo de Alí, esterminando á todos sus habitantes. Al mismo tiempo Georgim, bajá de Andrinópoli, se rebeló contra el gran señor; pero en breve fue reprimida y castigada su rebelion.

Paz con Francia. (1802.) En fin, la paz de Amiens entre Inglaterra y Francia produjo una breve pausa en el sangriento drama de la revolucion. La Puerta, que evacuado el Egipto, ningun motivo tenia ya para continuar la guerra contra Francia, fue

comprehendida en el tratado, como tambien las islas Jónicas, pequeña república fundada con las reliquias del señorío de Venecia.

Este año fue célebre en los anales de Arabia, por la muerte de Abdelazis, gefe de los vacabitas, que murió asesinado por un esclavo, y por la toma de la Meca, conquistada por su hijo y sucesor Seud, que continuó los grandes proyectos de su padre, y dos años despues tomó á Medina. Tambien fue célebre en Grecia por haber cesado la guerra cruel de Alí, bajá de Janina, contra los suliotas. Vencido muchas veces, recurrió al medio de encerrarlos en sus montañas, y bloquearlos en ellas de modo que no recibiesen víveres por ninguna parte. Sufrieron, durante dos años, todos los males de un sitio; hambre, privaciones, asaltos, en los cuales peleaban las mugeres con el mismo valor que los hombres. Al fin se convinieron en abandonar sus montañas y retirarse á Parga, punto ocupado á la sazon por un bajá, á quien la Puerta confió el mando de las plazas de Epiro, cercanas al canal de Corfú.

Guerra contra Rusia. (1806.) La paz entre Francia é Inglaterra no fue de larga duracion. La guerra marítima, á la cual habia de seguir muy pronto la continental, empezó en 1803. Al año siguiente Bonaparte abolió la república, y fue proclamado emperador de los franceses con el nombre de Napoleon I. En 1805 se ciñó la corona de Italia,

y al mismo tiempo que su escuadra, reunida con la de España, su aliada, era destruida en la batalla de Trafalgar, conquistaba él toda la Alemania meridional, ocupaba á Viena, triunfaba en Austerlitz del ejército combinado de austriacos y rusos, y dictaba la paz al emperador de Austria. En 1806, provocada la guerra contra Prusia, que confiaba en la cooperacion de los rusos, ganó la batalla de Jena, se apoderó de la Alemania septentrional, entró en Varsovia, y empezó su lid contra los rusos, cuyos ejércitos estaban al oriente del Vístula.

Napoleon, deseoso de tener en Europa un punto de apoyo contra sus enemigos, procuró renovar los antiguos vínculos entre Francia y la Puerta: consiguió ser reconocido emperador por Selim III, y envió á Constantinopla de embajador al general Sebastiani. Este inclinó el ánimo del sultan á la alianza de Napoleon: logró que se destituyesen los hospodares de Moldavia y Valaquia, adictos á Rusia; y se pusieron otros del partido de Francia. La Rusia se quejó de esta infraccion al tratado de Jasy. La Puerta se quejaba tambien de los auxilios mas ó menos directos que la Rusia daba á los servios rebelados contra ella desde la guerra de Pasvan Oglou, en la cual habian recibido órden del divan de defenderse, con sus propias fuerzas, de aquel usurpador: los servios, apenas se vieron con armas, las volvieron contra sus opresores los otomanos,

tomaron á Belgrado, y obligaron á la Puerta á concederles privilegios casi iguales á los de los moldavos y válacos. La guerra se declaró, pues, entre rusos y turcos; y mientras Napoleon penetraba en el Brandemburgo y tomaba á Berlin, el general ruso Michelson, encargado por el emperador de Rusia Alejandro I, hijo de Pablo, de la guerra contra Turquía, pasó el Niester, se apoderó de Besarabia, entró en Moldavia, tomó á Ismail, penetró en Valaquia, y se puso en línea en las orillas del Danubio. Al mismo tiempo la Gran Bretaña, aliada de Alejandro, declaró la guerra á Selim.

Al año siguiente se apoderó la escuadra rusa, mandada por el almirante Siniavin, que pasó del Báltico al Mediterráneo, de las islas Jónicas, cuya república se habia puesto bajo la proteccion del sultan. El almirante inglés Dukworth forzó con su escuadra el 20 de febrero el paso de los Dardanelos, se apoderó de un navío de línea y de cinco fragatas turcas: al dia siguiente ancló á dos tiros de cañon del serrallo de Constantinopla. Esta espedicion, que hecha con mas fuerzas podria haber puesto en confusion aquella gran ciudad, no produjo el terror que los ingleses esperaban, y hubieron de volverse al Archipiélago el 3 de marzo. Otra espedicion inglesa que desembarcó en Egipto algunas tropas mandadas por el general Fraser, tuvo igual suerte. Despues de haberse apoderado de Alejandría y Roseta, se vió

obligado á volverse al mar. El almirante Siniavin se apoderó de la isla de Ténedos, venció la escuadra turca junto á la isla de Scopulo, le apresó dos navíos, y la hizo volverse al Helesponto.

Pocos dias despues de la espedicion inglesa fue depuesto Selim III por los genizaros y los ulemas, ó *sacerdotes*, que le aborrecian á causa de las innovaciones que habia hecho y pensaba hacer en la administracion civil y militar. Mal visto de los turcos por las continuas desgracias de su reinado y porque no tenia sucesion, ni fue sostenido por los grandes ni por el pueblo, abdicó la corona, y fue encerrado en el palacio. Los conjurados dieron muerte á todos sus ministros, y confiscaron sus bienes á beneficio del erario.

Mustafá IV. (1807.) Sucedióle su sobrino Mustafá, hijo de Abdul Hamid. El imperio otomano se hallaba entonces en una situacion dificil de describir. Desde los tiempos de Mustafá III se habia creido necesario abatir el poder de los genizaros, soldados incapaces de resistir en campaña á las tropas disciplinadas de Europa, sediciosos en las guarniciones, y temibles á los mismos sultanes, cuyo trono protegian. Pero de la ruina de esta institucion militar resultaba inconveniente mayor. Los bajaes y ayanes adquirieron en el reinado de Selim III, que empezó a minar el poder de los genizaros, una preponderancia que nunca habian teni-

do; de modo que la Puerta se hallaba, entre la anarquía de la soldadesca y la aristocracia de los gefes, sin autoridad ni fuerza. Casi todos los bajáes eran independientes en sus provincias: el sultan estaba esclavizado en Constantinopla por los mismos genízaros que le habian elevado al trono; al mismo tiempo que los rusos, apostados en el Danubio, esperaban la ocasion de penetrar en Bulgaria, y animaban á los griegos y servios á hacer la guerra insurreccional contra los turcos.

El sultan adoptó una política favorable á los genízaros, pero que le enagenó los ánimos de todos los bajáes y gefes militares: hizo armisticio con los servios y rusos, se declaró enemigo de los proyectos de Mustafá III y de su antecesor Selim, y destruyó hasta la biblioteca que este habia reunido en Scútari. Mustafá Bairacdar, bajá de Rutschuk, amigo personal de Selim, contrario á los genízaros, deseoso de las reformas que habian de restablecer el esplendor del imperio, y gefe de la coligacion de los grandes, formó el proyecto de destronar á Mustafá y restituir la corona á Selim. Dió aviso de su intento á Ali, bajá de Janina, al de Andrinópoli y á todos los gefes militares de Macedonia y del Asia menor. Aprobado el plan, se encargó él mismo de la ejecucion, y marchó con el gran visir Ibrahim, que estaba acampado á las orillas del Danubio, la vuelta de Constantinopla, precedido de muchos

destacamentos destinados á detener todos los correos y personas que se dirigiesen á la corte; de modo que en el intervalo de veinte dias ni el sultan ni sus ministros supieron nada de lo que pasaba en el imperio.

Hatzy Alí, ayan de Anquialo, sorprendió de noche el castillo de Fanaraki, situado junto al Bósforo, y degolló toda su guarnicion, igualmente que á Cabatky, gefe de los genízaros que se hallaba en aquella fortaleza: al mismo tiempo apareció Bairacdar con 20.000 hombres á las puertas de Constantinopla: entró en la ciudad, atacó el serrallo, y exigió que se le entregase á Selim. Mustafá se habia anticipado y mandádolo ahogar. Lo mismo hubiera hecho con su hermano Mamud, á no haberlo impedido los eunucos de este con las armas. Cuando el gefe de los eunucos negros presentó el cadáver del desgraciado Selim á Bairacdar, enfurecido el bajá, amenazó de muerte á todos los oficiales del serrallo, si no se le entregaba vivo y sano á Mamud. Entonces los bostangis, ó guardias del sultan, mandaron á los eunucos que diesen muerte á Mustafá, y mostrasen á Mamud á las tropas que le pedian á gritos. Esta fue la primera revolucion hecha por los gefes del ejército desde la fundacion del imperio otomano. Las demas procedieron de la rebelion de los genízaros de la capital.

Mamud II. (1808.) Mamud II, sultan reinante cuando esto se escribe (1831), es

uno de los príncipes que mas hubieran acrecentado el imperio, á haber nacido en otros tiempos. Dotado de ingenio perspicaz, espíritu animoso y poco temor á la efusion de sangre, convencido de la necesidad de las reformas que costaron el trono y la vida á Mustafá III y á Selim, consiguió, á pesar de sus guerras desgraciadas contra rusos y griegos, afirmar el poder despótico de su cetro contra los genízaros que consiguió destruir, y contra los bajáes y gefes militares que sometió á la fuerza enérgica de su voluntad.

Al principio de su reinado tuvo muy poca autoridad. Mustafá Bairacdar fue necesariamente revestido de la autoridad de gran visir, degolló á todos los ministros del sultan anterior, hizo triunfar la oligarquía de los gefes, y trató de reducir los genízaros á un corto número. Este gefe de rebeldes era tan estúpido é ignorante, que solia decir que *Napoleon* era su hechura.

Despues de la paz de Tilsit, celebrada en 1807, que terminó la guerra entre Francia y Rusia, volvieron las islas Jónicas al poder de Napoleon, igualmente que la ciudad de Parga, adonde se habian refugiado los suliotas, despues de la cruel guerra que les hizo el bajá de Janina. Pero el sultan Mamud estaba muy distante de acceder á la paz, á la cual le convidaban las dos potencias, aliadas ya entre sí y enemigas de la Inglaterra; porque la Puerta no podia acceder á que los principados y la Besarabia queda-

sen en poder de Rusia, como Alejandro demandaba y consentia Napoleon.

A fines de este año hubo en Constantinopla una terrible sedicion de los genízaros, que en vez de ser la ruina de Mamud, le libertó de sus opresores. En seguida de un grande incendio que se manifestó enmedio de la capital, acometieron reunidos los sediciosos el palacio y la casa del gran visir. Despues de un terrible combate en que la disciplina y esperiencia de las tropas regladas cedió al denuedo feroz y al número de los genízaros, Bairacdar, no teniendo ya ningun medio de salvacion, se retira al interior de su casa, perseguido por una gran multitud de rebeldes, llega á un cuarto lleno todo de barriles de pólvora preparados para este caso, y se vuela con todo el edificio y los enemigos que iban ya á darle la muerte.

Mamud estaba en poder de los genízaros; pero no existia ningun otro descendiente de Otman, sino él; y á la veneracion religiosa de los turcos á su dinastía, y á su intrepidez y fuerza de alma debió la conservacion de la vida y del imperio.

La guerra contra los rusos fue desgraciada: el valiente general Kamenski derrotó al gran visir Jusuf bají en Vastini, ciudad de Bulgaria, á Veli bají, hijo de Alí de Janina, en Lofza, bloqueó á Schumla y á Varna, y convirtió en desierto toda la Bulgaria. Estos destrozos fueron útiles á Mamud; pues destruyeron el sistema feudal de los ayanes de

aquel pais, que eran la principal fuerza de la aristocrácia militar; y cuando Kamenski recibió órden de retirarse á Valaquia, por estar la Rusia empeñada en la guerra que hizo contra Austria de acuerdo con Napoleon en 1809, las tropas del sultan volvieron á ocupar todo el pais hasta el Danubio, é hicieron respetar en él, sin resistencias ni oposiciones, la autoridad de la sublime Puerta.

Paz de Bucarest. (1812.) La Rusia continuaba la guerra contra Turquía, mas atenta á conservar lo ya conquistado, que á emprender nuevas adquisiciones. Preveíase ya la terrible lucha que iba á moverse entre la potencia colosal de Napoleon, y la no menos gigantesca de Alejandro. Asi que, muerto el general Kamenski, su sucesor Kutusow en el mando del ejército del Danubio se mantenia á la defensiva. El sultan, deseando recobrar los principados, envió órdenes repetidas al nuevo gran visir Amed bajá de pasar el rio y dar batalla al enemigo. Amed obedeció y se atrincheró en la orilla izquierda. Kutusow hizo lo mismo, y en mucho tiempo no hicieron los dos ejércitos otra cosa sino observarse y evitar una accion general.

Kutusow, que meditaba dar un golpe decisivo, finge retirarse, y destaca al general Marcow con un cuerpo de 6 á 7.000 hombres, y órden de pasar por la noche á la otra orilla del Danubio, caer de improviso sobre

los bagages del gran visir, apoderarse de sus almacenes, y esterminar las tropas que los guardaban. Mientras Marcow ejecutaba estas órdenes con tanta habilidad como ventura, las cañoneras rusas subieron por el rio, se colocaron en línea recta, y no solo cortaron la retirada al gran visir, sino tambien bloqueaban la isla de los Sauces, donde habia un cuerpo de 20.000 turcos, destinados á mantener la comunicacion entre ambas riberas. Entonces acometió Kutusow con todas sus fuerzas el campo del visir: apenas pudo este salvarse por la noche, atravesando el Danubio en una lancha: su ejército, falto de víveres y municiones, despues de resistirse algunos dias, se rindió prisionero de guerra.

Esta terrible catástrofe obligó á los turcos á hacer la paz. Despues de algunos meses de negociaciones en Bucarest, se firmó el tratado en marzo de 1812, precisamente cuando Napoleon emprendia su marcha contra Rusia al frente de todas sus fuerzas. Las condiciones de la paz fueron la cesion de la Besarabia y algunos distritos del Asia, cercanos al mar Negro, al emperador de Rusia. Este no podia ya insistir en la adquisicion de los dos principados, ni en la libertad de los servios, porque necesitaba de todas sus fuerzas para resistir á la tempestad que amenazaba á su imperio.

El sultan, observando el principio de la campaña de Rusia, que habia sido favorable

á los franceses, se preparó á quebrantar el tratado de Bucarest, atacando á los gefes servios, cuyos intereses se habian estipulado. Czerni Jorge y Milosch, su cuñado, estaban discordes entre sí. No fue dificil pues al nuevo gran visir Curchid bajá penetrar en la provincia, vencer separadamente las tropas de estos dos caudillos, obligar á Milosch á la sumision, y á Czerni Jorge á emigrar á Rusia, y á tomar servicio en el ejército de esta potencia.

El imperio otomano gozó algunos años de sosiego despues de la caida de Napoleon y la pacificacion general del continente; pero sin embargo, existian semillas de guerra con Rusia, dejadas á propósito en el mismo tratado de Bucarest, segun el cual, las tres plazas de Kemal, Suhum y Anapa, situadas en la costa oriental del mar Negro, y que habian quedado en poder de los rusos, debian restituirse á la Puerta. El gabinete de Petersburgo retardaba la ejecucion de este artículo, bajo el pretesto de que el sultan no habia llenado las demas estipulaciones del tratado. Este litigio dió lugar á muchas conferencias y notas sin resultado decisivo.

Entretanto Mamud continuaba su plan de someter á todos los bajáes del imperio. El mas temible y mas dificil de subyugar era Alí, bajá de Janina, que no perdia ninguna ocasion de acrecentar su poder y lograr sus venganzas. Como las islas Jónicas, despues de la caida del imperio frances, formaban una re-

pública, bajo la proteccion de Inglaterra, el gobierno inglés vendió á Alí la plaza de Parga, deseada de este bajá, no solo como un aumento de poder, sino como un medio de vengarse de los suliotas, sus eternos enemigos, que habian encontrado asilo en ella. Los infelices tuvieron que emigrar á las islas Jónicas en 1817 para sustraerse á la crueldad del bajá. Mas ya estaba próximo el rayo que habia de consumirle, y dar principio á la memorable insurreccion de los griegos.

Guerra del sultan contra Alí. (1820.) Alí, viendo venir contra sí todas las fuerzas del gran señor, obligado á defenderse ó á renunciar el poder adquirido por tantos años de guerras, crueldades y perfidias, llamó en su socorro á los mismos griegos que habian sido hasta entonces enemigos suyos. Aquel hombre estraordinario habia tenido en su favor á muchos de los armatolos, y en las circunstancias críticas en que se hallaba, ganó á casi todos los del Peloponeso, Acaya, Tesalia y Epiro, inclusos los mismos suliotas, ya prometiéndoles la libertad, ya halagándolos con dádivas; ya en fin, atrayendo á los demas por medio de sus partidarios. Los griegos acudieron á sus banderas, no tanto por socorrerle, como por lograr la ocasion, deseada tantos años, de pelear en defensa de su libertad contra la Puerta otomana.

El tiempo era oportuno. Desde la guerra que Ana, emperatriz de Rusia, habia te-

nido con los turcos, eran frecuentes las relaciones de la corte de Petersburgo con los gefes mas notables de los cleftos; y desde la terrible guerra de la revolucion francesa eran innumerables los griegos que habian aprendido el arte militar, sirviendo ya en los ejércitos de los franceses, ya en los de sus enemigos. Un gran número de jóvenes de esta nacion habian pasado á estudiar á las universidades de Europa: algunos de ellos, vueltos á su patria, establecieron en varios puntos del continente y de las islas estudios pagados con las riquezas que un vasto comercio, abandonado por la ignorancia otomana á sus esclavos, ponia en manos de los griegos. Solo faltaba á estos diferentes elementos de insurreccion un foco comun, y una direccion general. El sultan Mamud la proporcionó declarando guerra al bajá que mas aborrecia, y que era el único que le quedaba por someter.

Passo bey y Omer Urione, entrambos albaneses, que habian servido bajo las banderas de Alí, y que ofendidos por él eran sus mas crueles enemigos, solicitaron tambien á los griegos á merecer la proteccion de la Puerta, peleando á favor de ella. Asi fue como la nacion griega recibió armas de sus dos enemigos mas crueles. Los gefes de armatolos se dividieron en la apariencia, siguiendo unos las banderas del sultan y otros las del bajá; pero conservando unos con otros la mas estrecha union, resueltos á no

emplear sus brazos sino por la independencia de su patria.

El ejército albanés de Alí constaba de 15.000 hombres, y el de los armatolos que tenia consigo de 4.000, ademas de los que habia enviado á ocupar los diferentes puntos militares de la provincia. Al acercarse Omer Urione, Passo bey (llamado despues Ismail bajá), y otros gefes albaneses, enemigos personales suyos, las tropas mahometanas comenzaron á desertársele, y Alí se encerró con las que le quedaban en la fortaleza del lago de Janina. Sus armatolos, mandados por Marcos Botzaris, hicieron frecuentes salidas, y causaron mucho daño en el ejército del sultan. Sus gefes construyeron baterias flotantes, abrieron brecha, asaltaron la fortaleza, y despues de haber perdido mucha gente, consiguieron tomarla. Alí huyó con 4.000 albaneses que quedaban, al castillo de Litaritzia, situado en el centro de la ciudad de Janina. Mientras el ejército del sultan le sitiaba en ella, la escuadra del capitan bajá tomó la plaza de Prevesa, mal defendida por Veli, hijo de Alí. Muctar, el segundo de los hijos de este bajá, entregó la fortaleza de Tebelen á las tropas de la Puerta. Ambos creyeron conseguir su indulto con la sumision: ambos fueron descabezados.

Alí, encerrado en Janina como un leon furioso, no olvidó ni su valor ni sus antiguas artes. Habiendo ganado con regalos á Baba bajá, comandante del ejército sitiador, hizo

contínuas salidas, seguro de no encontrar disposiciones enérgicas de resistencia, y en cada una causaba grande estrago en los enemigos. Despues de muchos meses de cerco se quitó el mando á Baba, y se dió á Hurchid bajá, que trajo nuevas tropas, juntó un ejército de 60.000 hombres, y estrechó el sitio, formando dos baterías que destruyeron gran parte de la ciudad. Alí hace una salida de noche, combinada con un ataque que debia dar Marcos Botzaris por la espalda de los cuarteles enemigos con los suliotas de la montaña, partidarios del bajá de Janina. El combate fue terrible: ya habian muerto 5.000 de los sitiadores, y Alí iba á clavar los cañones de las dos baterías, cuando Omer Urione reune las tropas que huian, acomete á Alí con increible denuedo, y le obliga á volverse á la plaza con pérdida de 240 hombres entre muertos y heridos. Botzaris introdujo un socorro de víveres en la plaza, y á la noche siguiente volvió á salir con los suliotas, abriéndose paso por medio del ejército sitiador.

Insurreccion de Grecia. (1821.) Alejandro Ipsilanti, hijo de un hospodar de Moldavia del mismo nombre, depuesto en 1806, oficial al servicio de Rusia, donde se habia refugiado con su familia, pasó el Pruth el 22 de febrero de 1821, acompañado de su hermano menor Jorge, y de dos criados. Uniéronsele todos los *heteristas* de los principados (así se llamaban los individuos de una

sociedad secreta, esparcida en toda Grecia, y cuya profesion era restablecer la independencia de su nacion.) Georgaki y Saba, gefes acreditados entre los albaneses, y Teodoro Uladimiresco, que se habia sublevado con el pretesto de obtener el hospodorato de Valaquia, se le reunieron; y en pocos dias fueron dueños de las dos provincias. Animaba mucho á los insurgentes la proclama de Ipsilanti, en que ofreció á los griegos la proteccion de una gran potencia, bajo cuyo nombre indicaba la Rusia. Al punto el fuego de la rebelion se estendió á todas partes. Las islas de Hidra, Especia é Ipsara convirtieron sus buques mercantes en bajeles de guerra. Las Cícladas, Samos, Caso, los esfakiotas de Candía, y los armatolos de Negroponto siguieron su ejemplo. Los cleftos de Tesalia, Epiro y Acaya se sustrajeron, unos al dominio de Alí bajá, y otros al de la Puerta: Mauromicalis, príncipe de los mainotas, y Colocotronis, gefe de los armatolos de Caritena y el adalid mas amado y respetado en el Peloponeso, se pusieron en campaña contra los turcos. En fin, hasta en la península de Casandria, perteneciente á Macedonia, se dió el grito de independencia y de muerte á los otomanos.

La Puerta respondió, segun su costumbre, con matanzas. Desarmó á los griegos en las provincias cercanas á la capital y en el Asia menor, y durante la primavera sacrificó mas de 30.000 víctimas. Entre estas ma-

tanzas fue la mas notable la de los griegos de Fanar: el patriarca pereció despues de celebrados los oficios divinos el dia de Pascua. Los griegos se vengaron con crueles represalias, ejercidas sobre todos los mahometanos que la victoria ó la casualidad entregaba á sus cuchillas. La guerra era á muerte; y no podia acabar sino con el esterminio de uno de los dos pueblos.

La Puerta temia mas que todo la adhesion de la Rusia á la causa de los griegos, y asi puso su atencion principal en los movimientos de Moldavia y Valaquia, lo que fue muy útil á los griegos de Morea y Acaya, adonde el divan no envió refuerzos, y los turcos tuvieron que encerrarse en las fortalezas. Pero el czar de Rusia desmintió públicamente la proclama de Alejandro Ipsilanti. Colocado entonces al frente de la santa alianza, reunida en el congreso de Laybach para reprimir las revoluciones de Nápoles, Piamonte, España y Portugal, y para conservar la Europa en el estado que la habia puesto el congreso de Viena, ó no supo ó no quiso distinguir entre las revoluciones contra las autoridades legítimas y la insurreccion contra la tiranía de una nacion sobre otra; y asi determinó negar á los griegos el socorro que esperaban, y que por otra parte habria armado contra Rusia á la gran Bretaña, ya descontenta desde el congreso de Viena por la toma de posesion del reino de Polonia. Pero esto no impedia que el lengua-

ge de la diplomacía rusa en Constantinopla fuese mucho mas áspero que antes en cuanto á la disputa sobre los límites en Asia; y Mamud no dejó nunca de recelar el acometimiento de Rusia.

Ipsilanti, atacado por fuerzas superiores, fue vencido en Dragacan, y obligado á huir á los estados austriacos, adonde encontró una prision cuando queria embarcarse en Trieste para pasar á Morea. Su hermano Demetrio, mas feliz, desembarcó en Hidra, llegó al Peloponeso, y fue proclamado generalísimo por todos los gefes que sitiaban á Tripolitza, capital de la provincia. Los griegos se habian apoderado ya de las plazas de Arcadia y Calamata: rindieron despues sucesivamente á Malvasia, Navarino, Lala y Tripolitza, donde los griegos degollaron 6.000 habitantes turcos. Al mismo tiempo Ulises venció en el paso del Cefiso á Omer Urione, enviado por Hurchid bajá al socorro del Peloponeso, y se hizo dueño de toda Acaya. Los helenos de Negroponto y de Casandria no fueron tan felices. Las grandes fuerzas que los turcos reunieron en estos parages, los obligaron á huir, despues de haber hecho gran destrozo en los enemigos.

La escuadra griega, mandada por Tombasis, quemó junto á Mitilene un navio otomano de 74, infundió miedo al capitan bajá, muy superior en fuerzas, y le bloqueó en la isla de Cos. Pero habiendo sobrevenido algunas discordias entre los comandantes de

las diferentes islas, el capitan bajá pudo salir, pasó al mar Jonio, quitó el bloqueo que los griegos tenian puesto á Prevesa, quemó á Galaxidi, ciudad griega de la costá de Etolia, y socorrió con víveres y refuerzos las plazas de Pátras, Coron y Modon, que aun estaban en poder de los turcos.

Los resultados de la primer campaña habian sido brillantes para los griegos; y atendida la intrepidez y entusiasmo de las tropas de tierra y mar, hubieran asegurado su independencia, á haber elegido un dictador. Pero Demetrio Ipsilanti, hombre moderado y virtuoso, estaba imbuido en las teorías de libertad, que eran entonces de moda en Europa, y que no podian aplicarse sin peligro en un pueblo recien salido de la esclavitud. Hizo pues que se celebrase un congreso en Epidauro, se dió á los griegos, apenas independientes, una constitucion puramente democrática, con un cuerpo legislativo y un consejo ejecutivo, y empezó la lucha perpétua entre los primados civiles y gefes militares, á cuya autoridad, antigua y amada de los helenos, eran contrarias las nuevas instituciones y los nuevos magistrados creados por ellas: lucha que irremediablemente habria causado el esterminio de la nacion griega, á no haberla tomado bajo su proteccion las potencias de Europa.

Muerte de Alí de Janina: campaña de 1822. El mismo dia que el congreso daba á Ipsilanti una prueba nada equívoca de ingra-

titud, nombrando presidente del consejo ejecutivo á Maurocordato, hacia aquel príncipe un señalado servicio á la causa pública, apoderándose del Acrópolis de Corinto; y en lo sucesivo sirvió siempre con la mayor fidelidad en compañía de su amigo Nicetas, que por su probidad y valor ha merecido ser llamado el Arístides de la Grecia moderna.

El almirante turco salió de los Dardanelos con una escuadra, y llegó á la isla de Hidra, confiado en las inteligencias que tenia en ella para someterla al gran señor. Engañado en su esperanza, pasó al mar Jonio para socorrer las plazas de la Morea occidental. La escuadra griega le acometió y apresó algunos buques al montar el promontorio de Ténaro. Rechazado de Navarino desembarcó cerca de Pátras 4.000 turcos asiáticos, que fueron esterminados por Colocotronis, gefe de las tropas griegas que sitiaban esta plaza. Volvióse á los Dardanelos, perseguido siempre por la escuadra griega.

Otra escuadra otomana, mandada por el capitan bajá, salió de los Dardanelos para recobrar la isla de Scio, sublevada por algunos samios que desembarcaron en ella, y que huyeron apenas se presentaron los turcos. Dueños segunda vez de la isla, cometieron la barbarie de degollar 40.000 hombres de su poblacion, que no habia tenido parte en la insurreccion. Los demas huyeron; y Scio, que contaba 100.000 helenos, ricos y prósperos por la agricultura y el comercio, quedó casi

desierta. Al mismo tiempo una escuadra egipcia apareció en las aguas de Candía. Tombásis, almirante de los griegos, envió á Miaulis con una parte de su escuadra á observar la otomana de Scio, mientras él salió al encuentro á los egipcios. Tombasis no pudo impedir que los buques de Egipto desembarcasen refuerzos en Candía, con los cuales, animados los turcos lograron una victoria de los esfakiotas, en la cual pereció Baleste, capitan frances al servicio de los griegos, y el primero que introdujo entre los insurgentes el uso de tropas regladas. Pero Miaulis, ardiendo en deseos de vengar el desastre de Scio, envió en la noche del 18 al 19 de junio dos brulotes, disfrazados de buques mercantes que se pegaron á la almiranta turca, y al navío del lugarteniente del capitan bajá. Este pudo librarse; pero el primero saltó con horrible esplosion, pereciendo en el aire el mónstruo que habia inundado de sangre y ruinas la desgraciada Scio. El célebre Canaris dirigia los dos brulotes, y logró escaparse en bateles con las tripulaciones.

Al fin de la campaña otra escuadra turca salió para Nápoli de Romanía, sitiada por los griegos, con el objeto de introducir refuerzos en la plaza: Miaulis le salió al encuentro, y la ahuyentó. Volvíase á los Dardanelos cuando se encontró con otra escuadra de Ipsara, en la cual habia un brulote mandado por Canaris, que renovando la au-

daz tentativa de Scio, siguió á un navío turco de 74 cañones, le echó sus garfios en la cordelería, le prendió fuego, y escapó con celeridad increible. Poco despues se voló el navío, cubriendo el mar de cadáveres y destrozos. . . . .

La campaña de tierra tuvo sucesos no menos variados. A principios del año encontró Alí de Janina el castigo digno de sus maldades. Abandonado de los griegos que solo atendian ya á la defensa de su patria, y temiendo la traicion de los albaneses, desmayó su fiero corazon, dió oidos á las esperanzas de perdon que le ofreció Hurchid bajá, y pasó á la fortaleza del Lago. Hurchid le dejó en ella libre, aunque siempre sobrevigilado, hasta que logró por traicion apoderarse de la de Janina. Entonces envió algunas tropas para que diesen muerte á Alí: este les salió al encuentro armado, les hizo fuego, fue herido, y le cortaron la cabeza. Asi pereció uno de los mónstruos mas crueles que ha producido el imperio otomano.

Hurchid se dedicó entonces á hacer guerra á los suliotas y á los griegos. Maurocordato pasó á Acarnania para resistir en la Grecia occidental á los turcos, cuyo proyecto era enviar tres cuerpos al Peloponeso, uno por Misolunghi, otro por Livadia, y otro por Atenas. Reunidas estas fuerzas en el centro de la insurreccion griega, quedaba concluida la lid. El valor y entusiasmo de los griegos, y la habilidad de sus gefes

desbarató este plan. Maurocordato disputó palmo á palmo el terreno desde el Aspropótamo y los desfiladeros de Macrinoros contra Omer Urione, que tenia al frente con 30.000 hombres, hasta las murallas de Misolunghi, é hizo en ellas una de las defensas mas brillantes que refiere la historia. Reforzado por los armatolos de Acaya, y por Mauromicalis, que traia consigo 1.200 moraitas, atacó al enemigo, ya muy disminuido y amedrentado, le arrojó del campo de Misolunghi, le obligó á abandonar la línea del Aspropótamo, y le echó mas allá de Macrinoros, donde habia empezado la campaña.

El segundo cuerpo turco que debia pasar las Termópilas, bien defendidas por las tropas de Ulises, fue rechazado, y este gefe se apoderó de Atenas que tenia sitiada algunos meses antes.

La única division otomana que penetró en el Peloponeso, fue la de Mamud bajá. Marchando al frente de 30.000 hombres por la Focide y Beocia, atravesó los desfiladeros de Livadia, pasó el istmo y ocupó á Corinto. Colocotronis, apenas sabe su marcha, levanta el sitio de Pátras, vuela á Argos, donde estaba Ipsilanti, y concierta con él el plan de operaciones. Mamud marchaba contra ellos con el objeto de socorrer á Nápoli, ó de recobrarla. Ipsilanti se apostó en Argos y Colocotronis en Lerna, despues de haber talado todas las cercanías de Nápoli. Diez mil turcos que atacaron á Argos fue-

ron rechazados. Mamud bajá amenazó á Lerna, y contento con tener el paso libre hasta Nápoli, se acantonó en esta plaza, consumió las pocas subsistencias que quedaban en ella, determinó volverse á Corinto, dejó gran parte de su ejército en los desfiladeros de Micenas, defendidos por Colocotronis y Nicetas, y se acampó junto al Acrópolis, mientras la guarnicion de Nápoli, reducida á 30 turcos y estenuada de hambre, se rindió á los griegos sin resistencia alguna. Mamud murió: 3.000 hombres de su ejército quedaron de guarnicion en Corinto, y el resto fue destruido por los griegos, que los atacaron en Maura Litaria por donde se dirigian á Pátras.

Campaña de 1823. Los persas habian entrado en la Armenia turca. Mamud creyó al principio que eran incitados por el gabinete de Rusia, lo que le obligó á tener un cuerpo considerable de tropas en las orillas del Danubio. Súpose despues que aquel movimiento solo procedia de la rivalidad de dos hijos del sofí, que solicitaban con estas bazañerías adquirir partidos con que disputarse la corona despues de la muerte del padre. Mas cuidado daba al sultan la rebelion de los genízaros que estalló casi al mismo tiempo: para sosegarla tuvo que entregarles la cabeza de su favorito Halet, hombre cruel y generalmente aborrecido.

En la guerra contra los griegos siguieron los turcos este año el mismo plan de

campaña que el anterior y con el mismo éxito. Dos cuerpos, que debian penetrar por las Termópilas en Acaya, fueron acometidos, costeados y destruidos por Ulises. Omer Urione y Jusuf bajá, que mandaban otros dos cuerpos en Acarnania, desunidos entre sí, y teniendo al frente al valeroso Marcos Botzaris, estaban condenados á la inaccion, hasta que llegase Mustai, bajá de Escodra, con otra division. A haberse reunido estos tres generales, habrian formado en la Grecia occidental un cuerpo de 25.000 hombres, al cual los helenos solo podian oponer 4.000, y la ruina de Etolia y Acarnania era segura. Botzaris, convencido de la necesidad de perecer ó de impedir la reunion, se pone al frente de 2.000 hombres, sale del campo atrincherado de Catochi, posicion fuerte entre Misolunghi y Vonitza, y ocultando al enemigo su movimiento con el favor de las montañas, desemboca en la llanura de Carponitzi, donde estaba acampado Mustai con 14.000 hombres, resuelto á morir ó impedirle que penetrase en Acarnania. En la noche del 19 de agosto acomete su pequeña tropa, dividida en pelotones, el campamento turco. La oscuridad, la sorpresa, la ignorancia del número y fuerzas del enemigo, convirtió la batalla en carnicería. Los turcos se herian y degollaban unos á otros, creyendo pelear con los griegos; y cuando llegó el dia, desbaratados é incapaces de volverse á reunir, solo pensaron en huir á

la sierra de Baltos, de donde habian descendido. Botzaris, herido mortalmente en la accion, falleció dentro de pocas horas, con el consuelo de saber que la victoria era suya.

Los turcos, habiendo recibido nuevas tropas, sitiaron á Anatólico, que se habria rendido por falta de agua, á no haber caido en la plaza pública una bomba de los enemigos que hizo brotar una fuente. Agotadas las municiones de los turcos levantaron el sitio, se retiraron, fueron perseguidos, y perdieron mucha gente.

En la Morea empezaba ya á producir sus frutos la constitucion democrática. Hubo grandes discordias, originadas de la debilidad del gobierno y de las pretensiones de los gefes; y las operaciones militares se redujeron á recobrar el Acrópolis de Corinto. La campaña marítima no tuvo mas resultado que la toma de Cisamo, plaza situada en la costa de la isla de Candia.

Campaña de 1824. Esta campaña es la que los historiadores de la Grecia moderna llaman *memorable* por las grandes fuerzas terrestres y navales que presentaron los turcos contra los griegos, y por las increibles victorias que estos consiguieron. Calmadas sus divisiones intestinas, y recibido el dinero del empréstito que habian abierto en Lóndres por medio de las comisiones *filhelenas* (amantes de los griegos), formadas en Inglaterra, Francia, Suiza y Alemania, se

prepararon á rechazar al enemigo con todo vigor.

El plan de los turcos era el siguiente. Dervish bajá debia reunir en Larisa un cuerpo de 25 á 30.000 hombres, pasar las Termópilas á favor de una diversion que la escuadra del capitan bajá haria en las costas de Zeitun y de Negroponto, reunirse con Omer Urione en Livadia é invadir el Peloponeso por el norte: mientras que las armadas turca y egipcia, despues de hacerse señoras del Archipiélago, desembarcarian otro ejército en las costas meridionales de la península. Este plan se desbarató no solo por la falta de unidad entre los diversos comandantes, sino tambien por el increible entusiasmo de los griegos.

La escuadra del capitan bajá no pudo penetrar en los golfos de Volo y Zeitun, por la heróica resistencia que le opusieron 12.000 griegos reunidos en Escópulo, isla colocada en la entrada de dichos golfos. Retiróse, pues, sin haber intentado ninguna empresa contra Negroponto; y Dervish bajá, al atravesar las Termópilas, fue batido por Ulises con pérdida de 2.000 hombres, muchos bagages y toda la artilleria. Un mes despues se presentó con 20.000 hombres á forzar el paso de Musonitza, donde los griegos tenian un campo atrincherado en la orilla del Mauronero, que es el Cefiso de los antiguos. En 18 de julio atacó la posicion con 6.000 hombres, el 22 con 12.000, el 26 con todas sus

fuerzas; y siempre fue rechazado con pérdida considerable, que en el último ataque fue de 2.000 hombres. Se retiró, dejando en poder de los griegos ocho banderas, artillería, tiendas, bagages y provisiones, perseguido por centenares de montañeses que le hicieron mucho daño. Omer Urione, observado por Maurocordato, que mandaba á la sazon en Acarnania, no pudo acudir á unirse con Dervish, y cuando supo su derrota, se volvió á sus posiciones.

La campaña marítima fue todavía mas brillante. El 3 de julio atacaron los turcos á Ipsara: tomaron la batería de Amundia que un traidor les entregó, desembarcaron 15.000 hombres de tropas de tierra, reforzadas con las tripulaciones de los buques, y acometieron el reducto de Tabia. Los defensores, despues de haber cubierto el glácis de cadáveres enemigos, viendo imposible la defensa, suspenden el fuego y ponen bandera de rendicion: mas de 2.000 turcos entran en el foso, salvan el parapeto, y penetran en el reducto: empieza entonces el combate á arma blanca: los defensores prenden fuego á las galerías, y Tabia desaparece con cuantos griegos y otomanos estaban en ella. No por eso cesaron los turcos en su empresa: al contrario, penetraron enfurecidos en las calles de la ciudad, que los ipsariotas defendieron palmo á palmo quedando dueños de los dos fuertes de san Nicolas y Paleocastro, bien provistos de artillería. Los turcos se

contentaron con bloquearlos. Al mismo tiempo una division egipcia se apoderó de la isla de Casos, situada al sudoeste de Candía, tomaron la ciudad, y obligaron á la poblacion á buscar asilo en las montañas.

La escuadra griega se reunió al momento bajo las órdenes de Miaulis, cuya atencion estaba dividida entre la escuadra del capitan bajá, y la que traia de Egipto Ibrahim, hijo de Mehemet Alí, bajá de aquella provincia, y que tan célebre se ha hecho en nuestros dias por el órden que ha establecido, y por el ejército y marina que ha creado. Decidióse en fin á libertar á los ipsariotas antes que todo, y cuatro dias despues de la esplosion de Tabia se presentó á vista de la isla. El capitan bajá huyó, dejando en tierra el ejército turco, del cual no quedó un soldado vivo: Miaulis le persiguió hasta Mitilene, y le quitó cuatro buques grandes y sesenta trasportes. Vuelve despues sobre Casos con la rapidez del rayo, atemoriza á la escuadra egipcia, estermina las tropas de esta nacion que habian desembarcado, y vuelve á observar la armada del capitan bajá que estaba en Mitilene, embarcando 12.000 hombres de tropas asiáticas para acometer la isla de Samos.

Miaulis dejó salir á los turcos del estrecho de Mitilene para cogerlos en mar abierto, y cuando ya habian llegado á Samos y desembarcado algunas tropas, se situó entre las divisiones otomanas de ataque y reserva,

y envió á la primera 4 brulotes, dirigidos por el terrible Canaris, que volaron 2 fragatas de 54, y una corbeta de 20, mientras él apresaba 20 trasportes, y los samios arrojaban al mar á los turcos que entraron en la isla. El capitan bajá huyó á Quio, donde ya le esperaba la escuadra egipcia. El infatigable Miaulis les dió batalla el 10 de setiembre, les quemó una fragata egipcia y un bergantin turco, y les quitó algunos trasportes. El 21 las alcanzó otra vez entre Patmos y Nicaria, les quitó dos bergantines y una corbeta, y las obligó á huir á Mitilene. El capitan bajá entró á principios de octubre en los Dardanelos, perseguido por Cánaris, que le voló una fragata, una corbeta y un bergantin, mientras Miaulis alcanzó á la altura de Quio la retaguardia de Ibrahim bajá que navegaba á Candia para reforzar las guarniciones de aquella isla, añadida por el sultan al gobierno del virey de Egipto, le cogió muchos trasportes, le quemó otros, hizo prisioneros 2.000 egipcios, y encerró á Ibrahim en el puerto de Marmarina. Habiendo salido de él en la noche del 23 al 24 de noviembre con direccion á Candia, le alcanzó Miaulis antes de llegar á ella, le quemó una fragata, le apresó 12 buques de guerra, le quitó 7 trasportes llenos de prisioneros, y le obligó á huir á Alejandría.

Espedicion de Ibrahim bajá á Morea. (1825.) Este año se perdieron en gran parte los frutos de tantas victorias por la division

entre el gobierno y los generales. Mauromicalis se retiró al Maina. Colocotronis fue preso, y la Morea careció de sus mejores comandantes, y en quienes tenia confianza, cuando Ibrahim bajá desembarcó en el golfo de Coron al frente de 18.000 árabes, egipcios y berberiscos, á pesar de toda la vigilancia de Miaulis, que apresaba algunos buques de las divisiones musulmanas, y volaba otros. Ibrahim se apoderó de Navarino, echó á los mainotas de Calamata, venció á los griegos en Cremidi, marchó contra Tripolitza, y la tomó, á pesar de los esfuerzos de Colocotronis, á quien el gobierno helénico, tarde arrepentido, hizo salir de la prision, y entregó el mando de las tropas; y que dió una rota, aunque no completa, á los árabes mandados por Ibrahim, en los desfiladeros de Tricorfa.

Entretanto comenzaba el sitio de Misolunghi, suceso militar, el mas célebre de la historia de Grecia. Reschid bajá, nombrado comandante de toda la Turquía europea, sitió esta plaza á principios de abril con 30.000 hombres. La guarnicion de Misolunghi era de 5.000: á los siete meses de sitio pasó Ibrahim á reforzar el ejército sitiador con 12.000 soldados de su ejército. El sitio duró un año: cada dia fue de combate y victoria para los griegos, reforzados de cuando en cuando por la escuadra de Miaulis, que hacia terribles destrozos en las armadas turcas. Al fin Anatólico y Vasiladi cayeron en poder

de los musulmanes ; Miaulis no pudo penetrar entre los islotes que estan delante de la plaza á causa de las baterías turcas que cruzaban sus fuegos. Misolunghi carecia de víveres , y la guarnicion dividida en tres columnas se abrió paso por medio de los enemigos , escepto una columna que se volvió á la plaza , y pereció combatiendo con los mahometanos , que ya habian entrado en ella. El gobernador de Misolunghi, durante el sitio , fue Nicolás Esturmaris, y quedó prisionero en la salida de la guarnicion. El sitio concluyó el 22 de abril de 1826.

Parece que el valor griego se enterró entre las ruinas de Misolunghi. Atenas se rindió á Reschid bajá : ya habia muerto el denodado Ulises. Ibrahim , aunque no pudo tomar ni el Acrópolis , ni á Nápoli , ni penetrar en el Maina , hizo una guerra de esterminio en el Peloponeso. Su objeto era matar ó cautivar á todos los cristianos , y poblar la península de árabes.

Entretanto el sultan Mamud acabó con los genizaros , é introdujo en sus tropas la táctica europea, privándose del apoyo mas firme del imperio otomano en el momento que era amenazado por los griegos y rusos. El czar Alejandro murió en Taganrok en 1825, y su sucesor Nicolás I adoptó la política de Catalina con respecto á griegos y turcos. Canning, ministro de Inglaterra , formó una alianza con Rusia y Francia , cuyo objeto era poner fin á las hostilidades en oriente , da-

ñosas al comercio y navegacion de los neutrales. Esta triple alianza envió una escuadra á los mares de Grecia en 1827, y propuso un armisticio que fue aceptado con ansia por los griegos, como tambien el presidente que se les dió para gobernarlos, que fue el conde Capo de Istria, griego de nacion, y que habia desempeñado grandes empleos en la corte de Rusia. La Puerta é Ibrahim dieron respuestas evasivas, y la escuadra combinada, al mando de los almirantes Codrington, de Rigny y Hayden destruyeron en el mismo puerto de Navarino las escuadras turca y egipcia, que iban á desembarcar nuevas tropas de árabes en el Peloponeso. Al año siguiente (1828) Codrington estipuló con el bajá de Egipto la evacuacion de Morea; y una espedicion francesa de 15.000 hombres al mando del general Maison arrojó de la península las guarniciones turcas de Coron, Modon, Navarino, Pátras y el castillo de Morea. A pesar de esto Mamud se negaba ostinadamente á reconocer la independencia del Peloponeso y de las Cícladas que le proponia la triple alianza: ostinacion que fue castigada con las derrotas que sufrió en la guerra con Rusia.

Esta comenzó en 1828, originada ó pretestada por las discusiones diplomáticas acerca de los puertos de la costa oriental del mar Negro. En la primer campaña tomaron los rusos á Varna, valientemente defendida por el capitan bajá; pero tuvieron que levantar

con mucha pérdida el sitio de Silistria. El general Diebitz, comandante del ejército ruso en la campaña de 1829, la empezó tomando á Silistria, venció al gran visir Reschid bajá en las cercanías de su campo atrincherado de Schumla, forzó los pasos del Camschi y del Balkan, ocupó á Andrinópoli, paseó las banderas rusas por la playa septentrional del Egeo, amenazó á Constantinopla, y dictó la paz á la Puerta. En ella adquirió la Rusia definitivamente toda la parte oriental del mar Negro, y la provincia de Akalzik: se declaró la independencia de los dos principados, de Servia y de Grecia, cuyas fronteras, por determinacion de la triple alianza, llegaron hasta los golfos de Volo y Arta, comprendiendo la isla de Negroponto, y la Turquía tuvo que pagar á los rusos sumas cuantiosas á título de contribucion de guerra, é indemnizacion del comercio.

ESTADO ACTUAL

DEL IMPERIO TURCO.

El imperio otomano, á pesar de las pérdidas que ha sufrido desde la batalla de Viena, conserva aun las provincias en donde existe su fuerza principal, porque es musulmana en ellas casi toda la poblacion. El Asia, la Romelia, la Albania y la Bulgaria componen un vasto y poderoso pais, que unido y bien gobernado podria formar una monarquía respetable. Las ideas del sultan reinante Mamud II se dirigen á lograr este objeto; pero se oponen á él ostáculos insuperables, producidos por la creencia y la forma de gobierno de los otomanos.

Ni el despotismo ni la religion de Mahoma pueden avenirse con las reformas interiores que necesita aquel imperio. Ni la industria puede prosperar donde los agentes subalternos del poder cometen con impunidad todas las vejaciones que su codicia les sugiere, con tal que tengan ganado, de cualquiera manera que sea, el ánimo de los visires y de las sultanas; ni el dogma del fatalismo puede permitir los grandes progresos que en las naciones europeas ha hecho la inteligencia humana. Las mismas causas impiden

que la sublime Puerta conozca sus verdaderos intereses esteriores, y el lugar que ocupa en el mundo político. El orgullo de los sultanes, y el desprecio y aversion con que mira el divan, por consecuencia forzosa de los principios del mahometismo, á las naciones de diferente creencia, harán que siempre ignore cuales son las alianzas que debe hacer, y los estados de que debe desconfiar. Asi es que los turcos nunca hacen con oportunidad ni la paz ni la guerra. Aborrecen á todas las naciones cristianas; y si no pelean contra todas, como en otro tiempo, es porque ya son débiles. No hacen caso de los intereses comunes de Europa; y por eso conocen tan mal los suyos propios.

No hay duda que un sultan hábil, enérgico y con buenas intenciones podrá dar un grande impulso á las artes y ciencias que son auxiliares de la profesion militar terrestre y marítima: podrá tambien, hasta cierto punto, por un sistema hábil de reformas sucesivas, mejorar el estado *material* del imperio; mas siempre hallará un ostáculo invencible en los dogmas del islamismo á la introduccion del verdadero espíritu social, á la cooperacion moral de todos los ánimos á un mismo fin; últimamente, á la identificacion de los intereses particulares con el público. La esclavitud doméstica, el abatimiento del bello sexo, la tiranía de la poblacion turca sobre la cristiana, el hábito y la facilidad de vejar, y la dificultad de lograr justicia, no

pueden acabarse en Turquía mientras exista el mahometismo. Ademas, de poco servirian las reformas que hiciese un príncipe sabió y bien intencionado en un pais donde la voluntad de su sucesor puede destruir en una hora los establecimientos de muchos años. Mustafá IV derribó, en un reinado de algunos meses, todas las instituciones militares que tanto habian costado á Mustafá III, Abdul Hamid y Selim III. Los progresos de las naciones no se consolidan sino por medio de leyes; y en Turquía no las hay.

La situacion actual de la sublime Puerta es muy crítica; porque Inglaterra, Francia y Suecia, y aun las potencias de Alemania necesitan en el Bósforo un contrapeso que equilibre el poder marítimo y territorial de Rusia; y el imperio otomano, por sus vicios interiores é incorregibles no puede llenar las miras de la Europa occidental. Privado de los genízaros, cuya indisciplina los habia hecho ya inhábiles para la defensa del imperio; en lucha con los albaneses, milicia valiente y temible, enemiga jurada de los turcos; desconfiada del virey de Egipto, que podrá hacerse independiente el dia que quiera; mal segura de las poblaciones esclavonas de las orillas del Danubio; espuesta á las continuas sublevaciones de los bajáes de Asia; ceñida por tierra y mar de los griegos, que solo esperan para comenzar otra lid, reponerse de las pérdidas de la anterior; y al mismo tiempo orgullosa y despreciadora de toda poten-

cia que no sea ella misma, la Puerta no exis-te, sino porque Europa impide á Rusia engrandecerse á costa de los turcos; y no vivirá mas tiempo que el que tarden los griegos en ser nacion civilizada y capaz de gobernar y sostener un grande imperio. Entonces toda Europa los auxiliará para destruir la débil barrera que impide á los rusos desembocar en los mares de levante, y para construir otra mas firme y duradera. El imperio griego, tan impolíticamente destruido por los latinos de la quinta cruzada en 1204, restableciéndose bajo mejores auspicios, contendrá el poder de Rusia, y desterrará el islamismo á las arenas abrasadoras donde nació.

Los otomanos, herederos de la religion y del espíritu conquistador de los árabes, heredaron tambiem su literatura, y tuvieron en los principios las virtudes de un pueblo nuevo. Otman, Mahomet I, Amurates II eran valerosos, hábiles y guardaban fe. Las victorias de Mahomet II y Soliman Canuni destruyeron aquellas virtudes, é hicieron olvidar los conocimientos literarios. La opulencia, hija de la conquista, corrompió á los turcos y los hizo mas bárbaros. Los Kiuperlis sostuvieron medio siglo la preponderancia política y militar de la nacion. Sobieski, el príncipe Eugenio y Catalina II se la hizo perder, y la trajeron al estado de debilidad en que hoy yace. Tal es en resumen la historia de Turquia. Sin negar el justo elogio al ca-

rácter generoso y al valor intrépido de los turcos, considerados como particulares, la historia se ve obligada á confesar, que el género humano nada les debe sino esclavitud, matanzas y ruinas. La nacion y su gobierno han conservado siempre la ferocidad propia de los tártaros; porque la religion que adeptaron de los árabes, en vez de suavizar las costumbres atroces de los pueblos del centro del Asia, añadieron nuevos estímulos á su crueldad. Ni los turcos ni los mogoles han dado al mundo un solo ejemplo de inventos útiles en las ciencias naturales, de máximas nobles y generosas en las morales y políticas. No conocen mas física ni astronomía que los talismanes y la divinacion : mas moral que el desprecio á los de otra creencia: mas sistema de gobierno que la rapiña y la opresion : mas diplomacía que el orgullo, la crueldad y la perfidia. Temidos y odiosos cuando fueron dominantes, despreciados y odiosos en su decadencia, serán derribados al llegar la hora fatal, con aplauso de todas las naciones civilizadas.


BIBLIOTECA PROVINCIAL Y DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

CUADRO CRONOLÓGICO

de la historia del imperio otòmano.

1300	Otman I, gefe el mas poderoso de la Heptarquia del Asia menor, despues de destruido el trono de los selgiucides de Iconio. Conquista de Bitinia.
1327	Orcan, su hijo. Conquista de Paflagonia y Galacia.
1359	Amurates I. Conquista de Andrinópoli y Cavala. Batalla de Casovia.
1389	Bayaceto I. Ilderim, su hijo. Conquista de Silistria y Nicópolis. Batalla de Nicópolis. Invasion de Timur y batalla de Ancira.
1403	Soliman I, hijo de Bayaceto. Guerra civil contra su hermano Musa, que le quita el trono y la vida.
1406	Musa. Guerra civil contra su hermano Mahomet I, que le quita el trono y la vida.
1413	Mahomet I. Conquista de Valaquia.
1421	Amurates II, su hijo. Batalla de Varna. Conquista de Tesalónica.
1451	Mahomet II, el vencedor, su hijo. Conquista de Constantinopla,

Servia, Morea, Trebisonda, Lesbos, Bosnia, Albania y Negroponto.

1481 Bayaceto II, su hijo. Conquista de Moldavia y Caramania. Depuesto por los genizaros.

1512 Selim I, el feroz, su hijo. Conquista de Armenia, Mesopotamia, Siria y Egipto.

1520 Soliman II, el legislador. Conquista de Rodas. Batalla de Mohacz, conquista de Hungría, primer sitio de Viena.

1566 Selim II, el ebrio, su hijo. Conquista de Tunez, Argel, Trípoli y Chipre. Batalla naval de Lepanto.

1575 Amurates III, su hijo.

1595 Mahomet III. Agria, su hijo. Conquista de Agria. Batalla de Caresta.

1604 Amed I, su hijo. Pérdida de Tauris, cedida á los persas.

1617 Mustafá I, su hermano. Depuesto por los grandes del imperio.

1618 Otman II, sobrino de Mustafá, hijo de Amed. Conquista de Chotcim. Depuesto por los genizaros.

1621 Mustafá restituido al trono. Depuesto por los genizaros.

1622 Amurates IV, el conquistador, sobrino de Mustafá, hermano de Otman, é hijo de Amed. Guerra con los persas.

1639 Ibrahim, hermano de Amurates

y de Otman, hijo de Amed. Conquistas de Canea y Rétimo. Depuesto por los genízaros.

1649 Mahomet IV, su hijo. Kiuperli, gran visir. Conquista de Candía y Caminiec. Batallas de Chotcim, Lemberg, Viena y Parcan. Pérdida de Buda, Esclavonia y Croacia. Batalla de Mohacs. Mahomet, depuesto por el ejército.

1687 Soliman III, hermano de Mahomet, é hijo de Ibrahim. Batalla de Nisa.

1691 Amed II, su hermano, é hijo de Ibrahim. Batalla de Salankemen.

1695 Mustafá II, su sobrino, hijo de Mahomet IV. Batalla de Olach y Zenta. Pérdida de la Transilvania. Depuesto por las tropas.

1703 Amed III, su hermano, hijo de Mahomet IV. Batalla de Petervaradin. Pérdida de Temesvar. Batalla de Belgrado. Depuesto por los genízaros.

1730 Mamud I, su sobrino, hijo de Mustafá II.

1754 Otman III, su hermano, hijo de Mustafá II.

1757 Mustafá III, su primo, hijo de Amed III. Batalla naval de Tchesmé. Pérdida de Crimea y del Cuban.

1774 Abdul Hamid, su hermano, hijo

de Amed III. Batalla del Liman. Pérdida de Ozacow, Bender y Chotcim.

1789 Selim III, su sobrino, hijo de Mustafá III. Espedicion de los franceses en Egipto y Siria. Depuesto por los genízaros.

1807 Mustafá IV, su primo, hijo de Abdul Hamid. Depuesto por los bajáes.

1808 Mamud II, su hermano, hijo de Abdul Hamid, sultan reinante. Pérdida de Besarabia, Moldavia y Valaquia. Insurreccion de los griegos. Pérdida de Acaya, Morea y las Cícladas.

INDICE

DE LOS

CAPÍTULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.



HISTORIA DE ORIENTE.

CAPITULO XX.

CAPITULO XXI.

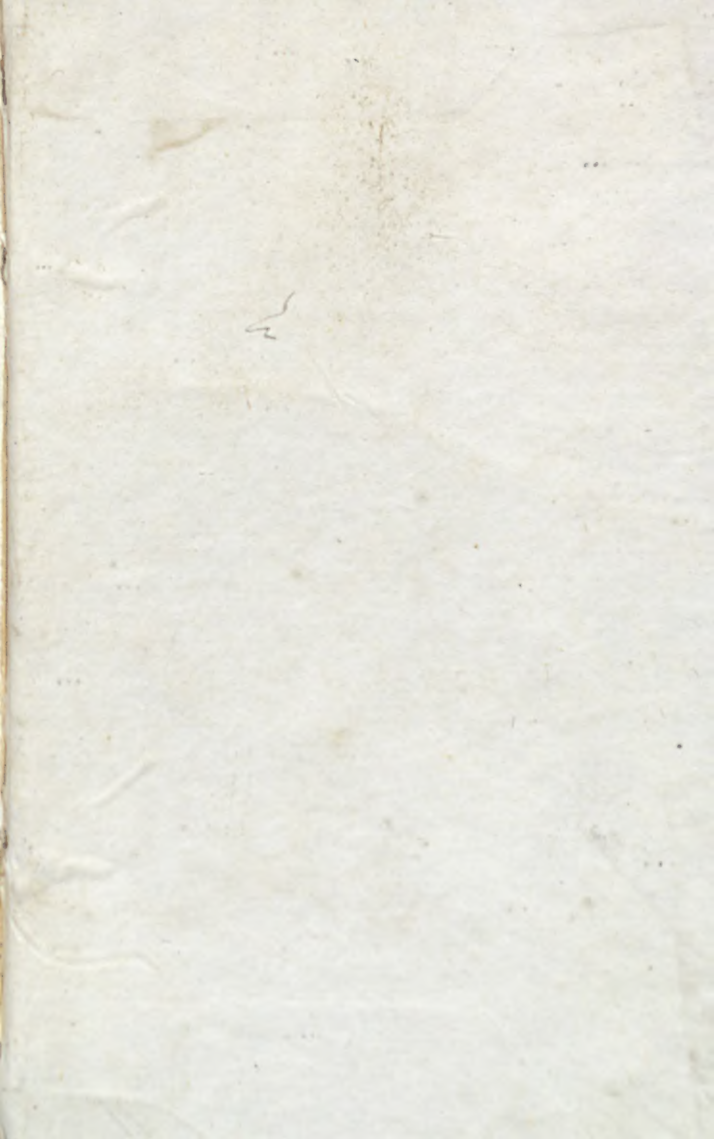
Capitulo XXII.

CAPITULO ADICIONAL.

SECCION I.

Seccion III.

contra el Austria. Combate del Culp. Mahomet III. Agria. Toma de Agria: batalla de Caresta. Toma de Raab por los cristianos. Toma de Pest por los austriacos. Amed I. Paz de Comora. Paz con la Persia. Toma de Aden por los portugueses. Revolucion en Moldavia. Mustafá I. Otman II. Guerra de Polonia. Mustafá restituido al trono. Amurates IV el conquistador. Derrota de Abasa, y primer sitio de Bagdad por los turcos. Sumision de Abasa. Segundo sitio de Bagdad por los turcos. Guerra contra los drusos. Conquista de Revan por Amurates. Toma de Van por los persas. Toma de Bagdad por Amurates. Ibrahim. Reconquista de Azof. Principios de la guerra de Candía. Toma de Canéa. Toma de Rétimo. Principio del sitio de Candía. Mahomet IV. Batalla naval de Focéa. Batalla naval de Paros. Kiuperli, gran visir. Batalla naval de los Dardanelos. Guerra con el Austria. Sitio de Candia por el gran visir. Capitulacion de Candía, y paz entre turcos y venecianos. Guerra contra Polonia: toma de Caminiec. Batalla de Chotcim. Batalla de Lemberg. Paz de Zuranow. Guerra contra la Rusia. Guerra contra Austria. Sitio y batalla de Viena.




78
190


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm